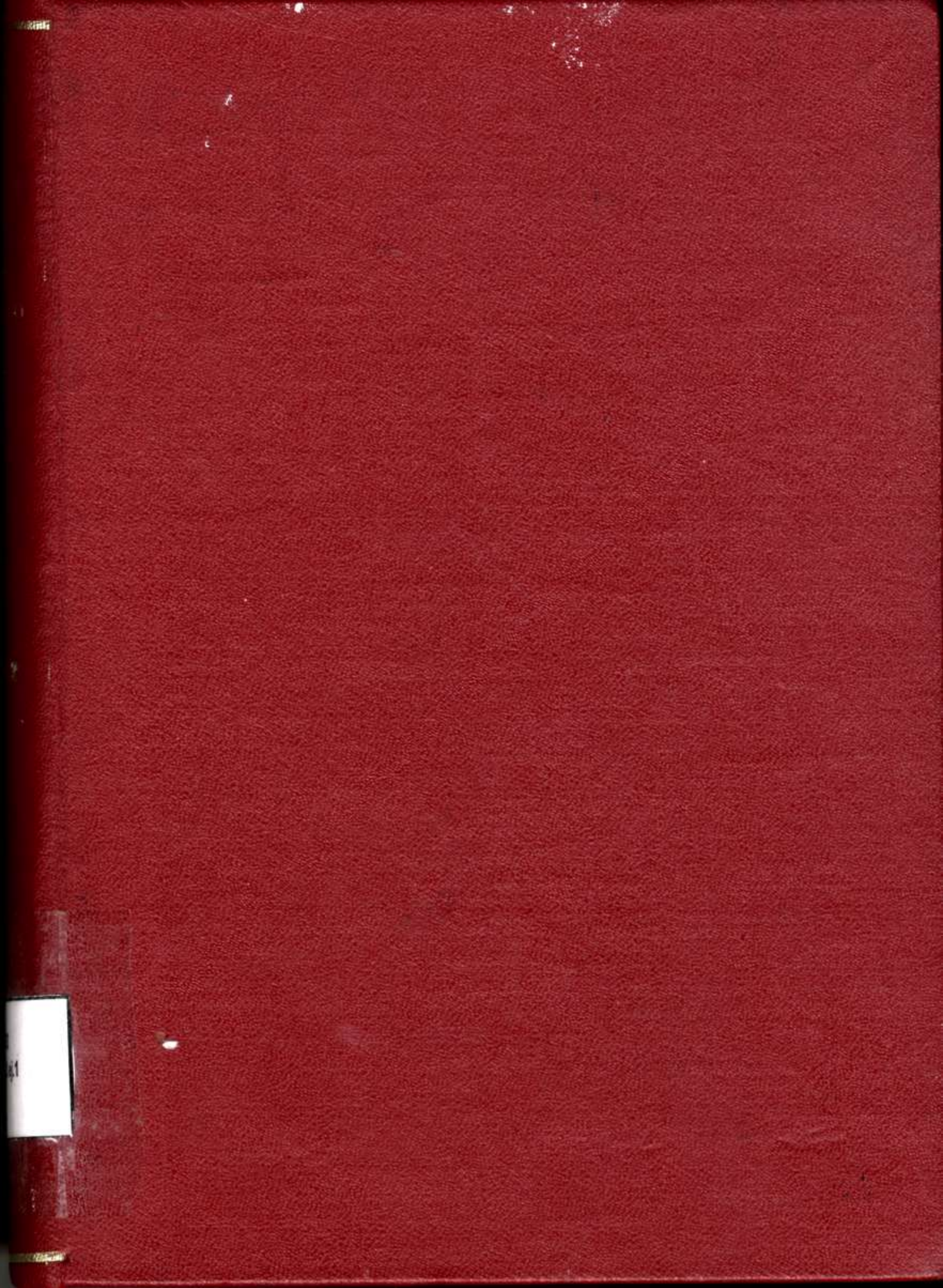
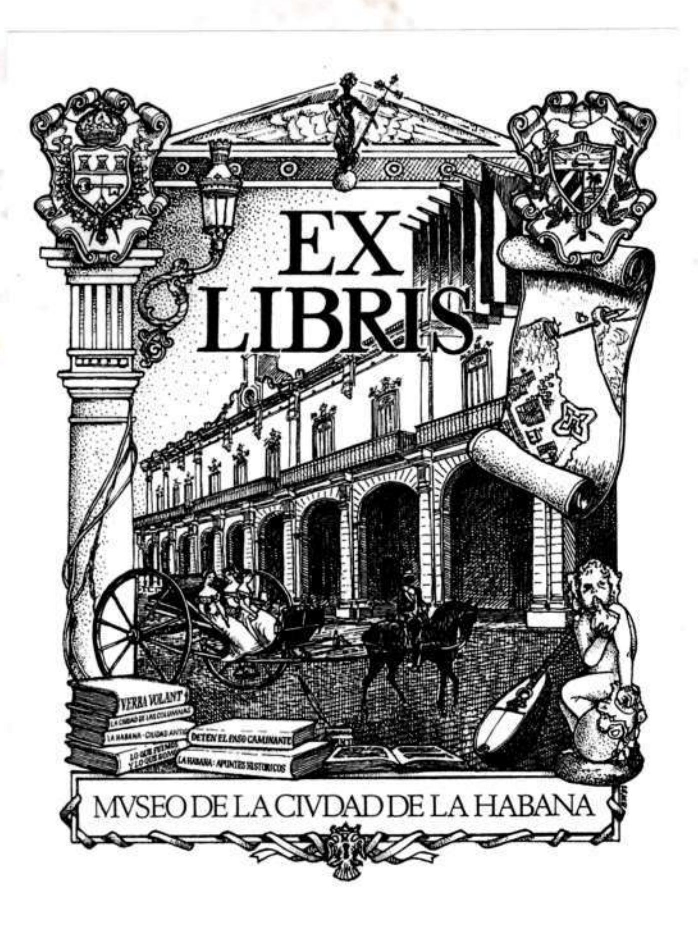



EX LIBRIS
VERBA VOLANT
LA HABANA · CIUDAD ANTIG
DETEN EL PASO CAMINANTE
LA HABANA : APUNTES HISTORICOS
MVSEO DE LA CIVDAD DE LA HABANA

UNIVERSIDAD DE LA HABANA

CENTRO DE INFORMACION CIENTIFICA Y TECNICA

COLECCION DOCUMENTOS

No. 9

DIARIO DE SOLDADO

FERMIN VALDES-DOMINGUEZ

(Tomo Segundo)



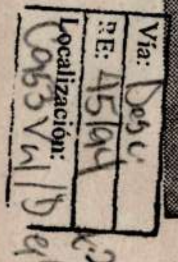
Transcripción y revisión de

HIRAM DUPOTEY FIDEAUX

Centro de Información Científica y Técnica
Universidad de La Habana

LA HABANA, ENERO DE 1973

Momento en que Valdés-Domínguez, llega al Cuartel General.



S.S.(*)

No. 20

Tunas

Camalote, 8 de Julio de 1896.

Esta mañana dejamos a Curana. En el Aguacate paramos para almorzar y para que descansaran los caballos, y a las 4 llegamos a Camalote.

Las marchas van siendo cada día más pesadas por las lluvias y el fango, y las veredas que se ponen intransitables, pero aún son estos pocos trabajos para los que todo hemos venido a ofrecerlo por las libertades patrias.

Y aquí acampamos en una casa tan grande como destartalada en la que ya se había instalado una familia que va de viaje. ¡Pobre gente! Me han dado de su comida y de las golosinas que traían para los niños. El marido, capitán de la guerra pasada, me ha hablado de sus deseos de prestar sus servicios como Prefecto, pues ya tiene dos hijos en el campo y no quiere abandonar a su numerosa familia. Tomaré nota de su nombre y se lo recomendaré a Céspedes.

Padró con su escolta me acompaña. Portuondo se quedó con Serafín.

El General Sánchez se despidió de mí con cariño y me dió una carta para Pina es la que después de hacerle algunos encargos, le recomienda que me despachen pronto.

De todas las cosas que le oí decir al General Gómez, la que más me satisfizo fue lo de que no había autorizado al Marqués para hacer una nueva Ley Militar, y por lo tanto, la organización del ejército. El Marqués, pues, dijo y afirmó una mentira: razón tengo para juzgarlo como un miserable.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja 271, No. 4.

Con Serafín Sánchez va al Gobierno el negro Severiano de Pine Key: lo lleva para despacharlo para Nueva York. Ojalá lo encuentre y pueda llevarte una carta mía.

Guáimaro, La Providencia,

10 Julio

Ayer dejámos a Camalote y, después de pasar por el Lavado y de andar más de seis leguas, acampé con Padró en la Prefectura de San José de la Plata en el Anoncillo. Padró almorzó y siguió para La Plata, yo me quedé para hacer hoy por la mañana el mismo camino que recorrí cuando vine la última vez a Camagüey. Como a las dos horas de estar acampado llegó Portuondo; acampó conmigo y no muy temprano, —porque Portuondo perdió las primeras horas esperando que el Jefe del taller de carpintería le trajera unos fustes que necesitaba para sus asistentes. Como a las nueve, pasamos el Jobabo y aquí llegamos casi a las diez buscando yerba para nuestras bestias, porque en Berrocal por donde pasamos no hay ni pasto ni viandas ni Prefecto ni Prefectura.

"Providencia" se llama esta finca y ha sido para nosotros una providencia, porque nos han recibido con cariño y nos han dado buena hospitalidad.

Y aquí estaremos hasta mañana temprano que juntos, pues Padró llegó una hora después que nosotros, nos pondremos en camino con rumbo, probablemente, hacia la prefectura de Pancho Calvo, aunque Padró quiere seguir para Guaimarillo, o Guaimarito.

Me dicen que el Gobierno anda por Najasa y bien lo siento, porque así se demorará más mi permanencia por el Camagüey. Pero tengo que seguir hasta donde encuentre a mis antiguos compañeros. Y como Serafín le dio a Portuondo una escolta con ella volveré hasta que lo encuentre.

Estoy nervioso y disgustado y no estaré tranquilo hasta que no me vea en Oriente y en mi puesto.

En la casa de la finca en donde hemos acampado almorzamos, pero he comido en mi casa de campaña y en ella, como en mi casa, te escribo ahora.

Es hoy uno de tantos días tristes o más tristes que los otros. El cielo está cubierto de nubes negras, parecía que iba a diluviar, pero todo se ha reducido a unas gotas, truenos y un viento pesado y caliente que me ha tenido como mareado todo el día, y no estaba sólo oscuro el cielo, también en la arboleda las sombras daban al paisaje sello de tristeza. Y en mi alma también había la niebla de mis recuerdos dolorosos: este Camagüey ha sido para mí, fatal. Y por los egoísmos que aquí se reúnen, por las ambicines y pequeñeces de sus hombres, he dicho que en el mapa de mi Cuba yo encerraría en un paréntesis esta parte de la Patria. Y temo que, durante la guerra, no sea ésta la última vez que tenga que venir al Camagüey. Estoy, pues, más triste, porque desde que pasé el Jobabo, estoy viendo tierras que me recuerdan mis luchas en el Gobierno. No quiero pensar en esto, pero la pena puede más que mi voluntad.

Para no escribir mis penas y porque me asalta mi jaqueca epiléptica que no me deja ver lo que escribo, te digo —ahora— que te adoro y que a ti van los mejores besos de mi corazón.

Puerto Príncipe

La Sacra, 12 Julio

Al fin llegué hoy al Gobierno. A la ansiedad han seguido los disgustos. Necesitaba llegar, pero después de estar aquí me siento como prisionero y me enferma la lucha entre mi dignidad y mi deber.

Ah! yo lo decía hoy y no quiero olvidarlo: no hay pueblo más patriota que el pueblo cubano, hombres que estén más dispuestos que sus hombres a ofrecerlo todo, absolutamente todo, por la conquista de la libertad de la Patria.

Esta mañana —en San José— encontré a Eduardo Laborde que con Mario, Carrillo, Céspedes y otros vuelven a Nueva York. Con él te escribí, te hubiera mandado las libretas que escribo para tí, pero temí que se perdieran y espero otra ocasión cuando Pinto me las haya copiado; así si se pierden, tu no las pierdes, porque conservaré yo las copias.

Encontré en el Gobierno a los hombres que había dejado, con las mismas pequeñeces y vanidades. Y a otros que ocupan los puestos nuevos. Eusebio Hernández se la da de Jefe, y lo es en efecto de tanto vil, y el Trinché sigue tan hinchado y tan estúpido. Cum-

pliendo los deseos del General Gómez llegué muy pacífico y me dominé hablando y suplicando a Manduley que me despachara mi baja en la Sanidad; le pedí consulta, y siguiendo sus indicaciones le presenté una instancia suplicándole la baja en virtud de los oficios de Sánchez y el General Maceo en los que el uno me separa de la Sanidad y el otro me propone al General Gómez como Jefe de la Brigada de Baracoa.

Pina no está, anda en comisiones, pero le entregué a Cañizares la carta abierta del General Sánchez en la que le suplica a Pina que me despachen pronto.

Pero, ¡cuánto he tenido que sufrir en pocos momentos! Manduley se la ha dado conmigo de Ministro él que es un títere y me ha tratado con despego, él que no puede levantar la vista delante de mí y él que no puede ni debe ocupar el puesto en que está, puesto que no hay ley que autorice al Consejo de Gobierno a nombrar Subsecretarios. Pero, todo es preciso hacerlo por la Patria y sufrir todo por su libertad. Después de presentada la instancia, tengo que esperar la resolución con calma; y, sumiso.

Y así lo haré.

Con el Gobierno está entre los nuevos, Méndez Capote, Gobernador de Occidente, y encargado de la redacción de la Ley Jurídico Militar.

Hemos acampado o mejor dicho, nos han acampado lejos, muy lejos de la casa en donde está instalado el Gobierno.

Y al llegar esta tarde a nuestro campamento me dijo Padró que ya está prejuzgado mi asunto, que Hernández le había dicho que no se podía resolver mi petición sino después de oir el informe del Jefe Superior de Sanidad. De modo que, entre las cosas que tengo que esperar, no será extraño ya, que esté la de tener que ir a buscar el informe de Sánchez en Las Villas o en Pinar del Río o en donde se encuentre.

Yo no he pedido su voto a Hernández, y ya veo su obra infame. ¡Paciencia!

Fue curiosa nuestra llegada. Portuondo se adelantó vitoreando al Presidente de la República que estaba a la puerta de la *casa feudal.* Se desmontó Portuondo, le echó los brazos al Marqués y nos dió la espalda sin mirarnos: Padró y yo nos desmontamos y entramos a

saludar a los *Señores del margen* sin darnos por mortificados de la descortesía del Marqués. El primero que salió a nuestro encuentro fué Trinché que nos saluddó de esta manera:

¿Cómo están mis súbditos?

Súbditos nosotros, ni nadie de este tonto!

Después Molita nos atendió y el Marqués nos dió tabacos, y luego el Gobernador nos obsequió con un almuerzo.

Estoy malo, estoy triste, pero es el alma lo que más me duele.

Me desespero pensando en estos días tan inútiles en los que por las necedades del Gobierno estoy perdiendo fuerzas que necesita la Patria, que yo debería ofrecer a la Revolución.

Como a las cuatro vino a mi campamento y aquí pasaré la noche, triste y rabioso hasta mañana que quizás sabré —si ha habido hoy Consejo— que han decidido.

Hernández y Manduley se sienten muy anchos en sus puestos y lo mejor del cuento, es que el Gobierno no ha podido nombrarlos porque la Constitución no los autoriza a tanto.

Pobres ridículos!

Un pobre hombre vino esta tarde a suplicarme que fuera a ver a un pariente suyo que estaba enfermo.

He ido Señor —me dijo el pobre hombre— a suplicar al Dr. Hernández y al Dr. Cañizares que vinieran conmigo a ver al enfermo, y ninguno de los dos ha querido atender mi súplica.

El Prefecto Cisneros me trajo al hombre y se unió a su petición. Fui a ver al enfermo.

Me obsequió la buena gente con una taza de café y les dejé una muda de ropa para que me la lavaran.

No hay medicinas, pero le indiqué un plan curativo a falta de medicinas.

El enfermo es un tuberculoso que tiene sarampión.

Dios quiera que no se extienda por todas partes la viruela que ya hace muchos estragos por Santiago de Cuba.

Tocan ahora retreta.

Negra y triste está la noche. Y más triste y más negra para mí.

Llegan hasta mí voces de gente alegre que cantan y cada nota es para mí un grito de dolor.

Oh vida mía ¡qué felices son muertos!

---

13 Julio

Sólo escribo hoy para anotar que al fín esta tarde ha resuelto Manduley concederme la baja.

¡Gracias, Dios mío!

Guáimaro

Monte Firme, 14 Julio

Esta mañana me comunicó el Ministro de la Guerra, mi baja. Y salí cerca de las 9 de La Sacra y a las 5 llegué aquí.

Me dan aquí la triste noticia de la muerte de José Maceo. Escribí a Padró.

Hago que Pinto copie la comunicación y la carta:

Accediendo a lo solicitado por Ud., en instancia documentada del día de ayer, he tenido por conveniente darle baja definitiva como Coronel Jefe de Sanidad a cuyo Cuerpo pertenecía Ud., debiendo ponerse a la orden del General en Jefe del Ejército a quien se comunica esta Resolución.

Patria y Libertad, Julio 13 - 1896.

El Secretario de la Guerra. P. A. Rafael Manduley.- Al Dr. Fermín Valdés Domínguez.

Mi querido Padró:

En el viaje que he hecho hoy de 10 leguas, venía pensando en las cosas que debían haber pasado por Oriente y me parecía ver a José luchando cuerpo a cuerpo con los españoles con la desesperación del

noble suicida que así quiere terminar su historia gloriosa dejando como legado, a los necios que han querido deprimirlo, su intachable vida de patriota.

Y al llegar aquí a las 5 de la tarde me dicen que una comisión a cuyo frente va el Teniente José Rivero, comisión que viene del Cuartel General del Mayor Gómez, les informa que ha habido un combate con las fuerzas españolas de Tejeda y que en él ha muerto José Maceo.

Si esto es cierto, la Patria está de duelo, porque Maceo es insustituible. No quiero creer esta noticia aunque sospecho que es cierta, y recuerdo con tristeza al hombre honrado y leal y al guerrero valeroso.

Salgo mañana, y no estaré tranquilo, hasta que llegue al Cuartel General del Mayor Gómez.

Me dicen también aquí que esa comisión lleva unos pliegos para mí. Hazme el favor de recogerlos y o remitírmelos a mano con el primero que salga para Oriente, o en sobre cerrado y con tu sello, enviármelos con carácter de urgente a San Agustín, suplicada la carta a nuestro amigo Manuel Jústiz.

Es tu amigo sincero. Fermín Valdés Domínguez. Prefectura de Guaimarillo. Julio 14–1896.

La noticia de la muerte del General José Maceo me ha enfermado. Después de comer me sentí muy malo; las palpitaciones de mi pobre corazón se hicieron lentas, sentí que me ahogaba y me levanté nervioso de mi hamaca; todo pasó de momento. Ya estoy bueno de cuerpo, pero mi alma sufre.

La muerte de José es una desgracia para la pobre Cuba.

No me deja escribir la charla de los prefectos: mañana te escribiré.

Tunas.

Anoncillo, 15 Julio

A las 12 llego hoy a la Prefectura de Lolo Mayo, después de andar más de nueve leguas. Para hoy me parece bastante jornada y además va a llover y yo he dado una muda de ropa para que se la

laven. Me quedo, pues, hasta mañana temprano que seguiré la marcha.

Recuerdo ahora lo que no te pude escribir sobre la resolución de Manduley. Anteayer me fuí con Padró a saludar a Masó que había llegado la tarde anterior y —de paso— preguntar como estaba mi *negocio*. Supe por Alsina que nada había decretado el Señor Ministro. No le dije ni una palabra y me hubiera retirado sin hablarle sobre mi pleito si él no hubiera buscado la oportunidad para decirme que el Consejo estaba reunido para tratar de una proposición que Hernández y él presentaban por la que se derogaban muchos de los acuerdos y leyes sancionadas por el Consejo, pero que estaban en contradicción con lo preceptuado por la Constitución.

Cuan terminemos ese trabajo, resolveré su asunto...

Poco me importa —le contesté— que anulen la ley de Sanidad que dice que ese Cuerpo estará a las órdenes del Secretario de la Guerra; yo he pedido mi baja en virtud de un artículo de esa Ley que rige hoy, y espero sin impaciencia, que se me comunique su resolución; me alegraré que acceda Ud. a lo que le pido, pero si no se me quiere oír, con la negativa volveré a donde me espera el General Gómez. Y no me preocupa que haya quien se crea con derecho para pensar que yo debo prestar mis servicios como médico y no como militar. Nací rico y la revolución y mi prodigalidad me redujeron a la pobreza; con mi carrera levanté nueva fortuna, pero no olvido que yo he podido hacer cosas que han valido más, mucho más que todos mis triunfos profesionales, y me siento capaz de hacer más y de servir mejor a mi Patria; no lo digo por vanidad, lo digo porque lo siento y a nadie concedo el derecho de juzgarme ni el de medir mi patriotismo; y refiriéndome a los trabajos que tienen Uds. entre manos, sólo les puedo decir que en las actas constan todas mis protestas, pero lo único que se me ocurre ahora es pensar que los que formulan la censura y opinan que deben ser anulados los acuerdos y leyes que yo combatí, están también anulados por la Constitución, pues esta no faculta al Cuerpo para el nombramiento de Subsecretarios.

Y estas y otras durezas dije y combatí al Hernández cuando trató de defender los actos de los Roloff y Cisneros.

Pocos momentos después y cuando hablaba con Hernández me dijo Alsina que ya tenía orden para despachar mi asunto; ya era casi de noche.

Padró y yo hablamos con el Hernández; dijo el fatuo que no había querido aceptar sin que el Consejo determinara que el Ministro del Exterior era el jefe del *empleado* de la República que la representaba en el extranjero.

—Y mi primera carta a Estrada ha sido comunicarle ese acuerdo del Consejo.

—Que alegría tendría Ud. para poder dar órdenes a su enemigo Estrada, pensé en esto cuando supe que había sido Ud. nombrado Subsecretario, le dijo Padró.

—No, dijo Hernández, yo no acostumbro ser duro con mis enemigos, pero al leer en una de las cartas de Estrada a Valdés Domínguez que no le contestaba a sus preguntas y decía que el Marqués le informaría, pedí a éste sus cartas y en ellas leí que Estrada hablaba en ellas mal, de muchos, y entre otros, de mí. Como Ministro le escribí con la Ley en la mano.

—Y luego continuó: el Consejo me dió una autorización para levantar fondos en el extranjero y para hacer propaganda en la América Latina, pero yo pedí copia de los acuerdos, más no acepté, y me fui a donde estaba el General Gómez y me puse a sus órdenes, parece que el General Gómez a quien me lo presenté como soldado, que desde hacía 16 años trabajaba por la libertad de la Patria, no me creyó apto para servir como militar y así al recibir el nombramiento de Subsecretario del Exterior me puse en camino y me vine aquí a servir a mi patria.

Después dijo que para él, el hombre más grande de Cuba desde la Revolución pasada acá, era Antonio Maceo y hablando de Gómez afirmó que con toda la energía de su carácter si aplaudía lo bueno del General Gómez, estaba dispuesto a tratarlo severamente si faltaba.

Sus frases, sus ademanes, la manera de mirar y su cara dura, pero sin la belleza del hombre puro, me sirvieron para confirmar el juicio que ya había formado al conocer a este aventurero político.

Dijo que desde hacía 16 años estaba al servicio de la Revolución y olvidaba al decirlo delante de mí, la carta que escribió a Serafín Sánchez cuando éste lo convidaba a secundar los planes políticos de Martí. Entonces dijo que no creía posible la guerra, que la condenaba por impolítica y como hombre de pro decía en esa carta al amigo: no puedo ni debo ocuparme de esas cosas, ya sobre ellas

he *dado mi veredicto*. Pero ahora le conviene, para hacerse respetar y dársela de hombre necesario, sostener que siempre ha sido revolucionario.

El Marqués y los demás del Consejo sabían que este hombre había tratado de anular al honrado Estrada Palma y por esto mismo le dieron las cartas que yo nunca vi y le colocaron en mi lugar para que como Ministro del Exterior pudiera consumar todas sus venganzas.

Y aplaude a Maceo porque se ve conocido por Gómez y teme su justicia y prepara —adulando a Antonio Maceo— la manera de ejercitar algún día su maldad.

Es un miserable y nada más. Pero esos son los hombres que se imponen entre gente ruin que sólo teme al que es bastante infame para clavar el puñal al mismo a quien expresa de la manera más cariñosa y dulce su fingido afecto.

Al despedirse ayer de mí el travieso Portuondo me abrazó y me dió un beso...

Cuidado con Judas, le dije a mi compañero.

No quiero pensar en la noticia de la muerte del General José Maceo.

Siento como pierdo un pedazo de mi alma! lo admiraba como cubano y lo quería como amigo.

Por todas partes me repiten la noticia y yo ya deseo acabar de llegar para saber la verdad.

Si es cierta la noticia, ¡pobre Cuba!

Otro mártir que muere con la gloria que sirvió de santa mortaja al hermano de mi alma!

Peloncitas, 16 Julio

En Loma Quemada en donde acampé para almorzar y saber por donde anda Serafín Sánchez le escribí la carta que copio:

Loma Quemada, Julio 16 de 1896

Ciudadano Mayor General Serafín Sánchez.

Mi queridísimo amigo:

Despachado por el Gobierno voy a encontrarme con el General Gómez.

He intentado verlo pero sé que anda Ud. camino del Camagüey y no quiero perder la ruta que ya llevo.

No puede Ud. pensar cuan honda y triste ha sido para mí la noticia de la muerte de mi digno hermano José Maceo.

Pierdo yo un amigo leal y la Patria pierde a uno de sus primeros guerrero. Su muerte me hace recordar la de Martí! Cuando los necios discutían sus méritos ellos dejan la vida en el envidiable suicidio de la gloria.

No encontré a Pina en el Gobierno: la carta de Ud. se la dejé a Cañizares para que se la dé tan pronto como llegue. De novedades del Gobierno sólo puedo decirle que a propuesta de los Secretarios Hernández y Manduley están derogando todos los acuerdos y las leyes que yo combatí cuando ocupaba mi puesto, pero lo cómico del asunto es que los dos innovadores están tan fuera de la Constitución como las leyes y acuerdos que con razón atacan.

Si mi ayudante Regueira le ha traido sus encargos y tiene los míos, hágame el favor de decirle que se ponga en camino para encontrarme con rumbo a Canastas.

Recuerdos muy afectuosos a Loynaz, Lecito, Vivanco y demás amigos y Ud. mande al más cariñoso y adicto de sus soldados.

Fermín Valdés Domínguez.

Nueve leguas y media anduve antes de almorzar y después, buscando campamento me he andado más de dos y he venido a acampar a la casa de los buenos cubanos que me dieron asilo y buena comida en otra ocasión.

Tengo que anotar una pérdida sensible en la manigua: he perdido mi jarro de tomar agua y café y todo; un regalo de mi buen Amelio Acosta.

Siguen afirmando que José murió, dicen que fué en el Ramón el combate, y que Perico Pérez está herido.

Mañana espero tener alguna noticia segura.

Me decidí a escribir a Serafín porque según todos los informes anda por el Ojo de Agua de los Melones y va con rumbo a San José de la Plata.

Estoy triste: busco la soledad para pensar y para sufrir mejor todos mis sufrimientos.

Cada día me voy sintiendo más solo en la guerra.

Mueren los que quiero y los demás los veo —aunque cerca— ¡tan lejos de mí!

¿Quién sustituirá a José Maceo? Nadie.

Quizás Gómez deje a los jefes de Brigada en sus puestos y a Calixto García como General en Jefe de Oriente.

Periquito Pérez es el más acreedor al puesto que deja José a pesar de su poca disposición como militar, pero es un valiente.

Cebreco y los demás, no sirven para nada. ¿Qué será de mí?

Holguín

San Agustín del Hato,

17 Julio

Después de ocho leguas y media de camino llego aquí en donde me quedo hasta mañana porque el camino está fatal y temo a pesar de no ser las cuatro todavía, no poder andar hoy las cuatro leguas que me faltan para llegar a Sabanazo.

La buena gente —casi pacífica— de la casa en donde me he acampado me ha recibido con amabilidad: las dos viejas están cocinándome de modo que hoy deja los calderos Rafael a manos femeninas que lo han de hacer —de seguro —mejor que él, a pesar de su buena voluntad.

Después de los cumplidos de ordenanza, el amo de la casa me habló de la noticia del día: de la muerte del General José Maceo.

Me dijo que uno de los de la fuerza del General José le había contado como había acaecido la muerte. Iba, dice, José de marcha, cuando la vanguardia se encontró con la fuerza española e hizo los primeros disparos. José, como era su costumbre, espoleó su caballo y pasó a la vanguardia; allí lo esperaban los enemigos y le hicieron una descarga acertando uno de los tiradores a herirlo mortalmente en la frente.

El suicidio glorioso es esta manera de morir. Así murió Martí y para que sea más igual la manera hermosa de caer me dicen que también como Martí, iba José con el revólver en la mano desafiando a los enemigos.

Y yo recuerdo ahora que en la Yaya me contaron que José se separó incómodo de las fuerzas de Rabí porque éste se opuso a dejarle los artilleros que él necesitaba para usar los cañones y por otras necedades.

Herido en su dignidad por el Gobierno que le había impuesto a tres jefes: a Carrillo primero, luego a Mayía y últimamente a Calixto García que no puede llamarse Jefe de Oriente después de llegar cuando la guerra, de este pedazo de tierra cubana ha llevado con sus hombros la Revolución a Occidente; disgustado por las injusticias de los hombres que como Rabí le deben respeto y cariño, fue al combate sin calma y sí con toda la rabia del hombre valientísimo y toda la entereza del soldado de la Patria. Y fue a luchar y a vencer y a escribir su triunfo con su sangre. Y en el bolsillo llevaba la ratificación de sus renuncias y las cartas cariñosas del General en Jefe, y en su corazón todas sus noblezas.

Y al dejar la vida enseña a los ruines, a los envidiosos y a los débiles, como se sirve a los verdaderos intereses de la Revolución y como se cumplen los deberes que a todos impone la Patria.

Me parece que todo está de luto para mí.

Y es que a más de sentir como cubano la muerte del General José Maceo, la he sentido por ser él, uno de los pocos jefes cubanos a quienes les he oído hablar de Martí con respeto y cariño y porque me ha distinguido y ha visto siempre en mí al cubano que sólo ha tenido una aspiración y un solo anhelo: ser cubano antes de todo y sobre todo.

Me parece que me falta con su muerte algo de mi mismo espíritu, y hasta me creo que le falta a mi valor el brazo fuerte que le servía de ejemplo y de apoyo.

Pero ¿qué mayor estímulo para seguir en mi puesto y cumplir mis deberes, que llevar como ejemplo en mi memoria la manera gloriosa de morir mis hermanos en el amor a la Patria: Martí y José Maceo?

Las Bajadas, 18 Julio

Antes de almorzar anduve 6 leguas llegando a Mala Noche a las nueve de la mañana.

También allí me hablaron de la muerte de José Maceo.

De una libreta de Consuelo hice copiar el siguiente pensamiento de Ortega:

A José Martí

No vivimos aislados. Somos un átomo integrante de dos infinitos: el espacio y el tiempo.

La vida no es la vida pequeña y breve que vivimos; es la vida inmensa y perpetua del recuerdo de la humanidad.

Por eso hay muertos que en el mundo viven eternamente, como tú; y hombres que viven en el mundo perennemente muertos como yo.

G. Ortega.

Después de almuerzo volví a la marcha y llego aquí muerto después de haber andado cerca de 7 leguas, de modo que en el día me he metido más de 12 leguas.

Por el camino —antes de llegar a Talanqueras— encontramos al Coronel Reyes y también a Masó Parra: supongo que lo lleva preso Reyes, van para el Gobierno.

Ya no me queda la menor duda de la muerte del noble José Maceo. Reyes, que no miente, me lo dijo y también me afirmó que habíamos tenido catorce bajas, y que entre los muertos uno había sido el Coronel Sánchez, ¿será Francisco Sánchez?

Me dijo también que Calixto anda con Gómez por Maibio.

Y en la Subprefectura de este lugar, que cerca de Pestán y La Yaya, andan fuerzas de Santana.

Allá me dirigiré mañana.

Me indicó el Subprefecto el lugar en donde podía acampar por el pasto para las bestias y me he encontrado con unas parditas de la familia del Sr. Ministro de la Guerra: casi todos los que viven por aquí son parientes del Trinché y también he podido saber que hay ventas de todo por estos lugares: dicen que el General Calixto les ha dado permiso para el comercio y no lo entiendo yo después de las órdenes de Gómez; pero ahora me cogen sin reales los tales comerciantes y no puedo comprar ni un pimiento; pero ya estoy cerca de Gómez y espero que pronto me encontraré en mi Baracoa.

Y me apuro en llegar no sea que otro me tome el puesto, pues lo que sobran en el mundo son los envidiosos y los que todo entienden que se lo merecen.

Para terminar esta nota sólo debo consignar que la gente está compuesta de primos, sobrinas y otros parientes de Manduley, son tan cursis y tan necios como el Señor del feudo.

El cuyo Holguín con 10,000 hombres, como él decía con enfásis de negro catedrático.

Conocí esta mañana en casa de Consuelo a la Señora del Brigadier Rojas y a sus hijos; la mayor es una simpática señorita que se llama Amparo. Todas las familias andan fuera del monte por Mala Noche y por aquí; parece que la llegada de Gómez por estos lugares y los últimos combates en los que los españoles han salido bastante perniquebrados les han dado valor para dejar sus ocultos refugios en el monte.

Ya me parece que estoy tan lejos de Gómez que quizás se va a olvidar de la propuesta de José Maceo. Pero no puedo andar más pronto.

Paciencia, pues. Siempre: paciencia!

Remanganaguas,

21 Julio 1896.

Después de mucho andar llego hoy, temprano, al campamento del General Gómez.

Me ha recibido muy cariñosamente y al saludarnos, hablamos de la muerte del valiente Maceo.

"Quiso recibirme peleando, y no pude verlo —me dijo— pues no bastó para detenerlo una carta en la que en contestación a una suya le decía que me esperara para pelear. Quiso recibirme como guerrero y su valor y su decisión lo llevó a la tumba. Es inapreciable la pérdida que hemos sufrido, y yo he escrito algo sobre él en donde pinto su valentía y su corrección patriótica, pues —a pesar de su carácter y de su poca cultura— se sometió a todas las ridículas exigencias del Gobierno y no faltó nunca a sus deberes como cubano".

Le entregué la correspondencia que me había dado para él. el Marqués y lo dejé leyendo y me fui a acampar en unos palos cerca de él, en el lugar que me designó el Brigadier Rogelio Castillo, su Jefe de Estado Mayor.

Me invitó luego a almorzar y hablamos de las cosas del Gobierno y de otras que se relacionan con los Generales Carrillo, Mayía y Rabí.

De mi asunto poco o nada hemos hablado, pero ya llegará la oportunidad: estoy dispuesto a hacer todo lo que él desee.

Castillo está muy cariñoso conmigo; le he dicho que trate de ver que desea hacer conmigo el General Gómez. Y si aceptará la propuesta que le hizo de mí el General José Maceo.

Estamos acampados a la vista de lo que fue el poblado de Remanganaguas. Mañana —si estamos aquí— voy al cementerio en donde los españoles enterraron a Martí.

Es este uno de los campamentos más alegres en donde he estado en estos tiempos. Se siente aquí la guerra —a pesar de la tranquilidad que nos rodea y es que al lado del valeroso Gómez todos tienen que aprender algo.

En el Gobierno los minutos me parecían siglos; aquí no me importa nada esperar.

Presiento que he de salir de aquí complacido, y que contento he de ir a ocupar mi puesto.

Pero no lo molestaré con impaciencias. Y sabe él que estoy a sus órdenes y esto basta.

Me mandó hoy el General Gómez —para que las leyera— dos cartas: una de Aguilera el camagüeyano del Senado y amigo del Marqués y traidor siempre, y otra suya. La carta del Aguilera es una necia y burda trama para asegurar la nueva zafra: en ella dice que autorizado por Mr. Lee, Cónsul General de los Estados Unidos en la Habana, le hacía las siguientes preguntas: 1ra. Si los cubanos nos conformaríamos con la autonomía del Canadá; 2da. porqué no tomamos un pueblo y otras cosas por el estilo y la contestación de Gómez es la más merecida bofetada al miserable traidor que no ha tenido el talento de ocultar las miserias que inspiran sus frases.

Santa Isabel, 23 Julio

No he podido escribir desde el 21. Pero desde ese día, que marca una nueva época de mi vida, cuantas ideas y cuantas emociones distintas han tenido a mi cerebro lleno de ideas y de cavilaciones, y cuantas han sido también las sensaciones agradables y de duradera alegría.—Hubiera volado a tu lado —mi Asunta queridísima— a darte un abrazo y a contarte mis glorias, pero como no podía moverme del puesto que me señala mi deber, tampoco podía escribir: cuando se sufre un gran dolor, la pena anonada y así las grandes alegrías llenan el alma de ensueños y ponen silencio en los labios y atan la pluma...

Así he pasado los días desde ante ayer pensando en mis glorias y pensando en ti y sin poder dar forma escrita a mis ideas.

Aún no estoy muy en caja; pero algo te he de escribir ahora, aunque el cansancio material me llama a la hamaca.

El 21, pues, almorcé y comí con Gómez y fué conmigo atento y cariñoso.

Por la noche, después de la comida le oí otra vez la relación de sus esfuerzos en Santo Domingo porque Martí no viniera a Cuba y toda la velada nos la pasamos hablando del héroe de Dos Ríos.

De José Maceo y de sus proyectos militares me habló con intimidad: me preguntó por Félix Ruenes y las causas que le habían hecho a José no proponerlo para el empleo de Brigadier y por último al despedirme me dijo:

—Mañana lo despacharé, porque Ud. nos puede servir mucho y más estando, como ya está, compenetrado con todas mis ideas.

No olvidaré nunca esa noche. Hablamos de Martí con calor, de sus días de propaganda, de cómo llegó hasta él Martí y de cómo murió, como por acuerdo secreto de la gloria y de la fatalidad.

No olvido sus palabras, las guardo en la memoria y en otro cuaderno trataré de copiártelas; las tengo, están escritas para siempre en mi corazón, y no olvido con cuanto orgullo después de recordar a los que lo vendieron o lo engañaron o intentaron ultrajarlo, me dijo: —Por lo que hablamos veo que Martí no tuvo en su vida más que dos amigos: Ud. y yo.

Al día siguiente me mandó con uno de sus ayudantes la carta el General García que te copió Pinto.

Pasé a darle las gracias y satisfecho de su obra me miró con cariño y me dijo:

—La ha leído? Le ha parecido bien?

Le dí mi más franco y sincero testimonio de gratitud ofreciéndole hacerme digno de su confianza, y me dispuse a cumplir sus órdenes saliendo enseguida en busca del General García.

—No se apure, saldrá después que almorcemos y hablemos un poco de los asuntos que se ocurran, comiendo se habla y vienen con facilidad las ideas.

Me separé de él en aquel momento loco de contento y fui a dar la buena nueva a mis queridos Pinto y Escobar, luego vi a Rogelio Castillo y me parecía que todos gozaban mi alegría y, más hermoso aquel campamento.

Remanganaguas, 22 Julio 1896.

General Calixto García:

Estimado amigo:

Ya puede Ud. imaginarse cuanto me mortifica la situación de espera a que me ha condenado la torpe disolución de la concentración de esas tropas que también le traen a Ud. rompiéndose el alma por esos picachos, reuniéndolas de nuevo.

El Coronel Valdés Domínguez, va a ponerse a sus órdenes, nos puede ayudar mucho y principiemos porque Ud. le dé una comisión para Baracoa, huérfana de un jefe bueno.

Es mi opinión que Valdés puede hacerse Jefe de Baracoa, adelantándose a la orden oficial que lo ha de poner en propiedad en ese destino, y digo así, porque como es un Jefe nuevo, que nos puede dar magníficos resultados, no debemos exponerlo a que sufra desdenes de nadie por su colocación impremeditada.

Sabe Ud. como yo, las ambiciones y las aspiraciones de los nulos y los necios que los hay en todas partes, y es cuerdo que para no tener que conjurarlas, es mejor evitarlas, y el mejor modo, para que no lo molesten ni a Ud. ni a Valdés, es ese que le indico.—De esta manera y compenetrado él de nuestros propósitos, hará de manera que casi lo pidan en Baracoa para su Jefe.

Dele pues orden para una escolta, y comisiónelo para desenterrar los depósitos y secretos del buen José, pero con órdenes precisas que lo revistan de prestigio, autorizándolo a recibir expediciones, etc., etc.

Las últimas noticias: Campamento de Pico Tuerto, Sancti Spíritus, Teniente muerto por la guarnición y esta incorporada a nosotros con armas y 5,000 tiros. No confirmado que Weyler y Arolas se van y viene Polavieja. Trocha Mariel casi abandonada. Del General Torres no sé nada, hoy le escribo. Para entretener el ocio preparo un golpe, no sé si cuajará.

Dios ayude a Ud. para que me ayude Ud. a mí a dar empuje a esto, que es una lástima que por encima de la muerte de José Maceo no hubiese mucho ruido y mucho humo de pólvora, para que el mundo vea que es peor y más malo para España que aquí caiga un héroe, porque aparecen cien. Suyo afectísimo General y amigo.

Máximo Gómez.

General Calixto García. Con el pie en el estribo Valdés, recibo su carta de Ud. desde Jarahueca. Venga para acá pronto. Llamemos al enemigo para el Centro donde le *cueste.*

Deje ese Guantánamo, para que Ud. lo acabe después y organice.

Acabaremos con ese comercio que nos enerva las energías del Ejército. Voy a dictar una orden, poniendo en vigor riguroso mi circular del 1ro. de Julio.

Desde ahora y por allá, de Ud. sus órdenes a ese respecto.

Valdés nos ayudará a todo eso. Déle sus órdenes. Le agradezco la esquela de mis hermanos.

Venga con la gente que pueda aunque no sea mucho. Suyo Gómez.

Ciudadano Rafael Portuondo.

Cumpliendo las órdenes del General Gómez le he recogido a Arias el título provisional que le di cuando lo encargué de la comisión de confianza de la Cartera del Exterior que tan a satisfacción de todos desempeña. Como no es posible que sirva al mismo tiempo el puesto de Prefecto te verá, o caso de no poder ir te mandará esta carta. Yo creo que tú debes influir porque se quede desempeñando nuestra comisión y a la vez no como Prefecto y sí como Inspector de prefecturas, preste sus servicios en el ramo civil y pueda tener a sus órdenes alguna fuerza armada.

Ocúpese pues de esto con interés que es importante, pues no debemos perder la estafeta que ya ha prestado muy buenos servicios.

Le he hablado al General Gómez de tus proyectos de vigilancia de las costas y como esto le pertenece, me dijo que con gusto leería todo lo que sobre este asunto quisieras escribirle y que de acuerdo contigo emprendería esos trabajos tan necesarios sobre los cuales ya llevo yo mis instrucciones como Jefe de las fuerzas de Baracoa y serán unos de los trabajos de que con preferencia he de ocuparme tan pronto llegue.

Ya sabes pues, a donde voy, y allí como donde quiera que esté, está más que tu amigo, tu hermano. Valdés Domínguez.

Cauto Abajo, Julio 23-1896.

Pido perdón porque me he visto obligado a montar tu caballo porque el mío no pudo más: de Baracoa te mandaré una hermosa mula; que los Ministros deben cabalgar en monturas que no fallen. Vale.

Ciudadano Brigadier Santana.

Cauto Abajo, Julio 23-1896.

Estimado amigo.

He sabido que el General Calixto García ha puesto a sus órdenes a cuatro expedicionarios del Coronel Portuondo a quienes había dejado esperándome, en la Prefectura de Cauto Abajo; a reserva de que reciba Ud. la orden del General García y para que no estén impacientes los dichos expedicionarios, hágale presente que les espero para que me acompañen a Baracoa en donde me ofrezco a Ud. como Jefe de su Brigada. De Ud. afectísimo amigo. Fermín Valdés Domínguez.

Después del almuerzo en el que todo fué cordialidad, mandé preparar para la marcha y antes de montar volví al ranchito de yaguas en donde estaba el General Gómez.

Me dio a leer una carta de Calixto que con una pareja le había mandado desde Jarahueca, y luego escribió el papelito que también te copio.

—Descansaba en su hamaca y se sentó para escribir.—

—Ni descansar se puede! me dijo el noble viejo y le extendí la mano para despedirme y reiterarle mi agradecimiento. Me despidió con estas palabras:

—Ni a mí ni a Calixto le tendrá Ud. que agradecer el puesto que tenga en la guerra, ese ha de ser obra suya; trate de no hacer innovaciones que lo perjudiquen y siga simpre por el camino que marca la justicia.

Y monté.

Dormí anoche en Salvadera y después de almorzar en Cauto, desde donde escribí a Portuondo, llego aquí cansado y con todas las esperanzas que me curan todas las enfermedades...

Dicen que andan soldados españoles en persecución de Calixto y me dan consejos sobre el camino que debo llevar porque ando con gente desarmada, pero por mi buena estrella encuentro aquí al Alférez Vitaliano, mi antiguo compañero, que como buen práctico me sacará sano y salvo.

Ya soy lo que tanto ansiaba: soldado de mi patria. Quiéreme más.

Fermín.

S.S.(*)

No. 21

Mayarí

Joturito, 24 Julio 1896.

Después de dormir en Santa Isabel salí esta mañana muy temprano trayendo como práctico hasta Jagua, a más de Vitaliano a un pobre viejo, caballero en una yegua tan flaca como cansada. Como llegué a Jagua a las 9 no quise parar para hacer de almorzar y pedí práctico para seguir hasta aquí: el mismo Prefecto Grimón me acompañó hasta que dejó en camino a Vitaliano. De Santa Isabel a Jagua el camino está infernal y de Jagua acá *por lo consiguiente.* Pero el paisaje es hermoso, a pesar de los fangueros corre tranquilo entre enormes lajas por Jagua, el río la Candelaria y aquí el Joturito menos pedregoso, pero más ancho y caudaloso. Y aquí acampado en la misma casa en donde murió el modesto patriota Guillermo Moncada esperaré el día de mañana para ver si puedo llegar hasta Jarahueca: allí podré saber —si como dicen ya no está allí— a donde he de encontrar al General Calixto García.

Hablaba yo con Gómez del último abrazo que le di a mi Martí allá en el Cayo: en aquel abrazo tan largo y tan cariñoso en el que mis lágrimas se unieron a sus lágrimas.

Emocionado y elocuente tomó la palabra el digno jefe de nuestra Revolución:

En los primeros empeños revolucionarios no estuvo Martí con nosotros, o mejor dicho con Maceo, y quedamos separados, yo viviendo en Santo Domingo de mi trabajo y él trabajando en Nueva York, y así pasó el tiempo hasta que surgió en Tampa y el Cayo el Partido Revolucionario, gracias a sus titánicos esfuerzos. No se atrevió él a dirigirse a mí y recibí una carta suscrita por los amigos del Cayo en la que me preguntaban mi opinión sobre la noble propaganda de Martí. Les contesté que estaba en mi puesto como revolucionario y que mi espada estaba —como siempre— al servicio de la lucha por la independencia de Cuba: me anunciaron la visita de Martí y yo me apuré en manifestar que sería muy bien recibido: mi familia estaba en Santiago de los Caballeros y yo en una finca a 19 leguas de la población en donde estaba solo con mis trabajadores. Encargué a mi familia que tan pronto como llegara Martí me man-

---

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja No. 273, No. 1.

daran un propio anunciándose su llegada, —porque no había telégrafo ni otra manera más rápida de comunicación—. Martí llegó y mi familia lo recibió con todo el afecto que él despertaba en todas las almas.

Cuando supo que yo no estaba allí y que iban a despachar un propio en busca mía, se opuso a ello, pidió caballo y un guía para ir a mi finca y emprendió el largo viaje sin detenerse a descansar. Cuando Martí hacía esto acababa de pasar una enfermedad grave y aún estaba enfermo y débil; pero su voluntad era de acero.

Ya era de noche y como todos los días había despedido a mis trajadores y ya estaba acostado y siguiendo mi costumbre, había dejado baja, pero encendida mi lámpara de petróleo. No dormía todavía y sentí pasos de caballos que se fueron acercando hasta que llegaron al patio de mi casa: me sorprendí, pensé en alguna novedad en mi casa y me levanté para dar más luz a mi lámpara; pocos momentos después sentí que me tocaban en la ventana de mi cuarto y que alguién me saludaba desde afuera, corrí a abrir la puerta y recibí en mis brazos a mi amigo queridísimo. No sé de cuantas cosas hablamos, pero sé que nos entendimos al momento, y aquella noche quedó firmado el pacto que selló para siempre —con sello de gloria— al caer como héroe y como hombre en Dos Ríos. Le hice cenar en mi compañía: mandé a prepararle un bocado en la casa de una buena amiga mía de la vecindad y después nos acostamos en mi mismo cuarto; el ocupó la cama de mi esposa que estaba arreglada como ella la había dejado a ir a la ciudad y yo acerqué la mía a aquella, para poder continuar nuestra charla desde las camas: nos sorprendió el día sin haber podido dormir. Al día siguiente le propuse que se quedara unos días conmigo para que descansara de sus trabajos y repusiera su salud ya muy quebrantada, me dijo que no podía porque tenía necesidad de estar pronto en Nueva York. Debía él ir a la capital y un día después salió para allá con cartas mías y ya Ud. sabe como fue recibido y la duradera y buena impresión que hizo entre cubanos y dominicanos.

Desde entonces siempre hemos estado unidos y juntos hemos trabajado por preparar la revolución redentora.

Después me dijo:

—Mucho tuvo que sufrir y muchas fueron las horas de pena que pasó luchando con sus anhelos, con las vanidades y las cobardías de los suyos y llevando en su alma la honda pena de no poder haber encontrado, a pesar de todos sus merecimientos y de todas sus vir-

tudes, amor y consuelo en la casa paterna y menos en el hogar que él formó para nido de sus amores.-

Y fué entonces cuando me dijo:

—Creo que Martí no tuvo más que dos amigos leales: Ud. y yo.

Acaba de publicar Gómez en el último número de "El Cubano Libre" un hermoso artículo que copiaré o pegaré aquí: no puede escribirse nada más bello ni más hermoso sobre las muertes de Martí y José Maceo: he leído ese artículo varias veces y cada vez me parece que después de él ya no se puede escribir ni una frase más. Es la patria la que habla por sus elocuentes labios.

Y te escribo estas líneas esta noche para mí memorable: hoy hace un año que pisé tierra cubana.

Un año de sufrimientos, un año de penas que ofrezco a mi Patria.

En todo ese largo tiempo no he recibido ni una letra tuya: estoy vivo y dispuesto a merecer la vida que aún me han dejado los españoles, pero llevo como fardo tristísimo mis soledades...

Todos los compañeros celebrarán alegres el aniversario, yo he acampado en este rincón cerca del lugar que me recuerda la muerte de un valiente, para pensar en tí y para dejar con mis láglimas la protesta más ardiente de que hoy como ayer, y como siempre, sólo hay en mi alma y en mi corazón un dogma que sólo me hace ver dos ideales en la vida:

Mi patria, y tú, mi Asuntica del alma!

Joturo Arriba, Julio 25.

Esta mañana dejamos a Joturito. Paré para almorzar en El Sitio de Sabanilla de Viñapañes: me disponía llegar hoy hasta la Ensenada, pero el agua me ha hecho acampar aquí. De paso por La Florida, cambiamos caballos y nos hicimos de monturas de una fuerza de caballería que desmontó el Coronel Planas; ya tengo frenos de cuero curtido en la manigua y montura remontada también en el monte.

Hemos sentido descargas y cañonazos y nos dicen que el General García pelea desde ayer por el Ramón. Mañana veré si puedo hacerme de unas parejas armadas para seguir mi viaje. Ya deseo llegar y entregar mis cartas de Gómez para Calixto.

En la *noche en que Gómez me habló de Martí en los términos que* ya he escrito, volvió a contarme como se había decidido Martí a venir a la guerra. Aunque ya en una de mis libretas te he recordado sus palabras en la noche inolvidable para mí en la que hicimos una marcha larguísima después de la batalla de Mal Tiempo, quiero apuntar sus palabras ahora, pues a más de ser el cuadro que ahora me hizo más acabado, y completo, temo que se haya perdido la libreta en que dejé mis apuntes de aquellos días: fué una de las que te he mandado.

Así me habló Gómez:

—Quiero contarle lo que pasó para que se decidiera Martí a venir conmigo. —Un día Paquito Borrero me dijo: General, pienso que debemos oponernos a que Martí vaya a la guerra; aquí en el extranjero es donde es útil, y Collazo, él y yo nos unimos para decidir a Martí a que se quedara, y —al cabo— después de mucho discutir lo conseguimos: ya tenía arreglada la maleta y esperaba la llegada de la embarcación que lo había de llevar a los Estados Unidos.

Esperando llegó, antes que el día de su partida, vapor de Nueva York y en él, correspondencia y periódicos para todos. Cada uno cogió un paquete y se fué a leer sus cartas y periódicos: junto al corredor de mi casa que era el lugar en donde nos encontrábamos en aquellos momentos, estaba el cuarto de mi Señora: me había llamado ella para hablar de algún asunto de familia y yo me había sentado en su cama conversando así con ella. Hablaba yo con mi esposa, cuando vimos a Martí que desde fuera me llamaba: entre Martí, le dije, y allí al lado de mi mujer que tanto lo quería y que sabía cuanto trabajo nos había costado convencerlo de que no debía venir a Cuba, lo oyó cuando me hablaba mostrándome el número de Patria en que se publicaba un telegrama de Figueredo, de Tampa, en el que se afirmaba que él y yo estábamos ya en Cuba.– Después de esto, me dijo, mi deber me obliga a acompañarlo a Ud. En vano traté de convencerlo de que no debía ocuparse de esas cosas, y que, a pesar de ellas, no debía menearse de su puesto en Nueva York.–No puedo yo volver allí con prestigio alguno después del fracaso de Fernandina y de lo que ahora publica este periódico: iré con Ud. –Ni las frases cariñosas de mi esposa, ni las excitaciones de

Paquito Borrero y de Collazo, pudieron hacerlo variar de juicio, y yo dejé de insistir porque conociendo su valor y su entereza y patriotismo, juzgué inútil todos mis ruegos y pobres mis más razonados argumentos en contra de su opinión. Y vino para acabar gloriosamente su campaña.

—Y de los días aquellos en que llegó Martí a Santo Domingo, después de haber delatado cobardemente la salida de los vapores de Fernandina el miserable López Queralta, guardo yo recuerdos imborrables para mi memoria. Al llegar Martí le pregunté con cuanto dinero contaba en aquellos momentos, me dijo que sólo tenía dos mil pesos; yo le contesté: yo tengo tres mil y con esto tengo para ir a Cuba dentro de pocos días; no podemos llevar las armas y los elementos que había Ud. preparado para el Baracoa, Lagonda y el Amadis, pero yo llevaré la guerra y allá se hará lo demás. No quise hablar con él de esto en todo el día de su llegada; había sufrido mucho y aquel corazón necesitaba vivir algunos instantes sólo en el cariño de sus amigos y sobre todo de los amigos que como yo sabían estimarlo. Por la noche salimos a pasear, y ya tarde por la Plaza de Armas le hablé de cómo pensaba realizar mi viaje acompañado de unos cuantos amigos, pues ya no era posible mover sin compromiso a toda la gente que tenía yo acuartelada y dispuesta para ocupar su lugar en el vapor que debía haber venido a buscarme.

Y también hablamos del miserable Manuel Mantilla. Bien sabía el buen Martí todo lo malo que era Manuelito, pero —como él era tan bueno— y pensaba que hasta los malvados son capaces de redención, al verlo trabajador en Fernandina, ya lo supuso curado y bueno, y por eso me escribió la carta en la que me lo presentaba ya limpio de culpas y hombre de todas sus confianzas. Pero esto tiene además otra explicación. No encontró Martí más amor —que el puro de la casa de Carmita y la adoración por ella y por sus hijos lo llevó hasta el extremo de olvidar las faltas incurables del ruin Manuelito y estimarlo y quererlo a su lado para así no sentirse tan alejado de aquel rincón tan hermoso en donde en días de orfandad terribles él pudo hallar calor y amor bueno y santo.

Murió quizás sin saber que Manuelito fue un traidor y un miserable que no supo apreciar todo el valor de la confianza que en él puso y como explotó su posición envidiable y alta para caer en la furnia de donde ya no ha de salir nunca.

Quiero tanto su memoria y la respeto y venero tanto, que sólo sé sentir que este miserable pudo haber impedido que yo hubiera desembarcado con él.

Y hablando de Carmita le repetí a Gómez lo que ya más de una vez he dicho:

—No permito que nadie quiera manchar la vida pura y casta y limpia de Martí diciendo que por una querida abandonó a su esposa. La esposa egoísta y vil fué la que llevó al hogar el veneno, la que le enfermó el alma con sus miserias, la que le arrebató a su hijo, y cuando él se quedó solo y enfermo y pobre —porque todo cuanto con su trabajo ganó lo dejó en las exigencias de su Carmen, no tuvo más consuelo que aquella santa que tuvo para él todos los cariños, que fue su madre y su hermana, y que comprendió con cuanto amor había que amarse a un hombre como Martí. No es él pues, responsable de haber caído en los brazos de una mujer como Carmita, la culpable fue su esposa que nunca supo comprenderlo y menos amarlo. No fue pues, Carmita, una querida; fue un ángel que Dios puso en su camino para sostener y dar vida a aquel genio que sin ella no hubiera podido vivir.

Yo no olvido que, hablándome él de estas cosas indirectamente, pues ni a mí que era su hermano le parecía que debía comunicarlas, me dijo: "Y cuanto hay que querer a la que dada la situación en que yo me encuentro hace el sacrificio de sufrir con valor los juicios de la sociedad que no sabe apreciar las grandezas y está dispuesta a descuartizar —con la lanceta de la crítica y de la murmuración— los corazones y las almas más puras y más buenas".

Guantánamo, Peladeros, 29 Julio.

Ayer llegué aquí después de un viaje largo y pesado. Durante el camino que queda en mi diario, he pasado muchos malos ratos y la fiebre me ha quitado hasta la fuerza para escribir. Por todas partes me acompañaba la soledad de mi espíritu: ¡me parece que todo lo encuentro tan vacío desde que falta José Maceo para llenar con sus heroísmos esta hermosa tierra de Oriente!

Para poder llegar he tenido que pasar montes y ríos y caminos intransitables. De Joturito fui a la Ensenada y de allí a Jarahueca, Monte Oscuro, El Hondón, Jurisdicción y este lugar en donde escribo.

Mi pobre mulito Panchito no pudo más; tuve que dejarlo en Jarahueca con Escobar y Generoso: allí también quedó mi buen caballo alambrado.

En Joturito me dio la primera fiebre, pero en La Ensenada fué más fuerte: por ella tuve que quedarme allí todo el día, pero mis palúdicas tienen la forma intermitente, al día siguiente, que tras de antier, ya pude seguir mi viaje: a las 6 emprendí viaje; sólo descansé para almorzar y cuando llegué a las 6 de la tarde a Jurisdicción me atormentaba un dolor terrible en el cerebro, pero no por eso me quejé ni detuve la marcha por lomas altísimas.

En la Ensenada pedí al Comandante [espacio en blanco] una pareja armada: con ella he llegado hasta aquí.

Como a las 9 de la mañana saludé al General Calixto García y le entregué las cartas del General Gómez: ya la noche antes, desde Jurisdicción, le había anunciado mi llegada.

Me recibió con frialdad; leyó las cartas, no me dijo nada de ellas, siguió pelándose, pues en esa faena lo encontré y me hizo sólo la pregunta tonta de donde había dejado a Gómez. ¿A qué preguntarme esto cuando las cartas que acababa de leer estaban fechadas en Remanganaguas? Comprendí que estaba violento y yo resolví el punto suplicándole me mandara indicar quien era el Jefe de día para que me señalara el lugar en donde debía acampar. Llegué a mi campamento que es una vieja casita de cujes y embarrado colocada en un hoyo de este gran cafetal. No pasé mucho tiempo sin que la fiebre me visitara y con más furia; dicen que este lugar es calenturiento, pero en mí hay además las marchas y los disgustos. Y tan fuerte fuè que no pude dejar la hamaca en todo el día, y para no faltar a mis compromisos con el General Gómez le escribí una cartica —que copia Pinto— a Menocal para que me disculpara con el General García.

Amigo Menocal: Desde que llegué estoy en la hamaca con fiebre, pero la enfermedad será solo de hoy, pues con quinina y reposo estaré curado. Discúlpeme con el General, pues tengo tanto que hablar con él por encargo del Mayor Gómez; mañana cumpliré sus encargos, pero si es indispensable que vea yo hoy al General, hágame el favor de indicármelo para ir allá a pesar de la fiebre. Mande a su adicto amigo. Valdés Domínguez, Julio 28/96.

Hoy he amanecido sin fiebre, pero débil y malo. Sin embargo, monté en mi mula y fui a ver al General García.

Pocos momentos después de mi llegada a su campamento me dijo que estaba a mis órdenes, pero antes que yo le hablase me dijo:

—Ante todo debo manifestarle que ya las comisiones que me indica dé a Ud. el General Gómez, las tengo dadas a los coroneles Francisco Sánchez y Demetrio Castillo y que respecto de Baracoa ya he convenido con él los Jefes que han de ir allí.

Luego me dijo que Demetrio iría a Baracoa y después se detuvo a juzgar la mala situación militar en que se encontraba Baracoa juzgando necesario que un Jefe de alta graduación fuera allí a hacer justicia, porque allí se han cometido y se cometen robos y asesinatos que hay que castigar. Allí, me decía, hay coroneles a los que hay que juzgar en Consejo de Guerra y fusilar, y allí no hay ni Jefes de igual graduación para formar esos consejos.

No quise argumentarle una palabra: comprendí desde sus primeras frases que no ha nombrado a nadie todavía Jefe de Baracoa pero que yo no soy hombre de su camarilla.

Me dijo también que ayer había mandado a un ayudante al General Gómez a fín de que este resolviera el punto. Le manifesté entonces yo que para no perder mi tiempo me pondría en marcha hacia el Cuartel General de Máximo Gómez, con lo que no estuvo de acuerdo, pues podía suceder que su ayudante trajera de la orden de darme las comisiones que indicó en su carta y suceder entonces que no pudiera darle cumplimiento por no estar el comisionado en el campamento y terminó diciéndome:

—Mañana salgo en dirección del General Gómez de modo que yo creo que lo prudente es que Ud. siga conmigo.

Dejo mis comentarios para después de almorzar.

Ciudadano General en Jefe Máximo Gómez

Mi respetable amigo:

Con sus últimas palabras en mi corazón y con el recuerdo de sus bondades en la memoria, llegué ayer a este campamento y le entregué al Mayor General Calixto García las cartas y papeles que para él me confió.

Hoy hemos hablado y me dice que ya ha dispuesto quienes han de ser los que desempeñen las comisiones que Ud. creía podían ser mías.

Me dice también el General que ayer mandó un ayudante para poner estos hechos en su conocimiento; quise yo enseguida ponerme

en camino hacia su cuartel general pero no me lo permitió el General Calixto, manifestándome que mañana emprendía viaje con dirección a donde Ud. se encuentra y que quizás por el camino tendría conocimiento de sus resoluciones, puesto que a pesar de las medidas que él había tomado y de las comisiones que había dado, estaba dispuesto a cumplimentar sus órdenes, no siendo la que yo había traído más que una indicación particular.

Cumplo el deseo del General Calixto García y sigo pues con él.

Sabe Ud. que como hermano de Martí y discípulo suyo en el amor a las grandezas de la Revolución, si tengo vehementes deseos de servirla, no tengo ambiciones. Cedí a Hugo Roberts mi puesto en la invasión para evitar competencias personales y estoy dispuesto a ceder el lugar que Ud. me indica aquí y que ya me designó, antes de morir, mi valiente amigo José Maceo: sentiría venir aquí impuesto y sobre todo contra la voluntad de un Jefe para mi tan querido como el General García.

Lugares hay para los que como soldados venimos a servir a nuestra Patria; en cualquiera de ellos me encontraré muy honrado.

Reiterándole mi estimación y respeto y el placer con que estoy dispuesto a cumplir sus órdenes, le ruego vea en estas líneas la sinceridad del amigo y respeto del soldado. Fermín Valdés Domínguez. Peladeros, Julio 29/96.

Ya estoy tranquilo. Le he escrito al General Gómez lo que debía escribirle y ahora sigo en la espera eterna y en la eterna lucha con las pasiones ruines y con las ambiciones de tantos hombres que siendo grandes por sus virtudes patrióticas, los empequeñecen sus vanidades.

Ojalá que mi carta llegue antes que Gómez conteste a la embajada que le mandó ayer el General García; pero si llega después poco me importa; iré hasta él y allí se arreglará todo.

Me parece que Calixto no olvida que yo le escribí una carta en la que le hacía ver las razones que tenía el General José Maceo para llamarse Jefe de Oriente y en la que le hacía notar las faltas cometidas por el Gobierno; esa carta tan sinceramente escrita por mí, parece que me ha enajenado su afecto. ¡Nos abrazamos al vernos con tanto cariño y me pareció que él me recordaba con gusto y entusiasmo!...

Si es así, lo siento por él.

Pero de lo que no me queda duda es de que la carta de Gómez en la que me presentaba tan cariñosamente le sentó mal.

No debo ni quiero pues, quedarme a su lado ni bajo su mando.

Quizás *esté escrito* que no debo ir a Baracoa. Si así no debe ser, no iré *pues*. Ayer cuando me sentí con tanta fiebre le decía a Pinto:

¿Me iré a morir antes de llegar a Baracoa?

Ahora ya no pienso ni en morirme ni en ir a Baracoa; iré a donde deba ir y basta.

No pasó para mí desapercibido un juicio del General García sobre las determinaciones del General Gómez.

—No es posible —me dijo, que pueda arreglar un cuerpo de ejército como éste, tan falto de organización y que a la vez me mueva hasta el punto en donde él se encuentra.

Me parece que se quiere erigir en un pequeño dictador por estos campos orientales. Ya veremos.

Su Cuartel General es numeroso. Collazo y Menocal y Hevia, el Dr. Vieta y un grupo numeroso de ayudantes y agregados.

Como en todos los lugares en donde hay muchos hombres sin ocupación no faltan algunos que maten el tiempo inventando historias y *chismeando.*

Por fortuna estoy lejos de ese centro. Mi campamento está solo e independiente.

De los ayudantes del General José sólo está con Calixto el expedicionario Javier López encargado del archivo de aquel.

No he visto que se hayan tratado de buscar los papeles del General José, pero no me meto en estas cosas porque ya me dijo Calixto que tiene a los ayudantes Valiente y Thomas encargados de todo esto.

Pero a pesar de los encargos no sé que —hasta ahora— se haya hecho más que repartirse los caballos y hasta las polainas del buen José que trae López.



Me dijo Calixto que respecto de los depósitos de parque, indicara si yo sabía de alguno, le contesté que sin elementos para buscarlos nada importaba que yo dijera por El Ramón, por la Pimienta o por otros lugares.

No me pone en condiciones de poder llegar con prestigio y autoridad a los que me pueden llevar a los lugares en donde están ocultas muchas cosas. —A que hacerme pues, la pregunta?

Son estas, caídas de nalgas, y se debe caer siempre como dice Víctor Hugo, de rodillas.

Pero lo mejor es no caer. Es la mejor manera de conservar sanos los huesos.

No sé por qué, pero me parece que los descontentos de José son hoy los que andan en el candelero y los amigos leales, sus compañeros en valor y en patriotismo se les da de lado.

Esta no es más que una suposición del momento, que tendré mucho placer en rectificar.

Pregunté esta mañana a Collazo quien mandaba el Regimiento José Maceo, y me dijo de Pancho Sánchez por ser más antiguo que Lorencito, y que éste mandaba un batallón. Valiente y Thomas y Ducureaux son los otros Jefes.

Me dijo ayer Mendizábal, el ayudante o escribiente de Menocal que el último combate por estos lugares fué bueno, pero que el General García no le daba importancia quizás obedeciendo a planes políticos que se reservaba. Lo cierto del caso es, que antes de llegar la columna de Guantánamo a donde estaba el General García con sus fuerzas, ya la había batido, al paso, durante dos días, con las suyas, el General Periquito Pérez. A la columna de San Luis fué a la que tuvo que hacer frente y pelear con ella duro. De modo que en este combate han habido dos partes: la primera en la que toda la gloria fué para Periquito Pérez, y la segunda en la que éste y Calixto dirigieron la pelea.

No se sabe aún cuántas fueron las bajas del enemigo, pero se supone que fueron muchas porque las columnas españolas dividieron sus heridos para no llevarlos todos al mismo punto.

Nosotros hemos tenido veinte y pico de bajas, y, entre estas, seis u ocho muertos.

Cuando le dictaba a Pinto la carta al General Gómez se sonrió cuando escribía esta frase refiriéndome al General García:

"Un Jefe para mi tan querido".

La escribí para que supiera el General Gómez que no tengo ninguna inquina de ninguna especie contra el General García y que es, por el contrario, hombre que respeto y quiero por sus altas virtudes patrióticas.

Quisiera hoy escribir mucho, pero no puedo. La fiebre de ayer me ha dejado muy débil y hoy apenas he tenido ganas de almorzar, además con la acémila se quedó en Jarahueca mi mesa y tengo que escribir en la hamaca y sobre una tabla, y a cada momento tengo que suspender la agradable y consoladora tarea, porque me obliga a ellos un fuerte dolor en la columna vertebral que me vuelve loco.

Y ¡siento tanto no poderte escribir hoy mucho!

La soledad de mi casita y mi enfermedad y todo lo que me pasa por querer servir lo mejor que puedo a mi pobre tierra, me llevan hasta donde tu estás para preguntarte, con el alma y con el corazón:

¿Te acuerdas de mí, Asunta queridísima? ¿Me amas con la fé conque yo te amo?

Ya mi pobre compañero Pinto está con fiebre, yo sordo por la mucha quinina en polvo y sólo con agua, porque no tengo conque endulzarla, creo que hoy me salvo; quizás mañana, que creo estamos de marcha, será para mí día de prueba; pero recordaré las fiebres que he pasado a caballo allá en Colón y Matanzas.

Satisfecho estoy en mi puesto, pero ¡qué triste vivo!

Oh! sólo quiero la gloria de haber peleado y sufrido por conseguir la libertad de mi patria para podértela ofrecer, para poder llegar con la frente alta y merecer, para tí, el respeto y el cariño de todos: sin tí, que eres mi cielo, no apetecería hoy más gloria que la de acabar la vida como Martí y José Maceo.

El suicidio de la honra.

Pero tu me haces pensar en la dicha, en tu amor, en tus ojos, está mi felicidad, y, a tu lado, la única corona: tus brazos; y el único premio, si alguno puedo yo merecer: tus besos de virgen.

Me dijo esta mañana el General García que temprano saldríamos mañana, pero, o ha cambiado de opinión, o no quiere hacer pública su marcha porque la "orden del día" dice "acampados"

Pensé, de momento, suplicarle que me permitiera adelantarme para recoger mi acémila, unirme a Escobar y esperarlo en Jarahueca; pero me decido por seguir esperando y no tener que deberle ninguna atención.

Si a Demetrio Castillo lo nombran para Jefe de Baracoa, veo en esto la mano del Presidente.

Cuando fuí al Gobierno ahora, dijo hablando con Padró, pero para que yo lo oyera:

—¿Y Demetrio? ¿Ya está al frente de la Brigada de Baracoa? Maceo me indicó que lo pondría en ese lugar.

Yo me contenté con decirle que Maceo sólo había pensado hacerlo Coronel y darle el mando de uno de los regimientos de Baracoa.

Mentía el Marqués cuando hablaba así: nunca le dijo nada Maceo sobre el nombramiento de Demetrio como Jefe de Baracoa, lo único que hubo en esto fué que cuando yo fuí llamado al Gobierno para desempeñar a la fuerza la cartera del exterior, iba conmigo Demetrio llamado por el Marqués para darle una comisión para que fuera al extranjero a mandar expediciones, y como se hablara de esto en presencia mía yo le dije que era un mal separar a Demetrio del lado de José Maceo, porque éste lo estimaba mucho y lo quería como Jefe por ser blanco.

Maceo nunca pensó darle la Jefatura de las fuerzas de Baracoa, fuí yo el que para determinar a Demetrio a decidirse y que aceptara el puesto que le ofrecía José le dije que seria al fín el Jefe de la Brigada y le hablé en este sentido al General José, quien no me puso obstáculo ninguno para que pudiera yo pensar que no conseguiría Demetrio lo que yo —conociendo al General José— me había atrevido a ofrecer en su nombre.

Demetrio no fué a Baracoa, no estaba en la fuerza, andaba majaseando y contrayendo nuevas bodas por Monte Oscuro y José no pensó más en él.

Esta es la verdad.

El Marqués no puede *pasarme;* le escribió a Padró diciéndole que yo era pernicioso en Oriente. ¿Qué extraño es que ahora, para mortificarme y oponerse a mis deseos, le haya escrito a Calixto García repitiéndole la mentira de que Maceo le había dicho que Demetrio era el que él indicaba para Jefe de Baracoa?

¡Qué triste es apuntar miserias!

Yo no sé herir por la espalda, pero de frente sí he de atacar —en cuanto pueda— a muchos miserables.

Ahora la Revolución me ordena sufrir y callar, pero —contigo a solas— sí debo escribir. Y, si muero, pido que mis apuntes, —que son los que quedan en esta mi carta larguísima—, se publiquen.

Yo que en todo me fijo sin aparentar que veo, noté esta mañana que cuando Calixto me llamó aparte, todos se fueron a un lado y ninguno me preguntó después como vengo y que destino traigo. Esto me demuestra que ya se ha hablado y comentado mis autorizaciones y las órdenes que traje del General en Jefe.

Ordenes que Calixto y por lo tanto sus [ilegible] entienden *particulares* y no *oficiales*.

Ya sobre estas cosas he formado mi criterio.

En la carta a Gómez ya le digo todo lo que él debe saber por ahora; cuando lo vea le diré lo que no debo escribir.

Y a Calixto —en la primera oportunidad— le haré presente que si en la marcha recibe alguna orden del General Gómez confirmando mis nombramientos, yo le suplico que nada resuelva hasta que no lo veamos, pues ya yo le he escrito indicándole que no modifique las determinaciones que —según me dijo— había tomado ya.

Y punto final.

---

30 Julio

Otro día en Peladeros. Por lo visto no salimos ni mañana, quizás.

Son las ocho y media y aún no me ha entrado la fiebre, pero no tengo confianza a pesar de haber tomado mucha quinina, no me siento el cuerpo bien.

Pinto se asombraba de como tomaba yo la quinina con agua sin dulce, sin hacer muecas. Le dije entonces yo:

—Ojalá fueran todos los malos tragos de la vida, tomar quinina con agua; satisfecho me estaría tomando siempre quinina en esa forma.

Fuí esta mañana al Cuartel General del Mayor García. Fuí a charlar un poco con los amigos y a saber novedades.

Con Collazo y Charles Hernández hablé primero; luego llegaron al grupo Hevia y otros.

Collazo hablaba de expediciones y dijo que si el capitán de nuestro vapor se hubiera ido a Nueva Orleáns, hubiera podido estar aquí en Agosto del año pasado.

Me habló muy bien de la gente cubana de Tampa y muy mal de la de Cayo Hueso, sobre todo de Poyo. Me dijo que en el Cayo lo habían tenido más de un mes encerrado en un cuarto esperando el vapor que la Delegación había de mandar para traer a los expedicionarios que tenían en los Cayos; que al fin se aburrió y mandó al traste la prisión y a los prisioneros. Afirma que allí se dijo —"por los que estaban dando latas de cosas podridas a los expedicionarios"— que él había gastado 60,000 pesos, cosa que era una calumnia; y que al fin, pudo venir porque gracias a las gestiones del General Calixto García se le había autorizado para organizarlo todo por su cuenta, para lo cual hizo que nada pidiera la Delegación a Tampa para poder tomar de allí las sumas que le hicieran falta, y concluyó manifestándome que de los fondos de Cayo Hueso sólo había tomado sesenta pesos, que gastó "en comer y whisky" durante su *prisión;* y que desde que llegó a Tampa hasta su salida de allí sólo había gastado unos treinta mil y pico de pesos, liquidando —antes de salir— cuentas con Fernando Figueredo.

—"En los días de mi encierro en una casa de gente inculta del Cayo —me decía— estaba condenado a la más absoluta soledad y a la visita nocturna de Poyo y Gato, que eran las únicas personas que sabían que yo estaba allí. Yo les preguntaba siempre por el vapor

que no llegaba y ellos me afirmaban todas las noches que dentro de dos, tres o cuatro días estaría allí, y así hasta que me faltó la paciencia para esperar. Y era tan absoluto el aislamiento que ni me traían "El Yara" para que me sirviera de vomitivo y desalojar así la bilis que me ahogaba".

Oí, callé y ahora apunto sus palabras.

No contesté lo que dijo de Poyo porque hombres como éste no necesitan la defensa de nadie. El que trata de injuriarlos cae en el lodo en donde se confunden con los insectos.

Los que son como Poyo están siempre en lo alto a pesar de los detractores y para vergüenza de todos ellos.

Con Calixto hablé dos veces: la primera para saludarlo y la otra para fijar mi situación.

Estaba la primera vez muy locuaz porque refería a sus *atachés* que había estado de desgracia, pues se le había roto la hamaca durante la noche y se había dado un batacazo que lo desveló, y luego, muy de mañana, se le había presentado uno con presos y otros con el parte de una mujer violada y dos guerrilleros prisioneros que le mandaba Periquito Pérez y no sé cuantas calamidades más, "y todo eso antes de haberme podido ni lavar la cara ni tomar café".

Le dejé con sus quejas y volví al grupo de los que forman su séquito.

Luego —como a la media hora— volví.

Estaba sentado en su hamaca, yo ocupé un asiento que había al lado. Le dije que había escrito al General en Jefe manifestándole mi opinión sobre los puntos que habíamos tratado el día anterior, pues yo no quería ocupar puesto alguno impuesto y más cuando los designados para ellos son todos amigos y compañeros míos más dignos que yo de desempeñarlos. Entonces para justificar sus actos me sacó una nota del General Gómez en la que le indicaba que buscara un buen Jefe para Baracoa de acuerdo con Periquito Pérez y concluyó por decirme que para ese puesto Periquito le había propuesto a uno y él pensaba en otro, a quien no había dicho nada todavía y que estos dos candidatos los presentaría al General en Jefe para que él escogiera el que mejor le pareciera: de modo que la cosa es de camarilla como yo lo vi desde el primer día y no había nada de que las plazas estuvieran ya dadas.

Yo le acentué que en la carta que había escrito al General Gómez, después de hacerle presente "lo bien que Ud. me había recibido" le suplicaba que me destinara a otra parte, pues "como Ud. comprende para los hombres como yo" hay muchos lugares en la Revolución.

He podido, pues, sacar en claro que el comisionado para buscar los *entierros* y otros parques es Demetrio y que el candidato de Calixto para Baracoa es también Demetrio.

Me dijo Calixto que aquí el elemento de color tenía muchas pretensiones y que había blancos que sostenían y fomentaban el racismo negro. Yo le dije que nunca había yo podido notar esas miserias, que yo sólo había visto que los buenos cubanos, blancos o negros, ocupaban los lugares que merecían y que sólo se les daba de lado a los cobardes negros o blancos.

Pero esas palabras del General Calixto me hicieron recordar las quejas contra José Maceo de todos los que a su lado no supieron ganar los grados que tanto apetecían y a los que se creían con derecho porqué sí y nada más.

Y recordé, también, las veces que tuve que reprender por sus injustos ataques a Pancho Sánchez, a Demetrio, a Francisco de Paula Valiente y a Veranes, el Dr. Felipe.

Estos son ahora los primeros.

Ya veo que la muerte de José no sólo le ha convenido a Calixto para *sentirse* más Jefe de Oriente, sino también a los que tanto cariño deben y tanto respeto al más valiente de los orientales.

Ya almorcé! son las doce y todavía no me ha hecho su visita la fiebre. Creo que hoy me salvo de ella y me alegro, porque a nada le temo más que a la fiebre y pensar que por su causa puedo quedarme arrimado en cualquier rincón del monte.

Como no nos movemos de aquí hasta que llegue Periquito con su fuerza y Demetrio con su parque y otros *entierros* me decidí hoy a mandar a buscar a Escobar y la acémila: ya Panchito estará repuesto y podrá llegar hasta aquí. Si Escobar no nos encuentra nos seguirá el rastro. Mandé, como portapliegos de esta *importante* comisión, a Santiago mi simpático y pícaro ordenanza, hoy castigado por la pérdida del Remington. Veremos que tal se porta.

Por aquí anda el Dr. Serafín Martínez que, cansado quizás de majasear por Sabanilla de Mayarí, quizás busque otro *centro* más *productivo*. Va con ropa limpia y nueva y sombrero flamante; pero no hay que preguntarle por los heridos; para él la ciencia es hacer su voluntad y no prestar servicio alguno, pasear y enamorar y buscar la manera de vivir —por la Patria— lo mejor posible. Cuando se acabe la guerra será de los que se creerán con más títulos para los honores y empleos.

Pobre Cuba!

Decía esta mañana Collazo que la guerra se acaba pronto. Ojalá!

Por muchas razones me alegraría que se acabara y sobre todo porque así terminará la lucha de los que no pelean, que hace más daño a los intereses de la Patria que todas las balas de los españoles.

Y por verte y, olvidarme de todo lo que sufro, a tu lado; por encontrar al fin en los brazos el ensueño de toda mi vida; mi ideal!

Yo que soy quien más anhelo el término de la guerra, soy quién menos hablo de ello.

Vine aquí a pelear por la independencia y seré de los últimos en abandonar mi puesto si —como no espero— aún hay que firmar otro aplazamiento; pero si seré el primero en dejar a Cuba tan pronto como triunfemos: a tu lado es donde yo puedo alegrarme de la victoria; después de cumplir con la Patria tengo que ser tuyo y tuyo solamente y para siempre!

Creo, sin embargo, que la campaña de invierno será larga y cruel, y que España hará cuanto pueda por dominar la Revolución; por quijotismo o por necesidad política; pero lo hará.

Casanovas dice que pone un dilema: o la evacuación de Cuba o que lo faculten para un empréstito suficiente para continuar la guerra. La evacuación no hay ministro español y monárquico que la firme, —quizás el único sería Martínez Campos, —el empréstito será corto y pobre, pero habrá algo conque ir tirando: España vive hoy como esos ricos completamente arruinados a los que les siguen ejecuciones hasta por diez o quince pesos, y sin embargo, viven en casa lujosa y si se ven obligados por razones sociales, dan bailes y lucen las mujeres costosos diamante y es espléndido el ambigú; y todos se preguntan de donde sale la *plata*, nadie lo sabe, pero viven y gastan.

Con una España así tenemos aún que luchar.

Me dicen que pasan hoy de cien las bajas de la columna de Guantánamos en el último combate.

Así sea.

Y que un periódico madrileño negando que haya casos de cólera en Matanzas dice que el aumento de la mortalidad en la tropa es debido a que el vómito es *muy grave* este año.

¡Pobres *chicos!* ¡Qué la tierra les sea leve!

¡Qué terrible es la guerra! No sentirse la muerte de los hombres y alegrarse del cólera y del vómito!...

Pero todo lo que es destrucción es elemento de la guerra, y por eso se premia al que inventa el arma que mata más a distancia y más pronto...

Y que triste es que aún en este siglo sea necesario ir a la libertad por encima de cadáveres humanos.

Sólo a España se le ocurría hoy pensar dominar nuestros justos empeños con la guerra. No demuestra esto patriotismo ni dignidad nacional; lo que si patentiza es la brutalidad y quijotismo de los hombres que dirigen la política... o la explotan.

Pero dejemos a los políticos que piensen cuando y como ha de venir la paz y nosotros, los hombres sin ambiciones y de armas, hagamos la guerra, que por ella, y sólo por ella, llegaremos a la independencia.

Sin embargo:

Que no se equivoquen los políticos y que se acabe pronto este fandango que ya me va poniendo de mal talante y hasta enfermo y por ende flaco y viejo.

Ya hoy no hay fiebre. Triunfó la quinina.

¿Qué importa, pues el mal trago, si al fin he podido vencerla?

Pero por si se atreve a volver a la picada, esta noche tomaré otro poco. Y mañana temprano, ya que no tengo café... tomaré quinina.

El día está caluroso y pesado, y largo como un siglo!

¿Cuántos como éste tendremos que pasar antes de verte?

Dios dirá y Dios será el día de nuestra alegría, el que podrá conocer cuan amargos han sido mis días y que pocos y cortos han sido los momentos en los que he podido sentirme contento.

Ya no me ocupo de esperar tus cartas; te escribo siempre pero sin esperanzas de que lleguen las mías ni de recibir las tuyas: cuando pueda estar en un punto fijo, entonces si volveré a luchar por encontrar la manera de saber de ti.

Mientras tanto en estas líneas, que no te mando hasta que tenga la seguridad de que han de llegar a tus manos, quedan mis anhelos, mis lágrimas y todas mis penas.

Y la seguridad para ti, de que nunca te apartas de mi memoria; que vives en mi corazón.

Y que te adoro siempre, prieta de mi vida!

Según la "orden del día" tampoco mañana estamos de marcha.

Esta tarde —a las 5 próximamente— pasó por aquí Periquito Pérez con parte de su fuerza: no sé que Demetrio haya llegado por lo que supongo que no se alterará la "orden del día".

De paso le hablé a Periquito de mi pleito. Díjome que no veía que otro con más títulos que yo pudiera ir de Jefe de Baracoa y refiriéndose al Jefe por él propuesto a indicación de Calixto, me manifestó que no era inconveniente, para que yo ocupara aquel puesto. Le hablé también de lo que sobre racismos me había dicho Calixto y estuvo conmigo en que esa era invención y chisme de cobardes, pues para José Maceo, que era tanto como decir para las fuerzas de Oriente, no había habido nunca diferencias de razas y siempre ocuparon los mejores puestos los que más los merecieron fueran blancos o negros.

Quedó en hablar sobre mi asunto con Calixto. Yo, sin embargo, lo veré mañana temprano.

No deseo ocupar ya puesto alguno a las órdenes del General Calixto García, pero no me he de ir sin preparar el terreno para dejar como despedida de Oriente un artículo en donde los que adulan a Calixto y no saben respetar la memoria de José Maceo queden retratados.

Después, a luchar a otra parte. Y a combatir otras miserias. Para eso se vive. Por eso es mejor morir.

Cuando veo tanto lodo en mi camino y recuerdo la pureza de ciertas almas, me parece que es más grande la virtud y que los corazones puros son luces del cielo y que por eso pasan tan de prisa por la tierra.

Para todos los justos hay una cruz. Sólo los viles se salvan del martirio.

Oh Caín; tú eres el ídolo de los pequeños de este mundo. Pero si para ti y para los tuyos no hay cruz ni hay martirio; tampoco habrá redención...

Sois los eternos caídos!

---

31 Julio

Peladeros y más Peladeros. Dios quiera que el soldado no venga a hacernos pelarles las cholas!

Y creo que tampoco mañana estamos de marcha.

HONREMOS AL HERMANO

No ha muerto para nosotros los que supimos amarlo vivo nuestro Jefe y nuestro émulo José Maceo: vive en nuestros corazones, es su memoria enseña gloriosa que nos lleva a los combates.

Con la rudeza de la honradez, llevaba en su alma excelsa, todas las noblezas de la dignidad. Peleó siempre al frente de todos y siempre nos enseñó con sus heroísmos cual era el camino de la gloria. Elevó y supo distinguir a los honrados y a los valientes porque para José Maceo, —que es tanto como decir para las fuerzas de Oriente—, no ha habido nunca diferencias de razas, y siempre ocuparon los mejores puestos [los] que más lo merecieron: que su

mano generosa sabía estrechar con igual amor la de los hombres puros sin fijarse en el color de su piel.

Honrémoslos pues todos: respetemos su memoria y conservemos como grito de guerra el que tantas veces nos llevó a la victoria.

Maceo no ha muerto:

¡¡¡Viva José Maceo!!!

Hablando hoy con el General Periquito Pérez le indiqué que me parecía justo que así como Gómez y —por indicación suya— algunos de los que forman el Cuartel General del General García, habían escrito en el último número de El Cubano Libre algunos recuerdos al inolvidable José Maceo, los que siempre estuvieron a su lado y fueron sus amigos y hermanos en la pelea, debían también recordar en algunas líneas al Jefe de las fuerzas orientales. Pensó el General que tenía razón y me autorizó para que escribiera lo que quisiera y con su firma lo mandase al periódico. Y con ese objeto escribí el articulito que copia Pinto antes de estas líneas.

A otros también he pedido recuerdos inspirados en la misma patriótica idea.

Creo que todos han de seguir el buen ejemplo del noble General Periquito.

Y voy a terminar esta libreta algo más satisfecho que en los últimos días. Ya encontrarás la causa en la otra donde he de contarte mis entrevistas con los Generales Periquito y Cebreco.

Se me va el alma a donde tú estás, cansada de andar conmigo sufriendo tanto; mi corazón parece que late por máquina; pero —a pesar de todos mis sufrimientos— ni me vencen las miserias ni me abaten las angustias. Te adora,

Fermín.

S.S.(*)

No. 22

Guantánamo, Peladero, 31 Julio 1896.

Esta mañana pasé a ver al General Periquito Pérez el que me dijo que le hablaría al General García sobre mi asunto, pues entendía que yo debía estar a su lado: muy cariñosa fue nuestra entrevista.

Me fuí luego a ver a Cebreco y al volver al campamento del General Pérez, después que almorcé, supe por él mismo la conversación que sobre mi había tenido con el General Calixto.

—Le manifesté —me dijo— que yo no le había indicado a ninguno como Jefe de la Brigada de Baracoa porque entendía que ninguno de los que estaban aquí cuando le hablé reunía las condiciones necesarias para el caso, que lo que yo le había dicho había sido proponerle a dos individuos que podían ser cualquiera de ellos Jefe de uno de los regimientos de Baracoa que está sin Coronel. Y respecto de Ud. le dije que yo necesitaba a mi lado a un Jefe inteligente que pudiera ayudarme en muchos casos de difícil resolución que a cada paso se me presentaban. Calixto me replicó, "pues amigo, o yo no entendí bien, o Ud. se equivocó, pero yo comprendí que Ud. me hablaba del Jefe de la Brigada y no del de uno de los regimientos, siendo así ya la cosa es distinta y hay que pensar sobre lo que se resuelve sobre ese asunto. Me dijo luego que tenía que salir, lo que hizo en efecto sin que pudiéramos hablar más".

Las palabras del honrado Periquito me indican la falsedad de Calixto: bien sabe él lo que le dijo Periquito, pero para perjudicarme y no cumplir las órdenes del General Gómez le convenía hacerse el engañado. Ya buscará otra manera de oponerse a mi nombramiento, pero al General Gómez ha de llegar toda la verdad y aunque me cueste un disgusto estoy dispuesto a aclararlo todo.

Periquito me dijo que no me impacientara, que habíamos de ir todos juntos al campamento del General Gómez y que allí él le diría de mi lo que yo me merecía y sin duda se firmaría mi nombramiento para Jefe de Baracoa.

Yo le dije que lo que deseaba era aclarar los hechos, pues ya no me preocupaba la plaza, a lo que me contestó que no, que mi puesto estaba en Baracoa y a su lado, pues nadie mejor que yo podía resolver todos los conflictos que por allá se han presentado por la

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Legajo 272, No. 3.

falta de un Jefe que dirija y sepa lo que más conviene a la Revolución.

Y también con Cebreco fué larga y grata mi entrevista: le leí la carta, o mejor dicho la copia de la carta de Gómez que le entregué a Calixto y me expliqué la contradicción que había encontrado entre las evasivas de Calixto y las afirmaciones nobles y francas de Periquito.

De los que saben honrar la memoria de José Maceo y de los que la ofenden suponiendo que hay en las fuerzas orientales racismos y de mi decisión de ir a buscar lugar en otra parte en donde ejercitar mis entusiasmos patrióticos, de todo esto y de otras cosas hablamos. Y tanto Cebreco como Juan Ferrera y el hermano de Cebreco y otros que había allí entre los cuales recuerdo al Auditor del Cuartel General García, oyeron con gusto mis palabras y me dieron la razón en cuanto dije. También indiqué a Cebreco el deseo de que —según me había dicho el General Gómez— recogiera él, al hijo que había tenido en la manigua el general José y con la madre lo mande fuera, para que como hijo del compañero y del hermano nada le falte, y en su día pueda dársele educación.

Le manifesté al General Cebreco mi extrañeza al haber sabido que Panchito Sánchez era el Jefe del Regimiento de José Maceo: al que no había podido formar una guerrilla se le da el mando de un regimiento por encima de Lorencito que tiene hábitos de organización bien acreditados como Jefe de la escolta del General Maceo. Y convinimos en que los que nunca habían podido ser nada al lado del General José por sus cobardías o por andar de majases y querer que por *sus méritos* se les dieran ascensos para *luego de tenerlos* venir a la fuerza, eran los que hoy estaban en primera línea: ya yo había apuntando esta miseria, aunque sin razones para asegurarlo cuando lo hice.

Después de tomar una buena taza de café y encender un tabaco, obsequios del General Cebreco, —me puse de pié para marcharme—.

—Siento dejar a Oriente, dije, en donde cuento con tan buenos amigos, pero las circunstancias así lo quieren y me iré, dejando aquí, para todos, mis recuerdos y mi agradecimiento sincero y llevándome en el corazón el cariño que guardo a la memoria de mi hermano y amigo José Maceo.

—No se irá Ud. de aquí, replicó Cebreco, ya llegaremos al General Gómez y yo le diré que Ud. aquí es necesario y le haré ver la injusticia que con Ud. se intenta cometer. Todos venimos a prestar nues-

tros servicios a la Revolución allí en donde son más necesarios; los de Ud. lo son aquí, entre nosotros y no queremos perderlo porque lo necesitamos todos: hombres como Ud. son los que hacen falta a la Revolución para llegar pronto a la Independencia.

Di las gracias a mis amigos y vine contento a escribirte.

Si me voy llevaré el buen recuerdo del cariño de estos hombres patriotas y honrados, y si me quedo, a ellos deberé lo que pueda hacer por el bien de la Patria.

Hoy no he visto todavía al General Calixto. Quizás luego pase por su Cuartel General aunque nada me llama allá. No quiero que se figure que sabedor de su entrevista con el General Periquito Pérez voy a saber si ya ha cambiado de opinión sobre mí.

Los Sánchez y Demetrios y otros *mártires* no se si han llegado; supongo que no. Cuando estén aquí los buscaré y los haré sufrir y les haré confesar sus miserias.

Los que no supieron merecer el cariño del General José ahora andarán contentos de su muerte.

Pero, como dicen las viejas: "Llevan la soga a rastro".

Voy a pegar con cera —no hay otra cosa— el hermoso artículo de Gómez sobre Martí y José Maceo. Quisiera aprendérmelo de memoria.

¿Llegará el día en que podamos despegarlo junticos para pegarlo mejor?

EL GENERAL GOMEZ Y SUS RECUERDOS

"Todo se ama en la vida: desde el recuerdo encantador de nuestros ensueños puros de virgen, cuando niños, hasta el rincón del calabozo oscuro en donde, presos por la ingratitud de los hombres, hemos derramado una lágrima. La diferencia está en que unos recuerdos entristecen y otros no nos hacen gozar: como si el espíritu en toda su plenitud empezara a vivir vida nueva en nosotros.

He pensado así al trotar de mi caballo, por las riberas de este Cauto, tantas y tantas veces vadeado por mí, y en cuyas márgenes me detengo a escribir estas líneas. Si es verdad que en la Isla de Cuba no existe un lugar, ni aún en lo más intrincado de sus selvas, que no guarde un recuerdo sagrado de su larga y cruenta lucha por su independencia, cierto es también que ninguno como el caudaloso Cauto puede ofrecer al historiador, entusiasta o frío, mayor caudal —como el de sus aguas— de episodios interesantes.

Pudiera decirse "la historia del Cauto" dentro de la historia de Cuba: y como que la murmuran sus aguas incesantemente y la enseñan las devastaciones que la mano terrible de la guerra ha causado en sus riberas. ¡Cuántas ruina y cuánta soledad!

Ah! España cruel! ¡cuánto mal has hecho y cuánto mal has compelido a hacer! ¡Y aún no te condueles!

El espíritu se conturba al contemplar el crimen de querer ejercer un dominio y un derecho caducado ya, sacrificando a tus propios hijos.

Desde el cándido siboney hasta nuestros días, ¡cuántas lágrimas y cuánta sangre han ido a aumentar las aguas del impetuoso Cauto! ¡Cómo se derramó la sangre cubana disputando un día al fiero Valmaseda el paso de este río por los Generales Modesto Díaz y Donato Mármol, de venerada memoria! La metralla barrió nuestros incautos batallones desarmados o mal armados, que con ciego entusiasmo pretendieron detener aquella fiera que sembró el espanto y el odio. Valmaseda pasó el Cauto dejando detrás la carnicería y llevando delante el terror.

Pero nada de eso pudo aprovechar el tirano: ocupó el Centro: (Bayamo) extendió sus líneas de ocupación por toda la comarca que soñó pacificar y castigar, por ser cuna de aquel gran alzamiento; y el Cauto fué una de aquellas líneas que estimó como preferente para guarnecer.

El célebre campamento de *Vuelta Grande* fué teatro de crueles escenas de muerte y profanaciones que la pluma se siente impotente para describir.

Después... la muerte siempre, en la embocada, detrás del barranco, en la descuajada selva, en el escombro de la casa derruída, en el fondo de sus corrientes... Y eso, siempre: de día, de noche, a todas horas y durante diez años!

El eco del último disparo de aquella lucha titánica se perdió en las montañas de Oriente. El guerrero criollo se sintió extenuado; depuso las armas, y Cuba ensangrentada y abatida tornó a la servidumbre, más inicua todavía. No debía durar mucho tiempo esa paz indecorosa: que los pueblos jamás pueden perder la conciencia de sus derechos y su honra; y el pueblo cubano de nuevo se lanza, y esta vez resuelto y fiero. Y vuelvo yo también, como soldado leal a su bandera, a ocupar un puesto en las filas de los batalladores por la libertad; y piso otra vez esta tierra de héroes y mártires, abrevando mi caballo en las aguas turbias del Cauto y evocando sagrados y queridos recuerdos.

Por aquí pasé, con el alma entristecida, dejando detrás, marcado con la sangre de uno de mis compañeros, el lugar donde él cayó como caen los hombres: que para eso se viene a la guerra. Y fue ese obrero, inmaculado maestro, José Martí.

El ha muerto en una hora de ruda refriega y a los primeros disparos de esta guerra, como si al despertar de este pueblo, que él mismo sacudiera para que se desperezara y se irguiese digno y fiero contra la tiranía, quisiera haberle dado con su muerte, ejemplo de resolución y de bravura. Más grandeza no puede esperarse de un hombre!

En la plaza pública y en la tribuna fue terrible y oportuno, estuvo siempre tan a la altura de la causa que defendía, que los suyos, sus hermanos, le queríamos admirándole; y a nuestros enemigos les fue imposible odiarlo, ni siquiera desdeñarlo.

Murió Martí a los primeros resplandores de este gran incendio que ilumina a la América toda. Y sin embargo, de su muerte prematura, vive y vivirá en la memoria de sus compañeros, como si hubiera sido un héroe de cien batallas. Y es que a Martí, como obrero afortunado en preparación de la obra redentora de su tierra, el destino le tenía preparado como premio, su tumba gloriosa en Dos Ríos. ¡Qué mayor fortuna, ya que morir se tiene, que principiar la labor sagrada de la patria en la tribuna y concluirla en el campo de batalla! ¡Mayor grandeza no puede esperarse de un hombre!

Duerme en paz, compatriota y amigo querido; que yo digo de ti lo que la historia ha dicho del héroe griego: "bajo el cielo azul de tu patria, no hay tumba más gloriosa que la tuya".

Yo vengo, no como guerrero fatigado de lejanas regiones, y si como trabajador tenaz sobre el yunque; y allá también quedaron dos compañeros más de expedición! (eramos seis, quedamos

tres) el General Borrero y Guerra, fueron arrebatados de mi lado por el plomo enemigo, y por aquí voy atormentado con sus recuerdos que avivan la presencia de estas riberas, en donde juntos y resueltos nos envolvió el humo del primer combate.

¡De cuántas emociones, con todos estos recuerdos, se siente vivamente impresionado el espíritu, a pesar de la permanente rudeza de esta vida de combates!

Aquí también, a las orillas de este Cauto, acabo de abrazar, después de tantos años de separación, al inmaculado General García. A este hombre varias veces escapado de las garras de la muerte, hay que rendirle el respeto que se merecen los resucitados. Si me dejara apasionar por los lazos que nos unen, pudiera decir que el General García ha tenido la osadía de amedrentar a la muerte con su tenacidad y su desprecio. Ningún cubano ha pasado por lances más desesperados y fieros: pues, además de otros instantes de peligros supremos, de los que nadie se explica como haya podido escapar, solamente su naufragio en el Wankins basta para creer que por algo providencial este compañero del 68 se encuentra sano y salvo entre nosotros.. "A los que nos dispersó la paz, nos ha de congregar la guerra" —esto predije una vez el Coronel Manuel Sanguily.

Y aquí también en las márgenes del Cauto, recibo ahora mismo la infausta noticia de la muerte del General José Maceo. Se desplomó el héroe! La patria ha perdido uno de sus mejores defensores, y yo, uno de mis amigos leales.

El General José Maceo ha muerto. ¿Cómo aconteció su muerte? Eso no hay que preguntarlo. Encima del enemigo, en reñido combate, una bala de tantas y tantas que habían respetado aquella vida lo derribó en tierra.

Los españoles pueden decir (que lo digan!) que han muerto a un valiente. Sólo que lo han podido hacer demasiado tarde, porque la escuela del General Maceo ha sido larga, y larga es también la cadena de hermanos y discípulos que ha dejado en posesión de su herencia de valor sin igual y asaz probado.

No hay un solo soldado de nuestro Ejército que habiéndose visto una vez siquiera al lado del General José Maceo en el combate, pueda ser flojo en la pelea. A su solo recuerdo, el espíritu de aquel hombre, (cuyos restos no son ya más que un poco de polvo en el fondo de solitaria tumba) vendrá a reforzar el ánimo de sus compañeros y de sus discípulos.

Siguen cayendo unos, y otros aún quedamos de pié. Seguimos luchando y triunfaremos.

Los pueblos no pueden conquistar a bajo precio el supremo bien de su libertad; ese don cuesta caro, muy caro. Por eso, al sentir la ausencia eterna de nuestros compañeros que se separan de nosotros para siempre, hay que recordar las célebres frases de las heroicas mujeres espartanas, que al marchar sus hijos al combate les decían: "Con el escudo o sobre el escudo".

El General José Maceo ha muerto, y hay que descubrirnos al pasar por delante de la tumba de ese patriota intrépido, el héroe de cien batallas, y el amigo querido, que debió serlo de todos los que amamos la independencia de Cuba.

El General Máximo Gómez.

"El Cubano Libre" 20 Julio 1896.

Han llegado Escobar, Joaquinito, Castellanos, Generoso, la acémila, mi caballo alambrado... la mar!

Se ha aumentado la partida... y se ha demorado la comida, cosa que la siento porque como hoy no me ha dado fiebre se me ha despertado un apetito bárbaro, pero de todo me consuelo escribiéndote.

El pobre Pinto ha tenido una fiebre terrible. Siento que se me enferme: es un amigo y un compañero cariñoso a quien tengo mucho porque querer. En él recuerdo por su lealtad y adhesión, a Pedro Torres mi perro fiel.

Dicen que están racionando la gente por algunos días; esto parece signo de marcha mañana, pero el General Periquito Pérez me dijo esta tarde, de paso por mi rancho, que no saldríamos hasta que no llegara el Brigadier Luis Bonne, que había ido a una comisión hacia la costa.

Me parece que yo adivino el objeto de esta comisión: Demetrio no ha venido trayendo el parque que fué a desenterrar, parece que la operación no le ha sido muy fácil y para no seguir viaje sin municiones, han mandado a Bonne *a por lo seguro.*

Muy satisfecho debe estar Calixto si la cosa es así, de la competencia de mi *adjunto.*

Santiago de Cuba, La Prueba

2 de Agosto.

Ayer salimos. Vinimos hasta aquí por el mismo camino que yo llevé: por los montes como quien huye a los soldados. A las 2 de la tarde acampamos ayer, y hoy cerca de las 12.

Tengo que anotar —y lo hago con pena— que el General no ha podido ser más desatento conmigo en las marchas y en los campamentos; y es la primera vez que tenga que escribir esto refiriéndome a un general con los muchos que hasta hoy he tratado.

He visto esta tarde al General Cebreco y al Brigadier Bonne. El primero me refirió que en el último fuego quejándose —sin razón— el General Calixto de las fuerzas que mandaba el General José dijo:

—Ya yo sabía y tengo una carta de Periquito Pérez en la que me lo anunciaba, que estas fuerzas no me habían de seguir y que faltarían a sus deberes.

Dice Cebreco que él escuchó con asombro sus palabras injustificadas; pero que, a la llegada del General Periquito Pérez no quiso preguntarle nada sobre estos asuntos, pero que Bonne también estaba allí cuando se expresó de tal manera el General Calixto; llamó a Periquito Pérez y le preguntó que había de cierto en todo aquello y que Periquito negó que le hubiera escrito nada en ese sentido.

Me dijo que todos estaban descontentos con un hombre que venía tan predispuesto contra todos los amigos del General José y contra todos los que aquí han luchado sin tregua desde que se dió el primer grito de guerra y cuando el General Calixto se paseaba muy tranquilo por Madrid esperando que la guerra creciera en importancia gracias al esfuerzo de los demás, para luego venir a pedir por lo que hizo, uno de los primeros puestos.

Calixto es en la Revolución, lo que se refiere a los asuntos militares, lo que Eusebio Hernández es respecto a los asuntos civiles. Todo lo que hasta ahora se ha hecho gracias a Martí en lo civil y a Gómez con las armas en la mano no vale nada: tanto uno como

otro vienen a variarlo todo y a modificarlo todo para hacerlo de nuevo del modo que a ellos conviene para hacerse los componedores, ya que por sus ambiciones o por sus cobardías no pudieron ser los iniciadores.

Ví después a Bonne.

Fue él como Cebreco justo en la apreciación de la justicia de mis quejas. Me aseguró que iría a Gómez y que le diría la verdad de todo y que le hablaría de mí, pues era una injusticia lo que conmigo se quería hacer. Y con razón afirmaba:

—Cómo se puede decir que Ud. no sirve para una cosa, sin ver porque no sirve y quien puede ser mejor que Ud. el Jefe de Baracoa cuando no hay uno solo de los oficiales y soldados de allí que no lo designe a Ud. como el único Jefe.

Yo le diré todo esto y mucho más al General Gómez y le hablaré de la manera injusta de tratarnos del General Calixto.

—En la última pelea trató a las fuerzas de *plateados*. Y respecto a los racismos que ve Calixto por todas partes también piensa que le harán imposible su mando en esta parte de Oriente. Es que su odio a los Maceo lo lleva a odiar a todos los hombres de su raza.

Ahora— a pesar del daño que me está haciendo en mi carrera militar me alegro de haberle escrito la carta en donde defendí el derecho de José Maceo a llamarse y sentirse Jefe del ejército oriental. Me alegro cada día más.

Ha sido Jefe de Oriente porque José murió y aún me parece que no lo es bastante.

Dicen que el General Gómez está ya en Maibio.

Hoy han llegado el General Matías Vega y con él 200 hombres.

Pasa Cebreco por mi rancho y me dice que el General Calixto le comunica que Gómez está en La Cuchilla cerca de Palma.

Con esa dirección saldremos mañana por rumbo de Cauto. Los caballos están muertos; tiene el General Calixto el talento de acampar por donde no hay yerba para las bestias. El caballo de Pinto ya no

puede más. Pedro perdió el suyo en la marcha de hoy y mi pobre caballo blanco está expirando.

Pero, a pesar de todas estas calamidades, hay que seguir sin chistar. Ni carne me ha mandado hoy el General Calixto. Bonne me mandó un poco para comer y tanto él como el General Cebreco y Lorencito me han mandado café y sal.

Lorencito se me ha quejado —con razón— de que habiendo sido él, el compañero y el amigo íntimo del General José desde su desembarco y habiendo debido todos sus ascensos a méritos de guerra y teniendo además la gloria de haber organizado la escolta del General José que valía tanto como haber organizado un regimiento, —no merecía que se pusiese por encima— como Jefe del regimiento José Maceo a un hombre como Panchito Sánchez que teniendo, en su mano todos los elementos, no había podido desde su desembarco organizar una guerrilla, siendo su incompetencia tal, que en el último fuego se había presentado con sólo 20 hombres. Va al General Gómez y sólo quiere que le conceda una entrevista privada para decirle todas sus quejas: para eso me habló; para que lo introdujera hasta el General Gómez.

—De Ud. me dijo, ya yo le diré todo lo que sea necesario y le explicaré sus merecimientos.

No me equivoqué por completo cuando supuse que Castillo no había descubierto ningún entierro: me dijo el Brigadier Luis Bonne que gracias a sus informes pudo traer el poco parque que llevamos, que nada sabe ni ha podido saber quien no ha estado ni con el General José ni en la fuerza y ha perdido todo su tiempo majaseando en Monte Oscuro.

—Ya le diré todo esto al General Gómez —agregaba el Brigadier Bonne— que no es justo que los que nada han hecho sean los que merezcan la confianza del General Calixto sólo porque —como este Castillo—, le hayan caído en gracia.

Viene aquí, entre los ayudantes o de la escolta de caballería del General García un joven, sobrino del Dr. Miranda, a quien conocí en Nueva York en casa de Carmita el día del santo de Martí. Es un simpático muchacho que por venir a la Revolución se le escapó a su tío.

Me habló hoy en la marcha, del mal estado de fortuna en que se encuentra la pobre Carmita y sus pobres hijitas. Me dijo que Carmita había puesto un *bordín* confiada en que Agramonte el del Conservatorio de Música le había prometido mandarle como veinte discípulos, pero que todas fueron palabras, que sólo cuatro fueron y se perdió la pobre Carmita en el negocio. Ernesto, el simpático chiquito me dice que está colocado y gana siete pesos semanales, que el Soto parece que olvidó a Carmita la chiquita y que así se terminó la boda; de María también me habló y del mentecato de Manuelito que dice estudia ahora... ¿para qué?

Hablándome de la velada en que Manuel Sanguily pronunció un hermoso discurso sobre el 27 de Noviembre, había notado el Dr. Miranda que había copiado en él todos los hechos que yo relato en mi folleto, y cómo no había hecho la más ligera referencia a mi persona dijo el Dr. Miranda:

—Esto es injusto.

Recuerdo sin embargo, que Torriente me parece que me dijo que Sanguily había hecho constar que quien había escrito aquel libro y conseguido la reivindicación de sus compañeros, había venido a la guerra a ratificar las quejas políticas que allí había formulado.

Si es la cosa como me la cuenta el sobrino del Dr. Miranda poco me importa.

Sanguily está allá y yo estoy y estaré aquí.

De todos modos: gracias mi buen amigo el simpático Dr. Miranda.

Hay favores en la manigua que se agradecen mucho. A uno de esos voy a referirme ahora. Mi tintero ya no tenía más que una gota de tinta y Lorencito me ha dado un poquito. Gracias a él puedo escribirte.

No se porque me dice el corazón que he de recibir carta tuya. ¿Cómo? ¿Por quién? No sé. Ah! ese será el día alegre y grande para mí. Como necesito yo saber que tu no me olvidas, que me adoras como yo te adoro, y que no hay en tu alma y en tu corazón olvido.

En esta noche oscura y triste, en la que tengo más ganas de llorar que de escribirte, me parece que te veo y que oigo tu voz y que te ven mis ojos y que se fijan en mí tus ojos hermosísimos...

Pero la realidad es la guerra: la verdad es esta soledad que me rodea entre tantos hombres.

Me parece que no me acompañan y me alientan más que las noblezas de Gómez y esas dos tumbas para mí tan amadas:

La de Martí, mi hermano. Y la de José Maceo, mi amigo queridísimo.

Lejos, muy lejos, no siente mi corazón más que los consuelos de una esperanza:

Tu amor, Asuntica mía!

Banabacoa, 3 Agosto.

Y llegamos aquí como a las 11 de la mañana.

No sé en donde nos encontraremos con Arango, —el Ayudante que el General Calixto le mandó a Gómez con la consulta que se le antojó pertinente sobre mis comisiones, o si nos espera en el campamento del General Gómez; también ignoro si éste le habrá mandado alguna comunicación sobre mis asuntos al General Calixto, sólo sé que voy marchando como quien *lo van* y no como quien va con toda su personalidad. Si con esto y sus desatenciones quiere violentarme el General Calixto, se equivoca; hace mucho tiempo que he aprendido la difícil ciencia de saber sufrir.

Por fín hoy acampamos en un punto en donde hay buen pasto para las bestias. Pero como sólo estamos aquí hasta mañana no tendrán tiempo de reponerse.

Hoy también he charlado un rato en la marcha con el sobrino del Dr. Miranda: le gusta hablar y yo gozo recordando con él a Gonzalo y todos los buenos de por allá. Al verme en mi mulita me dijo:

—Le he de escribir a Gonzalo que lo he visto caballero en una mula microscópica.

Me contó que en uno de los meetings en que Gonzalo hablaba con calor de Martí y del cariño que todos los cubanos como hijos suyos, le debíamos, la mujer Doña Carmen Zayas Bazán se reía de las palabras elocuentes y sentidas de Gonzalo. Cuando le oía esto a Mi-

randita, me acordé de lo que sobre ella había esclito en el último artículo que le dediqué a Martí y me alegré de haberla llamado "necia" y "ridícula", más es, es infame.

Me dijo hoy Valiente que en el Cuartel General del Mayor García había dicho Collazo que yo estaba nombrado Jefe de Baracoa.

Con el rubro: "Queremos sumar y no restar" se reparte hoy el siguiente manifiesto:

No sé a que obedece este manifiesto tan lleno de lugares comunes y sin ninguna idea alta: parece que se quiere traer al buen camino a los Aguileras del Camagüey. Y este documento que se da al público en nombre del Consejo de Gobierno es antipolítico a más de ser tonto. Dícese en él que la Patria "clamorea sensiblemente" "para hacerse libre". Esto no está sólo mal dicho sino que no es verdad: la Patria no clamorea con sensiblerías para conseguir su independencia; por romper sus cadenas y alcanzar sus libertades protesta y grita con voz de hombre y con entereza de varón.

Este manifiesto me ha hecho recordar palabras del General Gómez: me decía el valiente anciano que hoy era más comprometida su posición como General en Jefe, porque dadas las expediciones que han desembarcado sus hombres y armas y parque, en el extranjero se espera que nuestras operaciones sean más decisivas, y de ahí que pregunten a cada paso los hombres de la política de los Estados Unidos, por qué no tomamos una ciudad. Pues bien, el tal manifiesto dice que la Revolución por su potencia y la grandeza no necesita para su triunfo de nuevos elementos.

Estas cosas no deben decirse así.

La idea es buena, pero está mal expresada. Los enemigos de la Revolución pueden interpretar esto a su manera. Y siempre en contra nuestra.

Lástima es que los hombres del Gobierno pierdan el tiempo en redactar estos mamotretos sin objeto o con un fin tan local que no merece que se le dé importancia que no tiene.

Hoy todos los cubanos están en sus puestos tanto en Oriente como en Occidente, sólo quedan por venir los que en Camagüey sueñan con zafras y nuevas ventajas y el grupo de autonomistas de La Habana que no debemos llamar porque como dice con razón Gómez, esos

miserables, si tienen —como todos los arrepentidos— abiertas las puertas de la República, no les podemos dar la mano los que nos hemos venido a sacrificar por la Revolución y estamos resistiendo en la guerra las balas que ellos ponen en las manos de los soldados españoles.

¿Para llamar a los viles de Puerto Príncipe y a los cobardes apóstatas de La Habana, se ha escrito el tonto manifiesto?

Dice el manifiesto:

"Españoles que amais la libertad, cubanos que odiais la tiranía, venid"...

¿A qué llamar a estos ahora ya que nuestra Revolución "por su potencia" no necesita auxilios, puesto que están con nosotros los españoles que aman la libertad y los cubanos que saben odiar la tiranía?

No quiero seguir analizando este papel: Es un rompecabezas que sólo lo pueden descifrar los ungidos con el óleo santo del Gobierno.

Ojalá sea este el último esperpento político-literario que firme o hagan firmar o dejen firmar al Presidente los hombres del Consejo.

El día está nublado y triste. No ha llovido mucho, pero sin embargo, se ha mojado la tierra y en el cielo parecía que se fraguaba una tempestad: todo pasó y las horas de sol sofocante y abrasador. Estamos acampados en lo alto de una loma: desde nuestras tiendas se vé el pueblo de San Luis con sus fuertes y su larga zona de cultivo que domina el enemigo. Estamos seguros de que no nos han de molestar y de que mañana podremos seguir tranquilamente nuestra marcha.

Desde el día que hablé con Calixto de la carta que escribí al General Gómez no he querido ir a su Cuartel General. No puedo dar la mano de amigo ni hablar cordialmente con el hombre que para disculpar sus actos miente y me dice que Periquito Pérez había presentado candidato para la jefatura de la brigada de Baracoa, siendo esto una invención suya.

Y como yo soy muy franco y tengo el valor de sostener lo que digo, estoy dispuesto a no ocultárselo por si acaso me preguntara la razón de mi retraimiento.

Por el camino de la justicia y de la verdad he de seguir siempre sin miedos. Poco me importan los sufrimientos teniendo —como tengo— la tranquilidad de mi conciencia y la satisfacción de haber siempre cumplido los deberes que me impone mi condición de cubano.

Le oí decir a Valiente hoy una cosa que no es cierta: que José pensaba ascender a coronel a Panchito Sánchez para darle el mando de un regimiento. Y que por esto se le indicaba como jefe del regimiento José Maceo.

Componendas. Y falsedades ridículas.

¡Qué ganas tengo de encontrar al General Gómez! Y de que se resuelva mi porvenir.

Pelear, y servir a la Revolución es lo que quiero.

Poco, nada, me importa el punto a donde me mande el General Gómez.

Lo que no quiero es seguir en esta vida de ansiedad y de inacción.

Y si me tengo que despedir de Oriente, quédese aquí Calixto y sus aduladores que yo me llevo toda la fé en el éxito de las sabias lecciones de mi hermano Martí y la seguridad de que como decía José Maceo sólo saben ser cubanos y cumplir sus deberes como patriotas, los que son valientes y son honrados.

Me dijeron esta mañana que en el Cuartel General de Calixto García se han recibido periódicos españoles que confiesan haber sufrido estos más de 60 bajas en la última pelea y que las columnas españolas en combinación, no pudieron reunirse.

Las contradicciones de esos periódicos asalariados o en alquiler por el déspota, son ridículas; nos pintan antes de los combates como fuerzas dispersas y de ninguna importancia por la falta de jefes y cuando —como ahora— tienen que dar cuenta de un combate aparecen —como por ensalmo— los jefes y los hombres por miles.

No ponen el número de nuestras bajas, —que no pasaron de veinte y pico,— pero si dicen, que por el rastro de sangre que encontraron —¿dónde?— debieron ser numerosísimas.

Quijotes siempre e impenitentes.

Pero después de todo lo que se deduce de lo que ellos mismos publican es que acabamos con el plan de ataque e hicimos ir en *precipitada* a las columnas que fueron a reunirse —si se reunieron— en el pueblo para lamentar el fracaso. Esta acción les demostrará que las fuerzas de Oriente han sabido honrar a su héroe muerto y que sin él han sabido estar en sus puestos.

Pero no será esta la última lección.

La noche está tan oscura y tan triste como mi alma. Son noches eternas estas que paso, sin sueño y sin más compañía que la de mis recuerdos.

Yo aquí tan solo. Y tú tan lejos de mí.

¿Llegarán hasta tu corazón mis suspiros y mis lamentos?

Y ¿pensarás tú que yo soy siempre para tí tan amoroso y tan sincero como siempre?

Pero me alegro sentir todos estos dolores; si estoy lejos de tí ellos te demostrarán algún día —si no muero— que merezco tu cariño y tus besos de ángel.

Pero ¡como cuesta llegar a esta conformidad y a esta fe en los ideales santos de la vida!

Sin embargo, esos ideales son los que me hacen hombre y los que me dan valor y alientan mis energías.

No he venido por vanidad ni por necesidad a la guerra: he venido por deber. Por eso no decae mi espíritu, ni temo a nada ni a nadie.

Y por eso amo tanto a mi Patria y te amo a tí.

Mayarí, Jagua 4 agosto.

Por la Curia y por un camino infame hemos venido y no sé como van llegando nuestras bestias. Hoy no ha sido por culpa del General sino por los malditos prácticos y por el coronel Planas que no sé que diablos se le ocurrió al traernos por aquí.

Santiago, mi bellaco ordenanza, perdió su caballo esta mañana y a pié ha venido también el pobre Escobar que llegó aquí todo enfangado y estropeadísimo. Antes de las 11 llegamos pero ya son más de las 12½ y aún no he metido un bocado en mi boca; no tengo

hambre, pero siento que la cabeza se me va: es que estoy débil y malo; es que mi espíritu sufre más que mi cuerpo.

Unos brutos se acaban de detener en la marcha hacia su campamento, para decirle a Rafael, que se le había muerto su madre. El pobre muchacho ha llorado como un hombre que pierde a su madre: comprendo su dolor y lo respeto: lloro yo con lágrimas del corazón, todos los días, a la mía y busco en la noche eterna de mi vida la luz de sus ojos, el perfume de sus virtudes.

¡Pobre huérfano, siento su pena!

Un número, oficial creo, de la fuerza de Gómez, que trajo una comisión a Calixto García y que nos encontró en Peladeros me dijo hoy que había dejado al General Gómez en Palo Picado y que cuando él venía encontró en el camino a Arango, el Ayudante del General Calixto.

Dicen que Gómez anda por esta jurisdicción. Ojalá lo encontremos pronto.

En esta Jagua ni las bestias ni nosotros tenemos que comer. Y aquí esperaremos hasta mañana. Y yo aburrido y contrariado y cansado de tantos sufrimientos y de tantos dolores.

Y desesperado de esta espera tan injustificada como egoísta por parte del General Calixto.

Pero tengo que callar y, en mi puesto, esperar sin la menor protesta.

Para más impedimenta, veo que Calixto recoge aquí para seguir con él la marcha, a Don Temístocles el hermano de Don Juan. Este cañoncito que fué uno de los que trajo Portuondo, como le dije al General Gómez sólo sirve para destruir los trenes blindados allá en Occidente, para las marchas y para los fuertes es una impedimenta, recuérdese sino a Sagua y a La Zanja. Pero parece que Calixto desea llevar todas las armas.

Y todas las impedimentas.

Y conste que no me refiero a Planas, el fénix de los prácticos...

He expedido hoy dos certificados, uno a Arcadio Callé, en donde hago constar que es practicante de Primera Clase según diploma provisional dado en Maibío, y otro a Leopoldo D'Espaux en donde hago constar que desempeñó siempre sus funciones como practicante a entera satisfacción mía: ambos quieren pasar a prestar sus servicios en el ejército.

Contrastes:

Enrique Collazo que está con el General Calixto castigado por el General Gómez por no haber sabido salvar su expedición después de tanto tiempo de preparación en el extranjero y de tantos fracasos y tanto dinero gastado inútilmente; que apenas si lo acepta Gómez como Teniente Coronel, anda con Calixto y come en su mesa y tiene todas las consideraciones de un brigadier, y yo que sólo he merecido elogios del General Gómez y la más honrosa de las recomendaciones estoy *tirado a perros.*

¡Cosas de la guerra! Y apuntes para la historia.

Y conste que me alegro de estas consideraciones que merece Collazo. No olvido su noble manera de juzgar a Martí cuando volvió a Tampa después de la infame traición de López Queralta, y por eso lo quiero.

Y quisiera verlo en buen puesto y ganando frescos laureles.

Me han dicho que anoche llegó una comisión de donde está el General Gómez y que dijeron que lo habían dejado por Cauto. De mañana a pasado lo veremos, pues.

Ya despachó a Demetrio Castillo el General Calixto como Jefe de la zona del Ramón y hoy ha firmado los nombramientos de Francisco Sánchez Echevarría, Francisco de Paula Valiente y Lorencito, nombrado en comisión coronel Jefe del Regimiento José Maceo al primero y Tenientes Coroneles a los otros.

Los muchachos se han incomodado, pero yo me he reído hoy mucho de un detalle ridículo de los servidores del General Calixto: mandé a buscar carne para mi grupo y sólo me mandaron un hueso para hacer ajiaco.

Pequeñeces.

Lorencito me mandó en cambio, buena carne tan pronto como se la pedí y Luis Bonne y todos mis buenos amigos me ofrecen todo lo que tienen.

A Valiente también le agradezco un poco de café y a Bonne un pedazo de raspadura.

De estas ruindades me río.

Creo, sinceramente, que el General Calixto no está en paz con su cerebro.

Pero todo se lo perdono. Es uno de esos hombres que valen mucho a pesar de todos sus defectos.

Pero es lástima que cometa tantas pifias y que se le haya antojado ver en todos estos hombres honrados y patriotas de Oriente, racistas y enemigos del elemento blanco: esto puede traer muchos días fatales y comprometer seriamente la Revolución en esta parte de la isla.

Esta tarde hablaba yo muy en serio de estas cosas con el Brigadier Bonne.

Ojalá que Gómez vea bien el conflicto y con su talento sepa conjurarlo.

De mí nada sé.

Ni nada me ha dicho el General Periquito. Supongo por lo tanto, que la comisión que dicen llegó anoche no trajo nada que a mí se refiriera.

Esperemos.

Por el Cuartel General recibí hoy una carta cariñosa de mi buen hermano Enrique Loynaz en la que me habla de la muerte de Maceo, otra de Molita pidiéndome artículos para el "Boletín de la Guerra" y dos números, —los últimos— de este periódico.

Cuando llegaron las cartas me alegré: me pareció que alguna podía ser tuya. Pero nada.

También tengo que esperar eternamente la carta que no llega.

¡Pobre de mí!

Santiago, mi ordenanza, al que he tratado con todo el cariño de un hijo, me pidió esta tarde un pase para la fuerza. Se lo dí. Un ingrato más.

Dios lo perdone. No me arrepiento de todo el bien que le he hecho.

Se lo mandé a Sánchez para que lo incorporara en su regimiento.

He podido conseguir un número de "El Cubano Libre" que publica un precioso artículo de S. Sánchez sobre Martí. Aunque está un poco roto lo pego como puedo, quiero conservarlo como una ofrenda honrada y leal, a más de justa.

Pinalito, 5 Agosto.

No íbamos a acampar aquí, seguíamos hacia Cauto, pero el General se encontró con un amigo viejo e hizo alto para almorzar Supo luego que en Cauto habían algunos casos de viruela y atendió la observación que le hizo el General Periquito Pérez de no acampar allí por ser inevitable que se regara la fuerza en busca de víveres y de ese modo se propagara en ella la terrible epidemia, y esto lo determinó a permanecer aquí hasta mañana. Las bestias no tienen pasto y la fuerza sólo ha conseguido algunas mazorcas de maíz; para nuestros caballos y mulas hemos conseguido un poco de maloja.

El campamento no puede ser peor ni más feo.

Como a la media hora de estar acampados se oyeron dos tiros por vuelta del monte que tenemos a la derecha. No me alarmé yo, pero si el General que mandó tocar en el acto formación y salió a toda carrera en dirección a la avanzada del rastro. Todas las cornetas, que son muchas, repitieron la orden y se produjo la alarma consiguiente: todos corrían, sin saber a dónde iban y a las carreras se sumaron los gritos. Periquito Pérez y Cebreco vinieron, conteniendo a todo el mundo en su puesto y yo con ellos trataba de aplacar a los jefes que con sus gritos demostraban su falta de serenidad y aplomo en estos casos. ¿Qué eran aquellos tiros? Pensé yo que había sido alguno de la fuerza, de los que estaban acampados cerca del monte, que le había tirado a un puerco, no lo mató del primer tiro y le largó el segundo; no podía ser tiro escapado por haber sidos dos. Nada encontró en la avanzada el General Calixto y volvió —con su estado mayor— enfurecido.

—Tiritos a mí, yo les daré tiritos, decía. Una moneda de oro doy al que me traiga al que hizo los disparos.

Dió orden a todo el mundo de permanecer en sus campamentos y cada mochuelo volvió a su olivo.

Yo tenía, como es mi conducta, lista mi mula; con toda calma le mandé poner el frêno y cuando vine a montar ya volvía el General de su precipitada carrera hacia la avanzada.

En el rancho en donde yo acampé está también Don Temístocles con los tres artilleros americanos y Charles Hernández: parece que han dado a Collazo la dirección de la artillería. En menos de 5 minutos cargó la artillería sus mulos y se preparó para la marcha.

¿Fué correcta, y como conviene en estos casos, la conducta seguida por el General Calixto? Creo que no. Cuando se supone sorprendido el campamento, o como hoy, atacada por el enemigo una de sus avanzadas, no debe el Jefe del campamento abandonarlo y con sus determinaciones producir la alarma y la confusión en las fuerzas. Debe ante todo mandar a informarse de la causa de la alarma y hacer que todo el mundo se prepare y ocupe su puesto, pero esto con calma y sin violentos toques de corneta.

Nada pasó, pero de haber sido algo grave, si no es por Periquito Pérez y por Cebreco, las fuerzas hubieran ido hacia donde corrió el General Calixto en pelotón y sin orden para resistir, —si hubiera sido necesario— al enemigo.

Han pasado ya más de tres horas y aún no se ha podido saber de donde salieron los disparos.

Unos creen como yo que haya sido algún cazador furtivo, pero otros suponen que pudo haber sido algún civil para amedrentar a los que dejan el campamento para raquear viandas por las cercanías.

Le decía yo a Sánchez, el Coronel de última hora, que sería difícil averiguar quien disparó el tiro y él me respondió:

—No mucho, si se corre que el General da una moneda de oro al que entregue al culpable. Hay mucho miserable que es capaz de toda infamia.

Si sé. le contesté, que hay miserable, pero no entre estos pobres que tanto saben sacrificarse por la Patria.

No aplaudo tampoco el procedimiento inmoral y depresivo de ofrecer dinoro en cambio de una delación: no es así como se organizan los ejércitos y se les enseña a sus hombres a cumplir con sus deberes

como ciudadanos honrados de una revolución, en la que se lucha contra las infamias y las injusticias del déspota que justifican la protesta armada de la dignidad y de la honra.

Creo —con pena— que tanto su determinación de ir escapado a la avanzada, así como el ofrecimiento del dinero al delator, fueron medidas que inspiró al General Calixto García la irreflexión o el miedo.

Y gracias que todo no ha sido más que una falsa alarma.

Después de sufrir el calor sofocante y el sol más abrasador que según la frase de mi fornido asistente el baracoano Generoso, era capaz de matar a cualquier cristiano, —nos ha caido un aguacero de *padre y muy señor mío;* tan fuerte que se desplomó una de las casas de la Prefectura en donde estaban acampados algunos del Cuartel General. No hay que lamentar ninguna costilla rota.

Una observación:

En todos los campamentos se les permite a los números de la fuerza que derriben palmas para coger el palmito; ahora acaba de venir un ayudante que trasmite la orden del General que se arreste a todo el que *intente* tumbar una palma. Todo esto obedece a que el *amo* de las palmas es el amigo del General Calixto.

No me extraña, ya en otras partes por servir a otros amigos ha dispuesto el General, cuando todos están hambrientos, que para ir por víveres, hay que llevar una orden suya.

Y en otras partes, como sucedió ayer en la buena prefectura de Grimón, porque se incomodó con Planas y sus prácticos, y sin que el cuidadoso Grimón le negara nada de lo que tenía en sus conucos, dió la orden a la fuerza de ir a las estancias y acabar con todo lo que encontraran.

Contrastes.

E injusticias.

Me dijo ayer el Auditor del Cuartel General de Calixto, que se sabía que el General Gómez había estado por Cambute e impedido que los franceses hicieran la recolección del café que venden luego en el pueblo y por cuya venta han pagado contribución al Gobierno de la Revolución: como ya no seguirán en este comercio inmoral,

tampoco cobraremos la ridícula contribución que más nos desacredita que nos favorece: esos franceses pagarán su contribución de guerra a pesar de no vender nada. También me dijeron que el General Gómez había recogido las monturas y los caballos para la fuerza.

Así se hace la guerra.

Es preciso que se sienta la Revolución en todas partes. Y esta es una medida que afecta al comercio español de Guantánamo y Santiago de Cuba. A esos miserables hay que hacerles la guerra en sus bolsillos.

He hablado con Charles Hernández de los sucesos que nos hicieron estar tres meses en Pine Key. Me dijo que había mandado al Cayo a Serafín Sánchez y a Roloff varios telegramas indicándoles las malas condiciones del Child y las distintas paradas que había tenido que hacer en el camino para hacerle reparaciones necesarias. Supone Hernández que estos telegramas fueron los que determinaron a los generales a no encontrarlo para evitarse el peligro de embarcarse en un vapor de tan malas condiciones.

No creo estas disculpas. Y no las creo porque Serafín es bastante sincero para haber dicho que no se embarcaba por conocer el mal estado del vapor y no querer por lo tanto, comprometer la vida de sus expedicionarios.

Charles no estuvo en su puesto ni en el lugar designado por Severiano Gálvez.

Y lo demás son *músicas.*

No es Charles responsable de las malas condiciones del vapor que nos mandó la Delegación, y a ésta solo le toca la culpa de haberse valido al comprarlo, de hombres ignorantes o criminales.

Desde ayer tengo una nueva pena en mi alma que [me] tiene más triste y abatido.

Conocí ayer a un expedicionario que te conoció en West Tampa y que me dice estaba colocado en una panadería y éste cuenta que al despedirte de él, le dijiste en inglés que me dijera que no te olvidara.

¿Por qué no le diste una carta para mí? ¿Hay alguna consideración social que te impida escribirme si me quieres?

Yo sé que no. Pero no entiendo tu silencio. ¿Es qué tú dudas de mi cariño hasta el punto de pensar que yo no merezco que tú me escribas?

No sé, alma mía, cuantas ideas tristes han pasado por mi pobre corazón.

¿Me faltará ya tu cariño? ¿No habrá ya en tu corazón para mí más un recuerdo que sólo merezca, para tí un recado que me consuele en las angustias que tu alma buena tiene que suponer que yo pase al sentirme tan huérfano de todo cariño y tan lejos de tí?

¿Será que tu madre te impide que me escribas y que lleguen hasta dondé yo estoy tus cartas?

Ah! yo quisiera que tú pudieras estar en mi corazón un momento para que pudieras comprender la lucha tan cruel que en él tienen mi desgracia y mi posición hoy en la guerra.

Aquí debo estar y ahora con las dudas en mi alma me parece que no estoy en el mundo, que mi fatalidad me condena a vivir en una tumba, a sentir a mi alrededor la frialdad de la muerte y a pesar de todos estos dolores, mi deber me manda sonreir a esta vida, aparentar una felicidad y una tranquilidad que está muy lejos de mí y a ocultar en lo más oculto de mi ama todos mis dolores.

En tí tengo yo mi esperanza, ¿por qué se me va de mi corazón? ¿por qué me abandona en mis angustias el ángel a quien adoro?

No puedo creer que tú me olvides, pero no me explico la frialdad de tu cariño.

Que no te olvide, vida mía. ¿Cómo te he olvidar si no vivo más que para tí? ¿Cómo te he de olvidar si soy tu esposo, si está en tus labios el beso santo que ha de curarme de todas mis penas? ¿Cómo he de olvidarte si estoy aquí, firme en mi puesto de honor, firme y orgulloso porque sueño con el día en que he de llegar a tu lado y te he de decir: "aquí están mis laureles que son sólo tuyos, y aquí está mi corazón que te ha llevado a todas partes, como santo talismán y como recuerdo santo del día inolvidable en que tus labios me juraron tu amor santo?"

Oh! tú sabes que no merecería el cariño de los que aquí luchan a mi lado por la honra de Cuba, que no merecería la honra de morir por la libertad de nuestra patria, como murió Martí, si no te sintiera en mí como luz del cielo, como aliento y vida de mi vida...

Ah! tú lo sabes. Y sí lo sabes, si sabes que yo no puedo engañarte ¿por qué me condenas a recibir solo un recado frío y seco?

Que estoy libre de lazo alguno que me ate a otros deberes, también lo sabes. Mi divorcio quedó terminado: nadie reclamó: sólo me falta comparecer y recoger y firmar el decreto que en todo tiempo puedo reclamar.

Pero a más aquí estoy en la Revolución y todos saben que sobre mi pasado hay una losa fría y pesada, y que en mi conciencia no hay nada que por ese concepto la haga sufrir.

Pero mi desgracia me persigue y me hace dolerme de una vida que ya me pesa demasiado. Vivir como yo vivo, es un martirio y un martirio cruel que yo no merezco, a pesar de todos mis defectos y de mis pocos, poquísimos merecimientos.

No te he engañado. Cuando te dije que te quería, te adoraba; cuando te dejé para venir a cumplir con mi deber, sacrifiqué por mi patria lo más grande que yo había conseguido en la vida: un amor tan puro y tan bueno como el tuyo. Vine creyendo que nada te haría variar, que mis nuevos dolores te harían quererme más, pero ahora veo que en un año no he recibido más que un recado tuyo.

¿Por qué en un papelito con tu nombre no me escribiste: te quiero?

Eso sólo era bastante para mí. Crees tú acaso que tu reputación o tu dignidad sufren escribiéndome? Si así piensas te engañas, alma mía. Cuando se quiere como yo te quiero, sobre todo está la pureza y la lealtad del alma. Todo es puro cuando sólo purezas hay en el ama. No eres tú para mí solo la mujer que adoro con pasión de hombre: eres más, eres el pedazo de cielo que me une a la vida y me hace pensar en la virtud y me hace digno y fuerte y me da valor para sentirme cubano. Te quiero tanto y tan grandemente, que me parece que si entre tú y yo hubiera algo que nos separara —que no lo hay— nuestro amor nos uniría para siempre a pesar de todo y por encima de todo.

Pero te repito que soy libre y lo seré más cuando a tu lado me sienta feliz.

Cuántas lágrimas me cuesta escribirte estas líneas. Pero debo escribírtelas y con el alma más que con la pluma te las escribo...

Sé que te quiero con idolatría, sé que sin tu amor me consideraré solo, solo e inútil en el mundo, y no puedo dudar de tu cariño, no puedo creer que tú no me quieras y por eso son estas líneas y estas

lágrimas una visita que te hace mi alma para que oigas mi voz como se oye la voz del que más puede quererte y repetarte en la tierra.

Si yo pensara que al escribirme tú y decirle a todo el mundo que eras mi prometida, podía empañar la pureza de tu reputación y dejar una mancha en tus blancas alas de ángel, no te diría —te lo juro— que me escribieras. No podría decirte nunca que me amaras, pero me conformaría y hasta vería en él un título más para mi cariño, pero como sé que no es así, por eso te hablo así y por eso te digo que a nada ni a nadie tienes que temer, que mi vida pura y buena y mi nombre honrado y libre es el nombre que te ofrece para ser feliz, el que ha comprado su libertad y su honra a cambio de tantos sacrificios.

Yo no puedo dudar de tu cariño, no puedo pensar que en tus ojos haya para otro hombre una mirada de amor, yo sé que me amas, pero ¿por qué no me escribes?

Ahora vienen a mi memoria las palabras de todos los que me han hablado de tí, de todos los que me han repetido que tú no me has de olvidar nunca, pero algo más necesita mi pobre alma, algo más merece quién no ha dejado de adorarte en este año eterno de separación.

Para todos eres mi esposa, porque tienes mi corazón y yo tengo el tuyo y para todos serás la compañera de mi vida sino muero aquí y queda mi pobre cuerpo olvidado... y sin los consuelos de tu cariño.

¿Me escribirás, Asunta mía?

Te besa, Fermín.

S.S.(*)

No. 23

JOSE MACEO

Dulce es morir cuando se muere luchando audaz por defender la Patria.

JOSÉ MARTÍ.

NOTA DE MI DIARIO

Ayer, cuando hablaba con mi hermano, el héroe negro, y lo veía en su lujosa hamaca de colores, me parecía que tenía delante a uno de esos capitanes que la historia de los pueblos antiguos guarda en sus mejores páginas: este hombre, león para el combate, que olfatea el peligro y lo domina con la fuerza de su brazo —cuando se alza altivo y sereno sobre el indómito animal, que parece orgulloso de la carga que sustenta: —éste, nuestro Otelo, no encontrará a Desdémona que pueda dominar su poderío ni amenguar las fuerzas que el Dios de nuestra guerra puso en él para honra de la Patria y para gloria de los pueblos libres. Me parecía que hombre que tanto merece por su valor y por su honradez, era como un símbolo. Hay en su rudo busto el arreo con que se han cubierto siempre los cuerpos de los hombres inmortales. Más de media hora estuve hablando con mi amigo ayer y con orgullo contemplando el Otelo de nuestra independencia; en su hamaca hermosa de colores.

*
* *

Hoy era el General y el hombre digno el que merecía mi respeto y al que admiraba. Sin temores, trataba con justicia todas las cuestiones que tenía que resolver y se alzaba en sus protestas a la altura de los hombres ilustrados. Es sincero y tiene toda la altivez del hombre puro. Hay en su carácter las fuerzas que no han sido domadas por la instrucción, pero su inteligencia y el conocimiento de las virtudes que enaltecen y de las miserias que degradan a los hombres, han dado a su espíritu sello de dignidad y juicio que lo guía y lo lleva triunfante por la vida de glorias por donde lo conduce su estrella, venciendo todos los obstáculos que se le presentan.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Legajo No. 272, No. 5.

Si el soldado es invencible, el hombre es intachable por sus virtudes políticas: es un genio y de su vida puede decirse que, como en las alas del cisne, hay polvo, pero nunca manchas.

*

* *

Y fue a luchar y a vencer y a escribir su triunfo con su sangre. El suicidio glorioso es esta manera de morir.

*

* *

Me parece que me falta con su muerte algo de mi mismo espíritu... Pero ¿qué mayor estímulo para seguir en mi puesto, y cumplir mis deberes que llevar como ejemplo en mi memoria la manera gloriosa de morir de mis hermanos en el amor a la Patria, Martí y José Maceo?

Fermín Valdés Domínguez.
Remanganaguas, 22 de Julio de 1896.
El "Cubano Libre" 30 Julio.

Me disgusta tener que tratar con hombres ingratos, y uno es Corona: no ha sabido honrar al digno José Maceo y se ha permitido quitar de mi artículo un adjetivo que yo estimaba justo y que castigaba a los que lo han ofendido vivo y no supieron respetar sus virtudes y apreciar al valiente.

Quizás sea éste el último artículo mío que aparezca en su periódico.

Pero no dejaré sin castigo sus cobardías y miserias: mañana he de escribirle lo que se merece.

A la hora de costumbre —las cinco y media— dejamos el campamento y con asombro para mí, puesto que según me dijeron, no habíamos seguido ayer hasta aquí por temor a la viruela. Pero aquí esperaba encargos el General y aquí estaba Jané con el *convoy*. Y paramos, a pesar del corto trayecto recorrido y de las fiebres y otras enfemedades que abundan por aquí entre las que no faltan algunos casos de viruela.

Al salir de marcha sonó un tiro: uno sólo: no hubo alarma. Pocos momentos después y cuando ya había montado el General se le presentaron dos números disculpando el hecho de que a uno se le hubiera

escapado un tiro: los miró el General y les preguntó a que fuerza pertenecían.

—De Holguín, contestaron.

—Los perdono, dijo el General, por ser la primera vez.

Y emprendimos la marcha.

¿Acaso por ser holguineros, eran menos culpables?

Desde que llegó el General, sufría mucho del estómago, pero yo lo creía curado; hoy las distintas paradas en la marcha me han demostrado que no anda bien; quizás el disgusto de los tiros de ayer lo han descompuesto.

Al acampar llegó el Dr. Mascaró con otros: traía una comisión del Mayor Gómez. Después de conferenciar con el General Calixto vino a mi rancho. Me habló de la importante operación que acababa de realizar en Cambute el General Gómez. Ha obligado a los franceses a abandonar sus fincas y a perder las grandes cosechas de café. Les dijo el General Gómez que no tenía que guardar consideraciones de ninguna especie a los franceses puesto que la Francia no ha reconocido nuestros derechos a la independencia ni la justicia de nuestra guerra.

Con esta determinación revolucionaria obliga a España a indemnizar a los franceses de las pérdidas que sufren, y si intentaran sostener a lo franceses con la fuerza, cosa que no podrán, pues ya ha dejado fuerzas el General Gómez con el objeto de que si tratan de fortificar un cafetal quemen todos los otros. De todos modos han de demostrar los españoles que no pueden imponerse en el campo y que por lo tanto no pueden defender las propiedades de los súbditos extranjeros para lo cual les cobran enormes contribuciones: es grave el conflicto que se les presenta y de difícil resolución. Mandaba Gómez a Mascaró con autorizaciones bastantes para que por la zona del Ramón hiciera lo mismo, si el General Calixto no había tomado cartas en estos asuntos. Calixto le dijo que ya había mandado a Demetrio Castillo con instrucciones sobre esta materia, y le aseguró que ya él había acabado con el comercio por allá. Cebreco me dice que no hay nada de esto. Mascaró seguirá, pues, con nosotros, hacia donde está Gómez que no está lejos, por el Aguacate: siete u ocho leguas de aquí.

Al ver a Mascaró me alegré: esperaba que me trajera alguna carta del General Gómez y sobre todo la resolución de mis asuntos. Nada traía para mí. Ni había visto en el Cuartel General del Mayor Gómez al Ayudante del General Calixto que llevó los pliegos que se referían a mis asuntos. Extrañó la conducta del General Calixto y cree que todo se resolverá a la llegada del General Gómez.

Mucho hablamos del General José y de sus virtudes y de su valor, y de algunas incorrecciones que ya conoce del General Calixto.

Me han acampado en un ranchito malo en donde llueve tanto como en el monte, cerca de los otros que ocupan Cebreco y Luis Bonne: me he quedado gustoso aquí porque tengo cerca a tan buenos amigos.

El General Cebreco me llamó hoy para hablar conmigo de un asunto gravísimo. Calixto tiene marcada inquina contra estas gentes que han sido los soldados y amigos de José y siguen honrando su memoria estando todos dispuestos a secundar sus esfuerzos y hacer que vea el enemigo que no ha matado al Jefe de estas huestes; que queda su memoria como bandera invencible. En el último combate pelearon estas fuerzas como leones y a pesar de ésto y de haber estado cada uno en su puesto, Calixto ha tratado de deprimir a todos estos bravos llamándoles plateados. Pero ya se ve cual es el fin que se propone Calixto. En esta marcha tan rápida y sin orden para las fuerzas de infantería y caballería, se quedan algunos en la marcha y a otros los dejan sus jefes en sus zonas con órdenes especiales para que repuestos de las fatigas de la pelea puedan estar dispuestos a servir en otra ocasión con igual denuedo y valor. Como Calixto se ha propuesto desarmar a estas fuerzas, deja oficiales encargados de recoger estas fuerzas y quitarles los armamentos y desde aquí da autorizaciones a oficiales para tirotear al enemigo y recoger hombres, armas y caballos, estando estos oficiales directamente a sus órdenes, haciendo, de esta manera, nulas las órdenes y reducido e inútil el campo en que se agita el General Cebreco y Periquito y Bonne: poco a poco les irá quitando las armas, como ya se las quita y les quita atribuciones en la dirección de las operaciones militares. Lo que quiere es armar a los holguineros, sus paisanos, con las armas de este Cuerpo de Ejército, obligar a los jefes a que viéndose sin mando presenten sus renuncias y se retiren para así, sin quién le recuerde que aquí ha habido y hay quién ha estado en su puesto antes que él, con elemento nuevo y suyo, sentirse más ancho en el puesto de Jefe de Oriente.

Esto es lo que se propone y a esto encamina todos sus actos. Cebreco ve el conflicto y con razón se alarma. De seguir así las cosas él prevé que cuando el conocimiento de estos planes llegue hasta los soldados o han de protestar de modo violento o lo que sería peligroso para la vida de la Revolución muchos se han de presentar al enemigo antes que dejarse quitar las armas que les sirven para seguir luchando como hasta ahora lo han hecho. En mi presencia le presentó a Cebreco el Comandante Isaac una orden para quitar una fuerza a uno que merecía por su valor y su honradez toda la confianza del General José, dándole autorizaciones para operar con toda independencia y recoger hombres y armas.

Después de mucho discutir sobre estas tristes cosas y pesar los males que puede traer a la Revolución el provincialismo ruin y el desdén conque quiere mirar Calixto todo lo que se refiere a Oriente y sobre todo a las fuerzas de José Maceo, —le aconsejé que cuando encontrarámos al General Gómez debían los tres: Periquito, Bonne y él, tratar de exponerle claramente la situación de Oriente y los deseos de Calixto, para que se tome una resolución cápaz de curar todos los males e impedir que al fin venga un conflicto a comprometer ante la historia por culpa de este apasionado, los destinos de la Revolución.

Ya lo he dicho: si el General Gómez no pone buen remedio a estas desgracias veremos como se pierden para la gloria y para la obra redentora de nuestra independencia, los esfuerzos de estos soldados de José Maceo que son también —y esto sería infamé olvidarlo— los que con Antonio Maceo llevaron hasta Mantua la Revolución vencedora siempre.

Nada me trajo Mascaró sobre mis asuntos y me dijo que cuando él había dejado al General Gómez aún no había llegado allá Arango.

Hay que seguir teniendo calma para esperar.

Canastas, 7 Agosto.

Vamos siguiendo el Calvario y andando leguas y más leguas y pasando caminos infames y viendo como la pobre gente va jadeante y conforme llevando a cuestas el jolongo y las cápsulas y el arma y en el corazón la fe en la victoria. Es digno de respeto y de admiración el patriotismo de estos hombres. Allá van ellos contentos saltando por los caminos y riendo cuando caen, para luego pasar los ríos y subir las altas lomas.

Hoy muchos hombres se han quedado en el camino; la marcha ha sido de las peores y más largas.

Cuando llegamos a San Felipe le dejó la orden Calixto al Jefe de día —Valiente— que la fuerza siguiera para Canastas y él y su estado mayor siguió para acá sin parar, y aquí llegamos cansados; como a las tres horas han ido llegando las fuerzas: mi asistente Pedro no ha llegado todavía ahora que escribo: trae dos caballos cansados.

Solo Calixto no ha tenido lástima ni consideración con estos sufridos soldados; parece que quiere acabar con todos, que les estorban para sus planes; que no son cubanos.

No se puede ser buen General cuando se olvidan las penas de los demás comiendo bien y montando buenos caballos.

Y olvidando que todos los que aquí estamos somos cubanos, tratan a algunos como a enemigos.

Pobre Cuba!

Aquí hemos encontrado a Céspedes que va a cumplir órdenes del General Gómez para impedir los comercios y evitar que se saque café y cacao. Y por el camino encontramos a Sauvanelle que va a cumplir también encargos del General en Jefe. No le gustó mucho a Calixto esto de que Céspedes y Sauvanelle traigan órdenes de Gómez.

Un momento estuve en el Cuartel General y oí cuando Calixto le decía a Céspedes que en el Ramón había consentido que sacaran el café y el cacao que ya había pagado los derechos que imponía y cobraba Padró. No creo que ha hecho bien. Y comprendo menos esta medida cuando él le escribió al General Gómez quejándose de esos comercios, y todo no fue más que buscar la manera de hacer su voluntad y dejar pasar las cosas escudándose en que no permitía lo que dejaba hacer por conveniencia propia.

De modo que sólo se destruirán los abusos que sepa cortar el General Gómez con sus determinaciones radicales y revolucionarias.

Esta tarde sigue viaje hacia Cabonico el Gobernador Céspedes.

No sé si podré cambiar caballos. Si Oliva no viene por aquí me parece que seguiré con los mismos. No quiero deberle un solo favor a este General.

Solo deseo acabar de llegar a donde nos espera Gómez.

Me dijo Céspedes que lo había dejado por La Altagracia, pero yo no sé cual será el punto de cita que haya señalado a Calixto el General Gómez.

Ciudadano Mariano Corona,

Amigo distinguido:

Sé que su bondad ha de ser para mí tanta que ha de permitir que estas líneas, que a la carrera le escribo, aparezcan en las columnas de su periódico y no lo molesto por vanidad, sino porque pongo en todo lo que escribo mi corazón y pienso siempre lo que sin valor ninguno literario, publico en los periódicos que como el suyo me honran poniendo mi nombre al lado de los literatos que forman el cuerpo de redactores.

Basta de preámbulos y contando con su benevolencia, he de merecerle que salve una errata que afecta mi manera de juzgar al digno y honrado y patriota José Maceo que fué en vida Jefe de las fuerzas orientales y como piensa el General Gómez de los que saben cumplir en vida sus deberes, sigue siéndolo muerto hasta el punto que su memoria es una bandera de combate.

La errata que deseo salve es la siguiente donde dice:

"Venciendo todos los obstáculos que se le presentan", escribí: "Venciendo todos los obstáculos que la vanidad o la envidia ponen a su paso".

Siento molestarlo, pero Ud. me autoriza en su manera amable de tratarme, y cuente que será éste un nuevo favor que sumaré a los muchos que ya le debo.

Es de Ud. muy adicto amigo. Fermín Valdés Domínguez.

Cauto Abajo, Agosto 7, 1896.

Holguín, El Salto, 8 Agosto.

Ya pasarían de las dos cuando llegamos aquí. Corrió cada uno a buscar lugar en donde acampar y yo me fuí detrás de Escobar que se había buscado, lejos del Cuartel General, un bonito campamento entre unos bambues y un lugar en donde hay muy buena yerba, pero como estoy tan lejos del campamento no supe cuando el General con algunos de sus ayudantes pasaron el río para ir al otro lado en donde

me dicen que está acampado el General Gómez. Monté yo al saberlo y quise buscar la manera de pasar la peligrosa barranca sin práctico; llovía además torrencialmente y me decidí a volver a mi campamento y guarecerme bajo mi casa de campaña. De mal humor llegué y descargué mi furia contra Escobar que había sido el que me trajo a este campamento. Pero luego, en la hamaca, pensé que no debía darme prisa en ir hoy a ver a Gómez, bueno es que hoy haya ido Calixto y le diga cuanto le parezca; mañana yo le diré que no quise ir hoy para dejar en toda libertad a Calixto, pero que es preciso que me oiga, y me oirá. –Nunca había de despacharme hoy, y no quiero aparecer como apurado; que decida lo que quiera y como quiera. Pero que lo decida pronto, porque ya me hastía esta vida de inacción.

Confieso que me cuesta trabajo pasarme una noche tan cerca de Gómez y no ir a verlo; pero me parece que las cosas con calma dan mejor resultado. Mañana o pasado cuando Periquito y Cebreco y Bonne lo vean, lo veré yo. Y además que me alegraría estar con las gentes de Oriente cuando nos encontremos para vitorear en nombre de estos bravos al ilustre Jefe de nuestra Revolución.

Calma, pues, y esperemos los acontecimientos.

Hoy, en la marcha, vi el No. 2 de un periódico "La República" que se publica en Las Villas. Tiene una hermosa poesía de Díaz Silveira a sus compañeros los expedicionarios de Sánchez-Roloff. Veré si puedo conseguir un número para guardarlo.

He conseguido de Menocal, al mandar a Escobar a copiar la orden del día, el número de "La República" a que me refiero más arriba y que dirige Juan Maspons: quedan aquí pues, los versos del buen Silveira :el número de que los tomo es el segundo y corresponde al 15 de Julio.

La "orden del día" dice: marcha. Mañana seguiremos pues, pero yo trataré de separarme para ir a incoporarme con el General Gómez.

Calixto, que había ido a verlo ya ha vuelto y está en su campamento.

Ni Cebreco, ni Periquito ni Bonne se han separado hoy del campamento.

Me alegro de haber esperado aquí los sucesos: mañana, quizás, será mi día. Hasta mañana pues.

Ciudadano Lugarteniente General
Antonio Maceo:

Mi respetable General:

Faltaría a un deber si no le enviara con estas líneas el testimonio más sincero de mi pena por haber perdido en su hermano José al amigo más leal y al que como hermano me trató desde el momento en que nos conocimos. No me acostumbro a la idea de que haya desaparecido para siempre el hombre de corazón puro y de lealtad acrisolada: vive en sus valerosos soldados: sigue siendo el Jefe de Oriente y en el último combate fué la bandera que a todos los llevó al triunfo.

Agún día he de escribir cuantos fueron sus sufrimientos y cuánto fué su patriotismo ante las torpezas de nuestro Gobierno que lo hicieron morir llevando en el bolsillo la prueba de su honradez y de su entereza patriótica: la renuncia del puesto que desempeñaba en el primer cuerpo de nuestro Ejército.

He dicho de su muerte que ha sido el más glorioso suicidio.

No lo olvidará nunca Cuba ni tampoco Ud. que fué su hermano, y es de Ud. su más adicto soldado. Fermín Valdés Domínguez.

Vuelta Grande, Agosto 9/96.

Todos hemos dejado sobre su tumba, corona de laurel y las lágrimas de un pueblo que no se enerva ante los dolores, ni sufre, por lo reveses de la revolución, flaquezas infamantes.

Entre los hombres que más han sabido dignificar su memoria, ha sido el primero nuestro dignísimo Jefe el General Máximo Gómez.

Jiguaní, Vuelta Grande, 10 Agosto.

Ayer llegué aquí después de haber acampado anteayer en El Salto. Allí estábamos enfrente del lugar en donde tenía su campamento el General Gómez. Quise ir a unirme a él, pero sin tener oportunamente práctico y por la lluvia que caía a torrentes y hacía intransitable

la pasada, me decidí a esperar bajo mi tienda. Y pasé un día angustioso al pie de unos hermosos bambúes —pitos que llaman algunos— pero la poesía del lugar no me daba calma para dominar los distintos sufrimientos que luchaban dentro de mi cerebro. Triste, muy triste, es vivir pensando en estas soledades de mi alma; las que siento como soldado de la Revolución y las que me asaltan como guardador constante del amor santo que me hace ver en tí mi esperanza y mi gloria.

Pasé el día y la noche triste y muy temprano ya estaba sobre el caballo. ¿A dónde íbamos? Yo no lo sabía, pero había que suponer que nos dirigíamos a donde estaba Gómez.

Calixto pasó el río el día que llegamos a El Salto y había conferenciado ya, sin duda, con nuestro Jefe ilustre. No rompían la marcha, como otros días, las fuerzas de infantería; íbamos de vanguardia y después de pasar el río vi de lejos un campamento que se ponía en marcha; era el del General Gómez. Después encontré al Brigadier Castillo y a su ayudante Pié que se había quedado para dirigir la marcha de la impedimenta: hicimos alto un momento, mientras tanto Gómez con los suyos iban por delante, pero a bastante distancia porque no lo veíamos. Marchaba por un camino nuevo para mí y sólo nos detuvimos para coger mamoncillos, que devorábamos, pensando algunos que sería aquella fruta la única comida del día. Llegamos al fín a este campamento en donde ya nos esperaba el General Gómez con su fuerza que es muy corta: sus ayudantes y algunos números de su escolta.

Calixto y los suyos acamparon frente a la tienda del General Gómez.

Esperé yo a que Calixto se separara del General para saludarlo y llegué a él con timidez, a pesar de la corrección conque me he conducido desde que me separé de él: me recibió —como siempre— muy cariñosamente.

—Sólo vengo a saludarlo General, ya tendremos tiempo de hablar.

—Espérate, me dijo, te voy a hacer un regalo, te voy a dar unos libritos y te doy tres o cuatro porque tu tienes amigos y te gusta regalar, ¿no? Y porqué sé lo que querías a José. Dejaré un ejemplar para ponerte una dedicatoria.

Le dí las gracias, ya yo sabía que era una carta abierta que dirigía a su esposa y en la que narraba la llegada a Cuba y los trabajos que pasó al desembarcar mi inolvidable José Maceo.

—Espérate, me dijo, toma un trago, probaremos esta botella de ron que me acaba de mandar el General Calixto.

Y así me separé de él.

Cerca tenía su casa de campaña Pujals y en ella me guarecí del agua mientras llegaban las acémilas que por orden de General Calixto se habían quedado a retaguardia. Seguía el ataque a los mamoncillos, y como yo no había podido mandar que juntaran candela porque no tenía que cocinar, le acepté a Pujals un poco de su almuerzo.

A todos los amigos saludé con cariño. Me siento tan ancho y tan bien en este campamento del General.

Mascaró vino a mi lado y me contó que había tenido que contestar severamente a Calixto porque [había] tratadó de llamarlo chismoso ante el General por haberle repetido, al dar cuenta de su comisión lo que públicamente y en alta voz le manifestó cuando llegó a su campamento con órdenes del General Gómez para acabar con el comercio del café y el...

(luego seguiré, acaba de llegar la primera carta tuya, alma de mi alma, y me parece poco el tiempo para escribirte en el acto la contestación. -Ah! tus palabras me han devuelto la vida alma mía!)

Continúo contento.

y el cacao que se cosecha por El Ramón y que con perjuicio de la Revolución se permite que se lleven al pueblo para hacer comercio entre los españoles. Te explicaré el disgusto como fue: le decía Gómez a Calixto que era una inocentada suya prestar a los plantadores de café el arria de mulos para que llevaran al pueblo las cargas dejando en garantía a las familias, pues los españoles se quedarían con los mulos y poco se les importaría que luego nosotros matáramos a las familias por no cumplir lo pactado con ellas. Sería esa un arma en contra nuestra porque así nos podrían llamar asesinos y otras lindezas por el estilo, lo que estaba evitado con las instrucciones que llevaba Mascaró.

—Ni Mascaró ni cien Mascaró hacen las cosas mejor que yo —gritó Calixto.

Con energía le contestó Mascaró y con toda dureza propia del caso.

Todos me dicen que yo debo —a pesar de la oposición de Calixto— ir a Baracoa; Periquito y Luis Bonne y Cebreco le hablaron al General en este sentido, yo nada le diré hasta que él no me hable. No sé, pero creo que debe el General haber recibido ya mi carta en la que

le decía que me destinara a donde él quisiera, pero que yo no quería estar a las órdenes de un Jefe cuya confianza no tenía.

Me invitó el General a comer y pasamos juntos la velada hablando de cosas de la guerra. Parece que el Gobierno viene hacia acá; dice Gómez que el motivo que los hace venir hasta acá es que no están conformes —en absoluto— con el decreto en que aquel impide el comercio, pues desean que un protegido del Marqués saque su madera arguyendo en favor del tal que pagó ya la contribución impuesta de antemano por el Gobierno. Piensa, con razón Gómez, que si se le ha tomado una cantidad que ya no podemos devolver porque hemos gastado, lo que procede es darle un documento con firmas responsables, por mayor suma pagadera a la terminación de la guerra, pero nunca suspender una orden tomada por convenir así a los intereses militares. Este es el conflicto que ahora se presenta y que creo se ha de resolver como opina el General en Jefe, pues de otro modo se presentaría una cuestión gravísima que —a mi ver— traería la caida del Gobierno, pues el General Gómez piensa que si no es respetada su autoridad, no pretenderá imponerse, sino dejará el puesto a Calixto o a quien lo quiera y el se irá a pelear a las órdenes de Maceo allá en Occidente.

—Yo no abandono a los cubanos ni retiro mi concurso a la Revolución, pero no me dejo manejar por hombres muy patriotas, pero que sufren algunos trastornos cerebrales que los hacen aparecer como *irresponsables.*

Todos aplaudimos estas palabras del General y yo me permití asegurarle que si llegamos a ese punto, la Revolución estará con él y los fatuos del Gobierno sufrirán la pena a que ya se hacen acreedores por sus tonterías y simplezas.

Tengo que describirte —mi Asuntica mía— el acto solemne y conmovedor realizado ayer por la tarde, pero antes debo hablarte de mí y me permito este egoísmo porque estoy loco de contento: ayer fue un día tristemente grande para mí y hoy es otro en el que mi corazón siente tantas alegrías y tantas esperanzas que todo me sonríe a mi alrededor: el sol me parece más hermoso y más verde este campo testigo de tantos heroísmos.

Pero mira las casualidades del destino: aquí, muy cerca, murió Martí y aquí, casi al pié del lugar donde el cayó y yo dejé ayer mis lágrimas, recibo hoy tu primera carta, tu beso amoroso, el consuelo

más puro, vida para mi alma y consuelo para las lágrimas que brotan de mi corazón. Y llega tu carta cuando yo tenía la pena de pensar que quizás tu no quisieras escribirme por alguna consideración social, de esas que son tan falsas como la culpa y que a las veces parece que separan a las almas que Dios mismo une con el más estrecho y hermoso lazo de amores.

No sé cuantas veces he leído tu cartica, y leyéndola he pensado tanto en tu buena madre, en Luis, en tu hermana y en tu casita pobre y honrada en donde falta hoy tu pobre padre que tan leal fué conmigo y del que recuerdo —con respeto— que la noche inolvidable para mí en la que le hablé en la botica francesa de lo que yo te quería, fue franco y leal conmigo y me abrió su corazón para que por la lealtad de sus palabras y de sus confesiones íntimas midiera yo cuanto era el cariño que te tenía. ¡Pobre viejo! Pero tu tienes una madre que por sus dolores y por sus virtudes vale tanto como todos los padres, cuídala, quiérela con doble cariño; que nunca le falten tus caricias y si tienes penas, si la fatalidad te hace sufrir por mi ausencia necesaria, que tus penas y tus lágrimas no aumenten sus dolores... Oh! cuántas veces he pensado que sólo sentiría morirme por ella y por tí...

Pero no moriré: Dios, nuestro buen Dios, prieta mía, no lo ha de permitir.

Un héroe

José Martí

19 Mayo 1895

Monumento y Altar

De este lugar, a donde llegó el Jefe de nuestra Revolución a llorar después del combate de Dos Ríos y de la muerte heroica de Martí, las lágrimas del guerrero que como él no sabe temer ni sabe cejar ante el peligro; desde este hermoso campo en donde quedó —con los lamentos de tanto pecho agradecido y noble— el más santo y enérgico juramento de no dejar el puesto en la lucha hasta no vengar al más ilustre de nuestros hombres; al hermano de todos, que supo levantar la protesta y la dejó en alto como bandera de triunfo muriendo frente a los enemigos de la patria sin miedo y con todo el empuje de los más bravos generales y de los soldados más indomables y valerosos; de este lugar, en donde había congregado el General en Jefe Máximo Gómez a una gran parte de las fuerzas del primer cuerpo de nuestro ejército y a algunas del segundo, salimos ayer cerca

de las cuatro de la tarde y nos dirigimos al lugar marcado con la sangre del que en 19 de Mayo de 1895, nos dejó para siempre y para siempre escribió su nombre amado en el libro santo de la inmortalidad.

Al frente marchaban los generales Gómez y Calixto García, Cebreco, Pérez. Rogelio Castillo, Bonne, Enrique Collazo el amigo y compañero de Martí en los días aciagos de Jacksonville en los que la traición impidió se realizara el plan que según la frase del mismo era la obra más acabada de un genio, y todo el estado mayor del General en Jefe y de los otros generales entre los cuales son tantos los hombres de talento y nobles virtudes, los coroneles y oficiales y más de trescientos hombres de nuestra aguerrida y valerosa caballería oriental formaban la columna de patriotas.

Al pasar el río Contramaestre nuestro querido General Gómez echó pie a tierra y cogió unas piedras de su márgen, todos lo imitaron y conmovidos cargaron las suyas. Pronto llegamos al lugar a donde nos congregaba el heroísmo. Allí había una cruz de madera y en la tierra una excavación en donde se colocaría un madero que serviría de señal para el monumento que con las piedras que habíamos traído debía patentizar el recuerdo y el amor al soldado mártir, de los compañeros y discípulos allí presentes.

Casi todos formaron de dos en fondo y el General y algunos más echamos pie a tierra. Las piedras que se habían depositado al ir desfilando, —cerca del lugar designado de antemano por el General Gómez— las acercamos y algunos números las colocaron formando un cuadrilongo de Oriente a Occidente, quedando el frente en donde se aseguró la cruz de madera "de cara al sol" como en aquel momento recordó oportunamente el General Gómez que Martí quería morir. Pronto se terminó el respetuoso trabajo de levantar el rústico monumento de piedras que simbolizaban las lágrimas y las patrióticas protestas de los cubanos congregados por el compañero y amigo del Maestro.

Momento solemne fué entonces aquel en que el anciano ilustre, el bravo general se descubrió y con frase enérgica, con acento sereno y lágrimas de amor en sus ojos relampagueantes habló a los cubanos, sus compañeros en la lucha tenaz y vencedora por la Independencia. No puedo recordar todas sus hermosas afirmaciones y sus razonados conceptos; las palabras que el sentimiento y el amor santo de un corazón generoso y puro ponen en los labios de un hombre de honradez tan acrisolada y de patriotismo tan probado, no pueden copiarse. Explicó la manera heróica de morir de Martí. "Desobedeciendo mis órdenes, —dijo— cargó al enemigo que lo esperaba parapetado tras

una cerca y protegido por los árboles"y agregó con tristeza, "no supe de él hasta que uno de sus ayudantes que lo siguió cuando él le ordenó avanzar, vino a mi encuentro y me dijo: General, han herido a Martí. Cuando corrí hacia el lugar en donde me dijeron que había caído, me envolvían las descargas del enemigo y aquí de mi pena al no poder rescatar el cadáver de mi amigo, de mi hermano, de mi compañero queridísimo, del valiente general a quien no pude con mis órdenes contener porque fué a la muerte con toda la energía y el valor de un hombre de voluntad y entereza indomables". Todo aquel discurso del General puede decirse que fué la obra del orador y del guerrero ante la tumba del mejor de sus hemanos.

Concédió el General Gómez la palabra. Hablaban todos en el silencio y respeto conque habían escuchado atentos y conmovidos las frases del general.

Pero yo hablé para dejar como hermano de mi inolvidable Martí y como soldado de la Revolución mi lágrima amorosa sobre aquel monumento a donde han de quedar todas las lágrimas de los hombres que saben serlo, lágrimas que dan virilidad y entereza, no las que denuncian flaquezas porque esas no honrarían su memoria que es ejemplo de patriotismo y bandera de combate. Y terminé conjurando que aquel modesto monumento sería el altar a donde habríamos de venir todos a cantar el himno de la victoria, a saludar nuestra Independencia glorificando a Martí muerto que era la Revolución y a Gómez vencedor que era la Guerra".

Aún agregó algunas palabras más el General Gómez:

"Todo el cubano que ame a su Patria y sepa respetar la memoria de Martí debe dejar siempre que por aquí pase, una piedra en este monumento" y dirigiéndose luego a los soldados valerosos que lo escuchaban dijo en enérgica frase: "Imitad sus virtudes y su patriotismo y aprended a morir y a servir a la causa grande y enaltecida por él y otros héroes: a la Independencia de la Patria".

Y de allí nos fuimos purificados y al volver por la márgen del Contramaestre el sol se ocultaba y en el silencio del crepúsculo me parecía oír a voz de mi hermano que respondía a nuestras palabras desde el trono de la inmortalidad con estas suyas de otros días:

"Cubanos: acepto vuestros vivas, pero aunque yo muera sabed que ya la Patria se ha redimido y en brazos de vuestro valor llega ya triunfate a la Independencia.

Vivid unidos en el amor que hace a los hombres hermanos; que la Patria se redime ya puesto que en brazos de vuestro valor llega triunfante a la Independencia!"

He querido dejar aquí almita mía, el borrador del artículo que voy a mandar mañana a Corona describiendo la triste y hermosa fiesta de ayer. Tú no te puedes imaginar todo lo que sufrí ayer pensando en Martí y en tí. Te lo confieso, me parecía que tú también como él me había dejado, que tú dudando de mi cariño ya no me tenías la adoración y el amor que yo te guardo en lo mejor de mi alma.

Pero si mi sueño se fué anoche y largo mi insomnio, mi despertar fué hoy alegre y salvador.

Escribía esta mañana por ocupar en algo mi espíritu, y por consolarme contándote mis emociones y hablándote de las tristezas que me traen mis dudas, y cuando empezaba a escribirte llegó uno con una carta que venía del Gobierno, no pensé que era tuya, creía que sería de Padró u atro amigo, pero cuando leí tu sobre y ví con tu letra, "Sr. F. V. Domínguez de A. del Castillo" me volví loco, lloré y reí al mismo tiempo y todo el día no he tenido otra idea en mi cerebro que la consoladora y grande de tu amor. No sé ni como he podido escribir la descripción de la patriótica fiesta de ayer: sólo para tí hay hoy latidos en mi corazón.

Y después de recibir tu carta he tenido otra noticia que me satisface por el prestigio que me da en la Revolución. Me ha dicho muy confidencialmente el Dr. Mascaró que el General Gómez le ha dicho que puesto que los Jefes de Oriente me piden para que mande la brigada de Baracoa, allá me mandará tan pronto como se pasen los días de concentración y vuelvan a Oriente las fuerzas de Periquito Pérez y las otras.

Dejo correr —sin precipitarme— los acontecimientos, aún no he hablado nada de esto con el General Gómez, pero no me impaciento y sólo le diré algo cuando él me lo pregunte, mientras tanto: silencio absoluto, tan absoluto como el que en estos momentos está tocando la corneta del campamento.

Ah! Nunca olvidaré esta fecha. 10 de Agosto! Marca una época de mi vida. Y me dice que puedo contarme entre los vivos de la tierra. Hasta ahora he estado como enterrado en vida.

Que tú que ya otra vez con tu amor me dijiste: vive.

Ahora me salvas de nuevo escribiéndome con tus palabras de amor:

No te mueras; te quiero.

Y viviré para tí y por tí lucharé con las desgracias y las penas de la Revolución y para mí desde hoy no habrá fatigas ni dolores.

Perdóname vidita mía, pero mi cariño me hacía pensar, con tu silencio que no me tenías tan en tu corazón como yo te llevo como amuleto santo en el mío.

Perdóname y quiéreme más porque mis dudas, mis celos, no te han de demostrar sino lo mucho que te quiero y la lealtad y nobleza conque te digo, con la rudeza de la verdad, lo que siento y lo que pienso.

Sé que me has de perdonar y que me has de querer siempre más.

Como yo te quiero a tí.

Oh! con cuanto amor te van desde aquí mis besos, Asuntica de mi vida: mi picarona Esther...

---

11 Agosto.

No sé si ayer, con la alegría de la llegada de tu carta le puse a la que te escribí equivocada la fecha. No sé porque me figuré que ayer era día 18, siendo solo 10.

Chiflado estaba, tal era mi *contentura*, pero esa me durará mientras esté por acá, que ya me parece que no será mucho tiempo el que pase lejos de tí, pues ya me parece que la guerra no puede durar mucho o es que con tu carta se me han aumentado los deseos de verte y estar a tu lado.

Toda la mañana la he pasado dictando a Pinto mi artículo y corrigiéndolo antes de mandarlo a Corona.

Y ahora que miento al simpático Corona, te he de decir que, al fín, no le mandé la carta que le escribí el otro día.

Pensé que ya estaba fuera de lugar y que llamaría la atención y aparecería como una reticencia anti-política: Mascaró, que es un hombre muy culto e inteligente y un médico ilustrado, creyó que yo pensaba bien, y que mi determinación de no mandar la *cuya* carta era muy cuerda.

Está lloviendo y hasta que pase el *ciclón*, levanto la pluma.

El mismo día que llegué me mandó el General el ejemplar de su folleto con esta dedicatoria: "al amigo sincero del héroe negro Dr. Fermín Valdés Domínguez. El autor". Guardaré con cariño este delicado presente del noble viejo.

Hoy dió el General en Jefe al Brigadier Rogelio Castillo, su Jefe de Estado Mayor, y a mí, la comisión de poner en el madero que se levanta en el centro del cuadrilongo de piedras que forma el monumento a Martí, la inscripción que para él escribió:

Un héroe José Martí 19 Mayo de 1895.

En la parte blanca de un hule se escribió con tinta este elocuente epitafio, y se pegó y clavó en la cavidad que se había labrado en uno de los planos del madero, y que se puso al frente: debajo de este hule dejé un papel en donde por un lado copié las últimas palabras que dije el día de la consagración por Gómez de aquel monumento, y por el otro hice constar que, cumpliendo el honroso encargo del General Gómez, colocábamos aquel recuerdo. Firmamos Castillo, su ayudante Alfredo Pié, Pinto y yo. A las 12 del día empezamos la tarea piadosa y a la media hora después, volvíamos silenciosos por aquel sagrado lugar. Al llegar al campamento dimos cuenta al Mayor de haber cumplido su encargo.

Por el camino, decía yo, al volver, a mi amigo Castillo —¿quién nos había de decir, cuando en el Cayo aplaudíamos a nuestro Martí y nos uníamos al entusiasmo de aquel pueblo de patriotas para aclamarlo, que seríamos nosotros los que cumpliríamos, en los campos de la guerra, este patriótico deber?

Pobre Martí. Y pobre Cuba que lo perdió para siempre...!

Esta tarde llegó una orquestica que acaba de salir de Bayamo y se ha unido a las fuerzas del General Rabí.

Tocaron algunas marchas y alegraron con sus notas el campamento, pero la música en la guerra o entristece o da empuje para los combates. La de esta tarde por la situación de mi ánimo me ha alegrado y la oí con gusto: preludian en este momento —las ocho y pico de la noche— la retreta.

Se confirma la muerte de Zayas el valiente General de Brigada.

Fué un buen amigo mío y un soldado siempre en su puesto: ha muerto como un héroe, y lo que me duele es que los españoles hayan podido llevarse su cadáver, pues esto denota que fuimos derrotados.

Del valiente Brigadier Ríos sabemos que ha dado mucha leña a los españoles y les ha cogido armas y buen parque.

Bien por el bravo Ríos!

Me invitó el General hoy a comer y acepté porque mi ajiaco no me gustó.

Pero no acepté sólo por comer, sino por departir con él y hablarle de las cosas del Gobierno y de mis luchas.

Montoro con sus miserias y podredumbres de alma, Manuel Sanguily con sus uñas de gato indómito, el Marqués con sus vanidades camagüeyanas que desea conservar el feudo con su ferrocarril y sus senados, Maceo, Antonio, con su loca idea de suponerse él la Revolución misma y Carrillo y Mayía con sus faltas de disciplina y José Maceo con sus grandezas de guerrero atrevido y Martí con todas las purezas y grandezas de su alma de paloma y de su corazón de espartano y otras personalidades, fueron el tema de nuestra charla en la que el General Gómez dijo cosas hermosas y nos abrió su corazón con la lealtad del hombre intachable y del valiente.

Antes de tocar retreta lo dejamos porque tenía que leer un grueso paquete de comunicaciones y de cartas que acaban de traerle comisiones de Occidente.

Hablando de Antonio Maceo nos dijo: siempre encuentra Antonio la manera de oponer alguna dificultad al cumplimiento de mis órdenes. Le mandé que pasara la trocha y me da como razón, para no haberlo hecho, que así, estando en Pinar del Río va a tener estacionado allí en la trocha, un ejército de veinte mil hombres. Parece

que es este un poderoso argumento para explicar la razón, de seguir allí donde se encuentra; pero es falso el argumento, porque para todos no pasa Antonio por impotencia de nuestra parte. Pase Maceo la trocha y si después conviene volver a Pinar del Río se hará, luego que hayamos demostrado que no nos pueden sujetar los 20,000 hombres de España. Maceo me dice que es un mal haber puesto a García de Jefe de Oriente sobre José y dice de Calixto que es inepto: en esto —digo yo— que creo no anda muy equivocado Antonio Maceo.

En la conversación, cuando hablaba de las armas y el parque que anda oculto por Oriente y que no ha podido descubrir Calixto, hizo referencia el General a las órdenes que en la carta que fuí portador, había dado sobre mí al General García, pero pasó sobre el asunto como por encima de ascuas.

Cada día recibo nuevas demostraciones de cariño de este noble viejo y por esto estoy: yo iré a Baracoa o a dónde pueda demostrar mis aptitudes como cubano y como hombre macho y bien macho.

Mientras yo escribo la gente aplaude a los músicos que después de la retreta tocan danzones y otras cubanerías por el estilo.

Me acostaré hoy temprano porque mañana estamos de marcha.

¿A dónde vamos?

Hoy he renunciado ser defensor de dos acusados. Era el uno Jesús Herrera; lo sentí, pero ¿qué hacer? no ví en la causa sino una acusación por delitos feos y no encontré punto en qué basar mi defensa y renuncié; y además se leen en la causa declaraciones, acusándolo, firmadas por hombres honrados de Baracoa, y si voy allá, no quiero que me juzguen parcial si no que vean en mí al hombre que les va a enseñar a ser valientes y a ser honrados.

A los que no lo sean, se entiende.

El otro acusado era el teniente coronel Bejerano. A este no podía defenderlo porque conociendo como conozco la criminal acción de que se le acusa y teniéndolo yo en mi conciencia como a un criminal, no me es posible— procediendo honradamente— defenderlo.

El buen Periquito Pérez me ha hecho hoy su visita y le dí la noticia que me comunicó sobre mi probable marcha a Baracoa el simpático Dr. Mascaró.

Se puso muy contento.

Con la carta que te escribí te mando otro de mis cuadernos, es el segundo, ojalá no se pierda!

Guárdalos todos, no los prestes, porque estas notas serán preciosas para mí el día que vuelva a tu lado y junticos las leamos: con ellas podré escribir un libro en el que tu nombre será quien lo hará digno de todos los que sepan sentir y sepan amar.

Y si muero, trabaja porque alguna mano amiga corrija las faltas y las inevitables repeticiones propias de una vida tan agitada y tan azarosa como la de la guerra y porque todo lo que te escribo en esta larguísima carta se publique. Poco me importa la crítica, sé que muchos al leer algunos juicios me maldecirán, pero yo allá en la soledad de mi tumba me alegraré, pues aquí quedan verdades y lecciones para muchos que se creen inmaculados.

Pero perdona mis tonterías; mientras tú me quieras, como me quieres, yo no he de morirme, yo no puedo morirme.

Y no me moriré. Tengo que volver a la vida a tu lado.

Y con cuanto gusto abrazarás tú a tu *viejo* guerrero vencedor.

Lo de viejo es una metáfora, porque no estoy tanto como debiera por los sufrimientos míos que han sido tantos!

Pero ¿a qué hablarte de mis penas si las conoces y si sabes que es tu amor bálsamo que sabe curarlas todas?

Holguín: San Francisco, 13 Agosto

Ayer dejamos el campamento y pasando por Guairajal —en donde estuve con el Gobierno cuando venía a *mas* Oriente— nos detuvimos para almorzar en San Gerónimo y cerca de las cinco de la tarde llegamos también ayer y acampamos en este mal potrero en donde a más de haber poca yerba el agua es salada.

¿A dónde vamos? ¿Cuál es la operación militar que vamos a realizar?

Son estos misterios que sólo conocen los generales.

Bejerano fue juzgado anteanoche. A pesar de la buena defensa de Silva el abogado y Jefe del Estado Mayor del General Cebreco, el Consejo lo condenó a la última pena: ahora falta el fallo del Consejo de revisión que preside Periquito Pérez y son vocales Cebreco y Matías Vega; el fiscal es Pujals.

El General Pérez me dice que lo quieren salvar sus compañeros en el Consejo, pero que él ve con pena, que por disculpar sus crímenes aparece culpable un capitán que es inocente: para esto cree que deben ampliarse las declaraciones. Por encargo suyo he hablado sobre esto con Pujals.

Acampamos para almorzar en una casa. Como siempre estuvo amable conmigo el General y me habló del loco Ortega con cariño. En nuestra conversación le recordé que algunas veces me había sentido yo solo a pesar de haber tanta gente a mi lado, solo y triste y más huérfano después de la muerte de Martí y él me contaba que sabía apreciar esta pena porque la había sentido:

—una vez, me dijo, —me encontraba en Nueva York y a pesar de la multitud que me rodeaba, yo estaba solo entre tanta gente, y fué aquel uno de los momentos más tristes de mi vida.

Al llegar a San Gerónimo nos encontramos con un muchacho que montaba la *yegua de papá* y otro el caballo del Capitán H que había dejado, con un papel, para que se lo cuidara. Gómez les hizo comprender que no había caballos ni yeguas de nadie, que todo era de la Revolución y por lo tanto que sus soldados podían tomarlos siempre que los necesitaran y sin tener que recurrir a trámite alguno. Fue esta una lección no sólo para los que aún están pensando en su propiedades sino también para el General García que ha dado una orden por la cual nadie —aunque lleve su caballo cansado— puede en la marcha tomar un caballo que esté suelto o a soga en el camino, sino se lo pide y suplica que se lo dé al Prefecto del punto a donde se encuentre: con Gómez no hay compadrazgos.

Esta visita militar a Holguín ha de ser muy provechosa para la Revolución y enseñará a muchos lo que ésta significa.

Me dice Jesús Herrera, el comandante de las fuerzas de Sagua, que el Consejo que entendió de su causa lo absolvió. Me alegro.

Aunque en Mala Noche le hice copiar a Pinto esto que pego de Ortega, lo tomo del Boletín de la Guerra porque es un precioso recuerdo: bien sentido y bien escrito.

Me dieron ayer la noticia de que en la provincia de La Habana ha muerto valientemente Pancho Varona Murias. Esta noticia me ha hecho pensar en la redención por la Guerra de los hombres que pudieron olvidar los deberes que su condición de cubanos les imponía. Pancho fué uno de esos hombres a quienes la colonia degradó; del lupanar y de la redacción del diario español que le pagaba sus escritos y de la tribuna en donde adulaba al déspota y eran sus palabras injurias para sus hermanos, de esos lugares vino a la guerra. Era valiente y tenía buen talento; la sociedad podrida en donde vivió le hizo buscar dinero para sus vicios en todas partes y por eso vendió su pluma y se alquiló para servir al amo. Se acordó que era cubano, que en sus días de honradez había estado al lado de los que protestaban, dentro de esa sociedad de nulos y cobardes, de las transacciones criminales con la conciencia, se acordó de sus artículos en *El Cubano* y otros periódicos que iniciaron la protesta contra España y dejando atrás tantas miserias, llegó a la Revolución y pidió un puesto en el lugar del peligro. Y luchó como cubano y como valiente y en una carga se adelantó al frente de los hombres que como comandante de nuestro ejército mandaba, y cayó de un balazo en la frente.

Puro y regenerado por su valor y su patriotismo deja su nombre en la ya larga lista de los nobles y dignos soldados de la Patria!

Dejó aquí este acuerdo del Consejo porque quizás puede ser el tema de las discusiones que probablemente han de suscitarse si como nos dijo Gómez viene a encontrarse con nosotros el Gobierno.

El General Gómez dispuso el cumplimiento de la circular que ordena que no se consienta el comercio con los enemigos ni que se saquen maderas, ni café, ni cacao, ni ningún artículo que favorezca los intereses de los comerciantes españoles y dé por lo tanto, fuerzas para combatirnos, a los enemigos de la Revolución. Este acuerdo del Gobierno denota que se quiere obligar al General Gómez a tolerar infracciones de su Circular y prueba que no está el Consejo de acuerdo

con ella: hacen mal los que con estas cosas olvidan que la Constitución reviste de autoridad al General en Jefe para dictar estas medidas y que con ellas se ha de salvar la Revolución no permitiendo que haya dueños de ingenios —como los Aguileras—, a quienes se les autoriza a moler gracias a contratos ridículos y a permitir comercio con el enemigo a cambio de una contribución que no demuestra más que la poca aptitud de ciertos hombres para entender de los negocios de la guerra y el deseo criminal de otros de *hacer negocio.*

Cuando terminemos esta operación militar, y sepa yo a dónde voy o pase por lugar en donde haya manera de escribirte, te volveré a decir en una cartica todo lo que te quiero y te mandaré otra de mis libretas.

Creo que debes haber recibido si te han llegado todas las que te he escrito, —una carta en la que te pido tu retrato porque el que traje se me perdió en los días para mí aciagos y tristes de la Ciénaga. ¡Qué contento me voy a poner el día que tu me mandes tu retrato! Mientras tanto, con tu amor en el alma y en mi corazón todos los consuelos de tu cariñito, paso la vida anhelando el día en que nos reunamos para siempre.

Te adora,

Fermín.

S.S.(*)

No. 24

Holguín, San Francisco, 12 Agosto de 1896.

Siempre dispuesto a estar en donde quiera el General Gómez que yo esté, voy unido al Estado Mayor y —como es lógico— sufriendo las consecuencias de venir arrebiatado; pero a mí no me importa esto: no me quejo y sigo contento mi camino. Sabiendo esperar —que es una nueva ciencia para mí, pero en la que soy maestro— podré conseguir, al fín, lo que apetezco y a lo que me siento con derecho: puesto en donde operar con independencia y prestigio.

Otros sueñan con volver pronto a la casa en donde los espera la familia, yo quiero ir a donde tu me esperas cuando haya cumplido mi deber y pueda llegar hasta tí con la frente alta y tranquila la conciencia y lleno de fé el corazón. Cuando llegue así a tu lado, veré mi mundo en tus ojos de fuego y mi corona de laurel en las purezas de tu alma.

Aquí es donde se conocen a los hombres, se ratifican los juicios que sobre algunos nos hemos hecho y otras veces se rectifica el que quizás se formó en un momento de mal humor, o pensando muy a la ligera. A Rogelio Castillo, esta alma estrecha, pero honrada, ya lo había yo juzgado desde Pine Key. Es patriota, nos sirve con desinterés; pero es un raquero de primera fuerza. Y voy a apuntar un hecho que lo acredita. Reparte el General Gómez cuanto tiene, entre su gente del Estado Mayor; a mí me tiene el General como de su gente más íntima y —sin embargo—, hoy me ha dejado Castillo sin raspadura.

Las Minas de Camazán, 14 Agosto.

Quisiera poder escribir muy largo y dejarte, almita mía, todas las distintas ideas que hay en mi cerebro, pero ya que no puedo hacer una exacta nota de los hechos que han dejado honda impresión en todos los valientes que aquí marchan, y en mí un recuerdo que no podrá borrarse nunca de la memoria.

Pero antes diré que es éste un ingenio demolido y un magnífico potrero en el que si hubiera agua, no faltaría nada en esta hermosa finca.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Legajo No. 272, No. 6.

Más de las once de la mañana serían cuando acampamos: el calor nos tuvo como aturdidos durante las horas terribles del sol de medio día. Gómez acampó bajo los árboles y por no encontrar otro punto mejor, me vine a un ranchito en donde estoy acampado entre gente buena, pero que ahora, al escribir, —de noche y gracias a una vela que me facilitó el General Cebreco—, tengo que sufrir la relación de todas las hazañas militares de un ayudantico del General, portorriqueño él y algo tonto de la cabeza, aunque parece valiente.

La sentencia que condenaba a Bejerano a la última pena, se vió como ya dije, en Consejo de revisión y esta mañana, antes de la marcha, se formó el cuadro. Nunca había yo visto en la Revolución una ejecución. Antes de las cuatro de la mañana, se tocó diana; mientras se formaban las fuerzas, y todo se preparaba correctamente, llegó el día. Lo anunció a Gómez el General García que se iba a proceder a la ejecución, y éste entonces, montó, manifestándole que deseaba presenciar el acto para luego dirigir la palabra a las tropas. En el ancho potrero estaban formadas en cuadro las fuerzas; allá fué el General Gómez y tras él su Estado Mayor, situándose en un ángulo que miraba al frente de otro del fondo, y en la misma línea que se perdía en el monte: allí estaba el reo atado y formados al frente, cuatro tiradores. El Brigadier Rogelio Castillo con sus ayudantes mandó con energía atención, y después de repetida la orden por las cornetas, machete en mano se dirigió a los hombres en armas para decirles que se iba a cumplir el fallo de un tribunal de la República, y que a nadie se le permitía pedir gracia por el que iba a sufrir la sentencia. El oficial que mandaba la ejecución, hizo adelantar a los cuatro tiradores; yo no veía al reo, pero ví a los 4 tiradores cuando apuntaban, y los disparos me estremecieron sobre mi caballo: en aquel momento no se oía ni el más ligero ruido, parecía que todos estaban en un templo y que lo triste e imponente de aquel acto los hacía sentir y callar. En el mismo momento en que sonaron los disparos, el General Gómez con voz segura gritó:

—El Doctor!

Y Mascaró corrió al lugar a donde había caído el ejecutado para cumplir el deber de reconocer si estaba muerto: no fueron certeros los tiros y fue necesario rematarlo con el *tiro de gracia;* después Castillo y Mascaró vinieron a comunicar al General en Jefe que había terminado el acto legal y que la sentencia había sido cumplida en todas sus partes. Tocaron entonces atención las cornetas y Gómez con el Jefe de Estado Mayor y uno de sus ayudantes, entró —machete en mano— en el cuadro y ocupó el centro: habló a los soldados de la

República y fueron sus palabras elocuentísimas: dijo que la Revolución quería para ser grande poder contar con un ejército de hombres honrados y dignos, que puros y valerosos los quería a todos la Patria para poder llegar a la libertad, por el camino del deber, y que así también los quería él para poderse sentir orgulloso de los hombres que como General en Jefe quería él mandar. Este, en quien se acaba de cumplir, —dijo— una sentencia justa —era un miserable, por eso se le castiga; para los que son dignos, hay en cambio el aplauso y la estimación de todos.

Y luego como el hábil maestro que sabe escoger el momento en que el espíritu está más dispuesto a recibir una útil y provechosa lección, así el General Gómez, dominando con su palabra a aquellos mil y pico de hombres que lo escuchaban atentamente, les recordó cuan infamante era el delito que habían cometido los desertores de las filas del ejército invasor. Esos son unos degradados, dijo, y no los deben admitir los Jefes en los batallones de hombres dignos que me escuchan: si quieren encontrar redención para sus faltas, que vayan a ocupar el puesto que allá dejaron, separándose cobardemente del Jefe prestigioso Antonio Maceo. Con vivas a la Revolución, a Antonio Maceo, a Calixto García y al ejército terminó sus palabras el General Gómez. Todos respondieron con entusiastas y frenéticos vivas al General Gómez. Después empezó la marcha de las fuerzas.

Me dijeron que Bejerano se portó muy enérgico y tranquilo: no se puede llamar a esto valor. Era Bejerano un asesino y tuvo hasta el último momento de su vida el cinismo de su alma miserabe. Llamó a Calixto pocos momentos antes de formarse el cuadro, le habló en secreto durante algún tiempo y al despedirse le extendió la mano y le dijo:

—Adiós General, si hay gloria, allá nos veremos.

Pujals que era el fiscal no quiso ir a leerle la sentencia. Habían sido compañeros y le daba pena tener que ir a notificarle la fatal resolución del tribunal: Sánchez Vaillant y un ayudante fueron a cumplir este deber. El reo oyó tranquilamente la lectura de su sentencia, pidió luego que le leyeran la resolución del 1er. Consejo y luego preguntó:

—¿Quién ordena la ejecución?

—El General García, le contestaron.

Y ya en el momento de la ejecución tiró el sombrero con serenidad; no permitió que lo vendaran.

Así murió Bejerano.

A nadie se le oyó una palabra en contra de la ejecución, todos vieron que se había hecho justicia.

Dicen que había asesinado ya, desde el principio de la guerra, once individuos.

No pudo completar el infame, la docena.

La forma tan respetable y tan correcta de esta ejecución, no me ha quitado la pena de ver caer un hombre a quien se priva de la vida. Comprendo las necesidades de la guerra, pero las lamento. No creo yo que las ejecuciones sirvan más que para sanear la Revolución y quitarle los estorbos que pueden oponerse a su marcha redentora; así admito como una necesidad de la guerra, las ejecuciones. Y también para enseñar a todos que se deben respetar y cumplir al pie de la letra, todas las leyes de la Revolución.

Pero cuando —como ahora— pienso que hay cobardes y ladrones como Suárez y otros, que viven dentro y pueden ir afuera de la Revolución a gozar de lo que han robado, se me ocurre que aún hay muchas ejecuciones por hacer y, mejor dicho, que hay hombres a quienes aunque no se les fusile, están condenados ya a la muerte civil y al desprecio de todos.

Son tan miserables como Bejerano y para la Patria están ya tan muertos como él.

---

15 Agosto.

Estamos *acampados* en el mismo lugar.

Anoche me rindió el sueño y el cansancio. Y la ansiedad de ver como pasan los días y aún no resuelve el General mis asuntos.

Creo que no tiene el General un plan determinado de operaciones: me parece que venimos buscando al enemigo, pero que éste no quiere salir a nuestro encuentro.

Ayer hablaban los generales de la posibilidad de tomar el destacamento de Banes.

Calixto dijo: Si Ud. quiere, dentro de ocho días Banes es mío.

Y después se quedaron conferenciando a solas sobre si seguimos acampados o continuábamos hoy la marcha: este punto quedó resuelto, puesto que aquí estamos. De lo otro nada sé.

Fuí ayer por la tarde con Mascaró al pabellón del General en Jefe a leer algunos periódicos que acababa de recibir. Tuve en mi mano números de un periódico nuevo que se publica en Madrid y se titula "La Paz por la Autonomía"; este diario que quiere ser español resulta, por sus afirmaciones, separatista. En otros diarios madrileños se leen cosas que denotan la debilidad de España y como la opinión pública va obligando a los que combaten por sistema nuestros derechos a ir aceptando como cosa fatal e inevitable la pérdida de Cuba para la dominación española. Asegúrase que Sagasta está dispuesto a darnos la autonomía y las últimas declaraciones de Cánovas indican que no sabe como resolver el grave conflicto y no se atreve a hacer declaraciones ni promesas: tiene en frente dos soluciones: la guerra es la una, y la otra, la terminación de la Revolución por fórmulas políticas y me decía sobre esto el General Gómez: pienso ¿qué sería mejor para la política española, si seguir en la lucha o evacuar la isla?

Allá ellos.

Nosotros mientras tanto, seguimos en nuestro puesto.

Voy a tratar de copiar las palabras del General Gómez cuando ayer nos contaba como nació en su alma el deseo de unirse a nuestra protesta y pelear a nuestro lado por la redención de la Patria cubana.

—Vine a Santiago de Cuba de Santo Domingo, con mi madre y mis hermanas casadas algunas. Fuí a la Habana y viví en el Hotel Europa, lugar en donde pasaban muchos militares esa vida de bohemios que no pagan lo que consumen, sobre todo lo que beben. Llevé a la capital de la isla cartas de recomendación de paisanos y amigos y pude por lo tanto, conocer algunas familias y visitar algunos salones en los que ya olí el filibusterismo, pero entonces yo no era de los que estaban en el secreto de los iniciados. Gasté algún dinero, del que traje de mi tierra, y a tal punto sufrí en mis intereses que tuve que pedir a mi familia conqué volver a Santiago de Cuba. No había tenido que luchar con las autoridades españolas, pero —a mi vuelta a Cuba— y por relaciones de amistad que me unían a una familia dominicana en cuya casa había una muchacha que me gustaba mucho, me enteré de que se cometía una estafa en la distribución de unos

fondos, lesionándose de esa manera los intereses de esa familia y me fuí a un periódico y escribí un artículo denunciando los hechos: el director del periódico temió publicar mi escrito, y me dijo que lo quería consultar con el Gobernador, le dije que no me oponía y —pocos momentos después, como el periódico estaba en la misma casa de Gobierno, fuí llamado por el Gobernador que estaba algo bebido y quiso insultarme, pero yo se lo impedí, estando dispuesto a entrarle a palos. Disgustado quise dejar la isla y escribí a mis amigos en ese sentido: mi madre le había cogido horror a la guerra y no quería volver a Santo Domingo, pero yo en mi deseo de irme hasta pensaba tomar el vapor diciéndole que iba a Manzanillo y como ella no conocía de mar, desembarcarla en Santo Domingo. Mis amigos me propusieron negocios en Manzanillo y me fuí allá, entrando desde entonces en relaciones, por la vida de campo que mis negocios me obligaban a hacer, con hacendados y hombres cubanos que se preparaban para la guerra. En mi espíritu quedó grabada aquella acalorada discusión con un jefe español; luego dos hechos me impresionaron mucho. Y refiriéndose al primero nos dijo:

—En frente de mi casa vivía una honrada familia compuesta de varias mulaticas, tres jóvenes músicos y la madre, que era una honrada mujer. Los domingos reunían en la casa algunas vecinitas y habían bailecitos en los que los tres muchachos lucían sus habilidades artísticas. La madre de aquella buena familia era amiga de mi madre y ésta, que casi siempre estaba en su cuarto leyendo o rezando, recibía a menudo sus visitas y ella venía con gusto porque agradecía el afecto conque era recibida, porque en nuestra familia, como de Santo Domingo, en donde los negros son libres y estimados por sus virtudes, no había el frío conque en casi todas las casas eran recibidas y tratadas las de color. Uno de esos domingos yo estaba en la sala de mi casa y desde el lugar en donde leía pude enterarme que algo desusado pasaba en la casa de las vecinitas, porque el baile terminó con un pleito y todos los invitados salieron con precipitación para sus casas. Pocos momentos después la madre entró por la puerta del fondo en mi casa y no tardé en oir como sollozos y lamentos en el cuarto de mi madre: fuí allá deseoso de conocer lo que ocurría y mi madre me dijo: Oye hijo lo que le pasa a estas pobres, tenían su fiestecita y dos españoles dependientes de tienda entraron y faltaron al respeto a una de las niñas, y como uno de los muchachos lo requiriera por estar faltando a su hermana, uno de los intrusos, medio bebido, le contestó con una tremenda bofetada, terminándose la fiesta y no pasando más porque el compañero se llevó al tragedista. ¿Y cómo su hijo no ha matado a ese infame? pregunté yo. Y entonces la pobre mujer me explicó que los hombres de color tenían que

sufrir sin chistar las infamias de los blancos y más si estos eran españoles y que las protestas de los de color las castigaba la ley con penas inicuas como cortar la mano al negro que se atreviera a levantarla para protestar de una infamia de un blanco. Me sublevé contra esta manera ruin y criminal de tratar a hombres libres.

Luego mis negocios de madera y otros, me llevaron a distintos ingenios y en uno ví cuando con un látigo se castigaba sin compasión a un pobre negro atado a un poste en el batey de la finca y delante de toda la dotación del ingenio. No pude dormir en toda aquella noche, me parecía que era aquel negro uno de los muchos a quienes aprendí a amar y a respetar al lado de mis padres en Santo Domingo.

Por mis relaciones con cubanos prominentes, entré luego en la conspiración. Yo fui a la guerra llevando aquellos recuerdos en el alma, a pelear por la libertad del negro esclavo y luego fue que comprendiendo que también había para justificar el deseo de la independencia de los cubanos, lo que entonces y hoy puede llamarse la esclavitud blanca, uní en mi voluntad las dos ideas y a ellas consagré mis esfuerzos; pero, a pesar de los años que han pasado, no puedo olvidar que acepté al principio la Revolución para buscar en ella la libertad redentora del negro esclavo, humillado por la trata que España sostuvo para degradar a Cuba.

También me habló el General Gómez de cómo dio la Revolución la libertad a los esclavos; pero esto, así como hablarte de la larga conversación que hemos tenido hoy, y del juicio que formó ya del General García, y contarte las nuevas miserias que sé del Gobierno, todo, todo lo dejo para mañana, porque ya es tarde: Valiente y Mascaró me han hecho una visita larguísima, —en la que hemos hablado mucho de medicina y de microbios y otras profundidades científicas, para olvidarnos que hace ya tanto tiempo que no estudiamos ni vemos un libro— y la vela única que tengo, se me acaba y hay que dejar un cabito para encenderlo por la madrugada porque mañana estamos de marcha.

Hoy te he escrito y te mando en dos sobres, cuatro de mis libretas.

Aguada de San Fernando, 16 Agosto

Anoche como a las 11 me despertó la voz de Tejedor. Sentí que alguien de fuera había entrado en el campamento y le pregunté que motivaba su conversación: entonces me preguntó si quería recibir

unas cartas que traía para mí uno que venía del cuartel de Lacret: me apresuré a contestar afirmativamente, encendí mi vela y contento abrí mis cartas: en la primera que era de Piñán venía una tuya de fecha 12 de noviembre, tan sabrosa, tan cariñosa, tan tuya Asunta mía, que me olvidé de que hacía tanto tiempo que la habías escrito y que andaba de mano en mano sin llegar a mí. No me cansaba de leer tus amorosas frases y con ella sobre el corazón pasé la noche sin dormir, pensando en ti, soñando contigo. 12 de nov. es la fecha de tu carta y me dices si me acuerdo de esa fecha y del 20. Como nó vida mía; aquellos días de frío y de pena para muchos, fueron para mí, días de glorias que marcan en mi vida un nuevo camino y, nueva senda de esperanzas para mi alma muerta entre las miserias y las angustias de mi vida. No puedo yo olvidar esas fechas, por eso anoche soñaba que te veía y mis ojos y mis labios te buscaban en las sombras de una noche larga y triste. Tu cartica, la segunda tuya que leo, es para mí aún más amorosa y buena que la que contesta la carta que te mandé por Pancho Ibern. Es del año pasado la carta que ahora leo y me parece que la acabas de escribir, que acabas de poner tus dedos en el papel; leo pues, tu alma en tus palabras, leo la sinceridad de tu corazón en las afirmaciones santas que quedarán en mi memoria como bálsamo para todas mis penas. Desde que recibí tu primera carta ya soy otro y ahora esta otra que leo me da nuevos alientos. Ayer te escribí ojalá hubiera podido decirte en la carta que te mandé que ya tenía en mi poder otra carta tuya.

Cuando leía la súplica que me haces en tu carta de que no te llame "esposa" sino "prometida" me has hecho llorar y reir al mismo tiempo. No te preocupe esto, corazón mío, eres mi esposa, la mujercita mía que está unida a mi corazón por el Dios de la pasión; por el amor más santo y más puro. No te ofenda que te llamen mi esposa: si no pude casarme por no dejar mi puesto en la expedición de Sánchez; y preferí todos los sufrimientos a que alguno pudiera decir que por tí faltaba yo a la palabra empeñada en el día de la llamada a la dignidad del pueblo. No me casé, pero como tú eres tan pura y tan buena, no olvidarás nunca que en tu corazón dejé toda mi alma y todo mi corazón. Pero sólo por el placer de haber leído anoche, y hoy, tantas veces, tu cariñosísima cartica, me siento orgulloso de haber sufrido todos los sufrimientos a los que me condena mi condición de cubano en mi puesto, sin miedos ni vacilaciones. Es tu cartica un poemita. No comprenderán las grandezas que en ella dejó tu pluma, los que no sepan caer de rodillas ante la imagen santa de la pureza y de la verdad.

Yo si entiendo tus palabras, las agradezco, las amo y por ellas quiero la vida y para ser tuyo y serlo con toda mi alma no quiero

morir, pero por eso mismo que eres tanto para mí no cedo a nadie mi puesto en el peligro y en él me encuentro dichoso. Y si muero, tus lágrimas llegarán hasta mi pobre tumba, y sobre tu frente caerán los rayos de luz de lo alto y las bendiciones del Dios de la verdad, del amor y de la fé.

Cuando pienso en ti no sé escribir, sólo sé quererte, y quererte muchísimo y sentirme tan lejos, tan lejos de tí, Asuntica de mi vida!

Es lo que tú dices: cuando se siente el amor como nosotros lo sentimos, son tan torpes para pintarlo todos los pensamientos, y tan vulgares todas las ideas!...

No vino sola tu carta: dos recibí de Piñán. En la una me habla de como por las atenciones que mereció de la familia de Lobato y por su vigorosa naturaleza pudo vencer las fiebres y la otra cortísima, sólo me la hace para enviarme tu carta que tenía en su poder desde hacía ya algún tiempo y la que recibió como me la manda, con todas las señales de haber andado de Herodes a Pilatos, pero al fin llegó a mis manos y la pude leer y saborear, y releerla, ¡tantas veces!

Está Piñán de Jefe de Estado Mayor del Brigadier Francisco Pérez.

Si me destinan para Baracoa le pediré al General Gómez que me lo mande, pues desearía tener a mi lado a tan buen amigo.

Otra de las cartas que he recibido es de Cosme de la Torriente que me da las gracias por mis recomendaciones a Sánchez Agramonte y al General Gómez, y con gusto leo que el primero lo trató muy bien, y que el segundo lo colocó de Auditor de la Brigada de Remedios. Si no llego al Gobierno le escribiré, al separarme de Gómez, porque —según me dijo el hermano— anda por los altos centros oficiales.

Ayer fuí a leerle al General Gómez el hermoso artículo de Tejera sobre Martí publicado en "Patria", después me quedé hablando íntimamente con el respetable Jefe de nuestra Revolución. Supe por él que en el Gobierno han habido serios disgustos entre Manduley y Don Pedro Betancourt que han determinando la salida del Ministerio del Trinché. La situación parece agravarse y hacerse cada día más tirante y difíciles las relaciones entre el Consejo y el General én Jefe. La determinación del Gobierno autorizando el comercio de maderas a un protegido del Marqués, parece que ha de ser el nudo gordiano: hoy me dice Colete, el teniente coronel Jefe de Despacho del Mayor, que le han comunicado a éste el oficio que el Gobierno le pasó al

Brigadier Vega del Camagüey, en el que le dicen los del Gobierno por el Secretario de la Guerra, que lo es ahora Portuondo, que sólo en el Consejo reside el Poder Legislativo, y que las órdenes del General en Jefe sólo pueden ser atendidas siempre que no se opongan a las determinaciones del Consejo y que en esa virtud, cumpla lo que se le ordena, o sea, que contra lo dispuesto por las circulares del General en Jefe, permita la salida de las maderas de que habla el acuerdo que ya dejé anotado en mis apuntes. ¿Se quiere llegar a un conflicto, se quiere precipitar al General en Jefe o hay en los hombres del Gobierno bastante maldad para pensar en oponerse abiertamente a los empeños y trabajos del General Gómez? Si tanta infamia cabe en esos hombres, ya preveo el fín de estos disgustos; por lo pronto por Colete sé también que el General en Jefe se limita a contestar que pensando que la manera de hacer activamente la guerra a los españoles es impedir todo comercio, ha dado esos decretos y como General en Jefe los sostiene. A Vega le dice que esté en su puesto y cumpla sus órdenes.

No es el General Gómez de los hombres que no estudian sus determinaciones; conoce el mal que hace a la guerra el comercio, y por eso lo impide, pero también sabe que necesitamos dinero y para conseguirlo, me decía ayer, que puede exigirse como garantía para la conservación de las fincas y en forma de contribución de guerra.

De las miserias del Gobierno en todos conceptos también hablamos, y de los abusos de los que como Pina entran con la llave de oro de la Revolución en las casas de los hombres cubanos o que sirven a Cuba,, para dejar en ellas la mancha de la traición y estos miserables gozan cuando otros les proporcionan manera de dar riendas a sus vicios, rompiéndose el alma y muriendo en frente de los enemigos.

La salida de Manduley del Gobierno, la orden que pasan a Vega sobre las maderas en la que le amenazan con castigarlo severamente si no cumple lo que le ordenan, indican que Portuondo con su malignidad prepara el terreno para que se desacredite el plan de gobierno que derrotó el que él prohijó y presentó a la Asamblea; con la idea de que siendo Gómez el Presidente de la República, Maceo fuera el Jefe del Ejército. Pero tan desacreditado está el Gobierno que si hoy pensara hacer algo en contra del General Gómez, todos se unirían en contra de él y resultaría más alta la posición y el prestigio del Mayor.

No puede nadie pensar en que otro que no sea Antonio Maceo puede sustituir, caso de muerte, al General Gómez. Y sin embargo, al llegar Calixto García, hubo quien pensara en él como sustituto de Gómez. Calixto llegando cuando la Revolución está potente, no podía

ponerse ni al lado de los que como Serafín y José Maceo han peleado, y mucho menos entre Gómez y Antonio Maceo; Zayas el valiente tenía más derecho y más títulos que él. Y después que ha estado al frente de tropas ¿qué ha hecho? Nada que indique ni valor, ni talento, ni patriotismo: es un orgulloso que viene con sus vanidades a traer nuevos conflictos a la Revolución. Me decía Mascaró que Mayía en el Camagüey juzgándolo, decía: "por allá por Oriente puede acampar: los jefes a sus órdenes pelearán por él, pero si se le antoja ir a Occidente, hay que recogerlo como un lío de ropas enredado en los alambres de una cerca por la Habana o Matanzas".

Le dije ayer al General Gómez como se conducía con las fuerzas del 1er. Cuerpo y sus injurias a los negros y a los bravos soldados de José Maceo; de todo le hablé con el valor que sé yo tener cuando creo que sirvo a la causa de la independencia.

Convino conmigo en mis juicios y hablando de las necesidades de algunos me dijo que había habido quien le hubiera preguntado si sentía sobre José Maceo lo que había escrito, a lo que contestó enérgicamente, preguntando al atrevido como se permitía sospechar que él pudiera ofender con una mentira a la santidad de su hogar:

—En la carta que escribo a mi esposa, que es para mí un altar, sólo puedo poner las mejores ideas que llevo en mi corazón.

Me dió a entender que él que había hecho la pregunta era el que llamó plateados a los valientes de Cebreco y Bonne.

Acentúe ayer la alta idea que tengo sobre las noblezas y virtudes de este viejo.

Por la tarde fuí a tomar café con Cebreco: me acompañó, como el día anterior, mi amigo Mascaró. Y casualidad, me dijo que a la hora del almuerzo había estado hablando con el General de las mismas cosas y le había dicho que el único Jefe de Baracoa era yo.

Bonne también le habló ayer en el mismo sentido.

La comisión que vino anoche con comunicaciones de Lacret para el General y con mis cartas, trae a un Jefe cuyo nombre no recuerdo ahora, que vino con Collazo del que se sospecha que pueda presentarse como lo han hecho ya sus dos hermanos.

Contraste.

Hoy al llegar decía Calixto que él acampaba en casas y el General Gómez manifestaba que prefería el campo.

—Cuando entremos en la Habana le dejaré la Quinta de los Molinos y yo iré al Palacio, decía Calixto a Gómez.

Creo que no podrá Calixto *mandar* a Gómez a la Quinta porque no se juntará por allá con este y porque caso de ir, ocuparía el lugar que el Mayor le designara.

Luego cuando acampamos decía Gómez.

—Yo no acampo en casa y dejo a mis ayudantes y al Estado Mayor que se amuele y sufra en el monte.

---

17 Agosto.

El campamento es feo y antihigiénico. En un montecito se ha chapeado y hemos colgado nuestras casas; pero es bajo y húmedo el terreno. Abunda, sin embargo, la caña; es éste un ingenio demolido.

Tejedor acaba de salir —a las 9 de la mañana— para Camagüey. No he contestado las cartas a Loynaz y a Torriente porque no quiero escribirles mientras no sepa a donde voy.

Entonces le escribiré largo a mi buen Loynaz y le diré que ya tengo cartas tuyas.

Y a Rosendo también escribiré entonces.

Ayer me dijeron que Cañizares había desafiado a Molita y que éste, para batirse con el Ministro, había renunciado su cargo de Gobernador del Camagüey.

¿Será posible que continúen al frente de nuestros destinos hombres que comprometan con sus ridiculeces o miserias y torpes envidias los intereses en mala hora puesto en sus manos?

Pié, el expedicionario compañero mío, el simpático matancero, me dá unos versos de Silveira para que los lea y yo se los hago copiar

a Pinto porque son lindísimos. Las líneas que titula "Fugitivas" son para mí una joya. Dicen que Martí elogiaba el soneto "Canto del Creyente" y que dijo una vez que era uno de los mejores de los versos suyos que había leído.

Creo yo, pues, que el poeta de la Revolución es este valiente y buen amigo, Silveira.

ESPERANZA

A mi querido A. Pié

Si la dicha mayor que el hombre alcanza
Alguien me preguntara en que se encierra,
Le diría en confianza
Que es la felicidad sobre la tierra
Sustentar esperanzas en la guerra
Y tener en la paz una Esperanza.

Y si el mismo, rayando en imprudencia,
llegara a preguntarme cualquier día
A que esperanza doy la preferencia
Yo como soy sincero,
Sin pensarlo siquiera le diría
Que la Esperanza de la paz prefiero.

Abril 16/96. Francisco Díaz **Silveira.**

FUGITIVAS

Entre las húmedas grietas
De una fosa abandonada
Una mujer enlutada
Puso un ramo de violetas,
Y por causa misteriosa
El ramo aquel perfumó
Perennemente la fosa
En que la mujer piadosa
Llorando lo colocó.

Oh! tú, la melancolía,
Que en horas de febril calma
Como engarces en mi alma

Pusiste versos un día;
Tu eres la mujer luctuosa,
Mis versos son las violetas
Su perfume paz dudosa,
El alma mía la fosa
Y mis recuerdos las grietas.

Francisco Díaz Silveira.

CANTO DEL CREYENTE

No temo la extensión, ni me acobarda
La densa oscuridad de mi camino
Que siempre acompañando al peregrino
Va el ángel misterioso de la guarda
He de llegar, lo sé, como la parda
Golondrina fugaz, a mi destino;
En vano me detiene el torbellino
Y la montaña hirsuta me retarda
El horizonte móvil con incierto
Fulgor en lo distante me convida,
Y oigo voces que en íntimo concierto
Me ofrecen desde el punto de partida
Tras la marcha azarosa del desierto
El descanso en la tierra prometida.

Francisco Díaz Silveira.

Esta mañana vino a mi tienda el General Gómez y me trajo para que lo leyera, un folleto de Eduado Yero en el que recopila las cartas a Montoro que publicó en "Patria". Cuando me trajo el General el folleto no lo había leído: recuerda Gómez que Martí, que nunca hablaba de nadie, le había dicho que este hombre —por conservar su puesto en la Diputación Provincial— se había guardado órdenes que había recibido como cubano adscripto a la Revolución.

Mascaró y yo leímos las cartas: están bien escritas y hay en ellas párrafos hermosos: es un buen sermón, lo malo es que el predicador es también culpable; pero es de los arrepentidos y hoy, al parecer, leales servidores de la Guerra.

Si tengo tiempo copiaré o haré copiar luego algunos conceptos que no quiero olvidar.

Después de almorzar fuimos a saludar en su hamaca al General. Con él estaba Cebreco. Hablamos de las cosas que José guardaba de Martí y también hablamos de Demetrio y los que sin títulos se quieren ahora hacer gente de pro.

Hablando de Martí, de su honradez y del cariño conque lo quería Pancho el hijo del General Gómez, con quien me retraté en Cayo Hueso, —fuimos a parar a las condiciones de discreción que deben tener todos los que quieran conspirar con éxito.

De Santo Domingo dijo el General Gómez que los españoles no se separaban de las autoridades, y cuando él y Martí estaban allí y se preparaban para venir aquí después del fracaso de Fernandina, tenían los cónsules órdenes del Gobierno español de impedir por todos los medios el embarque de uno y otro, pudiendo gastar hasta un millón de pesos si fuera necesario.

—Sabía yo por Lilí —dijo Gómez—, que había de tomar todas las medidas para desorientar a los españoles que —gracias a su habilidad— creían que en él tenían un leal servidor de España. Y como una prueba pudo recordar que cuando Yero escribió una carta en contra de unos españoles, Lilí para no castigar a Yero, pero darle a los españoles una prueba de imparcialidad, mandó que unos servidores suyos pusieran algunas armas en casa de una cubana; mandó a otro que fuera con el cuento al Cónsul español y cuando éste vino a participar a Lilí que había descubierto un depósito de armas para Cuba el Presidente simuló un escándalo y fueron cogidas las armas. —No me codeaba yo con las autoridades y ministros que nos protegían, cuando llegaba a una ciudad me metía en la casa de algún cubano y ni iba a los bailes ni a las reuniones públicas. Cuando vine con Martí me embarqué por Haití, es donde estaba. El Gobernador tenía que telegrafiar dos veces al día al Presidente anunciándole lo que Martí y yo hacíamos. No podía irme sin informar de mis actos al Gobernador que era muy amigo mío. Para despistar a los espías arreglamos mi salida de la manera siguiente: yo pretexté un viaje a la capital dando como causa el matrimonio de una hija mía con un cubano, y tenía que ser la causa racional porque yo estaba en mi casa fingiéndome enfermo y a mi cuarto venían todos a verme, pero el casamiento de mi hija era causa bastante puesto que quería informarme personalmente de las condiciones de mi futuro hijo político. Pedí pues mi pasaporte para la capital y el parte último del Gobernador sería anunciarle al Presidente mi marcha. El Gobernador mandaría cortar el alambre telegráfico y así persiguiendo a los borrachos y desocupados compondría el alambre, pero aparecería roto por otro lado y así durante tres días no habría comunicación con la

capital y nadie se apercibiría de mi marcha, pues para todos estaría camino de la capital. Y así pasé. Para que el Gobernador supiera que me había embarcado sin novedad, convinimos que mi hijo Pancho que tenía costumbre de ir por las mañanas al Gobierno, iría aquel día llevando al cuello el pañuelo de seda que tenía yo en la mano cuando hablaba de esto con él y así lo hizo Pancho después que nos embarcó. Se hizo ver mi hijo con el pañuelo al cuello y el Gobernador le dijo: —¿Y su padre? No sabemos de él, escribirá tan pronto como llegue. Y tan bien lo hicimos que Lilí dijo luego: Hasta a mí me han engañado y ni yo he podido saber cuando se fueron.

Me dijo Gómez que Martí tenía un tumor en la pierna derecha que le impedía hasta cargar el machete y el revólver. Pero a nadie se quejó y tenía que obligarlo a que dejara el trabajo para que se curara. En aquellos primeros días no se separaba Martí de la hamaca escribiendo todo el día. Me dijo también que en Santo Domingo compró un machete largo que por la falta de costumbre se le metía entre las piernas y no lo dejaba andar.

—Pancho le compró este machete que yo uso y luego se lo quitó y hasta le tuve que enseñar, por su carbunclo, a llevar atado en la silla, el revólver, y no fue el que le cogieron los españoles el que trajo de Nueva York para venir con él. Era aquel un revólver grande y Pancho mi hijo se lo cambió por otro pequeño que compró con ese objeto.

Y después entrando en otro género de observaciones y recordando en Don Ignacio Belén Pérez a los hombres de pureza tan acrisolada que pueden ser los guardadores de todas las esperanzas y los Jefes de los pueblos en los que sin temor alguno se pueden depositar todas las aspiraciones y grandezas dijo:

—A esa clase de hombres pertenecía Martí, a esos genios nacidos para el bien y para ser los jefes de los pueblos y los salvadores de todas las dificultades y miserias, pues siempre saben estar por encima de todas ellas.

Se dolió que Manuel Sanguily no ocupe un puesto alto en la delegación y que sus servicios no sean utilizados. Sobre esto escribiré cuando pueda a Estrada Palma. Es sensible que todos los que están en la emigración no tengan un solo criterio cuando traten los asuntos

de Cuba, y que se pierda el tiempo y se gasten los hombres en ridículas disputas.

Para consolarme de una contrariedad, escribo.

Ha llovido torrencialmente y mi hamaca está hecha un charco de agua. Y así tendré que pasar la noche. ¡Mi casa de campaña es tan corta y tan mala!

Gibara, La Colorada,

18 Agosto

No pude escribir mucho, porque —cuando para distraer la humedad—, me preparaba a hacerlo, me convidó Mascaró a ir a conversar con el General Gómez; guardé mi pluma y me fui tras él. Pero antes de llegar vimos al General Calixto que estaba en conferencia con el General y cambiamos de rumbo; nos fuimos a la tienda de Pujals que estaba enfrente de la del General. Nos dió un poco de café el veterano Pujals y hablamos de los difíciles problemas que ahora se le presentan al General Gómez ante las tonterías de Calixto y la mala voluntad que tiene a todos los orientales. Muy difícil le va a ser mandar aquí cuando todos ven en él a un enemigo. Nos dijo Pujals que había venido a su pabellón el General y le había hablado de todas estas cosas y de que tan disgustados estaban, que todos deseaban que nombrase a otro que no fuera García como Jefe de estas fuerzas y que muchos le habían indicado que con gusto aceptarían la jefatura de Serafín Sánchez. Conversando pasó el tiempo y se fué Calixto García del pabellón del General Gómez; fuimos entonces allá; Pujals y Colete completaron luego la tertulia. La lectura de unos extractos de las últimas sesiones de las Cortes españolas en las que se citan las cosas más ridículas y sandías y se copian palabras del *famoso* León y Castillo; pasamos a hablar de los fusilamientos que ya se repiten en las capitales y los asesinatos que se cometen sin la sanción de ninguna ley; pero con razón hizo notar el General Gómez, que ya los voluntarios de la Habana no alardeaban de patriotismo como en la Revolución pasada, ni habían cometido aún, asesinatos como los de Cohner y otros. Son los mismos, pero aún pesa sobre ellos la responsabilidad de crímenes que no pueden olvidarse y que los obliga a la expiación a que los condena sus conciencias, expiación a que no pueden sustraerse y que los humilla y degrada.

Contaba Mascaró que los miserables de Puerto Rico, cuando los asuntos de Jaibonito, empleaban torturas de inquisidores para hacerles

declarar lo que querían: a unos les desbarataban las articulaciones de los dedos con unos palitos y a otros les ataban un pie de sus partes, y así los obligaban a estar derechos en el otro pie. Yo hablé de mis sufrimientos en el presidio y de mis penas de entonces que justifican mi decisión por la guerra si otras razones no tuviera.

No sé porqué habló el General Gómez de algo que le pasó en la guerra pasada; pero me refirió un interesantísimo episodio que voy a tratar de recordar.

Se refería el General a que sólo una vez se había visto sorprendido por los españoles al acampar; pero que había sido por culpa del Marqués.

No recuerdo ahora el nombre del lugar; pero cuando dé con él, lo apuntaré; la cosa fue por Bayamo. Había una sabana con bastante yerba y en ella debía acampar con su fuerza que era de caballería —su escolta—y con él venían el Marqués, Luaces y otros. Había que poner una guardia en una vereda y fue el mismo Gómez a ponerla; dejó su caballo afuera, en la sabana, en donde habían quedado el Marqués y los demás y con dos números de su escolta de caballería que también, como él, habían dejado en la sabana los caballos, se fue a la vereda que era larga y dejaba ver de lejos: cuando el General estaba indicando a los soldados como habían de tener cuidado, sintieron moverse las ramas y vieron que venían gentes de a pie; eran guerrilleros de una columna que sin duda mandaba por delante la infantería. Dejé a los muchachos para que tiraran a los que venían y salieran a buscar sus caballos y yo —dijo el General— fuí a buscar también el mío: todos estuvieron listos pronto, pero el Marqués que ya había colgado su hamaca, perdió el caballo y apenas podía andar por la yerba alta y espesa, la infantería española se presentó y empezó el fuego; teníamos un callejón que daba al monte y yo lo que quería era detener a la caballería, que ya empezaba a salir por la vereda a fín de que no me cargaran. Y en tanto el Marqués, que no acertaba a montar en el caballo de uno de los míos, porque el que yo montaba era muy grande y no podía, y un chino a quien le habían matado el caballo y no quería yo dejar. Al fin pudo coger la vereda del monte cuando ya todos los españoles estaban en la sabana y sólo con los disparos que les había hecho los detuve mientras todos se ponían lejos del peligro: por la vereda del monte unos siguieron por la derecha y a mi se me ocurrió tirarme por la izquierda. Pero el monte por donde yo fuí era espeso y no pude andar ni dos cordeles en mi caballo, un hermoso caballo que Maceo me había regalado y que le había quitado a un Jefe español. Seguí a pie hasta que llegué a una cañada, anduve algún tiempo

hacia abajo, pero luego pensé que por aquel camino podían cogerme los españoles y aunque con trabajo subí otra vez la alta barranca que había bajado y me quedé tras un palo en observación, pues ya oía que andaban por el monte los guerrilleros: y fue aquel momento terrible; ví a los guerrilleros cuando llegaron hasta el lugar en donde había dejado el caballo y me dije: si corro, oyen el ruido de las hojas secas y me cogen, lo mejor es que me esté callado y tenga preparados los dos tiros que me quedan; los disparos y luego salgo corriendo por si puedo escapar: fueron aquellos momentos angustiosos, ví a los guerrilleros que se llevaban el caballo que había dejado en el monte, seguían los guerrilleros buscando en el monte, cuando se oyó una corneta que tocaba llamada; se fueron los soldados españoles y poco después me acompañaba el más triste silencio: empecé a pensar en salir de allí, pero con precaución, porque temía encntrarme con el enemigo. No me quedaba duda que dos columnas se habían juntado por allí; una era la que me obligó a entrar en el monte y la otra que había venido por la otra entrada de la vereda. Al fín me decidí y salí; temeroso de salir por la vereda, me fuí monte a monte hasta un lugar en donde había caña por lo menos y en donde me acercaba al lugar en donde yo había dicho a los míos que debíamos juntarnos caso de una dispersión. Ya la tarde se oscurecía y yo no queriendo salir al limpio cogí unas cañas, me encontré una calabaza y con estas cosas y hojas secas me fuí al monte como media legua y allí junté candela y asé mi calabaza y después de haber comido me acosté y fue aquella una de las noches más tranquilas que pasé en la guerra.

Y tengo que dejar aquí el interesante episodio porque se me acaba la vela.

A PIE

Si es bello el horizonte de la vida
Y refleja esperanzas y placer,
La muerte es una infamia inmerecida
Y la vida un deber!

Más si todo en el mundo se ha perdido
Y no hay ni que esperar ni que temer,
La vida es un oprobio maldecido.
Y la muerte un deber!

Gustavo Ortega.

El Jagüey, 19 Agosto.

Ayer salió Sánchez Vaillant con unos cuantos números a tirotear por la línea férrea y desde ayer todos pensamos que pronto tendremos fuego; pero no se ve el plan ni se puede estimar la importancia del ataque. Hoy hemos andado legua y media o dos leguas hacia Auras y nos acampamos aquí para pasar las horas de siesta, para siestar, según el verbo mambí, —pero me parece que aquí nos quedamos hasta mañana porque ya son más de las dos y no se habla de marcha. Los generales secretean, pero no se sabe nada y yo temo que esto no sea el *mons parturiens*, pues creo que el plan es dejar venir los acontecimientos a ver si nos encontramos con una columna de 2,000 hombres que dicen salió de Holguín y anda por los montes; cosa que yo creo difícil porque la tal columna cuando sepa que andamos cerca, se irá al pueblo a *cuidar la casa*...

Sigo el interesante episodio que iba contando anoche cuando me faltó la luz.

—Por la mañana, siguió diciendo Gómez, —me puse en camino hacia la *agüita* en donde había dicho yo a todos mis compañeros que nos reuniríamos caso de alguna dispersión, pero tenía que andar con precauciones pues tenía que pasar por toda la sabana en donde fuimos atacados y andar algunas leguas de monte: emprendí el camino, pero antes de ir al lugar de la cita, me fuí a explorar y tomé el mismo camino por el que el día de la sorpresa había visto a los guerrilleros cuando fuí a poner la guardia. Anduve con cuidado y casi al llegar al limpio me sorprendió ver a un soldado que cocinaba de espaldas al lugar en donde yo me encontraba y otro que liaba un cigarro con la cabeza baja de frente a mí: retiré mi cuerpo hacia atrás y con cautela me volví cuidando de hacer el menor ruido posible; al volver, miraba para atrás temeroso que me siguieran y así anduve hasta que con gran sorpresa mía oí que me hablaban y que eran de los míos los que venían en dirección contraria a la mía. —¿A dónde van?, les dije. Acabo de reconocer a los enemigos que están acampados aquí, —ya lo sabíamos, —me respondieron—, pero veníamos a ver si aún estaban por aquí. Y por cierto que ha estado Ud. a punto de que le hiciéramos fuego, porque, como ya sabíamos que por ahí estaban los españoles al sentir uno que venía, supusimos que sería enemigo y ya estábamos preparados para hacerle fuego. Seguí con mis soldados y llegamos sin novedad a la *agüita* en donde los otros nos esperaban y —cosa curiosa— a las cuatro de la tarde todos estábamos reunidos en el lugar de la cita. Sólo faltaba Luaces que estuvo extraviado unos días.

Los españoles se fueron y nos dejaron galletas y sardinas en el campamento que nos vinieron muy bien pues como yo, algunos o mejor dicho todos, teníamos hambre y sólo llevábamos como todo alimento del día anterior alguna calabaza asada. Ya en el campamento sorprendido por los españoles, recogimos boniatos y otras viandas que nos habían dejado: nuestras acémilas si las perdimos todas el día de la sorpresa. Y ya allí también recibí alguna comida que Manana, mi esposa que estaba por aquellos lugares, pudo mandarme".

Me dijo Pancho Sánchez que Planas va de Brigadier a Baracoa y que Demetrio y otro lo acompañan como jefes de los regimientos. No lo creía de momento, pero luego me lo dijeron el General Periquito Pérez y Cebreco. Periquito, que está enfermo, me dijo que no quería ya ocuparse de estas cosas, y Cebreco piensa que Gómez a última hora no ha de permitir que se hagan estas cosas tan ridículas como injustas.

Yo no sé que pensar.

Mascaró me dice que debo quedarme en Oriente por lo mismo, y yo no sé ya que debo hacer: ganas me dan si Gómez no me hace justicia de quedarme arrinconado hasta que de una manera decorosa pueda dejar esta tierra tan desgraciada.

Pero estas ideas no me enferman el alma, pasan por mi imaginación, pero yo sé que nada me ha de hacer torcer ni dejar el camino honrado que me ha de llevar a donde debo ir.

Holguín. El Atillo, 20 Agosto.

A las 12 de la noche se tocó diana y a la una emprendimos marcha. A las cinco después de una marcha no interrumpida, divisamos los fuertes y el poblado de Holguín detrás de unas hermosas montañas. Salimos del campamento en dos columnas, la nuestra de caballería mandada por el Mayor Gómez y el General Torres. Pasamos la línea del ferrocarrril y mandó Gómez cortar los alambres telegráficos; al enfrentarnos con un fuerte como a 1,000 metros, sentimos los disparos y las descargas; era una guerrilla nuestra que fue a tirotear a la población de orden del Mayor. Nos detuvimos y luego seguimos y sólo paramos un momento y a las once hemos llegado aquí cansados y hambrientos. Por lo que he oído al General Gómez la otra columna con Calixto y Feria y los demás, fue a un fuerte que está entre Aura y Holguín. Hemos sentido dos o tres disparos de cañón y como un petardo de dinamita, también hemos visto humo por el lado del fuerte; el General Gómez dejó fuerzas en la línea y me dijo que

Calixto le iba a hacer algunos desperfectos a la línea y que Collazo se preparaba para coger un fuerte con los cañones. Aquí esperamos a que Calixto venga... Se decidió el General Gómez a venir aquí porque a la caballería no se le podía dar más larga jornada.

Hasta ahora esto no va pareciendo sino un paseo militar.

Y aquí estamos sin comer y sin esperanzas de tener qué.

Y con la pena de haber perdido mi caballo, el que fue de Filín y de José y de Portuondo después, y ahora cuidaba para llevarlo a Baracoa. Lo monté anoche y por la mañana tuve que dejarlo por la mula, porque no podía con su alma. No pudo ni seguir arrebiatado. ¡Qué la tierra le sea leve!

Ayer cuando escribía las tristezas que siento por los caprichos y necedades de ciertos tipos de la Revolución, interrumpió mi escritura el General Gómez que conversando con Mascaró se refería a la mesa que tengo yo, de las que sirven como decía el General Gómez para tratar *los altos fines políticos.*

Dejé mi escritura y me fuí a conversar con el bravo General: el agua nos hizo guarecernos en la tienda de Pujals. Allí leímos párrafos de las cartas de Yero a Montoro y hablando de los recientes disgustos de los hombres del Consejo que han obligado a renunciar a Manduley y que ha puesto la cartera de la guerra en las manos del Secretario Portuondo. Para que vieran los del Consejo que él, —Gómez— había procedido en justicia en lo que se refiere a la terminante prohibición de todo comercio con los españoles, les mandó un periódico madrileño en donde hay un extracto del discurso de un notable hombre político que estudia con talento estas cuestiones económicas.

—Le mandé el periódico nos dijo Gómez.

—Pues en él —dije yo— se va una lista de mi puño y letra de los Jefes que se han embarcado desde que se dio el grito en febrero. Ahora dirán, agregué, que yo ando tras de bastidores y que sigo ejerciendo mi *maligna* influencia. Soy malo para los que piensan como el Marqués porque no me dejo imponer por los tontos y sé pensar con mi cabeza.

—Siento, me dijo Gómez, que Ud. no venga conmigo hasta el gobierno, pues yo quiero que Ud. vaya a Baracoa para que me arregle

por allá las cosas, pero cuando tenga que hablar de algo que pique he de decir: *"bien me decía Valdés-Domínguez".*

Sus palabras me reanimaron. Y me dieron valor para decirle que el memo de Planas estaba indicado para Jefe. Me dijo que eso no podía ser, que lo que Calixto le había dicho era que Planas y su fuerza necesitaría ir a Baracoa por si viene alguna expedición para, de esa manera, poderse armar, pero que él sabía que clase de hombre era el tal Planas y conocía su costumbre como militar por los clamores que había oído por donde quiera que pasó con su fuerza.

Me puse muy contento. Y esto me dió fuerza para pensar siempre que estando en mi puesto no tengo nada que temer.

Sufrir y adelante. Y pedir al Cielo que pronto escribamos en nuestra historia el nombre de la Patria libre.

No tengo ni que fumar. Ni a quien flanquearle un tabaco.

¿Cuándo me despacharán para Baracoa?

Me parece que el tiempo anda ahora muy despacio. Y tan despacio.

Espero tener pronto carta tuya, me parece que cuando reciba las primeras correspondencias, he de leer algo escrito por tu mano y he de sentir los consuelos de tus palabras amorosas y buenas. Pero aunque no reciba carta tuya, aquí te queda, con todo mi cariño, la seguridad de que siempre y en todos los momentos de mi vida estás en mi corazón y en mi memoria.

Te besa tu Fermín.

S.S.(*)

No. 25

Holguín. Guaramanao

22 Agosto 1896.

Ante ayer fue día de sensaciones y de gratas y alentadoras noticias. Como a las tres horas de haber acampado, llegó la columna que mandaba el General Calixto García y el Brigadier Feria. Fueron ellos a destruir la línea de Auras a Holguín y a atacar el fuerte de la misma línea que se levantaba en la "loma de hierro". El General Calixto mandó a unos pocos hombres armados de máusser con los artilleros que colocaron la pieza en una altura que dominaba el fuerte. A los 21 cañonazos evacuaron el fuerte los soldados que lo defendieron durante más de 2 horas. No tenía prácticos el General García y no pudo evitar que los soldados, que se dejaron escurrir por una escalera que pusieron por el fondo, se fueran por el monte a esconderse en otro de los fuertes de la línea. Nos dejaron 2 muertos de cañón, 2 armamentos largos, una corneta, más de 6,000 cápsulas, sacos de galletas, garbanzos, vino, ron, baldes para agua y otras menudencias. Ha sido esta una operación que ha venido a levantar el espíritu y a demostrar que no son tan malos nuestros cañones; que los malos eran los artilleros. La operación ha resultado de importancia por el temor que pondrá en los que defienden los fuertecitos: todos podemos tomarlos ya con nuestra artillería. Y lo que desacreditó el Gobierno lo han levantado el General Gómez y Calixto con esta operación felizmente realizada. Y en los tiros de los nuestros a la población de Holguín y en la toma del fuerte no hemos sufrido más que dos bajas, un muerto y un herido; estas bajas han sido por imprudencias de los números, pues en el lugar en donde colocó Calixto a los infantes no podían ser heridos por los disparos de los soldados del fuerte. Nuestra columna no sufrió ninguna baja por que los soldados de Holguín se mantuvieron detrás de sus trincheras. Se quemó el fuerte y las fuerzas recorrieron las casas de los pacíficos que vivían al abrigo de los soldados del fuerte y raquearon de lo lindo: vienen los soldados con puercos, gallinas, guanajos y hasta sombrillas de señoras.

Fue, pues, ante ayer, día de triunfo. A pesar del agua, todo el mundo andaba contento y eso que el aguacero fué de padre y muy señor mío.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos*. Legaso No. 271, No. 1.

Gómez se alegró que nuestra fuerza le hubiera dado un ¡hurra! a los americanos e ingleses artilleros. Se han portado bien y es justo que se les aplauda.

Hemos comido galletas de los *dinos.*

Los dos muertos que dejaron estaban reventados por la metralla. Dice Collazo que cree que murió el jefe y que se llevaron muchos heridos. El cañón fue colocado en una lomita en donde sólo cabía el cañón y se hizo una trinchera de piedras, en donde se enterraban las balas de los soldados que tiraban despacio y apuntando al lugar de donde salían los disparos de cañón.

Creo que el General se prepara a montar ya el cuerpo de artillería.

Como recuerdo copio aquí la "orden del día" que se refiere a la toma del fuerte.

Orden general del día 21.

A los Jefes, oficiales y soldados de la columna en operaciones línea de Holguín.

Un triunfo glorioso habéis conseguido en el día de ayer.

Nuevo laurel habéis añadido a los muchos que tenéis conquistados.

De Loma de Hierro ha sido barrida a cañonazos la fortificación que ostentaba.

Os cabe la gloria de ser los primeros vencedores con artillería.

Loor y gloria a Vuestro General Calixto García que con valentía y acierto supo dirigir la operación.

Como General en Jefe me honro en felicitar a la Patria por tanto bien alcanzado. A vosotros todos, por la gloria conquistada y a los artilleros, por la gloria y su honor como extranjeros.

A vuestro General por su nombre y por su fama y por su gloria.

Ayer llegamos aquí al medio día y nos esperó un aguacero torrencial. Por lo largo de la marcha y las que ya traemos, se me cansó la mula; se quedó por el camino, perdí el aparejo y también se perdieron dos caballos más de los de mi gente: Rafael trajo el serón y no quiero enterarme de todo lo que debe haber perdido.

Escobar llegó aquí con mucha fiebre. Quise dejarlo en la prefectura de este lugar, pero al decírselo al General Gómez me indicó que no lo hiciera y esperara una o dos marchas más. Luego supe que hoy termina la concentración y que probablemente, —mañana— cada uno seguirá para su puesto. El agua y la falta de vela no me dejaron escribir ayer, pero no puedo olvidar ni una de las palabras del General Gómez cuando anoche nos contaba con frase inspirada como dejó a Cuba y su entrevista con Martínez Campos y el General Cassola y como llegó a Jamaica y la manera conque encontró protección en Costa Rica. Cada vez que se escucha a este hombre modelo de honradez y uno de los más sinceros y virtuosos que he conocido, se le ama más y crece el respeto y la admiración conque vemos todos los cubanos en él al Jefe de nuestra Revolución.

Vino ayer Mayía. Lo recibió el General Gómez seriamente. Lo ha puesto a las órdenes del General García: con éste ha acampado y no lo veo desde ayer que lo saludé al llegar: con el viene Cundi Silva y otros ayudantes.

Ya han empezado a darse las órdenes para disolver la concentración.

He saludado al Brigadier Rojas y algunos de los de su Estado Mayor.

Hablaba anoche el General Gómez de los asuntos de maderas que ahora tanto preocupan al Marqués y decía que le tenía mala voluntad a estos líos porque le traían a la memoria los que se referían al comercio de güano que fué precursor del maldito Zanjón.

Explicaba el General Gómez como él no había tenido pacto alguno con los españoles.

—Después que ya había sido hecho el convenio por los cubanos no me quedaba a mí, extranjero que había venido a ayudar a los cubanos en la campaña por la Independencia, más que aceptar lo que habían pactado.

Una de las bases del pacto decía que los jefes que no quisieran permanecer en el país, podrían pedir que por cuenta del Gobierno español se les pusiera en el país del extranjero que designaran. Escribí a Martínez Campos citándolo para una entrevista.

Martínez Campos fue enseguida. No había querido yo aceptar ninguna de las entrevistas que antes me había propuesto. ¿Qué iba a tratar con el general español? Cuando los cubanos determinaron no seguir la guerra yo no podía obligarlos. Con Martínez Campos vino el General Cassola y algunos oficiales. Después de explicarle al General porqué lo había llamado y de perdirle un barco para ir a Jamaica en donde estaba mi familia, me dijo el Campos:

—Ud. no debe irse, yo necesito hombres como Ud. para la obra de reconstrucción del país; hombres como Uds. de virtudes que lo han demostrado ser en tantos años de guerra, son los que yo necesito para la reconstrucción del país y consolidar la paz. Le contesté que la reconstrucción del país era cosa que poco me preocupaba, y que terminada la guerra nada me quedaba que hacer aquí puesto que nada tampoco me ligaba a España ni a los españoles. Entonces Martínez Campos empezó su obra de ofrecerme dinero. —No es posible, —me decía— que Ud. vaya a su país con esas ropas raídas y miserables; el Gobierno me autoriza para que ponga a su disposición el dinero que Ud. necesite. No acepté nada. Continuó el General Campos: —Yo soy rico y puedo prestarle a Ud. la cantidad que necesite, luego me la pagará Ud. cuando quiera y pueda. —No pude sufrir más y me levanté para decirle: General, tengo el derecho de exigir a Ud. que respete mi desgracia. Ud. no tiene dinero bastante para comprar estos andrajos que constituyen mi riqueza, ni hay nada que disculpe sus ofrecimientos que insultan mi dignidad. Soy un caído, y como vencido, pero en mi puesto, debe Ud. respetarme: estos andrajos le deben servir a Ud. para no tratar de humillar al que lleva como Ud. los entorchados de General que lo obligan a Ud. a ser siempre justo y digno de los timbres y honores militares de que blasona.

No puedo, ahora, copiar las palabras del General.—Por más que quiera recordarlas, lo único que llena mi memoria es que la hermosa relación de anoche me demostró las grandezas que hay en el alma de este hombre justo.

—Martínez Campos no pudo resistir mis palabras, humillado bajó la cabeza y salió a hablar con los otros que estaban conmigo. Collazo y muchos compañeros más. Al separarme de mí le dijo a Cassola: hable con el General Gómez. Cassola no dijo más que estas palabras: nada hay que decir después de lo manifestado por el General Gómez y se cubrió la cara con las manos, al descubrírsela luego, vi dos lágrimas que rodaban por sus mejillas.—Cuando Martínez Campos me ofrecía su oro, le dije: no puedo aceptárselo porque sólo se recibe sin deshonor, de personas con quienes nos ligan

lazos de familia y de amigos íntimos, y entre nosotros no hay lazo alguno de parentesco y es esta la primera vez que nos hablamos, sin que por la distancia que hay entre nosotros por los distintos campos en que hemos militado nos una de ninguna manera, afectos y relaciones de amistad.

Los Moscones, 23 Agosto

No pude ayer escribir, no me sentía con quietud de espíritu bastante para dejar en el papel mis pensamientos. ¡Tantas ideas distintas y tantas amarguras se juntaban en mi pobre cabeza! Dejé la pluma para hablar con Mascaró y Valiente, después fuí a comer con Cebreco...

Todo el día fue ayer de movimiento y trabajo para los generales y los oficinistas y ayudantes: sólo en mi tienda y en la de mis ayudantes me parecía que había quietud y calma y me mortificaba ver como dormía Pinto, y como todos —con la tranquilidad de sus espíritus— insultaban la intranquilidad del mío. Y así pasó todo el día. Cuando volví de comer con Cebreco, me acerqué a la tienda del Mayor; allí estaba el pobre Mayía. El General que pareció no dispuesto a entrar en conversación con el ex-jefe de Oriente, se puso de pie y me habló de los asuntos del día, de las irregularidades cometidas por el gobierno. Aproveché yo el momento para decirle que nada se me había comunicado sobre el puesto que debía ocupar en el ejército de Oriente.

¿Cómo?, me dijo el General Gómez.—Pues esta noche se lo recordaré a Calixto y Ud. quedará listo.

Me sentía malo, no sé que me ahogaba más, si mis augustias o el calor. De pie allí sufría y me fui a mi tienda y me senté en mi hamaca. Serían ya cerca de las ocho de la noche. Cuando estaba en la tienda de Cebreco fue a avisar, de parte del General García, un ayudante que de 7 a 8 debían estar en su Cuartel todos los Jefes y oficiales para ir a despedirse del General Gómez, pues hoy por la mañana debían separarse de las fuerzas y desde mi hamaca vi cuando venían todos, con el General García a la cabeza, a saludar al ilustre jefe de nuestro ejército. Dejé mi hamaca y me fui a oir: hablaba el General Gómez. Fueron sus palabras, como siempre, elocuentes y sentidas. Al principio habló de la unión y de la dignidad en tono familiar y como el camarada de todos, después levantó el tono para significar que él era igual a cualquier subteniente en la obligación que todos tenían de cumplir sus deberes y trabajar por soste-

ner el prestigio del puesto de confianza que merecía a la Revolución. Ya ha pasado, dijo, el momento de la pasión, ahora estamos en la hora hermosa del cumplimiento de los más sagrados compromisos. Todos aplaudieron sus palabras: los vivas se sucedían y Mascaró anunció con entusiasmo que yo iba a hablar; me detuve un poco pues me parecía que otro se disponía a hablar y así fue en efecto. Enrique Collazo saludó con frase inspirada a nuestro ilustre guerrero y terminó sus cortas palabras con un viva al General Gómez. Se sucedieron los vivas y los aplausos, volvieron a anunciarme y entonces me abrí paso por entre la gente que se apiñaba en derredor, enfrente y aún dentro de la tienda del General Gómez, y sombrero en mano hablé con el fuego de mi alma dejando en cada frase mi sinceridad y la fe conque vengo a servir a mi patria y el asco que siento por todo lo que tienda a separar los distintos elementos revolucionarios o a levantar contra los defensores de las doctrinas de Martí acusaciones tan falsas como la tan repetida de que esta no es sino la continuación de la guerra del 68. Nos acusan esos, de que nos olvidamos de los hechos, y son ellos los que se olvidan de la lógica y se tragan —sin escrúpulo ninguno de conciencia— el Zanjón. Dicen mis amigos que hablé bien; si sé que me entendieron mis amigos y compañeros y que con los aplausos de todos tuve satisfacción grande. Después habló un mulatico, obrero, que ha estado por el Cayo y otros puntos del extranjero, su discursito preparadito y todo cayó bien y fue aplaudido. Pidieron que hablara mi compañero y amigo Mascaró, costó trabajo, pero al fin se decidió y fué al punto. Con frase correcta, sin afectación, pero con la seguridad y aplomo del que sabe lo que dice y dice lo que siente, habló el simpático portorriqueño y talentoso Jefe de Sanidad. Como hijo de la isla hermana, explicó porqué estaba a nuestro lado y porqué luchaba por la independencia de su tierra ocupando un puesto en la Revolución cubana, explicó la unión que en dolores y aspiraciones hay entre portorriqueños y cubanos y terminó sus frases con los patrióticos versos de la poetisa Lola Rodríguez de Tió.

Cuba y Puerto Rico son
De un pájaro las dos alas
Reciben flores o balas
Sobre el mismo corazón.

Algunos pedían que hablara el Jefe de Despacho de Calixto, pero fue el de Mascaró el último discurso de la noche. Después las cornetas nos atronaron con una retreta semi-militar, entre mambisa y española.

Fueron retirándose los jefes y oficiales que habían acudido a la cita con cariño, y media hora después conferenciaban los generales Gómez, García y Torres; conferenciaban en la tienda del primero y en un extremo del campamento, Mascaró, Valiente —el Dr.–Colete, Pié y luego Valiente el ex-ayudante de General José y hoy Jefe de uno de los batallones del Regimiento Maceo y yo, charlábamos amistosamente y juzgábamos distintos hechos de la Revolución. Después de tocar silencio aún seguíamos en nuestra conferencia y aún los generales hablaban sin duda de la marcha que hoy debíamos emprender, pues ayer supo por Ortega el General Gómez que por donde desembarcó Peña ha entrado una expedición que en distintos puntos ha descargado medio millón de tiros, y 1,500 rifles, un cañón y muchas medicinas, una imprenta y otras cosas más.. .Cuando ya nuestro grupo iba a disolverse porque estábamos hablando muy alto y estábamos exponiéndonos a un arresto, vimos llegar a Rafael Manduley, el famoso Trinché de la Guerra, en idem ya con los conspicuos del Gobierno. Poco tiempo habló el ex-ministro con los Generales Gómez y García; camino de la tienda de este último lo alcanzamos Mascaró y yo, y —sin dar paz a los orzuelos que los padece desde hace poco tiempo y lo obligan a tomar posiciones poco académicas y a hacer mal uso de sus manos, nos dijo:

Oh! aquello... grave... gravísimo. El Marqués, un viejo estúpido y vanidoso. Masó un cataléptico, y los demás. Oh! todos, falsos. Acordada la separación del Marqués, Cañizares falta a su palabra, Pino pastelea y trabaja por lo bajo como intrigante vil y yo en mi puesto enfrente de todos. El Dr. Hernández los insultó y los dejó y el Portuondo adulador y vil, ah! yo no transijo con almas tan impuras, yo no me siento ancho sino en mi hogar, lo demás es lucha y pena honda. Pues Portuondo llevó un papel infame en el que llamaba al Marqués anciano ilustre y hombre de grandes virtudes, y llamar virtuoso a un hombre tan miserable, si señores, tan malo, ah! sí porque lo es y mucho! Yo no puedo así en pocas palabras explicar todo lo que pasó. Y de Don Pedro ese es un miserable que quiso imponérseme, pero yo me acerqué al Marqués y le dije que mientras yo estuviera en el ministerio, nadie sería ministro de la guerra más que yo. Ah! yo tuve que hablar muy alto y muy a fondo, yo he hecho temblar al Marqués y hasta las tiendas parecían que se aplastaban cuando yo hablaba. Pero los dejo, estoy molido del viaje y las palúdicas y estos *orzuelos* me tienen muy molesto. Oh! Hay allí mucha gangrena.

El ex-ministro anda muy elegante y como siempre muy dispuesto a seguir en su majasismo congénito. Trae de alicuige a su hermano

Ramón que con toda la seriedad del burro se limita a decir cuando su hermano habla:

—Ah, sí... Oh! no!

De las palabras de Manduley se deduce que ya han llegado los hombres del Gobierno al último grado de la impopularidad y que han manchado con todas las infamias y las debilidades el blanco manto conque los cubrió la Constituyente para que fueran los guardadores de las leyes fundamentales de la Revolución. Nos retiramos Mascaró y yo a meditar sobre estas cosas, tan graves como tristes y tan tristes como ridículas. Creí con Mascaró que debía hablar al General Gómez sobre lo que pensaba y a pesar de ser ya muy tarde, fuimos a la tienda.

—Creo que debe mandásele a los hombres del Gobierno una exposición firmada por muchos cubanos en la que se les haga ver la necesidad en que están de dejar los puestos que ocupan.

—No opina así Calixto y por ahora yo creo que puesto que todos los elementos militares de la Revolución, que la forman, están dispuestos a seguir mis órdenes sin ocuparse poco ni mucho de lo que el Gobierno haga, nada debemos intentar por ahora por corregir los males que los llevan al desprecio. Si creo que debemos ir al Gobierno y estudiar allí lo que sea necesario hacer y en tal caso oir entonces a Maceo y a Calixto antes de tomar ninguna resolución, para esto me parece conveniente que Ud. nos acompañe hasta el Camagüey, así Uds. dos pueden hacer propaganda y ayudarme.

Le dije que estaba a sus órdenes y que si pensaba así era porque temía a los maquiavelismos de Portuondo capaz de todas las infamias.

Luego me dijo el General:

—Por lo demás ya Calixto está hablado y Ud. tendrá una comisión para Perico Pérez por Guantánamos y Baracoa. Y lo devolveré desde el Camagüey.

Y con estas impresiones nos fuimos a nuestras tiendas.

Casi me sorprendió la diana despierto.—¡Tantas fueron anoche las ideas que me desvelaron!

Ya no iría a Baracoa. Se confirmaba el hecho de que el cobarde Planas, ascendido a Brigadier, sería el Jefe de Baracoa. Ahora iría

yo a Camagüey y luego, ¿cómo vendría a ocupar mi puesto en las filas del ejército oriental?

Todas estas ideas me entristecieron pero luego me dije:

—Y ¿Por qué me apuro? la guerra me dará mi puesto; el que yo sepa merecer.

A las cuatro tocaron diana —como la retreta de anoche— entre española y mambisa. El General Gómez con su Estado Mayor fué a despedirse del General Calixto. Yo deseoso de hablarles a los dos juntos de mi asunto, dejé mi mula y me fuí a donde ellos estaban y le dije al General Gómez.

—Me dijo Ud. anoche que hoy me despacharía Calixto, pero no me han dicho nada.

—No te acuerdas que te dije que vendrías conmigo al Camagüey, y que luego te mandaría para que el General García te destinara, y dirigiéndose a Calixto: yo se lo mandaré cargado de noticias y bien preparado para recibir sus órdenes.

—Y yo, —dijo Calixto— lo colocaré enseguida.

Después de estas palabras nos despedimos y emprendimos la marcha.

Ayer nombró el General Juez Instructor al Comandante Villalón para que formara las diligencias a fín de investigar las razones que había tenido Mayía para no dar cumplimiento a la orden del Lugar Teniente que le mandaba ir Occidente con 200 jinetes, por qué había venido hasta acá y por qué no fue a ponerse a las órdenes del General Antonio Maceo y con qué derecho ha andado con escolta armada de un lado a otro. A Villalón se le dice también que le notifique al General Mayía que debe ir con nosotros. Y esta mañana se nos incoporó: viene Mayía solo, sin ninguno de sus ayudantes y me da pena su situación, pues aunque comprendiendo sus faltas, me duele verlo ahora caido. El General Gómez no lo trata mal, pero tampoco —como con nosotros— usa con él confianza ninguna. Esta mañana hicimos alto para tomar un bocado; el General —como siempre— nos invitó a Mascaró y a mí, y nosotros le ofrecimos un pedazo de carne y casabe del que nos había dado el General, no quería tomarlo, pero nosotros insistimos.

En la marcha hablé como siempre con el General Gómez.

De las miserias del Gobierno y de lo que nos contó Manduley y de muchas cosas más hablamos.

Parece que ha muerto Lilí el presidente de Santo Domingo y le ha sucedido Billini, un buen amigo nuestro.

Al pasar por Las Calabazas encontramos un postillón que dijo no saber los caminos, el General le hizo ir con nosotros para que otra vez los supiera.

Es una felicidad en la guerra ser postillón!

No General, le dije, el mejor puesto es Secretario de una Prefectura, esos que saben leer y escribir y son por lo tanto los directores espirituales de los Prefectos, conocen donde hay caballos buenos y en donde viven las muchachas más bonitas de la comarca y comen huevos y arroz y andan límpios y bien vestidos; esos son como un tipo que yo conocí en Canastas el mismo día que conocí a José Maceo; este tal, era pariente de Padró: lo colocaron en una prefectura de Secretario y poco tiempo después en Jarahueca, después de la célebre operación de Sagua, me lo encontré bien vestido, con muchos tabacos en los bolsillos para él y los amigos, montando un buen caballo y trayendo arrebiatado otro con sillón de mujer.

Le dije: —Amigo, ¿qué significa ese sillón y ese caballo?

—Que hace cuatro días que me casé.

En tan poco tiempo tenía de todo... hasta mujer.

Cuando paramos para almorzar hablamos de las necedades del célebre prefecto de Pestán que dijo el General que iba a apuntar.

—Valdés Domínguez es un cronista y yo me alegro oirlo porque como me gusta escribir, así anotaré estas cosas que será curioso guardar para pintar algunos tipos de la Revolución.

Al acampar aquí despaché a Escobar que sigue malo para que me espere en Mala Noche.

Dice Monseñor Hull contestando a esta pregunta:

¿Atravesamos por una crisis moral?

"La enfermedad de nuestra época es una cobardía de espíritu que se niega a la verdad y a la que la certidumbre espanta. La reparación vendrá por hombres de buena fe".

Mala Noche, 24 Agosto.

Llegamos aquí temprano y nos acampamos en una de las casas de estas buenas amigas y de estos buenos Valdeses. Me iba ya a la que habita Consuelo, pero el General quiso que me quedara con él y lo complací con gusto; fuí sin embargo, primero a saludar a la simpática Consuelo y a ver a Escobar que había de estar allí. Grande fue mi pena al encontrar a mi fiel Escobar con viruelas y no de muy buena clase; aquí se quedará y ojalá que pronto lo vuelva a encontrar curado y en disposición de seguir conmigo. Ha sido tan bueno y tan leal!

Aquí encontré a Manduley que había venido por otro camino hasta acá y desde anoche nos esperaba. Creo que no era tan grave su afección *orzuelera*, pero que la afectó más grave para no seguir en la fuerza sino andar de *macho suelto* gozando de las tranquilidades y beneficios de esa vida en la que, como *majá de muchas* colas es ya maestro, o mejor dicho, *Sumo Pontífice*.

Me dió a leer un mamotreto en el que se detallan los hechos que determinaron su renuncia y tras ella la del Presidente.

Voy a tratar de recordar lo que dice ese importante escrito que demuestra hasta donde han descendido los hombres del Gobierno; cuan ridículo y necio es el viejo Presidente y el grado de falsedad de los Cañizares y Portuondo.

---

25 Agosto.

Sigo hoy porque ayer me fue imposible escribir El General me ocupó y luego tuve que atender a las conversaciones de los compañeros y a las visitas de las familias que venían a saludar al General, y guardé mis útiles y me decidí a esperar oportunidad más propicia.

Ahora voy a intentar hacerlo.

Esperando, —creo—, saber por donde anda el Brigadier Castillo que salió con la fuerza que va a Occidente, nos quedamos hoy.

Al llegar ayer me preguntó el General si recordaba la fecha del ataque de Sagua y si este como el de La Zanja había sido dirigido por el Gobierno. Le expliqué que en el de Sagua con asistencia del Gobierno lo dirigió el Ministro de la Guerra y la operación de La Zanja, aunque inspirada por el Gobierno se llevó a cabo por los planos militares de Mayía. Le dije que lo de Sagua fue en los días 16 y 17 de Febrero y que en el parte oficial publicado por el General José se hace constar que él no fue quien lo dirigió.

Importante por las cosas que se hablaron y por la sinceridad y patriotismo que en todos sus actos y en sus declaraciones demuestra el General Gómez, fueron las discusiones que se tuvieron ayer. Terciamos en ellas Manduley, Mascaró, Mayía y yo. Todos estuvieron conformes en que ya el Gobierno no puede cometer mayores desatinos y que ahora hay dos graves problemas que hay que pensar mucho y en los que están pendientes todos los destinos de la Patria. Por evitar que se piense que el elemento militar trata de echarse encima del Gobierno y para que no se dé el espectáculo de que a la fuerza se haga caer a los falsos Dioses del pedestal que indignamente ocupan, creen algunos que debemos sobrellevar la carga con paciencia y hay quien diga: obrando por su cuenta el elemento militar, nada importa que los gubernamentales sigan cometiendo faltas. Así piensan los Generales Gómez y Calixto y el primero, trata de aplacar a todos los que levantan la queja y tratan de justificar la protesta. Pero yo no creo que pueda tenerse calma para sufrir las injusticias de los poderosos y que pueda la Revolución seguir tranquila bastando que esté unido el elemento militar.

En el Gobierno hay un hombre, Portuondo, capaz de todas las infamias y de todas las miserias por sostener su voluntad y por imponer su capricho y dar riendas a sus egoístas ambiciones. Y si todos en el Gobierno son malos y ruines. Portuondo es bajo y capaz de todas las infamias. Los otros ministros y presidentes son más o menos ignorantes y apenas si puede temerse de lo que hagan, pero Portuondo es capaz de crear a la Revolución dificultades y peligros inmensos sólo por el placer de imponerse y figurar. Yo no puedo olvidar sus palabras antes de llegar al Gobierno: "Me impondré y si no puedo vencer los obstáculos que me presenten me iré a donde está

el mulato y con él haré que todos me respeten y si quiero tumbaré al Gobierno".

No sé, pues, que es peor, si dejar las cosas como van o hacer que los falsos representantes del pueblo, que tanto están faltando a la Constitución y a sus deberes, dejen sus puestos.

Relata el documento de Manduley que leí ayer, que al llegar a un campamento designó el Ministro de la Guerra al Presidente, lugar en donde acampar, pero que por oponerse a que el Subsecretario del Exterior, el Dr. Hernández, ocupase determinado lugar, se promovió un disgusto entre los Ministros de la Guerra y del Exterior, el Presidente y un Dr. Pedro Betancourt, Jefe del campamento y pariente y hombre de confianza del Presidente. Se impuso el Presidente y gritó que allí el era la autoridad unica e inviolable: el Betancourt y un ayudante Recio, pusieron las manos en los mangos de sus revólveres amenazando a Manduley y al mandar este arrestados a los que así le faltaban, fueron los delincuentes apadrinados por el Marqués y no dejó que se cumpliera el arresto.

Protestaron de los hechos Manduley y el Dr. Hernández, se reunió el Consejo para deliberar sobre estos asuntos y en virtud de que todos reconocían que el Presidente había faltado y que se erigía en dictador puesto que quería asumir la representación que la Constitución daba al Consejo, se armó un lío ridículo que dió por resultado que el Presidente se levantara de la sesión y no quisiera presidir la reunión en que se depuraban los hechos, que presentaba su renuncia y que el vice-presidente siguiera dirigiendo los debates en los que luego aparece el Presidente retirando su renuncia y los ministros exigiéndole que contestara a preguntas que le hacen sobre si reconocía que en el Consejo residía la autoridad y no en la Presidencia, que después el Presidente ocupó su sitial y que Portuondo ya en su puesto de Ministro felicitó al Consejo y dijo que era el Presidente Cisneros modelo de virtudes viéndose obligados los Manduley y Hernández a presentar sus renuncias y separarse por completo del Consejo. En la renuncia de Manduley hay declaraciones importantes: en ella se dice que aceptó el cargo por creer que podría contribuir a la obra patriótica de reintegrar la Constitución y de borrar para siempre los acuerdos que tanto la ofendían, puesto que se oponían a su letra y a su espíritu; pero que, a pesar de todos sus esfuerzos, veía que después de los decretos que revocaban y anulaban las leyes y acuerdos inconstitucionales, el Presidente por sí y arrogándose facultades que sólo son del Consejo, cometía a diario faltas que comprometían

el buen nombre del Gobierno y barrenaban los principios fundamenles de la Constitución.

Es curioso hacer constar que entre las razones que aduce el presidente para retirar su renuncia hay algunas como estas: por lo que se diría en el extranjero, y por los males que traería en el interior en el campo de la guerra, agregando que entre otras cosas le habían impedido tomar aquella patriótica resolución las exhortaciones de un doctor norteamericano.

¡Cuántas ridiculez!

---

26 Agosto.

Seguimos aquí. El General espera al Brigadier Castillo que debe venir con parque y más gente a reunirse con nosotros para seguir la marcha. Ante anoche tuvimos velada literaria: recitamos Consuelo y yo; anoche hubo baile y canto y décimas improvisadas por un *velsador* y tocador de acordeón. Y esta noche veremos si gue la *guaracha*.

Esta mañana me dió el General el original de la proclama que hicieron circular cuando la invasión suscrita por él y por Antonio Maceo.

HABITANTES DE LAS VILLAS Y OCCIDENTE

Vuestros hermanos de las comarcas de Oriente y del Centro, los vencedores de Jobito y Peralejo, se encuentran ya entre vosotros. Venimos a ayudaros a levantar con mano potente el estandarte glorioso de la Revolución libertadora de nuestra tierra tan empapada con sangre de nuestros compañeros y de vuestros hijos.

La guerra será dura y desoladora pues así la quiere el tirano y hay más dignificación y grandeza para los pueblos y los hombres en vivir libres aunque pobres, que no ricos y acomodados en el hogar mancillado por la servidumbre y el oprobio.

Debemos salvar los principios y la Tierra; que los que son capaces de conquistar por la fuerza de su brazo y la firmeza de sus convicciones el bien supremo de la Libertad, son capaces también de devolver al País con el orden y la Paz toda y más la riqueza material que la dolorosa necesidad de la guerra nos impone destruir. España lo quiere y así se hará.

Cubanos: hay un pueblo cuya página en la historia de esta hermosa tierra es brillante. Bayamo fue incendiado por sus propios hijos antes que Valmaseda profanase una vez sus hogares. Eso es ser cubano y ser hombre.

Pueblos de Occidente, ¡a las armas! Viva la República para todos los hombres trabajadores y honrados.

11 de Diciembre de 1895.

Este importante documento tendrá en nuestra historia una importancia grande, porque él patentiza lo que no me canso de repetir: que Oriente ha sido el forjador y propagador de esas ideas, y de las energías revolucionarias.

Al darme, para copiar, este documento, me enseñó el General en Jefe parte del diario que lleva desde que vino a la guerra en el año 68.

Con honradez apunta todos los hechos que demuestran los heroísmos y que señalan las miserias de algunos hijos falsos u hombres cobardes: *que en todas épocas los ha habido*, pero la nota que informa sus importantes apuntes es el elogio para todos los que lo ayudaron y secundaron después a Martí cuando unido a él trabajaba por la Revolución. Son hermosísimos estos apuntes y demuestran todo el patriotismo de nuestro General en Jefe.

Son para mi muy agradables éstos días que paso al lado del General Gómez; a cada momento recibo una nueva prueba de su estimación y de la confianza y afecto que le merezco. Nos pasámos largos ratos conversando. Desde que llegamos aquí, ocupo un lugar en su mesa y no toma un trago de café sin darme o mandármelo a mi hamaca si no estoy en la casa en donde acampa. Hoy en el almuerzo se hablaba de amores y de hombres enamorados de los que estamos en la guerra y dijo:

—De Valdés Domínguez respondo yo. Cuando me digan que anda en peleas con el Gobierno y que se ha metido en conspiraciones contra algún Jefe, lo creeré; pero no creeré nunca que anda en

amoríos y menos que tiene una querida; eso no lo creeré nunca porque ya lo conozco bastante y sé que aquí no ha venido sino a pelear y a cumplir como hombre, sus deberes de patriota.

—Será eso porque Ud. no sabe General —dijo Mayía— que cuando se embarcó para venir a Cuba se estaba casando en West Tampa...

—Ese dato —agregó Gómez— confirma mi creencia: allá dejó, sin casarse con ella, su esposa, y aquí es fiel a su amor de marido y no sabe ofender a la otra novia de su corazón: la Patria.

Copio sus palabras con orgullo: son ellas laurel para mi frente: por eso es tuyo, y te lo dejo aquí.

Escobar sigue con sus viruelas. El prefecto le ha arreglado un rancho lejos de las casas y para que le sirva y lo cuide le he dejado a Generoso, mi asistente.

Ojalá que al volver por aquí lo encuentre ya curado.

Tunas, Las Maboas, 28 Agosto.

Ayer por la mañana dejamos a Mala Noche y subimos con dirección de El Salado para encontrar al Brigadier Castillo: habían dicho al General que andaban dos columnas por el Cauto y esa noticia lo alarmó.

—Me sucedió, nos dijo Gómez, como a los avaros que son los que se ocupan de los ladrones. Mientras no tenía que guardar parque, no me ocupaba de las columnas enemigas; pero el convoy que trae Rogelio me hizo pensar en mis riquezas.

Antes de llegar al río Salado, encontramos al Brigadier Castillo que ya venía con su fuerza de infantería y caballería y los mulos de parque. Volvimos grupas y como a las 12 ya estábamos de vuelta en Mala Noche. *Sesteamos* y a las 2 salimos llegando de noche a Río Abajo de donde salimos esta mañana. Y aquí paramos con intenciones de hacer almuerzo y luego seguir hasta Curana, el magnífico potrero en donde me separé de Serafín Sánchez cuando iba —como alma que lleva el diablo— camino del Gobierno a fín de que me arreglaran mi pase al ejército.

Ya la columna es grande y al número hay que unir el abundante elemento de guerra.

Ya tengo deseos de que entremos en pelea y que así nos sacudamos la *murriña* que dá la *inacción*.

Yo sigo con el General Gómez y me alegra, pues así estudio más al hombre, y aprendo a estimarlo y a quererlo cada día más.

En la marcha le hablé hoy de Eusebio Hernández, le dije que no era su amigo y le referí que me había afirmado que desde el 68 acá, no había habido ningún hombre más importante en política ni más valiente que Antonio Maceo.

Al contestarme tuvo un rasgo de energía y de dignidad.

—En nada puede ser él más que yo. Mi cuna honrada allá está en Santo Domingo: no le debo a los cubanos más que la gloria; no me he vendido a ellos, y a mi familia le he dicho que vivan de lo que le den mis paisanos y que no acepten ni un real de los cubanos y ya Ud. sabe que mi expedición me la costeé yo. Y si se habla de la guerra de ahora, nadie puede olvidar que yo fuí quien llevó a Maceo a Occidente; ese hecho quedará para siempre en la historia. Los cubanos pueden darme y estimarme como quieran, pero yo sólo pido que después de terminada la guerra me dejen ir tranquilo a mi casa y a mi tierra. No tengo vanidades ni ambiciones, queden esas para los cubanos como Maceo y Calixto... que las tienen grandes...

Sentí haberle iniciado esta conversación. pero me pareció que debía hacerlo pues como vamos hacia el Gobierno y a donde está Hernández, no quiero que pensando que es su amigo se le ocurra asociarme a él para meditar sobre lo que conviene hacer a fín de acabar con los abusos y necedades del Gobierno.

He pegado el malígno artículo de Cañizares titulado "La fuerza de la Ley". Sólo a un hombre tan miserable y tan pretensioso se le ocurre publicar una cosa en la que a más de consignar falsedades y sofismas, quiere lanzar una acusación contra el General en Jefe y tratando de dar prestigio al Gobierno lo hunde y lo deprime y ridiculiza con sus estupideces. Ya van saliendo al público los vicios y las miserias y por este camino pronto llegarán los Cañizares a ocupar, en el montón, el lugar que merecen.

10 de Agosto

El que se atreve a llamar turbas armadas a los hombres de nuestro ejército merece que todos los que peleamos por la independencia le señalemos el lugar que merece.

No creo que esto debe tolerarse y yo no estoy dispuesto a guardar silencio y opondré mi protesa y mi juicio a sus vanidades y ridiculeces.

San Antonio de Las Lajas

29 Agosto.

Aquí llegamos dejando atrás Las Palomas y Ojo de Agua. Aquí creo que pasaremos la tarde y algo repuestos ya los caballos por la noche que han pasado en Curana podremos seguir hoy nuestro viaje.

Monto yo un caballo prieto que me proporcionó Martí cerca de Mala Noche: es un trotón de la Guardia Civil, grande y feo y matado, pero me lleva: en el Camagüey trataré de buscar otro mejor.

Hablando de Masó en la marcha me dijo el General Gómez:

—Ese hombre tuvo en parte la culpa de la muerte de Martí.

Y me lo explicó del modo siguiente:

—Cuando sentimos los soldados avancé yo por la izquierda; Paquito Borrero por la derecha y Masó que era el otro Jefe marchaba detrás de mí y cerca de Martí. Martí siguió por el centro acompañado por el ayudante Guardia, un loco, y Masó en lugar de seguir con él o apoyar el movimiento de avance con su fuerza se retiró y se puso lejos del peligro. Y fue al volver yo de dar machete a los soldados cuando ví que Guardia venía corriendo en su caballo herido, que a su lado corría el de Martí también atravesado por las balas del enemigo que los había esperado tras sus naturales trincheras y que les hizo fuego a boca de jarro. No sé como no murió Guardia. Me dijo éste que Martí había caído herido y espoleé mi caballo, pero ya era tarde, la entrada de la portería era estrecha y en ella estaba la infantería española rodilla en tierra y dispuesta a fusilar a los de nosotros que intentaran dar un paso adelante. Para impedir nuevas desgracias me opuse a que Amador Guerra se quedara como

quería con 20 ó 30 hombres a luchar con la infantería enemiga, y me opuse porque era tan apremiante el ataque de los españoles que ya no había tiempo para desmontar los hombres y retirar los caballos, lo dejé con algunas parejas montadas para que defendiera la retaguardia. Volvía entonces Paquito Borrero y le dí la triste nueva de la pérdida de Martí. Quise ir a atacar a Sandoval saliéndole al encuentro: anduve mucho, pero cuando pasé el Contramaestre supe que ya Sandoval había pasado. Mandé algunos a tirotearlo pero desistí de seguirlo: yo hubiera podido alcanzarlo, pero mi fuerza no.

Las palabras del General me hicieron pensar en lo que yo había escrito alguna vez. No tenía yo hasta ahora, razón para pensar que Masó tuvo culpa en la muerte de Martí, pero si antes me lo hiciera sospechar sus cobardías ya no me queda más que desprecio para ese ente ridículo que no supo honrar el puesto a donde lo llevó un día la casualidad o el patriotismo de los que a su lado lo obligaron a aparecer en su puesto.

Camagüey, San Blas, 31 Agosto

Me parece que hace ya muchos días que no escribo, pero es que pasan los días y son tantas y tan distintas las emociones que sufro y los diferentes hechos que pasan y tan poco el tiempo que me queda para pensar, que siento no poder escribir mucho; pero las largas marchas por una parte, el agua, el cansancio y sobre todo la charla de los unos y mi deseo de cumplir con la misión que me he impuesto de estudiar todas las cuestiones que dividen y separan a nuestro Jefe ilustre de los hombres del Gobierno, —me lo impiden—. Así es que o son muy cortas mis notas o en ellas apenas si apunto lo más importante. Y a todo esto debo agregar que no tengo mesa y desde Mala Noche, en donde la dejé por no poderla traer en la acémila, tengo que escribir en la pierna, y que no me sobran las velas.

Pero esta noche y contando conque tengo dos velas, —una para hoy y la otra para mañana, —te dejaré aquí mi Asunta queridísima alguna de las ideas que hay en mi pobre cabeza.

Desde ayer estamos en el Camagüey. Temprano encontramos ayer en las Tunas al Brigadier Vega con su fuerza. Y fue para todo, momento de alegría aquel en que después de pasar el Jobabo, saludamos a los veteranos de Gómez y ellos orgullosos de su jefe lo vitorearon y lo aclamaron con entusiasmo. Como siempre, entusiasmaba ver al viejo Gómez en su brioso caballo recorriendo las filas de jinetes que

lo esperaban en correcta formación. Allí lucía la bandera expedicionaria, la gloriosa bandera que ha acompañado a Gómez en la invasión, la bandera que hizo para él la esposa de Periquito Pérez cuando desembarcó, la hermosa bandera que recuerda tantos gloriosos combates y la bandera que puso frases inspiradas y elocuentísimas en los labios de mi hermano, la que vio sus lágrimas, la que lo alegró en sus días de lucha y se levantó sobre su tumba para proclamar sus virtudes y su patriotismo, su entereza de hombre y su envidiable manera de morir.

Ante esa bandera me sentí conmovido: quise decirle con mi mirada que quería saber sus secretos, que en sus pálidos colores me parecía leer tantas cosas grandes... sin poderlas contener sentí correr por mis mejillas dos lágrimas tristísimas... Oh! aquella bandera me hablaba de mi hermano Martí... me parecía que en ella estaba aún fija y penetrante la mirada de aquella víctima, y que en la estrella blanca de aquella bandera había algo de la purísima blancura del alma de mi hermano.

Sentí que se me oprimió el corazón, salí de mi abstracción y me ví a caballo con mi machete en la mano y enfrente del cuadro de amor más alentador: el General Gómez entre sus soldados que lo idolatran y que con él están dispuestos a llevar aquella enseña triunfadora a donde Antonio Maceo defiende el honor de un pueblo que sabe ser digno de su libertad. La columna se había aumentado y alegres seguimos la marcha.

Antes de llegar el Brigadier Vega nos trajeron números de la República en las que se confirma la muerte de Zayas, mi amigo muy querido. De ese periódico guardo el artículo en el que se explica como pudo caer en poder de los españoles: cuando hicimos alto para leer estas noticias, llegó Vega con su fuerza.

Correspondencias de Calixto anuncian al General que han llegado otras expediciones y ya se habla de una que debe andar cerca de Cambute. Suponen que pueda ser Roloff.

Con la fuerza de Vega estaba el Jefe expedicionario Cabrera, que acaba de llegar. Más que un coronel, que parece que es el grado que le corresponde, o un general, que es como le dicen, parece este Señor un ciudadano pacífico con aires de escribano o de corre-

dor de número; trae dos o tres de sus expedicionarios, pero son hombres desconocidos.

Creo que el Cabrera seguirá con el General a Las Villas.

Después que acampamos ayer vino el ayundante de servicio a avisarnos a Macaró y a mí, que teníamos juntas nuestras tiendas y habíamos acampado algo lejos de la del General y sus ayudantes, que aquél nos esperaba al toque de retreta. A la hora citada fuimos, suponiendo que se trataba de presentar oficialmente al Sr. Cabrera y a los suyos, pero nos equivocamos.

El General nos llamaba, y llamaba a un grupo de jefes para hacernos saber que había recibido una carta de Estrada Palma en que éste manifestaba que habían hacendados que le ofrecían dinero en cambio de que se les permitiera hacer la zafra y al mismo tiempo que el Gobierno, después de haber dado un decreto prohibiendo que se preparen los ingenios para moler y condenando esta operación agrícola en absoluto, da permiso al ingenio Senado, del Camagüey para que limpie sus campos y ordena a los jefes militares que no se metan en los trabajos del Senado y tan escandaloso aparece el proteccionismo del Gobierno hacia esta finca, que se ha permitido pasar al dueño del Senado, —al infame Aguilera, canalla y español siempre— copia de las órdenes que en su favor da el Gobierno al Jefe Militar de la zona, a fín de que no se meta con los bueyes y permita que en la finca se trabaje y que los campos de caña se preparen para la zafra.

Boza y otros jefes hablaron de la perniciosa influencia que en nuestros soldados hacían las libertades que se daban a los hombres que están con nosotros para juntarse con los españoles en el Senado. Hablaron mucho y yo probé que era impolítico permitir la molienda tanto aquí como en Oriente o Las Villas y defendía la tesis de que impedir la zafra ahora, era completar la obra iniciada por la invasión, y que sin contratos con ingenios podríamos tener fondos para que siguieran viniendo expediciones.

Todos los que allí estábamos congregados por el General, acordamos que debía destruirse el Senado, por ser este un medio de impedir la organización y moralización de nuestro ejército y porque no es posible que se haga esta excepción en el ingenio de un traidor que si no hace negocio con nosotros para llevar adelante la zafra lo hará con los españoles para fortificar su finca y hacerla entonces, protegido por las bayonetas de los españoles; asimismo se acordó que no se

permitiera la molienda, que no se hicieran convenios para moler, con ningún hacendado y que se buscara la manera de arbitrarse recursos de otra manera.

Muy satisfechos de la reunión nos separamos todos y yo contento caí en mi hamaca bastante tarde no sin antes tener que cambiarme de ropa porque había acampado en un potrero algo lejos del General al volver a mi tienda solo, pues mi compañero Mascaró tomó las de villadiegos antes de terminarse la reunión, me perdí y anduve como media hora por la yerba altísima con la noche muy oscura, mojándome por lo tanto de lo lindo, pues ahora llueve mucho o poco, pero llueve todos los días.

Mañana seguiré.

La Yaya, 1 Septiembre.

Ya llegamos al Gobierno.

Dejo para el otro cuaderno la descripción de los distintos hechos que ya han pasado, pero no quiero escribir sin antes tratar de recordar algún punto que debo consignar antes de entrar en la apreciación de los sucesos que van pasando.

---

2 Septiembre.

Y fueron, las que quedan en la página anterior, las únicas frases que pude escribir ayer.

Y ya de los días pasados y de las marchas, apenas si puedo escribir algo para cerrar este cuaderno; cuando pasan los acontecimientos tan rápidos; y cuando a una emoción se sucede otra y el espíritu está sufriendo por la indecisión conque se vive en la guerra, la memoria no es bastante para guardar muchos hechos, y bien lo siento yo, pero ando sin rumbo y sin brújula; pude haberme quedado de Jefe en Baracoa, pero por Calixto no me quedé, y ahora si vuelvo, ¿cuál será el puesto secundario que ocuparé?

Esta idea me atormenta, no tanto por el lugar que ocupe en el ejército, sino pensando en los nuevos disgustos que se me esperen al lado de un Jefe que no me quiere y a quién no puedo yo tratar con cariño después de la manera conque me ha tratado y de su tena-

cidad en oponerse a que ocupe un puesto entre los jefes de la Revolución.

Esta es la razón de mi pena.

Antes de llegar a este campamento he podido apreciar cuan grande es el cariño que todos los militares de por acá, lo mismo que los de Oriente, tienen al General Gómez. En la marcha he hablado con el Brigadier Vega y otros de las necedades del Gobierno en quién algunos suponían la idea de deponerlo. Todos a una, condenaban esta ridícula manera de pagar, al héroe más grande de nuestra Revolución, sus sacrificios.

Por el camino nos encontramos con Molita, el ex-gobernador del Camagüey, perseguido ahora por el Gobierno y a quien mandó prender dándole la orden a Montejo de traerlo vivo o *muerto*. Entre Molita y Cañizares han habido cosas graves que indican la vanidad y la maldad del segundo y la honradez y puritanismo del primero.

Me dice Molita que ya no publica más el "Boletín de la Guerra" porque en el último número cometió Cañizares el delito de haber publicado él por sí, el periódico, escribiéndolo todo a su antojo y estampando aunque con su firma un artículo que como director no hubiera publicado nunca él.

Oh! que triste y larga es la vida cuando se vive sufriendo. A las veces, como ahora, me parece que no he de sobrevivir a tantos sufrimientos, y si no fuera por la fé que tengo en tu cariño, me alegraría morir.

Por tí, sólo por tí vivo, almita mía.

Te besa tu Fermín.

S.S.(*)

No. 26

Camagüey, La Yaya. 2 Septiembre 1896.

Lugarteniente General Antonio Maceo,

General:

No voy a molestarlo con una larga carta que lo distraiga —sin provecho— de sus ocupaciones, ni tengo títulos para pedirle nada, pero al irse mi amigo el General Mayía ,quiero hablarle algo de su Oriente y explicarle mi difícil posición y el deseo que me alienta de honrar en mi puesto la memoria de mi hermano y mi amigo el inolvidable José Maceo. Cansado de sufrir las necedades e injusticias del Gobierno, pedí mi pase al ejército y el General José me propuso al General en Jefe como Brigadier en comisión y Jefe de Baracoa, de donde todos me pedían. Al morir José me mandó el General Gómez con una carta al General Calixto García para que éste, como Jefe del Departamento me pusiera en posesión de mi destino, pero Calixto se opuso, porque para él son malos y nulos los que hemos sido amigos sinceros de José y sabemos, como yo, defenderlo de los envidiosos que nunca han de despreciarse bastante. No cumplió la indicación del General en Jefe y en cambio mandó a Baracoa con el grado de Brigadier, a Planas, jefe que el General José tenía en olvido por sus cobardías y miserias que fueron siempre muchas.

Estoy ahora con el General Gómez y lo he acompañado hasta aquí para asesorarlo en los asuntos que se refieren a la organización del ejército y a las leyes que deben presentarse al Consejo; pero volveré a Oriente. Aquí estaré al lado de mis amigos, para servirles en todo, pues yo entiendo que después de la muerte de José, no es Calixto, que no supo respetarlo, el que puede dirigir los destinos de Oriente; y otra de las razones que he tenido para quedarme hasta que Ud. disponga, ha sido la voluntad de mis amigos Cebreco, Periquito Pérez y demás jefes y amigos.

Estoy pagando una culpa: al llegar a Cuba Calixto le juró a José en mi presencia que no admitiría mando alguno en Oriente; luego —tan pronto como llegó el Gobierno— aceptó la jefatura del Departamento Oriental y yo entonces le escribí una carta haciéndole ver su falta y diciéndole que no debía quitarle, para medrar, los títulos que José tenía para ser el Jefe de Oriente, ya que Ud. era el de la Revolución, tanto como el General Gómez.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos.* Caja No. 271, No. 6.

Mayía le hablará de los disgustos de todos los jefes orientales, que por patriotismo y sólo por patriotismo, aceptan un jefe impuesto y tan grosero como el General García.

Espero que órdene que vaya a su lado en las primera fuerzas que salgan de Oriente, pues sólo el cumplimiento de las órdenes que recibo me hace permanecer aquí.

Mientras tanto se reitera a sus órdenes y B. S. M.

Fermín Voldés Domínguez.

Mayía llevará la carta anterior, luego explicaré porque la he escrito.

Ayer llegamos al Gobierno y desde ayer me sentía yo, sin explícármelo, una tristeza en mi alma; pero ahora —al escribir estas líneas— caigo en la causa de la tristeza: el Gobierno, que con sus miserias es tan fatal para los que no sabemos vivir en las tinieblas y necesitamos para ser felices, luz, mucha luz.

Antes de llegar a las avanzadas del Gobierno, tuvimos una sensación agradabilísima al encontrarnos con Serafín Sánchez y su fuerza que vino a recibirnos: con gusto saludé a distintos amigos y a Raimundo Sánchez y a Eusebio Hernández y a muchos otros. Ya en las avanzadas de las fuerzas del Gobierno, nos recibió el Brigadier Lope Recio con sus jinetes, hombres bien montados que lucían sus bandoleras y las vainas de sus lucientes machetes de cuero curtido en los talleres de la Revolución. Luego estaban formadas todas las fuerzas y al frente de ellas con banderas y cornetas nos recibieron el Marqués y Masó y Pina y los escribientes o Jefes de Despacho, Cancilleres o alicuiges de los conspícuos gubernamentales. No sólo estaban formadas las fuerzas de caballería sino también las de infantería que manda el Brigadier Rosas. Los vivas al General Gómez se repetían y entre las aclamaciones de todos, llegamos hasta un frondoso mango, bajo el cual acampamos.

Acampé cerca del General en Jefe y mientras preparaba mi Pedro la tienda, fuí con el Brigadier Castillo a la casa en donde está acampado el Gobierno. A todos saludé con afecto —como si entre nosotros nada hubiera pasado— pero en todos encontré frialdad y despego, sin embargo, me hice el sordo y el indiferente, cumpliendo así el encargo que me había hecho el General Gómez de no dar lugar, de ninguna manera, a ningún rozamiento. En un cuarto de la

casa estaban Portuondo y Cañizares, estuve un momento con ellos, pero pronto los dejé porque indicaron a los que allí estábamos que saliéramos porque allí se iba a reunir el Consejo.

En vista del informe pericial del letrado Villalón, decretó el General la formación de un Consejo de Guerra para juzgar la falta cometida por el General Mayía; el informe del General era más que una acusación, el deseo de que Mayía quedara en disposición de que fueran utilizados sus servicios. Fue el presidente el General S. Sánchez, fiscal, el Brigadier Castillo y vocales los Brigadieres Lope Recio y Vega. En el pabellón del General Sánchez se efectuó el consejo, Castillo pidió para Mayía seis meses de suspensión de destino por no haber obedecido las órdenes del Lugar Teniente General, pero el Consejo apreciando que la falta había sido cometida por cumplir órdenes ilegales del Presidente del Consejo, opinó y acordó que le sirvieran de castigo los meses que ya había pasado sin mando de fuerzas.

El General Gómez se alegró que ya pudiera ocupar el puesto que Mayía merece entre nuestros primeros generales.

Vino Alsina ayer a traer al General un acuerdo del Consejo que lo citaba para las tres de la tarde a fín de conferenciar.

Acompañado del Coronel Pujals y de dos ayudantes, fue el General a pié a la residencia del Gobierno: las tres serían cuando nos dejó y ya cerca de la noche volvió.

Por los muchos que lo rodearon desde que llegó hasta las diez de la noche que me separé de él, no pudo hablarme con entera independencia de la conferencia que él indicó que en algunos puntos había sido de carácter reservado, pero si nos dijo que había discutido sobre las facultades que la Constitución le dá como Jefe del Ejército y les negó a los del Consejo intervención ninguna en los asuntos de guerra. Indicó que habían tenido que convenir con él en que habían hecho mal en permitir el comercio de las maderas y que todos, si bien pensaban que era preciso ver de donde se sacaban fondos para mandar a Nueva York, era cosa sobre la que no había que hablar la de que no podía permitirse la zafra. Dijo el General que Cañizares y Portuondo le defendían, que no había más poder que el civil que residía en el Consejo, y que éste, que era el único, había de dirigir las operaciones militares y como gran argumento le preguntaron que asuntos eran los que él entendía pertenecientes al ejér-

cito y de orden militar por lo tanto. A esta pregunta respondió el General Gómez con otra racional: ¿Qué asuntos son los que en la Revolución no revisten carácter militar?

Las Guásimas de Agramonte

3 Septiembre.

Ayer siguió la entrevista del General Gómez con el Gobierno. A las 3 y media fue como ante ayer, a conferenciar. Por la noche le hicimos la tertulia en su tienda, primero Rosas, Castillo, Raimundo Sánchez, Mascaró y nos quedamos luego con él hasta cerca de las once, Méndez Capote, Cosme de la Torriente, el Brigadier Vega, el médico del Cuartel General Pérez Abreu, Peña el valiente expedicionario, otros y yo. Raimundo, cuando yo llegué, pedía autorización al General como Inspector de Hospitales, —cargo nuevo que no está en ninguna de nuestras leyes de Sanidad—, pero que dice le confirió Sánchez Agramonte, —para colocar en Sancti Spíritus a un militar como Administrador encargado de los hospitales que allí han establecido para el tratamiento de los enfermos y heridos: combatimos como antihigiénicos y perjudiciales para la seguridad de nuestros heridos, esos hospitales fijos y grandes, en los que necesariamente se han de desarrollar enfermedades y que han de atraer a las tropas españolas; quiso defender su tesis Raimundo pero no pudo, descubriéndose que esa era una manera de majásear con perjuicio de la Sanidad. El Mayor no dió a Sánchez el permiso que pedía y le indicó que, por ahora, hiciera todo lo que pudiera por cuidar de los heridos y enfermos hasta que la nueva ley de Sanidad señalara a cada uno de los médicos los deberes que estaban obligados a cumplir y a los Jefes la manera de hacer respetar estos, para que el orden legal se encargara de corregir las deficiencias y faltas que todos lamentamos hoy. Raimundo, algo corrido, se despidió y esta mañana, según me dicen, ha marchado hacia Sancti Spíritus con el General Mayía. Méndez Capote y Torriente vinieron a despedirse y entonces habló el General de algunos de los puntos que habían discutido con él los del Consejo. El General les ha demostrado todo lo que vale y significa como soldado de la Revolución y cubano dispuesto —por ella— a todos los sacrificios. Les dijo que él no venía a imponerse como militar, que él entendía que tan pronto como consiguiéramos nuestra Independencia, la autoridad militar debía ceder su puesto a la autoridad civil, pero que hoy, si bien reconocía y estaba dispuesto a hacer respetar las facultades que la Constitución le otorga como Jefe del Ejército, comprendía que al Consejo tocaba dictar las disposiciones de carácter general. "Yo no he venido, les dijo, a

imponerme como militar, he venido a auxiliar a los cubanos y a pelear por la Independencia sin ambiciones de ninguna especie: la única gloria que quiero para mí, es la de morir al pié de la bandera de la Revolución; y sólo obedeciendo a los preceptos constitucionales, ocupar mi puesto mientras los cubanos me crean digno de él". Estas y otras muy elocuentes fueron las frases del General en Jefe que demostrarían a los Señores del Consejo cuan pequeños y ruines son ante la verdadera grandeza de este hombre sin ambiciones y sin deseo alguno de imponerse. Nos dijo que se trató de si la Sanidad y el Cuerpo Jurídico Militar estarían bajo las órdenes del General en Jefe o del Consejo, acordando que la Sanidad dependiera del General en Jefe y este explicó que entendía que al Cuerpo Jurídico, que por sus funciones había de ser el tribunal ante el cual deberían comparecer en caso de acusación los mismos individuos del Consejo y el propio General en Jefe, se le debía revestir de mucho prestigio a fin de que obrara siempre con entera independencia. Y haciendo un paralelo entre este Cuerpo y el de Sanidad, dijo:

—"Al primero entregamos para que los juzgue a los que han cometido un delito grave que casi siempre lleva al delincuente a la última pena o a la infamante degradación y al segundo, la Sanidad, que nos devuelve curados, sanos y en condiciones de ir de nuevo a la lucha a los que han sufrido dolores físicos y han caido en el campo de batalla defendiendo la honra nacional y la honra propia. El Cuerpo Jurídico pues, corta o separa de la Revolución los elementos malos de ella y la Sanidad nos devuelve sanos, los mejores y más dignos elementos".

Hablaron luego Méndez y Torriente de estos mismos asuntos y se alegraron cuando el General en Jefe manifestó que todos estaban de acuerdo en que no hubiera zafra y en buscar la manera de conseguir fondos sin recurrir al maldito procedimiento de permitir la molienda a algunos ingenios.

Después nos encantó el Mayor con la relación de algunos preciosos episodios de la Revolución que he de apuntar después que me ocupe de otras cosas y si los sucesos y las ocupaciones del día me lo permiten.

Escribí ayer la carta que aparece al principio de este cuaderno porque vi disponerse, al General Mayía para la marcha, con envidia; hubo un momento en que pensé que debería decirle al General Mayía que quería ir con él y hasta quise pedirle su venia para marchar, al General en Jefe, pero me contenté con escribir al General Antonio y esperar que los acontecimientos se encargarán de indicarme cual

es el puesto que yo debía ocupar en la Revolución. Todo el día lo pasé triste, los que me ven me preguntan si estoy mal, tan delgado y abatido me encuentran. Para disipar mi tristeza escribí al General Antonio Maceo. Hoy estoy mejor y más animado y dispuesto, la razón la encuentro en los hechos siguientes:

Antes de dejar al General ayer el campamento para ir a conferenciar con el Gobierno ,vino Pinto del Ministerio de la Guerra con su expediente de pase para el ejército despachado favorablemente. Fuí con estos papeles a donde estaba el General y al enseñarle los papeles y títulos de Pinto le manifesté que me habían dicho de que el Marqués afirmaba que yo no iría a Baracoa, y le agregué que yo suponía que el Marqués había escrito en contra mía al General García y por esto éste no quería mandarme a ocupar el puesto para el que me designó el Genreal José y luego Ud. General, le dije:

Y hoy al llegar a este campamento me dijo el General:

—Me ha hecho pensar lo que Ud. me dijo ayer, pero no creo que Ud. deba dar crédito a estas cosas, a veces se habla mucho de más.

—No me preocupa lo que el Marqués pueda escribir o pensar en contra mía, le contesté, pero que algo influya en el General García sí no me queda duda; el Dr. Mascaró me ha dicho que a sus oidos ha llegado que el General García ha dicho que yo no ocuparé nunca puesto en Oriente por su voluntad, sino impuesto por Ud.

Me preguntó luego el General si yo tenía diploma alguno militar. Le dije que no, que el único es el que me dió el General José Maceo, al proponerme él, como coronel, Brigadier en comisión Jefe de la Brigada de Baracoa.

—Yo no dí traslado al Gobierno de la propuesta del General José porque sabiendo la inquina que contra él tenía el Gobierno, no quería exponerlo, ni exponer a Ud. a un desaire; poco importan dos o tres meses más o menos, pero yo arreglaré ahora sus asuntos.

Estos hechos y estas afirmaciones del General son las que me han devuelto un poco la salud y han puesto quizás, alguna luz y tranquilidad y vida a mi espíritu.

El Gobierno ha querido que el General autorice con su firma la ley de Organización Militar que propuso el Marqués, diciendo que el General lo había autorizado para hacerlo así. No ha cedido el General a pesar de las falsas insinuaciones de los miserables señores del Consejo. Ante anoche hablamos de esto y dejamos para ayer por la

mañana el estudio de la Ley. Pero desde la noche anterior, le había indicado la conveniencia de que una comisión técnica le hiciera un proyecto de ley que él revisara luego y con las modificaciones que se le ocurrieran, la presentara bajo su firma al Consejo. Se convenció de esto ayer cuando juntos por la mañana veíamos cuantos eran los absurdos inconstitucionales de la tal Ley.

—Nada hacemos solos, me dijo el General, y mandó a buscar al General S. Sánchez, después llegaron Méndez y Torriente y reunidos en su tienda nos dijo que había pensado en una Comisión técnica para redactar un proyecto de Ley; que formarían dicha Comisión el General Sánchez, Pujals, Colete, Loynaz y yo, y como Méndez y Torriente tenían que irse para Occidente, les suplicaba que dejaran una nota de los puntos que a juicio de ellos debía tocar la Ley. El deseo de complacer al General, ayudándolo en esto que me ha encomendado, ha sido una de las razones que me han determinado a seguir a su lado, y a no pedir nada sino esperar los acontecimientos.

Esta mañana antes de marchar con Mayía, me dejaron Méndez y Torriente la nota que el General les pidió.

Acaba de llegar Loynaz. Ya no falta más que Colete para que quede completa la Comisión aunque yo entiendo que deben entrar en ella por lo menos dos médicos, porque uno de los capítulos de dicha Ley ha de ser la Sanidad, según la nota de los letrados. Espero que estos médicos serán Hernández y Mascaró, y quizás también Pérez Abreu, porque es este de los hombres que se meten en todo cuando deben, y también cuando nadie les da vela en el entierro.

Portuondo hace más de dos horas que está conferenciando con el General. Yo no he ido porque no quiero ser inoportuno. Aquí en mi tienda cerca, oigo su voz pero no sé de que hablan. Luego el General me dirá algo de esta visita diplomática. Acampamos en un bonito monte y a la orilla de una cerca y en un monte hemos levantado las casas. En el Centro está el Cuartel del Mayor, a la derecha el Gobierno y a la izquierda Serafín con su gente.

El campamento es bonito y hay buena yerba, pero no se come más que carne y queso; no hay *víveres* ni una viandita para remedio.

De La Yaya aquí creo que no hay más que dos leguas cortas; en un momento las anduvimos esta mañana. Marchaban los del Gobierno con nosotros y me hacía reir el aspecto grave y la seriedad ridícula y afectada de Portuondo, el Marqués con su gorra y su bufanda y su cara colorada y sus ojos verdes se me parecía al doctor

inglés de La Vuelta al Mundo; *el pobre* Masó, —uno de esos desgraciados por fuera, y que por dentro llevan en el alma como la víbora, su veneno, la envidia que los mata—, seguía en su caballo como en el que en una comparsa desempeña de balde y sólo por el placer de que lo vean, uno de los papeles más ridículos; Pina, delgado como el que gasta en placeres y orgías las fuerzas que trajo a la guerra y que no han aprovechado para nada a los empeños de la guerra; Cañizares el fatuo, y detrás tanto parásito y tanto hombre útil a quien se le tiene como preso y se le mira como esclavo.

No pude reirme de ninguno: los ví a todos con desprecio porque en todos y en cada uno, encontré la prueba de que no se puede ir a la libertad, que es la honra, por el camino de la infamia y la mentira.

Y son tan falsos. Y tan malos estos hombres.

Una prueba: Molita que acaba de sufrir las infamias del Secretario del Interior, que lo ha provocado y lo ha humillado con sus retos, decía —hablando con Masó creo:–

—Yo tengo el corazón en la mano.

—Mala costumbre, murmuró Portuondo, así se expone cualquiera a perder el corazón, y a que algún hambriento se lo almuerce en un día de hambre; esas cosas tan útiles para la vida deben guardarse bien.

---

4 Septiembre.

El agua y las visitas de los amigos no me dejaron escribir más ayer.

La conferencia de Portuondo con el General fue larga y amistosa. Me dijo que entre las cosas que le significó Portuondo estaba el deseo de que el Gobierno peleara. Me hizo reir la especie del famoso Ministro de la Guerra, por la ausencia de Roloff, y me hizo reir, porque de seguro que no estará de acuerdo con él, el Ministro de la Guerra tan pronto llegue. Le dijo al General que urgía presentara la Ley de Organización Militar y para preparar el trabajo, nos reunió anoche a todos los médicos. —Al toque de retreta estábamos en su tienda el Dr. Hernández, Mascaró, Molinet, Roig, Clark, Pérez Abreu y yo. Se habló mucho y Roig fue el bufo de la fiesta. El General dijo que quería que la Sanidad ganara en prestigio y consideraciones, que sus miembros fueran tan militares como los otros de los distintos cuerpos del Ejército, que pudieran pasar con el mismo grado y sin trámite alguno a ocupar un puesto en el ejército y se nombró una

Comisión para formular los artículos del Capítulo de la Ley de Organización que se ha de ocupar de la Sanidad: los nombrados fuimos Molinet y yo.

Ya hemos terminado el trabajo y esta noche lo leeremos, y discutiremos.

Ayer presentó al General Gómez, Cabrera, sus treinta y pico de expedicionarios. Fue un acto conmovedor: allí estaban mal vestidos, mojados, pero con sus rostros alegres, aquellos valientes. El General Gómez les habló para darles la bienvenida y para expresarles todo lo que el estimaba a los expedicionarios. En la otra guerra —les dijo— poco se estimaba a los que de fuera venían, pero ahora, después de los trabajos y fatigas que pasé como expedicionario, quiero y estimo a los que saben desafiar los mayores peligros para venir a luchar al lado de los que aquí defendemos la bandera de la Independencia. —"En mi tendréis —agregó Gómez inspirado— un padre y un jefe; como padre os reprenderé cuando cometáis alguna falta, pero a la vez os ayudaré a llorar con vosotros vuestras penas y dolores".

Después me presentó el Mayor a un Marín, portorriqueño y periodista y, después que rompieron filas, vino a abrazarme un hijo de Gastón y otro de Arturo Quintanó mi primo, y el Dr. Clark a quien conocí en Cayo Hueso.

Me alegró saber que Gastón, mi compañero de presidio, sabe ser cubano y ha educado bien a sus hijos, él trabaja allá en los Estados Unidos y sostiene a su familia; él tiene la suerte de haber sabido conservar su hogar y allá con sus hijos y con su esposa espera que lleguemos, —si llegamos— al fin de nuestra jornada.

El hijo de Gastón es un muchacho simpático y parece patriota; se queda con Clark en la sanidad.

El pariente, hijo de Arturo, es un tipo: ya ha conseguido ir a una prefectura, la de Guaimarillo, de secretario. Ya ha encontrado la manera de majasear.

Me ha saludado hoy aquí Florestán de la Torre y hemos hablado del Cayo y Tampa.

La Gloria, 6 Septiembre.

Ayer llegamos aquí y a los pocos momentos nos empezó a caer un fuerte aguacero que no me dejó escribir en todo el día. Y el agua no sólo me impidió escribir, sino que pasé empapado la noche...

En el camino de Las Guásimas acá, le dió un vértigo al Marqués. El Dr. Clark para un catarro le ordenó que tomara kermes y esta medicina desusada ya, le produjo vómitos y un malestar que le impidió seguir hasta aquí teniendo que quedarse en una casa por el camino. Llegó después como a las tres horas, pero como sigue con mucho catarro nos deja hoy, y mientras estemos por aquí, va a la casa de un amigo a curarse.

Pina, por el camino, me dijo que a pesar del documento que yo le había dado a Pachito Auza para eximirlo del pago por los servicios que presta y porque se comprometía a establecer un buen servicio postal con los Estados Unidos, —se le obligaba al pago de la suma que por la zafra se le había impuesto. Parece que se me ha formado expediente por este documento que di por orden del Presidente y como Secretario de Exterior. No me preocupa este asunto. Yo podía dar el documento de que se trata y por eso lo di. No lo di para utilizarme de él, y si algo me regaló Panchito, y ahora me lo quiere cobrar, se lo pagaré y hemos concluido. Y si me quieren hacer daño... ah! entonces que esperen mi defensa, que la haré pública para que sirva de lección.

Ante ayer redactamos Molinet y yo un proyecto de Ley de Sanidad, y por la noche lo presentamos al General Gómez y lo discutimos entre los compañeros que están en el campamento. El punto que más se discutió fue el que se refería al primer artículo que presentamos en la forma siguiente:

"Jefe Superior: El General en Jefe y dos Directores de Sanidad; uno para cada departamento".

Todos opinaban con nosotros menos el Dr. Hernández y el Dr. Roig. Del Dr. Roig poco he de decir; es un pobre hombre que cree poder discutir y que siempre sirve para hacer reir a los que escuchamos sus raras afirmaciones; pero el Dr. Hernández se nos presentó tal cual es, vanidoso, dominante, amigo de imponer su voluntad y sobre

todo, grosero y sin condiciones intelectuales para ocultar sus defectos que son muchos.

Afirman algunos que es hombre de gran talento, pero yo niego esto: el hombre de talento grande no comete pifias como las que hicieron protestar a Molinet cuando le dijo al famoso *magister* que lo que defendía era *irracional y tonto* y otras lindezas por el estilo de las que dijo luego, contestando a Molinet que eran *formas parlamentarias* de la discusión. Yo no quise tomar en serio las palabras del Dr. Hernández; tenía que respetar al General en Jefe ante el cual estábamos, no quería sufrir las impertinencias del Dr. y para que viera como conocía su manera de ser, tomé en broma sus quijotescas afirmaciones y me reí de su cara *feroche* y de sus frases *parlamentarias*.

El Plátano. 7 Septiembre.

Pocas horas tuve libres ayer para poderte escribir mi Asuntica del alma: sólo por la mañana pude escribir algunas líneas. Después de almorzar mi tienda estuvo muy concurrida, en ella se reunió la comisión técnica nombrada por el General para la presentación del proyecto de Ley de Organización Militar. Ocupaba mi hamaca el General Sánchez y el Brigadier Rosas, el Brigadier Lope Recio, Pujals y yo un lugar en la yerba protegidos por los sudaderos, mi hule, carteras y otros *muebles*: Pinto llevaba el minutario. La discusión fue animada y amistosa; a las diez principió la sesión y a las cuatro la levantamos con objeto de continuar hoy temprano, si seguíamos acampados o después de construir nuestras *casas* en el que fuéramos a ocupar.

Hoy no hemos podido seguir nuestro trabajo. Dispuso el General marcha y faenas militares, y esta mañana —cuando dejamos el campamento— las fuerzas de los Brigadieres Vega, Rosas, Agüero y otras fueron a operaciones y el Gobierno y nosotros y la fuerza de Serafín, vinimos a acampar aquí, en esta finca en la que si como en todas las de Camagüey, o en casi todas, hay buen pasto, hay muchos zanjones y un sin número de cañadas que no permiten encontrar buenos acampaderos, sobre todo en época como esta de lluvias torrenciales. Pero al llegar que fue temprano —como a las ocho— me dijo el General:

—Deje a sus ayudantes que le preparen su manera de acampar y venga conmigo.

Pocos momentos después marchaba sin saber a donde. Ibamos a almorzar, y el General convidó a Serafín, a los Señores del Consejo,

Masó, Cañizares, Pina y Portuondo; Pujals, Miguelito y Pérez Abreu nos acompañaban también, y a la escolta de cuatro hombres se unía Marcos y un asistente del General. Pronto anduvimos las tres leguas de mal camino que hicimos para llegar a una Prefectura en donde está el Marqués en la casa en donde vive una familia muy amable —la del Prefecto— y en donde nos esperaba el consabido almuerzo. Fuimos bien recibidos y en la sala en donde estaba en su catre el Marqués, bastante mejor ya de sus achaques, ocupamos sillas y taburetes y los dos balances: uno por el Mayor y el otro por Serafín. Leímos periódicos, hablamos de política y tomamos una sabrosísima taza de café que nos hizo olvidar por completo las leguas que habíamos tenido que andar para llegar a aquel oculto nido en donde viven unidos la honradez, el cariño y el santo patriotismo que a todos los que allí se ocultan, une con lazo de amores. Después vino el almuerzo bueno y abundante: arroz, picadillo, chuletas de puerco, otra carne y buen café, y dos botellas de vino, cosa que es contrabando por la manigua. El General Gómez ocupó la cabecera y del otro se sentó Masó, los demás como pudimos ocupamos los otros puestos, unos de pié, sentados en bancos más de dos, y el Marqués sentado en su catre haciéndole compañía en la mesita que tenía delante y Vivanco, el Canciller, que también se nos unió; sin contar que al almuerzo se agregaron el Teniente Gobernador y algunos más que ya estaban en la casa a nuestra llegada. En el almuerzo reinó la mayor armonía; pero, como era natural, después de haber apurado las dos botellas y haber comido con hambre tan sabroso almuerzo, servido con tanta amabilidad, vinieron las conversaciones, y fue entonces cuando Masó y Portuondo pusieron sobre el tapete la cuestión que parece los preocupa mucho; si debe o no convocarse a otra Asamblea que ratifique los poderes que la anterior dió a los hombres que forman el Consejo o si estos deben seguir hasta que venga el plazo señalado por la Constitución o el también indicado por ella en el que debe tratarse de la paz por la Independencia. Parece que quisieron tocar esta cuestión para conocer la opinión de los que allí estábamos o para consolarse mutuamente, pues todos se sienten indignos de ocupar los puestos que tienen, pues si están en ellos con toda la vanidad de los hombres pequeños, sus conciencias los acusan de faltas que algún día les han de traer serias responsabilidades y lugar muy desairado ante el jurado inapelable de la opinión pública. Masó quiso decir que si había alguno que pensara que debía formarse nueva Constitución y nueva Asamblea, él era de los que creían que puesto que la Revolución se había ensanchado después de la invasión, debería llamarse a otra Asamblea. Lo combatió Portuondo y Cañizares y el Marqués y hasta Pina, que

si no terció mucho en el debate, se alegró de lo que le decían al Marqués. El General defendió que la unión y el conocimiento de los deberes de cada uno y el respeto a la Constitución era hoy lo patriótico; yo les dije que puesto que habían derogado todos los acuerdos anticonstitucionales y parecían dispuestos a respetar la autoridad del General en Jefe, tal como lo explica la Constitución, pensaba que debían continuar no por el mérito que pudieran ellos tener, sino porque todo movimiento en nuestros destinos políticos traería ventajas al enemigo y a nosotros interrupción en los asuntos de la Guerra. Alguna chinita le lancé a Cañizares por su artículo que me prometo desmenuzar algún día y después de reirnos un poco con los aprietos en que puso a Pina la Señora de la casa refutándole algunas teorías sobre majasismos, —en los que él, a pesar de decirse santo, es tan pecador—, nos despedimos y salimos contentos; pero no volvimos juntos todos los que fuimos; allá se quedó todo el gobierno porque ya que había ido quisieron discutir y aprobar unas leyes que los traen muy atareados; todavía no han vuelto y eso que ya van siendo las 10 de la noche.

Por poco lamentamos hoy una desgracia: al volver del almuerzo, el General al salir a un hermoso potrero quiso hacer correr a Miguelito y echó al galope a su hermoso caballo rosillo, lo contuvo al pasar un zanjón pero éste metió una mano en un hoyo y cayó; tiró al General y éste quedó sujeto a la montura por una espuela y lo hubiera arrastrado si no hubiera tenido la serenidad y la fuerza suficiente para arrancase de la montura y dejar que el caballo siguiera solo en su carrera.

Sólo se ha golpeado un brazo y una pierna, pero muy ligeramente, ya ni se acuerda de este accidente.

Es uno de los hombres más fuertes y más serenos que he conocido.

Y más noble.

En el mismo campamento.

Anoche hubiera seguido escribiendo hasta muy tarde, pero era mi vela, la única que estaba encendida en todo el campamento y me sentía cansado de las *faenas* del día; de las marchas y otros almuerzos... y apagué y me dormí pensando en mi prieta queridísima, en

tí mi corazoncito... Casi a mis pies corría un arroyito y en el arrullo de sus aguas me parecía que se iban algunas lágrimas mías.

En el almuerzo de ayer se habló de muchas cosas, y entre otras —como es de cajón— de cuando terminaría la guerra. —Creo que para Marzo o Abril se ha de resolver el problema revolucionario, creo también que la guerra no pasará del próximo Agosto y ahora para más afirmarme en esta creencia se anuncia la publicación de un bando del General Weyler en el que se condena y se prohibe la zafra. ¿A qué obedece esto? Unos piensan que es un ardid para que nosotros que ya hemos publicado nuestro decreto prohibiéndola por llevarles la contra— la permitamos; pero yo creo que obedece a una prueba de la debilidad del Gobierno. No pueden contar con fuerzas para hacernos la guerra y cuidar los ingenios y con esta medida justifican el hecho de abandonar los ingenios y con las fuerzas que en ellos tienen formar columnas para hacernos daño. Pero este decreto puede ser a la vez causa de la intervención Norte americana o pretexto puesto por Cánovas para que esta se realice, y pienso así porque ya hay telegramas de Madrid que hablan de este decreto como preparando la opinión antes que aparezca... si aparece. De todos modos, a más de demostrar este decreto que hemos vencidó a España en lo que respecta a la producción azucarera, obliga a los Estados Unidos a la intervención, porque no es posible que los extranjeros que aquí tienen sus riquezas se crucen de brazos y miren con indiferencia que España, después de cobrarles contribuciones con las que levanta ejércitos, no pueda devolverles el beneficio cuyo derecho se adquiere por este medio; el conflicto es serio a mi ver. Creo también por lo tanto, que tendremos guerra rudísima en esta temporada de invierno, y que después... después ya no habrá con quien pelear.

Ojalá sea así.

De expediciones andamos muy bien. Después de la de Cabrera, ha llegado otra por Cuba en la que venía Roloff y ha traido sobre dos mil armamentos, muchos tiros y un cañón, un lanza-torpedos de dinamita y otros negocios de guerra.

Roloff no trajo esta expedición; vino con ella. Núñez fue el armador y el que todo lo arregló; pero una combinación que tenían para que Rius Rivera y Miguelito Betancourt y el hijo de Gómez, mi buen Pancho, desembarcaran por Occidente pero estos jefes han sido descubiertos y están presos por las autoridades americanas. Su-

pónese que hay en esta prisión algo de ñequismo pues el Betancourt, como el Yero, es ñeque de pura sangre; es de los náufragos y perseguidos de Calixto García y otros Collazos. Pero los americanos pondrán pronto en libertad a nuestros amigos y pronto estarán aquí. Si yo pudiera mandar unos cuantos cayajabos hembras, combatiría el ñequismo. Un Sr. Méndez que ha venido en la expedición que trajo a Roloff nos contó que Núñez llegó por la noche y luego volvió por la mañana al lugar del desembarco, que fueron a bordo, y tomaron cerveza con Roloff los jefes nuestros que estaban en la costa, que se tomó una fotografía de la playa y se retrataron las fuerzas en el momento de cargar la expedición, y dice Méndez que era cosa hermosa la de ver como las mujeres y los niños cargaban con el parque, y con las armas. ¡Con cuanto entusiasmo han de recibir los hombres de aquella noble emigración esta fotografía que les explica como aquí se estiman sus sacrificios y que los españoles —a pesar de todo lo que hablan de la marina y de los cañoneros— nada pueden hacer para oponerse a nuestras expediciones!

Roloff se volvió. Parece que se queda de conductor de expediciones; suponen algunos que para esto sirve, yo lo único que apunto es que Méndez me dice que anda a bordo en camisón y esto me hace recordar lo que el General Gómez me decía: que tenía formas y líneas y curvas de mujer.

No acabé de explicar anoche porqué la Comisión encargada de estudiar la Ley de Organización Militar no pudo reunirse ayer. Con las fuerzas que salieron a operar se fue Rosas y ya nos faltaba uno de sus miembros. El General pensó nombrar otro en su lugar para que no interrumpiéramos nuestros trabajos y designó al Dr. Hernández. Anoche hablé con él de esto cuando en su tienda hablábamos después de la comida, y parece que ya ha sido designado oficialmente el Dr. puesto que acaba de avisarme Lecito, de orden de Serafín, que en su casa de campaña me espera, después de almorzar, para seguir la tarea legislativa.

Que se prepare el Dr. si quiere habérselas conmigo...

Todavía, me dicen, que no han vuelto los del Gobierno.

La parranda ha sido larga.

Quisiera poder tener tiempo bastante para no dejar de apuntar en esta carta, que es mi diario íntimo, los distintos episodios de la guerra que con tanta verdad como elocuencia sabe recordar y contar el Mayor Gómez. Desde la noche que conversó con Méndez y Torriente y conmigo, estoy tratando de buscar tiempo y tranquilidad bastante para ocuparme de unos hechos que no deben olvidarse y que demuestran las grandezas y las energías de este hombre excepcional que para fortuna de los cubanos es el Jefe de la Revolución.

Pero tampoco ayer pude escribir sobre los asuntos que apunté en los últimos renglones. Cuando me preparaba a hacerlo me llamó el Mayor para confiarme un secreto que no debo ahora escribir, luego nos reunimos los de la Comisión de la Ley y después, entre comer, oir a Ortega que llegó ayer y hablar con Florestán y el hijo de Gastón, que fueron mis visitas de la noche, y echar un párrafo con el General hasta las diez de la noche, se pasó a oportunidad de escribir.

Publicó Giberga en un periódico español, una carta en la que dice que no es separatista, pero que no es tampoco español intransigente, que no se une a los cubanos en sus empeños, pero que sí quiere un rincón en la patria cubana para morir en el suelo amado en donde nació; de todo lo que se deduce que es un autonomista, cubanizado por los desprecios y desdenes que ha sufrido de los españoles y que por el amor de la familia, que le une a su fortuna y a sus riquezas, se cree obligado a sentir y a pensar como cubano. Pero este hombre rico no viene a poner como otros su dinero y todo lo que vale al servicio de la causa de la independencia; de lejos se lamenta, pero no me consta que haga nada en favor nuestro. Sabe pues Giberga, que tenemos razón al protestar con las armas, es un simpatizador, pero no se atreve a trabajar por nosotros; por lo tanto, no merece el puesto que pide para después en la Patria, porque como hijo de ella, no sabe hacerse digno de él. Esta madre amorosísima quiere que todos estén a su lado en los momentos de la angustia y de la protesta y del peligro, para que así tengan derecho a ocupar el día del triunfo, lugar honroso en el festín de la Independencia; pero desprecia a los que creen que con lamentaciones se consigue engañar a los que sabemos, que en donde vive la cobardía, no puede encontrarse virtudes, talentos, ni energías útiles para la vida y el prestigio de la Patria. Figura Giberga en el número de los cobardes autonomistas, patrioteros platónicos, que no pueden sacrificar nada por Cuba y que necesitan el dinero que ganaron en la Colonia —adulando al español y mintiendo al país— para poder esperar —en las lujosas capitales de Europa viviendo, como Piñeiro, en casa de siete ventanas,

y comiendo bien y sin que el frío los atormente, ni el ruido de los combates los haga sentirse hombres— a que los ilusos, locos y antipolíticos de otros días, les hagan Patria para venir, después de la guerra, contritos y llorosos a buscar lugar en donde vivir tranquilos y cómodos, por las ventajas que ha de proporcionarles el dinero que traerán y que —como hombres prudentes y de maduro juicio— no han malgastado en asuntos revolucionarios y, —pensando con la calma que da a los elegidos la reflexión y el estudio de los trascendentales problemas coloniales— han alejado de la Delegación y de de sus cajas, en donde en cambio, como en arca santa, se guarda el producto del trabajo honrado de los obreros cubanos, el centavo que quitan de la alimentación de sus hijos... y lo que pudieran guardar, para que la miseria no los sorprenda alguna vez en sus estrechos y fríos hogares; cuando hombres que se tienen por grandes, todo lo esconden y lo guardan, otros que parecen pequeños, enseñan a los endiosados a ser patriotas y a cumplir sus deberes como hombres y como cubanos.

Los hombres que han vivido medrando con la política de egoísmos y miserias que condenaba a la Revolución y llamaba infames y criminales a los revolucionarios para postrarse más españoles a los pies del general que España les mandaba para humillarlos; los que han reunido fondos para que nuestros enemigos compren cápsulas para hacernos la guerra, y a pesar de los triunfos de nuestra Revolución sostienen una junta y un Partido en la Habana, esos fuera o dentro de Cuba, no merecen más que nuestro desprecio: no hacen daño a la Revolución, ni esta puede recibir de ellos, ni ahora ni nunca, beneficio alguno; son los apestados que ya llevan como el leproso de Aosta, sello infamante en la frente, son los traidores que tienen que esconderse en la cueva y entre los ruines con quienes ejercitaron sus infamias.

No necesitamos entre nosotros, hombres cobardes ni hombres que desprovistos de virtudes quieran ver en la Revolución una manera de asegurar una posición o preparar puesto cómodo para el porvenir: —Sólo necesitamos soldados dispuestos a luchar y a ofrecerlo todo por la patria.

Y no podemos pensar los que aquí estamos y hemos conocido a muchos de los prohombres autonomistas, que los necesitamos para nada. ¿Para qué pueden servir los hombres sin virtudes y sin fé en lo que es grande y en lo que es noble? ¿Qué pueden enseñar los que niegan energías y purezas al pueblo y con el escepticismo más egoísta dejan en libertad a sus pasiones?

La carta de Giberga no significa nada porque Giberga es un cubano que fue separatista después del Zanjón y conmigo y con Martí, en una reunión autonomista en la Habana atacaba a los que aceptaban la legalidad española; porque mientras fue pobre, no quiso figurar en el partido autonomista y entró en él cuando consiguió riquezas y buen bufete gracias al matrimonio que lo sacó de la posición oscura que ocupaba; y no significa nada, porque es el lamento de un hombre que sólo se ocupó de su patria cuando los autonomistas le ofrecieron el puesto de Diputado por ser rico y por el prestigio que gozaba por la confianza que merecía de los españoles que veían en él a un sumiso esclavo de la colonia, dispuesto a defender a España en las filas del partido más conservador. ¿Quién ha olvidado sus discursos en las Cortes, más españoles que los de Montoro? ¿Quién no sabe que el Catalán Giberga, aunque nacido en Cuba tenía empeño en demostrarnos que era español y que todo había que hacerlo por la paz y para la paz?

Ahora parece que la familia cubana que ha formado, la fortuna cubana que le dá comodidades en París, y su esposa que como buena madre ha sabido dejar en el corazón de sus hijos las máximas santas de su padre, le han hecho recordar aquellos días de su juventud en los que con Martí y conmigo allá en el meeting del Cerro tomó la palabra para atacar a Saladrigas y para defender soluciones radicales; pero si quiere tener derecho a un puesto en nuestra Patria, merézcalo, venga a la Revolución, que ella le indicará el camino que lleva a la honra y los que aquí estamos, con gusto lo veremos luchar a nuestro lado por la Independencia y cuando nos una en el combate el esfuerzo por vencer a nuestro enemigo, olvidaremos debilidades y cobardías y como hermanos nos abrazaremos ante nuestra hermosa bandera.

Venga Giberga y los que con él piensan, si quieren morir cubanos, pero sepan que la Revolución no los aguarda ni los necesita: no es ahora el momento de lamentación; es hora de protesta y de guerra.

La patria sólo necesita hombres.

Esto pienso yo sobre lo que ha publicado Giberga en "El Liberal" de Madrid; pero el Ministro de Estado, Pina, no ha pensado así.

Ha redactado, o le han redactado, una carta en la que hace confesiones estúpidas y da al partido Autonomista importancia política que no tiene, y —lo que es más grave— le habla a Giberga en esa carta como miembro del Gobierno, acto que demuestra su estupidez, puesto que no lo puede hacer por oponerse a ello la Constitución.

Anoche leyó Pujals la carta en la tienda del General y todos pensamos de la misma manera. Las ideas que antes dejo apuntadas las voy a mandar a Poyo para que las publique en su periódico.

El Méndez que vino ahora en el vapor que trajo Roloff y que se lo llevó, y que según reza en un telegrama están detenidos por las autoridades americanas el cuyo vapor y Roloff, se vuelve; con él te escribiré y estoy pensando si mando con él todas las libretas de mi diario.

Temo tanto que se pierdan!

Pero por otra parte me alegraría que todas estuvieran en tu poder, pues así tendría la seguridad de que no se habían de perder.

Veremos.

No sé cuando dejaremos este campamento, pero ya lo estoy deseando porque hay aquí más calor que en ninguna parte.

A las 7 nos reunimos hoy y a la hora de almorzar nos levantamos los de la Comisión. Poco vamos adelantando, se pierde mucho tiempo en discusiones inútiles y queriendo hacer una cosa acabada y perfecta, vamos o estamos divagando hasta que el General se canse de esperar y haga que terminemos el trabajo; yo no me opongo a nada porque temo que el Hernández se figure que me cansan sus necedades. Opongo mi paciencia a sus fatuidades.

Entre los hechos hermosos de la invasión figura en primer término la entrada en Bejucal.

Cuenta el General Gómez que para tomar el lugar en donde se ocultaban y se hacían fuertes las fuerzas españolas, hubiera debido reducir a cenizas la población que no opuso resistencia y se sometió toda de buen grado, pero que pensó que sería esta una medida que reduciría a la miseria a muchas familias cubanas de las que a todos

habían recibido con los brazos abiertos ofreciendo a nuestras tropas cuanto tenían. No olvida el Mayor que en la botica, las señoras ofrecían las medicinas y que por todas partes recibían con palmas a nuestros soldados, pero cuando al pasar por una de las principales calles de una casa dispararon unos tiros al Mayor que pusieron en gran peligro su vida puesto que uno de ellos quitó la vida al práctico que iba a su lado.

—Me indigné, me decía el Mayor, ya entonces no pensé tener pena por aquella ciudad y ordené que se quemara toda: pronto se empezó a cumplir mi orden y ya ardían algunas casas, cuando pasé en mi ocupación triunfal por una escuela de niños, el maestro me salió al encuentro para suplicarme que detuviera la orden de quemar hasta poder salvar del fuego y de la muerte a los niños que estaban en su colegio: cuando aquel hombrecito me hablaba, yo veía por detrás de él apiñados en la puerta de la escuela tantas cabecitas de niños que impacientes y temerosos con los ojos del asombro y del miedo esperaban mi resolución, me sentí vencido por aquellas cabecitas inocentes que me pedían en forma tan pura clemencia: me olvidé del miserable que oculto detrás de una puerta de aquellas casas del pueblo me había querido asesinar y ordené que se suspendiera el incendio de la ciudad, y fue entonces tarea difícil la de apagar los fuegos, en cuyo trabajo obligaba yo a tomar parte a todo el mundo, puesto que el beneficio era para los que allí vivían. Aún me siento conmovido cada vez que recuerdo este episodio recordando el efecto que hicieron en mi espíritu las cabecitas hermosas y puras de aquellos niños.

La Revolución se fue imponiendo de muy distintas maneras por todas partes. En unas era la guerra la que dejaba su sello y en otras hacia el General en Jefe que todos vieran en los hombres de guerra verdaderos hermanos dispuestos a todos los sacrificios. En las fincas se imponía el orden y Gómez dejaba a su paso la limosna y el consuelo y en todas las almas la seguridad de nuestro triunfo. Así en la casa de la Señora que guardaba su caballo como prenda de gran estimación a pesar de la gran cantidad de hombres hacia que se le devolviera el caballo para que vieran que nuestro ejército estaba disciplinado y en la casa del cura como sucedió en San Antonio al ver a un soldado que traía una custodia que había cogido en un pueblo que se había saqueado pocas horas antes, le hizo dejar allí la joya católica, por entender que así debía ser, para demostrar al cura que todos respetábamos la propiedad y —aunque no éramos católicos— no nos metíamos en la discusión de las creencias religiosas de los demás.

Y así muchas cosas por el estilo.

No tengo muchos detalles, pero el hermano del Brigadier Vega parece que ha volado una máquina de ferrocarril de Puerto Príncipe a Nuevitas. Por lo que he oído la máquina se destruyó por completo, pero los nuestros mal emboscados, sufrieron bajas al ser perseguidos por las fuerzas españolas. Hemos tenido pues, por la mala disposición del capitán Vega, algunos muertos y heridos.

Hoy ha llegado el simpático y valiente Benítez, oficial de la escolta del Mayor y hombre de su confianza: trae pliegos de Vega y me dice que ayer tuvieron fuego con el enemigo en un puente a las puertas de Puerto Príncipe. La columna española se volvió al pueblo a los primeros tiros. Uno de los que salieron del pueblo dijo que los españoles estaban temerosos, pues se decía que Máximo Gómez con 9,000 hombres iba a atacar la población. Según me dijo Benítez fueron poco los tiros y como no me dijo más nada le pregunté. Al General no le he oído decir nada sobre las operaciones que ha encomendado a los Brigadieres Vega y Rosas.

Hoy ha estado en el Consejo el General. Parece que se ha tomado algunos acuerdos sobre reclutamiento y matrimonio. De la escolta del Gobierno se ha determinado que tengan 25 hombres fijos y que el cuerpo de ejército de la zona militar en donde se encuentre les proporcione un escuadrón o una compañía según el lugar en donde se sitúe, cuya fuerza se renovará cada mes. Ya habíamos hablado de esto en la junta de la Ley de Organización y me alegro que se haya resuelto así este punto para dejarlo consignado en el Código que hacemos.

Me dice el General que en el Consejo le pidieron su opinión para resolver una instancia que presenta Loynaz pidiendo que se le deje ir a Puerto Rico por Nueva York para llevar allá la guerra con la bandera ya gloriosa de Cuba. Parece que el Gobierno no está dispuesto a aprobar el plan de invasión que presenta mi queridísimo Loynaz, pero me figuro que al cabo, conseguirá que lo manden a Nueva York a estudiar este asunto.

Y le tengo envidia porque va a donde tu estás, pero siento que falte a sus deberes abandonando por una empresa loca el lugar de honor que aquí ocupa. Y porque lo quiero, me duelen sus locuras y defectos.

Aquí espero yo que se desarrollen los acontecimientos políticos que yo sé que han de ser de gran trascendencia para los destinos de la Patria. En esta campaña de invierno se ha de resolver el problema de la Revolución. España ya no puede vencernos, se siente vencida y en su desesperación, pone en manos de Weyler la obra de destrucción que será el anuncio de la batalla final: el decreto suprimiendo la zafra y las determinaciones prohibiendo la exportación de tabacos, anuncian procedimientos que pondrá en ejecución el General español. Ha de empezar la campaña matando, asesinando, imponiendo el terror en todas partes y tratando de traer a su seno a cubanos para armarlos y con ellos continuar la guerra de infamias, delaciones y asesinatos; tras esta vendrá la intervención y entonces Weyler se podrá ir, llevando a España la seguridad de que no valen procedimientos cuando se trata de vencernos, y que a pesar de todo, siempre hemos de estar los cubanos en armas en nuestro puesto. Creo también que el año próximo seremos libres.

Hasta el año que viene pues, no te veré; porque si no muero, yo no puedo ni debo ir sin que haya sido de los que llevemos la bandera de la Revolución al altar en donde todos juremos la Independencia. Después ya soy tuyo, y para siempre. Te besa,

Fermín.

BASES

del Partido Revolucionario Cubano,
propuestas por encargo de la emigración de
Cayo Hueso y aprobadas por las demás emigraciones.

Artículo 1.–El Partido Revolucionario Cubano se constituye para lograr, con los esfuerzos reunidos de todos los hombres de buena voluntad, la independencia absoluta de la Isla de Cuba, y fomentar y auxiliar la de Puerto Rico.

Artículo 2.–El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto precipitar inconsiderablemente la guerra en Cuba, ni lanzar a toda costa al país a un movimiento mal dispuesto y discorde, sino ordenar, de acuerdo con cuantos elementos vivos y honrados se le unan, una guerra generosa y breve encaminada a asegurar en la paz y el trabajo la felicidad de los habitantes de la Isla.

Artículo 3.–El Partido Revolucionario Cubano reunirá los elementos de revolución hoy existentes y allegará, sin compromisos inmorales con el pueblo u hombre alguno, cuantos elementos nuevos pueda, a fin de fundar en Cuba por una guerra de espíritu y método republicanos, una Nación capaz de asegurar la dicha durable de sus hijos y de cumplir, en la vida histórica del continente, los deberes difíciles que su situación geográfica le señalan.

Artículo 4.–El Partido Revolucionario Cubano no se propone perpetuar en la República Cubana, con formas nuevas o con alteraciones más aparentes que esenciales, el espíritu autoritario y la composición burocrática de la colonia, sino fundar en el ejercicio franco y cordial de las capacidades legítimas del hombre, un pueblo nuevo y de sincera democracia, capaz de vencer, por el orden del trabajo real y del equilibrio de las fuerzas sociales, los peligros de la libertad repentina en una sociedad compuesta por la esclavitud.

Artículo 5.–El Partido Revolucionario Cubano no tiene por objeto llevar a Cuba una agrupación victoriosa que considere la Isla como su presa y dominio, sino preparar, con cuantos medios eficaces le permita la libertad del extranjero, la guerra que se ha de hacer para el decoro y bien de todos los cubanos, y entregar a todo el país la patria libre.

Artículo 6.–El Partido Revolucionario Cubano se establece para fundar la Patria una, cordial y sagaz, que desde sus trabajos de preparación, y en cada uno de ellos, vaya disponiéndose para salvarse de los peligros internos y externos que la amenacen, y sustituir el desorden económico en que agoniza, un sistema de Hacienda pública que abra el país inmediatamente a la actividad diversa de sus habitantes.

Artículo 7.–El Partido Revolucionario Cubano cuidará de no atraerse, con hecho o declaración alguna indiscreta durante su

propaganda, la malevolencia o suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia o el afecto aconseja o impone el mantenimiento de relaciones cordiales.

Artículo 8.–El Partido Revolucionario Cubano tiene por propósitos concretos los siguientes:

I Unir en un esfuerzo continuo y común la acción de todos los cubanos residentes en el extranjero.

II Fomentar relaciones sinceras entre los factores históricos y políticos de dentro y fuera de la Isla que puedan contribuir al triunfo rápido de la guerra y a la mayor eficacia de las instituciones que después de ella se funden, y deben ir en germen en ella.

III Propagar en Cuba el conocimiento del espíritu y los métodos de la Revolución, y congregar a los habitantes de la Isla en un ánimo favorable a su victoria, por medios que no pongan innecesariamente en riesgo las vidas cubanas.

IV Allegar fondos de acción para la realización de su programa, a la vez que abrir recursos continuos y numerosos para la guerra.

V Establecer discretamente con los pueblos amigos, relaciones que tiendan a acelerar, con la menor sangre y sacrificios posibles, el éxito de la guerra y la nueva República indispensable al equilibrio americano.

Artículo 9.–El Partido Revolucionario Cubano se regirá conforme a los Estatutos secretos que acuerden los organismos que lo fundan.

S.S.(*)

No. 27

Camagüey

El Plátano

10 Septiembre 1896

He cerrado hoy para ti una carta en la que te mando con Méndez unas libretas y con ellas todo lo que pienso en tí y todo lo que te quiero. No sé cuando saldrá el que lleva con la mía, la correspondencia de Gómez y del Gobierno y, sin saber porqué, temo que esa carta se pierda. Por este temor veré bien como le doy la *cuya* carta y si ha de pasar por el Gobierno, entonces... de fijo que no la llevará el tal Méndez.

Aunque en las misma finca hemos cambiado de campamento, el que dejamos era triste: este es alegre y bueno por el sombrío de sus árboles y porque a la yerba para las bestias se une el cómodo monte y la aguada buena y abundante.

A mi lado acampa hoy Calixto Sánchez, hermano del Jefe de Sanidad, y dueño de esta finca que se llama El Plátano, porque —según me dijo el buen Calixto que está aquí de Alférez, ayudante del Mayor— en otro tiempo hubieron muchos plátanos; hoy no se encuentra ni uno para remedio.

Esta mañana me permití hacer una salida para ver si lavaban la ropa; y visité, dentro del campamento, una familia buena que me ofreció leche cocida, queso y unas hojas de tabaco para hacer cigarros con yagua. Acepté la leche, aunque siempre estoy protestando de que no debo tomarla porque siempre me cae mal en el estómago. Pinto se trajo un pedazo de queso y, antes de despedirme de la buena gente, me fumé un cigarro de yagua.

Acaba de llegar un número de "El Cubano Libre" que trae un importante artículo de Gómez y entre otros trabajos de interés, una tonta carta de Calixto García que demuestra su incapacidad para el mando de las fuerzas orientales, puesto que supone que era necesario su presencia ante las fuerzas de José Maceo para evitar que después de su muerte, éstas se desmoronaran.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Donativos*. Legaso No. 271. No. 7.

11 Septiembre

Ayer porque Pujals o el General Sánchez así lo quisieron, no seguimos ocupándonos de la Ley de Organización Militar. Hoy, cuando discutíamos los artículos en donde se señalan las facultades del General en Jefe, dijo el Brigadier Lope Recio que los señores del Consejo le habían dicho que éste con el General había tomado importantes acuerdos figurando entre ellos uno que daba al Consejo la facultad del nombramiento de los Jefes de Cuerpos de Ejército. Opinaron algunos que debíamos pedir al Consejo nota de estos acuerdos para poder continuar nuestro trabajo: Recio fue, en nuestro nombre a pedir la carta, y al leerla pensé que el General en Jefe cedía al Consejo facultades que le da la Constitución.

Dice así la nota del Consejo:

Primero: El General en Jefe sólo podrá dictar disposiciones militares y órdenes generales del Ejército que se refieran al régimen interior del mismo y a la parte técnica de las operaciones de la guerra; debiendo comunicar al Consejo de Gobierno el plan general de operaciones y sus modificaciones, para su aprobación y a fin de evitar que acuerdos de éste se opongan a aquel.

Cuando para alguna operación, determinada sea indispensable la suspensión de algún acuerdo del Consejo de Gobierno, podrá suspenderla interinamente, poniéndolo acto seguido en conocimiento de éste y justificando su necesidad.

Segundo: El General en Jefe remitirá a la Secretaría de la Guerra, los partes de las operaciones militares de la campaña, entendiéndose directamente aquella Secretaría con los Jefes al mando de fuerzas en lo que se relaciona a Administración, como estado de armamento, distribución de expediciones, comunicación de acuerdos del Consejo, etc., etc.

Tercero: Es competencia del Consejo de Gobierno, fijar los sueldos, uniformes, e insignias de los empleados civiles y militares de la República, dictar la Ley de Organización del Cuerpo Jurídico Militar y la de reclutamiento; y nombrar los Oficiales Generales que han de desempeñar los cargos de Inspector General del Ejército y los Jefes de Departamentos y de Cuerpo de Ejército, a propuesta del General en Jefe.

Cuarto: Dependen solamente de las Autoridades civiles, los empleados aunque sean armados, que presten sus servicios en la forma que previenen los Reglamentos del Gobierno Civil y de Hacienda, pudiendo tener los Prefectos hasta ocho hombres armados a sus ór-

denes entre los empleados de su Prefectura, cuyas armas las recibirán del Ejército.

Quinto: Cada Jefe de cuerpo tiene la obligación de poner a las órdenes del Consejo de Gobierno, cuando éste se encuentra en el territorio de su mando, un escuadrón compuesto de cincuenta hombres con un Comandante y los auxiliares necesarios, que se relevaran mensualmente con hombres de la misma fuerza, mientras el Consejo de Gobierno pase al territorio de otro cuerpo y reciba de éste la custodia correspondiente. En caso que el Consejo de Gobierno lo crea conveniente, el escuadrón de escolta será sustituido por una compañía de infantería compuesta del mismo número.

Y dejo aquí copia de estos acuerdos porque entiendo que son —los que se refieren al General en Jefe— anticonstitucionales. Y lamento que el General en Jefe haya cedido a las exigencias de los señores del Consejo.

Cada día veo que a pesar de todo lo que hacemos los que amamos a la Patria, por sostener a los del Gobierno en sus puestos para evitar escándalos y trastornos, ellos, —en sus ambiciones y necedades, están buscando que el pueblo— cansado de sufrir y de esperar— los quite de sus puestos de una manera violenta.

No he hablado con el General Gómez de estos acuerdos, pero lo haré mañana.

Hemos terminado ya la discusión de la Ley de Organización Militar. La Junta acordó ir mañana al pabellón del General Suárez para consultarle todo lo hecho, y en su presencia darle forma al trabajo: no me opuse, pero como he dictado casi todo lo que se ha hecho y está en unas notas que Pinto ha ido tomando, —para mayor claridad, me he quedado con esas notas para ponerlas en limpio y en forma de ley, ordenando los artículos. No acompañaré a mis amigos al pabellón del General Suárez; ya se lo he dicho a mis compañeros de Comisión Pujals y Recio—, porque entiendo que si todos vamos, será esto tanto como decir a Suárez que a juicio de la Comisión es él, el más competente y que Gómez ha faltado no nombrándolo.

La noche no puede estar más tempestuosa y la lluvia no me deja emprender el trabajo de estudio y corrección de todo lo que hemos discutido; pero mañana dedicaré a ese trabajo toda la mañana y antes de almuerzo espero haber terminado; después el General Sánchez puede ir a oir la opinión del General Suárez.

Hoy he sabido que el Brigadier Rosas anda por la línea. De Vega nada sé.

Ayer me leyó el General Gómez unas cartas que había escrito a Poyo y Estrada Palma; en todas ellas deja el noble anciano su patriotismo y su fé en el valor y las energías de los hombres que a su lado luchan por la independencia. Y también, buscando en su copiador algo que nos conviniera recordar para los trabajos de la Comisión, me leyó una carta a Antonio Maceo en la que se refería al nombramiento de Calixto para el mando del Departamento Oriental, explicando la falta cometida por Mayía que no podía ser Jefe de Oriente poniéndose por encima de José Maceo. Dice en ella Gómez que ha querido dar a los generales cubanos puestos en donde pueden ejercitar sus energías, que él no tiene ambiciones ni deseos de imponer su voluntad y que todo lo que hace obedece a su firmísimo deseo de servir honradamente a la Independencia de Cuba; pues para cuando saludemos todos el triunfo, él tiene, *—allá en su hogar— preparado el rincón de tierra en el que ha de ir a esperar tranquilo el fin de sus días.*

Cuando me leía estas últimas palabras vi con respeto lágrimas en sus ojos y me llegó al alma aquella sincera decaración de su grandeza; me sentí humillado ante este hombre honrado, humillado como cubano, porque no hay ninguno en la Patria que pueda levantar la frente con tanta hermosa altivez como él puede levantar la suya. Sentí que mis brazos se iban a él y también en mis ojos, aprisionada, una lágrima caliente y consoladora. Oh! al lado de Gómez yo no me siento solo ni huérfano: a su lado se aprende la ciencia de la dignidad y se adquiere valor para dominar las asquerosidades de la vida!

Poco hay que anotar en esta vida igual de los campamentos. No nos falta *pasto* y a mi los asistentes y Joaquinito se encargan de traerme fruta y algunas viandas: la carne es abundante y buena. —Ayer comí con el General y dió la casualidad que fuera día de festín, quizás por eso me obligó a comer con él; a los platos de ordenanza había que agregar arroz y dulce de guayaba del Príncipe y queso.

Hablamos a los postres de Couspiere un cubano de Sagua la Grande, oficial francés que vino con Portuondo y que según dicen, fué el que salvó la expedición. Este tal, padece de sífilis cerebral y pide, por los vértigos que le impiden hacer marchas de noche, pase para Europa. El General pidió informes a Portuondo para expedirle el

diploma militar que le correspondiera y Portuondo le informó que se lo diera de Comandante y así lo hizo el Mayor, pero es el caso que ayer por la tarde el tal Couspiere, vino a manifestarle al General que sin duda por una equivocación se le había dado el diploma de Comante pues él entendía que le correspondía otro grado mayor. El General le recogió el diploma y le hizo ver que quien no había peleado aquí y sólo presentaba como títulos el ser oficial francés y haber traído con Portuondo una expedición, no tenía derecho a más, y que aquella reclamación indicaba poco respeto a este ejército más respetable y más grande por sus heroísmos que el ejército francés y una vanidad y un orgullo bajo y pobre. Le retiró el diploma el Mayor y por la noche cuando Portuondo vino a hablar en su favor le dijo:

"Ese hombre podrá ser muy ilustrado y muy militar francés, pero es muy ruin y no tendrá nunca ya un diploma en donde se lea mi firma".

Poco antes de venir Portuondo nos hablaba el General de sus motivos de queja justísima contra el Camagüey.

Cuando venía el General Gómez desde Oriente con sólo veinte y pico de hombres, los camagüeyanos se juntaban en la población para oponerse por todos los medios a que pudiera conseguir prosélitos en esta parte de la Isla. El Marqués y Recio con unos pocos salieron en su busca, pero sin esperanzas de encontrarlo por aquí, pues unos decían que lo habían matado y todos ocultaban el lugar en que pudiera estar; pero la obra infame de los Luaces y Aguilera y Aguilar y otros, siguió. Uno de estos vino al campamento y el General lo trató con dureza, pero este que ya había hablado con el Marqués pretextó que venía a unirse a la Revolución y anduvo unos días con ellos hasta que pretextando ir a buscar a otros, se fué para no volver. No sabía Gómez que el tal traía una carta escrita por los infames españolizados en la que le decían que puesto que el país no quería la guerra y el Camagüey se oponía a ella, convencidos que no habían de poder sostenerse en la comarca se habían reunido para ofrecerle 3 ó 4 mil pesos para que con ellos se volviera a su país.

Lamenta Gómez no haber sabido que el miserable que había estado con él y se había fingido insurrecto para salvar la vida, era portador de aquella carta; le duele también que siendo el Aguilar uno de los de aquella infame pandilla al venir a la Revolución obligado por la necesidad, el Gobierno hubiera puesto en sus manos el Gobierno del Camagüey y los fondos de la Hacienda para que gozara

de mayores prestigios y consideraciones, y guarda en su alma como triste recuerdo que le hace borrar de su cariño al Camagüey, el que a la infame proposición de sus compañeros de otros días de los que conocían su vida intachable y ahora se atrevieron a ofrecerle un puñado de oro en cambio de una infamia, —no se hubiera levantado una sola protesta por parte de los camagüeyanos y en cambio el Marqués y con él, hombres del Gobierno, estaban en relación y en tratos con hombres como Aguilera y Sánchez y otros infames.

—Oh, yo no quisiera, —nos decía el Mayor—, no quisiera que la paz me cogiera en tierra del Camagüey y menos que la necesidad me obligara a vivir después entre hombres tan infames como estos hombres.

Juzgando yo este y otros hechos que me indican el carácter del Marqués y sus debilidades o faltas dije: que la conducta del Marqués me había hecho recordar la de Matagás allá en la Ciénaga cuando *no quería salir a pelear ni mandar quemar los ingenios.* Matagás dudaba del éxito de la guerra y no quería disgustarse con los dueños de ingenios que eran sus abastecedores y los que podían ocultarlo y defenderlo si las cosas tenían mal resultado para nosotros; —así el Marqués— teme perder la amistad de sus amigos y compadres en la colonia, los guarda de lejos a su lado por lo que pueda suceder. . y, si ganamos, para con el prestigio de su nombre ampararlos y presentarlos como patriotas. Y todo esto es porque para el Marqués, antes que la patria y antes que la Revolución, está el Camagüey.

Al llegar el General Gómez encontró al Aguilar de Gobernador y hombre de la confianza de los de la Hacienda, supo que los fondos andaban al garete en sus manos y que el hombre que no tenía una peseta vivía espléndidamente gracias a los fondos de la Patria. Le mandó unas estrellas de oro y supo que para que las hicieran había mandado unos centenes al pueblo y le devolvió las estrellas y le hizo venir y entregar los fondos que tenía en su poder.

Y este hombre sigue amparado y querido del Marqués a pesar de sus infamias y anda al lado del Gobierno cuando no anda cerca el General Gómez, pues entonces lo esconden sus *padrinos* y amigos, los que con él han gastado y con él han ido a pasar días de fiesta y de parrandas en los ingenios de los miserables amigos del Marqués... y de Pina.

Ya hemos terminado la Ley de Organización Militar y ya hoy se la entregaré al General para que la vea y la acepte si la cree buena y ajustada a sus ideas y principios. No la hemos comentado con el General Suárez y me alegro haber podido convencer a mis compañeros de que eso era una tontería que habría de disgustar —con razón— al General en Jefe. Hernández fue el único que tuvo algo que decir. Supuso que el General era el que se oponía a la consulta con Suárez y tuve que ser un poco duro en mi réplica: pero al fin lo vencí; y no pudo poner mano en el trabajo. Sin embargo, si el proyecto se discute ante el General en Jefe no me extrañaría que aprovechara la oportunidad para lanzarme alguna chinita.

Estoy prevenido y no he de dejar pasar nada sin el correspondiente correctivo.

Hay movimiento en el campamento. El Brigadier Castillo y sus ayudantes salieron esta mañana, y también se fue con ellos Tejedor y otros. ¿A dónde van? No sé. Castillo me dijo que volvería pronto.

Fuí al Gobierno hace un momento a devolver el libro de Collazo "De Yara al Zanjón" que me prestó el Marqués para estudiar la ley de Organización de la guerra vieja. De paso saludé a Portuondo y a Pina y me detuve en la tienda de Masó porque lo ví muy envuelto en su hamaca; está malo el cataléptico como lo llama su íntimo Manduley, tiene fiebres. Me senté cerca de él y hablamos un rato. Fueron momentos violentos los que pasé al lado del pobre Masó. Se refería al hablarme a la conversación del día del almuerzo.

—Debemos convocar una asamblea, —me dijo. Creo que los acontecimientos nos obligan a dejar los puestos que nos dió la Asamblea, puesto que ya han venido nuevos hombres a la Revolución.

Combatí yo sus frases poco o nada sinceras.

Si Uds. no estuvieran dispuestos —como parecen estar, a secundar los propósitos y planes militares del General en Jefe, yo pensaría con Ud., pero creo que la Asamblea ahora sería perjudicial para la Revolución. Han venido muchos hombres ilustres y patriotas, pero también han llegado hombres vanidosos que ya que no pudieron o no se atrevieron a ser de los fundadores de la Revolución con Martí, desean ganar puestos altos siendo ahora innovadores: creo que la Asamblea que ahora se reuniera colocaría en el mismo puesto al General Gómez, pero si por desgracia no fuera así este sería mal para

la Revolución puesto que comprometería el éxito de la campaña de invierno en la que tenemos tanta fe y en la que ciframos todos nuestras esperanzas.

—Yo le confieso a Ud. —me dijo Masó— que el General Gómez está con su actitud correcta, respecto de nosotros, a una gran altura y que si no fuera por sus genialidades, yo le hubiera manifestado mi admiración y simpatía, pues si yo guardo algunas cosas en la memoria, esas se quedan para su día y en nada se oponen a mi manera de juzgarlo ahora como hombre y como General en Jefe.

—Yo me alegro de ver esa unión que hay entre los elementos civiles y militares: entre el Gobierno y el General en Jefe y estoy dispuesto a combatir a todos los que con actos públicos o privados quieren oponerse a la obra patriótica y buena de concordia. No puedo aplaudir que se publiquen artículos en los periódicos que dejen ver nuestras miserias y condeno la conducta de *mi amigo* Cañizares que nunca debió escribir lo que bajo su firma aparece en el "Boletín de la Guerra". Así no se hace Patria: así sólo se sirve al español. Creo que debemos seguir unidos hasta que se cumpla el plazo fijado por la Constitución y nada más.

Y pelear mucho para en los combates aprender a perdonar y a ser dignos y valientes, que es el único camino honrado de llegar a donde la Patria guarda premios y recompensas para sus mejores hijos.

---

13 Septiembre.

Anoche me invitó el General para una *velada literaria* en su tienda. Y fuí aunque un fuerte dolor de cabeza me tenía disgustado y contrariado. Marín, Serafín Sánchez, el Dr. Silva cuñado de Lope Recio y muchos más, estaban allí y pronto dió principio la fiesta. Esta reunión tenía por objeto oir al portorriqueño Gonzalo Marín que acaba de llegar en la expedición de Cabrera. Es el nuevo compañero un poeta y un periodista de nervio y su vida de bohemio y luchador le ha dado nombre en Santo Domingo y en las repúblicas de la América Latina en donde ha venido. El General lo conoció en Santo Domingo en donde por haber publicado un artículo que desagradó a Lilí fue encarcelado y deportado, después pasó a Venezuela y hasta Nueva York no paró, siempre escribiendo y trabajando por la independencia de la Patria; antes de ir a Santo Domingo su lira fustigó a los españoles de Puerto Rico y fue uno de los que se unieron a los bravos que levantaron la protesta contra Palacios y sus satélites. Marín fue el héroe de la fiesta: recordó una carta que escribió a Lilí al dedicarle un poema que había escrito recordando las infamias de

la esclavitud: la carta es tremenda y demuestra el nervio del escritor y pinta al hombre. Después recitó unos hermosos versos escritos al dejar las costas norteamericanas, versos sentidos y patrióticos que me llegan al alma y que oí con entusiasmo: la he pedido que me los copie para guardarlos aquí. Recitó también otras composiciones, todas muy altivas y buenas y después declamó magistralmente versos del Cucalambé y de Campoamor. Serafín recitó versos de Plácido y de Palma, recordé yo "El Jicotencal" del poeta negro, el Dr. Silva composiciones de Díaz Mirón y otros, dijo La Casaca de Luis V. Betancourt; Mazorra cantó bien "La Partida", la vieja canción cubana y pedazos de Marina formaron su repertorio. El Dr. Pérez Abreu también dijo algo de los versos de Vidal Aza y Baltrina; pero Marín ahogaba con su facilidad de recitación a todos los que se atrevían a competir con él en la liza literaria. El General hacia de presidente y, desde su hamaca, tenía para todos una atención y para sostener la animación y el entusiasmo en sus frases, el recuerdo de grandezas de otros días y de heroísmos que ahora sirven para juzgar el mérito y prestigio de nuestros hombres de guerra. También habló el General de como nació en su alma el deseo de pelear por la libertad del pobre negro esclavo y otra vez lo oí contar la historia de la familia de Santiago de Cuba que vivía al frente de su casa y en donde supo que un español había faltado el respeto a uno de los hombres de la casa y supo también que el mulato no pudo pensar en matar al atrevido porque las leyes españolas castigaban severamente al hombre de color que se atreviera a abofetear a un blanco: fue entonces cuando supo que se le mandaba cortar la mano al que quisiera levantarla contra los amos. Habló también el General Gómez de las barbaridades de los españoles y con razón afirmó que las infamias cometidas por los españoles durante la guerra pasada y aún ahora mismo, superan en enormidad y barbarismo a todos los crímenes que registra la historia de la conquista. Valmaseda y Weyler y Ampudia y González Boet y tantos otros, han venido a dejar pequeñitos a los Ovandos de la conquista. Recordaba Gómez cuando en la guerra vieja se asesinaba a las mujeres y a los niños y se pagaba media onza por cada oreja de insurrecto que se presentara y las defecciones eran en masa allá por el año del 71 al 72, el *año terrible de nuestra guerra* según dijo con razón el General Gómez.

—En aquellos días —expresó Gómez, con energía— fue cuando un jefe español lanzó contra los cubanos la ofensa más grande que haya podido inventarse contra hombres que merecían respeto por su valor y por sus energías: el infame se llamó Caballero de Rodas. Ese General español en su proclama nos dijo: *Ni los llamo, ni los ne-*

cesito, conozco sus guaridas y mis soldados saben ir a donde quiera que se oculten. Y nos persiguieron y contra Ignacio Agramonte con 200 hombres lanzó 14,000: fue época triste y angustiosa aquella terrible época de prueba.

Más de las diez serían, cuando nos separamos y fue cada uno a su tienda.

Me ha dicho Portuondo en la marcha, que en el Consejo que celebraron se desestimó la instancia que presentó Loynaz pidiendo pasar a Nueva York para organizar allí una expedición armada a fín de invadir a Puerto Rico. Se acordó comunicar la idea a nuestros representantes en el exterior a fín de que estos se pongan de acuerdo con la Junta Revolucionaria Portorriqueña de Nueva York, a fín de ver si los elementos políticos de la isla hermana están dispuestos a secundar nuestros esfuerzos, y en caso afirmativo, se trate de que de aquí salgan 200 ó 300 hombres, veteranos de nuestra guerra, que en un barco cargado de armas que de Nueva York tocara en nuestras playas, llevaran con nuestra bandera la Revolución allá, siempre que sepamos que hay hombres dispuestos —a nuestra llegada— a secundar nuestro esfuerzo.

Los del Gobierno no creen que el día que pueda realizarse el plan de invasión, en la forma que lo he explicado, sea Loynaz el hombre capaz de llevar esa falange de hombres.

Ha estado desgraciado en su plan el pobre amigo mío.

Y no sé a donde va a ir a parar con sus desaciertos.

No puede ir a Puerto Rico y queda desacreditado en el Gobierno, por sus planes ridículos.

Anda ahora, peleado con Gómez, pidiendo Cámaras y Asambleas nuevas y secundando a Hernández en sus vanidades.

Me dice hoy que ya ha escrito a Consuelo rompiendo con ella o anunciándole el rompimiento.

Y en tonterías y locuras, gasta su tiempo y sus energías.

Lo siento porque lo quiero y porque tiene uno de los corazónes más puros que he conocido.

Ayer recibió el General el parte oficial de la muerte de Zayas. Cayó en una emboscada; unos dicen que murió en el fuego, y

otros afirman que por no caer en poder de los españoles se pegó un tiro.

También recibió el General un parte de una macheteada por allá, por Sancti Spíritus.

Hoy me presentó Molita a un joven rubio y de buen aspecto hijo de Conte: ya lo conocía, me lo enseñaron el otro día.

Vino el tal a decirme que su padre no era culpable de los hechos y responsabilidades que se desprendían del 27 de Noviembre; lo dejé hablar, pero le dije que no me retractaba de nada, que entendía tonto lo que me decía porque el mismo Conte había sido el que se confesó responsable de los artículos que lo dejaban en la historia como causa de tantos males. No tengo que retractarme de nada, pero entiendo que todo lo que me dijo no fue más que una manera de presentarse como hijo bueno y amante de la memoria de su padre. Me pareció pues, tan tonto y tan quijote como su padre. Y digo esto porque después, convencido que conmigo no había nada de retractación, me pidió que lo presentase al General Gómez para que éste lo ascendiera y lo hiciera, no sé porqué méritos desconocidos, teniente y otras cosas más. Lo despaché diciéndole que fuera a pedir sus grados al Gobierno.

Y me quité de encima al Conte. Poco antes de irse me dijo que su Señora madre Mayolino, se había casado con un tal Fermín Valdés; es curiosa la coincidencia.

Me hizo reir la curiosa casualidad.

* * *

El General me dijo que escribiera algo para lo uniera a lo que él ha preparado para el periódico de aquí a fin de honrar la memoria de Zayas. He escrito un articulito que ya le leí y que me parece le ha gustado mucho al General. Ví lágrimas en sus ojos cuando se lo leía.

Me cogió hablando con él la hora de comer, y como siempre que me sucede así, me hizo quedarme a comer con él; y hoy me ha venido bien porque mi ajíaco estaba muy pobre.

Después hemos charlado amigablemente y ahora lo dejo departiendo con otros para escribir algo antes de meterme en la hamaca.

¿A dónde vamos?

He oido decir que nos acercamos al lugar en donde se prepara una operación militar.

Veremos.

Estando comiendo llegó un oficial al Cuartel General que trajo detalles sobre la bomba que voló la máquina. Dice que ésta, quedó destruida y que debieron morir más de 4 hombres pues venían más de 2 con el maquinista. 8 carros venían con tropa y estos desgraciadamente nada sufrieron. Lo que hay que lamentar es que los nuestros de infantería que estaban emboscados al oir la detonación de la dinamita, hicieron una descarga, y esta imprudencia fue la que dió lugar a que la tropa nos hiciera algunas bajas.

Al acampar todos hablamos de este campo que se llama el Zanjón y que tan triste recuerdo guarda. Me pareció como la entrada de un cementerio: es cierto, aquí se enterraron muchas esperanzas.

A los camagüeyanos les queda la triste desgracia de que en su territorio esté éste odioso pedazo de tierra.

Pocas fuerzas andan con nosotros; esta mañana se despidieron las de Calunga y otros: fueron a operaciones.

Recordaba esta mañana el General sus campañas por Las Villas y decía:

—Pude yo quemar a Santa Clara y al Bejucal y a todos los pueblos que tomé en la Invasión, pero me detuvo la idea de reducir a cenizas los lugares en donde vivían nuestras familias. Me parecía que hubiera cometido un crimen haciendo tal cosa, y ante esta enormidad, me sentí asombrado y vencido; mis sentimientos humanos contuvieron mi mano de soldado y me obligaron a detenerme ante tal determinación

Yo comprendo esto. El General con sus fuerzas llevaba la guerra por la libertad a todas partes y cuando todos los aclamaban, y los pueblos enteros le salían al paso para saludarlo y las mujeres y los niños veían en él a un padre cariñoso y bueno, no quería él, que dejándoles como recuerdo de su paso, la miseria y el hambre, el luto y el incendio, aquellos hombres maldijeran al que tanto amor tenían.

Y su corazón tenía guardadas razones para su afecto hacia aquellos pueblos cubanos.

Recordaba el General, que una vez acuartelados muchos soldados en Santa Clara, quisieron los oficiales divertirse y bailar con las cubanas que estaban en la ciudad; prepararon para la fiesta un gran salón e invitaron a todas las señoritas: para bailar a sus anchas, pusieron guardias en todos los puntos estratégicos de la ciudad, y seguros de que nadie los perturbaría, se alegraban pensando en la fiesta. Las señoritas cubanas y patriotas no querían tener que bailar con los militares, pero ¿cómo evitarlo? Y aquí viene lo hermoso del cuento. Escribieron a Zayas para que esté a la hora en que pudiera empezar el baile mandara a tirotear la población, pues de esa manera no habría baile. La tarde llegó, pero aún no se oían los tiros y se imaginaba el General ver en los tocadores a aquellas patriotas y hermosas mujeres preparándose para el baile desesperadas y contrariadas, pues como no oían tiros, suponían que el aviso que mandaron a Zayas no hubiera llegado a él. Casi ya de noche, sonaron los primeros tiros y las guardias de los españoles respondieron a los disparos: Zayas había recibido oportunamente el aviso y había mandado 20 hombres para que se emboscaran y tirotearan la ciudad, a fin de impedir —como lo impidieron— el baile y la fiesta. Y se imaginaba también el General, ver en sus tocadores a aquellas hermosas, dando vivas a la Independencia al ver que nosotros habíamos oido lo que nos habían pedido en nombre de su patriotismo.

—Yo no podía quemar pueblos que tenían mujeres tan dignas y tan honradamente patriotas —me dijo el General. —Ah! yo quisiera, —agregó—, poder sobrevivir a esta guerra para ir algún día a ese pueblo y darles un baile a esas mujeres y a pesar de mis años y de mis canas, bailar con ellas y reunirlas a todas para hacerles este cuento lindísimo que encierra tantas enseñanzas y que fue para mí como la retranca que me detuvo en mi carrera de revolucionario, convencido que hay que destruir para impedir al déspota que se sostenga de sus riquezas que son elementos de guerra que conserva para combatirnos a impedir nuestro triunfo.

Hoy he visto un número de "Patria" que conmemora el primer aniversario de la muerte de Martí. Trae un buen artículo y otros trabajos, de Hernández uno y otro de Julio Rosas.

La orden del día dice que mañana estamos de marcha.

Me contaba hoy Molita cosas curiosas que se relacionan con su salida del Gobierno.

Un día supo que habían muchas mudas de ropa almacenadas por órden del Marqués y él, que había visto casi desnuda a la tropa, mandó distribuirlas entre ésta. El Secretario del Interior le pasó una comunicación en la que le decía que cómo se había atrevido a tocar un depósito de ropa *particular* del Marqués, a lo que le contestó Mola que no había nada de *particular* en la Revolución y que cumpliendo con su deber como Gobernador le había prestado de aquel modo auxilio a la fuerza.

El Gobierno autorizó a los civiles, que aquí son todo lo pacíficos que pueden ser, permiso para herrar las reses: esto era tanto como autorizar el robo, y por eso Mola se opuso.

Luego se le prohibió que se opusiera al arrastre de las maderas, y Mola le dijo al Jefe de la zona que no respondía de lo que aquel abuso podría traer, que por lo tanto, lo ponía en su conocimiento.

Estas fueron las causas ocasionales del rompimiento.

Septiembre 14.

Seguimos en el Plátano.

La "orden del día" dice que emprenderemos marcha a las 12 del día, pero yo creo que siempre será un poco más tarde.

Anoche la Comisión llevó al Generral el Proyecto de la Ley de Organización Militar. Lo leí yo después de ligeras modificaciones relativas al orden de algunos artículos y a las licencias, fue aceptado por el General y nos dió a Pujals y a mí el encargo de hacerlo poner hoy en limpio sacando dos copias; una para mandarla al Consejo y la otra para guardarla el General.

El General nos consultó si podía dejar que el Consejo de Gobierno nombrara los Jefes de Departamentos y de los Cuerpos de Ejército. Le dijimos que no, porque esto estaba en contra de la Constitución que dejaba al General en Jefe —en absoluto y por completo— la dirección del ejército.

Ahora —al poner en limpio la Ley—, he redactado un preámbulo que firmarán conmigo todos los compañeros en la Comisión.

Hoy me llama la atención el General sobre que en la Ley y no decimos nada sobre las hojas de servicios, y he redactado un artículo que será el primero de los adicionales.

El Gobierno ha salido hoy a celebrar sesión en donde se encuentra enfermo el Marqués; cuando vuelva nos moveremos nosotros. Pero como yo sé que mis ex-compañeros andan despacio, no creo que saldremos de aquí temprano... si salimos, porque no sería extraño que se quedasen hoy por allá.

Se come tan bien en casa de la simpática discutidora camagüeyana.

Y hay tanta abundancia de *víveres*. Y vino. Y otras cosas excepcionales, que no espero que lleguen a hora oportuna.

---

15 Septiembre.

La Ceiba.

Como pensé, no salimos ayer, pero temprano emprendimos la marcha hoy y aquí llegamos temprano después de dejar atrás el Zanjón. Estamos como a legua y media de Sibanicú y a un poco más de Cascorro. Es buena finca ésta, y dicen que hay muchas viandas por las cercanías. Hasta ahora no se ha *explicado mi Rafael* y ya son las 11 y ½; pero veremos como anda luego el tajaleo. Ya voy notando que hay buenas ciruelas.

* * *

Terminé ayer el trabajo de la Ley, redacté el oficio de remisión al Gobierno y contento, lo entregué todo al General Gómez.

Hoy venía hablando con Loynaz de las cosas políticas y con pena veo que este buen hermano mío está influenciado por el Dr. Hernández, y —sin quererlo— sirve a los que como él se mueven en la envidia y en el deseo de figurar en primera línea entre los innovadores.

Yo creo que ahora lo patriótico es sostener a Gómez y al lado de este hombre valiente y honrado, todos debemos pelear por la libertad sin ocuparnos de tonterías ni de pequeñeces. Sé que Gómez tiene defectos, pero no olvido que por salir de los defectos de este hombre puro, caeríamos en las ambiciones, racismos y miserias de Antonio Maceo. Sabe esto bien Loynaz, pero hoy al hablar conmigo me ha demostrado que habla con el criterio de Hernández, pues los hombres tan puros como Loynaz, no pueden sustraerse a la sugestión de hombres como Hernández. Y Hernández, que a pesar de su decantada rectitud y de su amor a la justicia aceptó un nombramiento anti-constitucional y fue Subsecretario a sabiendas de que ese nombramiento no podía ser y era inmoral, pero que admitió con íntima satisfacción, porque lo ponía en condiciones de insultar y vejar a Estrada Palma contra el cual intrigó en Nueva York y siguió intrigando aquí, porque no fué el viejo, —amigo sincero de Martí—, de los que se postraron aduladores ante él cuando empujado por los acontecimientos llegó a Nueva York reclamando un puesto que perdió, cuando abjurando de las doctrinas separatistas, fue a vivir al lado de los españoles en La Habana. Eusebio Hernández es de los hombres que saben de sobra que ahora nos perturbaría una Constituyente y nos restaría energías que nos son necesarias para vengar en el campo de batalla a los que han muerto heróicamente como Maceo y Zayas; pero como la Asamblea le conviene para lucir sus dotes oratorias y para ver que saca, por eso quiere la Asamblea y aunque sea un mal, la pide y la defiende con fingido y criminal catonismo. Y por si este plan de medro le falla, ya dice que Antonio Maceo es la más grande de las figuras cubanas desde el 68 áca, y ya ha podido hacer que Loynaz olvide la historia de nuestra Revolución y olvide todo lo que hemos hablado de Antonio Maceo, para que ahora me diga que Gómez no estuvo con Martí y sí Maceo, lo que es una mentira o mejor un absurdo, y que indica hasta donde puede llegar la pasión en ciertos seres impresionables que con sus tonterías comprometen a las veces, las cosas más santas en la Patria.

Como yo me río de todas las cosas ridículas y sigo mi camino tranquilo y dispuesto a todas las adversidades, me decía Mascaró que yo sí he entendido la guerra. Ya te lo he dicho otras veces, llevo la sonrisa en los labios y todas mis penas en el alma, y con ellas sigo contento y tranquilo y dispuesto a no cejar y a que la muerte o el día de la honra me sorprendan en donde —como cubano— debo estar.

Y es que —como dice Gómez— algunos están en la guerra, pero la guerra no está en ellos.

No soy de estos tristes.

¿Cuándo me despachará el General Gómez?

Ya estoy cansado del campamento. Necesito saber si sirvo para algo más grande.

Y luchar por mi cuenta.

No se pelea en el Camagüey.

Aquí se pasa vida de majá. Todos majasean y todos se creen hombres de pró. Pero lo cierto es que —a pesar de los decretos de Gómez— entran en el pueblo, hay comercio de quesos y no son pocos los plateados y los asesinos.

La desmoralización por todas partes.

No he amanecido bien, me acosté con mucho dolor de cabeza y pasé mala noche a pesar de haber tomado antipirina. Pero esto es poca cosa y pasará, y sino tomaré quinina; me parece que anoche tenía un poco de fiebre.

Marín y los otros expedicionarios que andan sueltos por aquí van hoy con el Capitán Benítez a buscar zapatos y monturas y otras cosas. Gastón va con ellos.

Llega ahora— antes de almorzar— Vega y Molinet y Mascaró y Molita y todos los que fueron a operaciones con las fuerzas de caballería. Parece, —por las noticias que voy tomando—, que han hecho muy poco: no salieron las fuerzas españolas del Príncipe y los nuestros tirotearon en balde, pero hemos tenido dos bajas, pues parece que los españoles tienen emboscadas. Lo de la línea si parece que fue una catástrofe, para nosotros; así me lo afirma Mascaró.

Esta mañana me dijo el General que me avisaría cuando discutiríamos la Ley de Organización Militar. Espero, pues, sus órdenes.

Anoche me dijo que una fuerza española había asesinado en Remedios a los padres de Cayito Alvarez; dos ancianos y una hermana. Esto no es sólo infame y criminal: es español.

Hoy ha venido a mi casa de campaña, el sobrino de Celia Estrampes, mi clienta del Cayo, la buena amiga que fué mi confidente en los últimos días de Cayo Hueso. ¡Pobre mujer! Cuando yo le hablaba de tí, y de lo que te quiero, descubría yo en sus ojos una triste historia de amores. Esta mujer tenía en su corazón tantas penas y tantos dolores, que al fín se enfermó. Más que medicinas le dí consuelos y refresqué con la relación de mis amores su alma. Me dice su sobrino que mis medicinas la hicieron llegar mejor a Nueva Orleans y me alegro pensando en el bien que pude hacerle, aliviando en sus penas y en sus dolores físicos, a una alma nacida sin duda, para ser feliz y para gozar de todas las purezas de la vida. ¡Recuerdo con pena a la pobre Celia!

A la una llegó Castillo con su gente. Me dice que ya despachó la comisión que va para Las Villas y le dio el parque que estaba en una prefectura. Se lamenta que le endosaran este encargo que hubiera podido desempeñar cualquier otro jefe de menor graduación.

Camagüey, 16 Septiembre.

Acampamos aquí después de las 10 de la mañana. Estamos a una legua de Guáimaro y a otra de Cascorro.

Si vamos a una operación militar aún no la veo. No andamos más que con las escoltas. Castillo sale hoy con una comisión; pero me dice que volverá al Cuartel General.

Creo que te dije el otro día que el General me había dado la causa de Masó Parra, para que le diera mi opinión sobre el informe de Loynaz que ha actuado en ella como Juez Instructor. Se la devolví el mismo día pensando que un letrado debía asesorar en ella e informar si procedía o no el Consejo de Guerra. Luego me habló

Loynaz y supe por él que Vivanco lo había ilustrado en su dictamen y además se significó que abusaba el General, pues hacía más de tres meses casi que andaba el Masó como preso y que esto era ilegal. Como no hay abogado en el Campamento, yo le he aconsejado hoy al General que debe dejarlo en libertad. El General está de acuerdo y me ha dicho que lo despachará para que salga para Occidente, puesto que no se puede probar que vino sin orden de Carrillo con una larga escolta y a la vez que no cumplió la que éste le dió de presentarse al General en Jefe y ponerse a sus órdenes.

Ortega, el inteligente y loco Ortega, se va para los Estados Unidos. Al fin consiguió el permiso del Gobierno. Con él te mando una carta.

¿Cuándo volveré a tener carta tuya?

Ya me hace falta ver tu letra y leer tus pensamientos.

Para consolarme, las saco a cada momento de mi archivo y las leo.

Y siempre son nuevas para mí. Y siempre te veo en ellas tan pura y tan consecuente como te necesita mi alma.

Sr. Enrique José Varona,

Mi distinguido amigo:

Guardo en mi memoria como el mejor premio que merecí por mis esfuerzos de publicar el 27 de Noviembre, el juicio conque me honró Ud. juzgando mi obra como el primer capítulo de la historia de nuestras luchas por la libertad. Ojalá podamos escribir juntos el último capítulo.

Debí venir y vine. Y aquí estoy con mis pies sin uñas y sintiendo aún en las espaldas los palos y los azotes de los verdugos de las canteras de San Lázaro.

Y aquí estaré hasta que la Patria me conceda la gloria de descansar en el campo libre o hasta que llegue el día que se levante la bandera de la Independencia por encima de los heroísmos de todos para coronar la obra de mi hermano inolvidable, de mi Martí siempre queridísimo.

Ya sabrá Ud. que renuncié mi puesto en el Gobierno y que sirvo en las filas del Ejército, habiendo merecido de nuestro venerable Gómez la distinción de creerme capaz del mando de una Brigada. En el Ejército, en los combates es donde yo quiero y debo servir a mi Patria, si es que para algo sirvo.

Tenemos fé en la próxima campaña de invierno. Guiados por nuestros heroicos Jefes Gómez y Maceo, esperamos alcanzar por nuestro propio esfuerzo, el triunfo que es la Independencia.

Pondrá en sus manos esta carta un compañero de armas que aunque extranjero, ha venido espontáneamente a secundar nuestros esfuerzos, es uno de esos hombres que por sus talentos encuentra cabida y lugar honroso en todas partes y sus servicios a nuestra causa allá en el extranjero han de ser más útiles y quizás mejor apreciados que aquí. Se lo presento pues, con esta, seguro de que pronto ha de estimarlo en todo lo que vale como literato y como amigo nuestro. Así es Gustavo Ortega.

No olvide que los que aquí estamos, agradecemos mucho los recuerdos cariñosos de los amigos que lejos de la tierra de la Patria, están también arma al brazo y en lucha constante; y siempre que le sea posible mándeme periódicos y hónreme con sus cartas: yo escribo y mando correspondencia a "Patria" y a "El Yaya", pero nunca sé si las reciben.

Un abrazo cariñoso para Ud. y para todos los amigos el afecto de hermano de este, su adicto soldado de la Revolución, Fermín Valdés Domínguez. Camagüey, Campamento en Camagual. Septiembre 16 de 1896.

Sr. Rafael Serra.

Mi buen amigo:

Me dicen que publica Ud. en Nueva York un periódico titulado "El Espíritu de Martí" y al saberlo me alegré, puesto que es Ud. de los pocos hombres que supieron estar al lado de mi hermano en aquellos días en los que, casi solo, levantó la bandera de la guerra y al fundar el partido Revolucionario Cubano, inició la empresa que ahora sirve de glorioso pedestal al movimiento de nuestra Independencia.

Bien puede Ud. pues, ser el eco de aquella vida tan pura y tan honrada y dejar en las columnas de su diario consuelos y enseñanzas que fortalezcan los espíritus de los que como discípulos del Maestro

Martí, siguen su noble ejemplo.

Lo felicito cordialmente pues, por la publicación de su nuevo periódico y me prometo enviarle algunas correspondencias desde estos campos de la guerra.

Pondrá en sus manos esta carta, el Sr. Gustavo Ortega, un compañero de armas a quien le presento como periodista y como hombre de corazón abierto y buen talento.

Con él le van todos mis abrazos y la seguridad de que no sabe olvidarlo nunca este hermano de Martí que lo es también suyo. Fermín Valdés Domínguez. Camagüey, Campamento El Camagual. Setiembre 16 de 1896.

San Blas, 17 Setiembre

Estoy un poco más aburrido y contrariado hoy que todos los días. Ya me va pesando mucho este Camagüey y se me va haciendo larga la permanencia al lado del General Gómez.Pienso preguntarle que intenta hacer conmigo, pero luego temo contrariarlo y me resigno a esperar, sin embargo, en la primera oportunidad le *voy al brio.*

Porque si pretende mandarme a Baracoa, para luego volver hasta Occidente, se está pasando el tiempo. . .

Pero la guerra es vivir en estas incertidumbres.

Esta mañana nos separamos del Gobierno. Desde el campamento de "El Plátano" le dijo el General a Portuondo que el Gobierno debería quedarse en un lugar tranquilo mientras él seguía al tanto de las operaciones militares: no aceptó Portuondo la proposición y dijo que el Gobierno prefería seguir con él para así discutir y hablar de muchas cosas. No se opuso el General Gómez, pero imprimió a sus marchas una forma que al cabo diera al traste con la pasividad de los señores del márgen. Hoy al marchar vino Portuondo y dijo que no podían trabajar con las marchas diarias y que se quedaban: el General les indicó que no se alejaría de estos lugares.

Castillo no se separó de nosotros ayer, como dije, nos acompañó hasta este campamento y de aquí siguió.

Desde ayer noté que están con nosotros los artilleros y en la marcha preguntó el General cuales eran los puntos en donde estaban escondidos los cañones.

Creo que si vamos a alguna operación militar, ha de ser esta de cañonazos.

Anoche supe en la tienda del General por una comunicación que le mandó el Marqués, que una pareja de nuestras fuerzas había sorprendido en la línea férrea a 12 hombres trabajando, y que estos se dejaron conducir hasta donde estaba el Marqués sin presentar resistencia ninguna. Estos doce hombres son españoles y cubanos, y el hecho de ir estos hombres a trabajar desarmados, sólo con sus machetes, demuestra que aquí no se respeta la guerra y los camagüeyanos se burlan con sus procedimientos, de todas las determinaciones que se toman por el bien de la guerra. Lástima ha sido que la pareja no hubiera fusilado a estos hombres o les hubiera dado machete en el lugar en donde los encontró.

Oigo decir a gentes que deben saberlo, que Rosas entró en San Miguel y saqueó dos tiendas.

Unos dan importancia a este hecho, pero otros dicen que no tiene significación porque las tiendas no tenían nada y porque no ha quemado las cuyas tiendas.

Aquí, en el campamento, hay una casa a donde fuí esta mañana por casualidad. Desde que estoy en este Camagüey, tan pesado y tan odioso, no me gusta ni acercarme a las casas; pero esta mañana por tomar un poco de agua limpia y fresca, fuí a la casa. Allí encontré a Loynaz y otros, haciéndole el amor a una muchachita y por Loynaz que me presentó con muchos títulos, me senté un momento y tercié algo en la conversación que allí tenían.

Hablaban de la guerra no como gente cubana, sino como enemigos que la maldecían, porque por ella no podían ir al pueblo y vender quesos y tener comodidades.

—Los insurrectos —dijo la niña— no deben ir a lás casas, sino vivir en el monte y mojarse y cocinarse y lavarse sus ropas.

Esas palabras pintan a las gentes camagüeyanas: los que no piensan como esta cubanita antipática, son la excepción y si se estudia el

punto averiguamos que la que no sea como esta, no es camagüeyana.

Y uno de los motivos de mi mal humor, es no tener hoy que fumar; pero los días de esta amargura han de ser muchos y por ellos no me sé ya preocupar.

Pero hasta en esto tiene la culpa esta tierra *lechera.*

Ando tan sucio, que a mí mismo me doy asco. Pero no hay quien lave y con las aguas y las marchas no tienen tiempo mis asistentes para machucarme un poco la única muda que llevo de repuesto en mis alforjas.

Veremos si nos quedamos aquí mañana, entonces si me mudaré y haré que me laven la ropa.

Parece que hay movimiento artillero: veo que el Secretario del Brigadier Vega, el inteligente Tarafa, acompaña a los artilleros a la casa del General...

Pero yo, en mi banco, en mi potro de tormento...

Hay veces que me cansan los años y los días y hasta los segundos de mi vida, y cuando siento en mi corazón angustioso dolor, pienso que la muerte es el mejor consuelo para todas las penas y que en la tumba se acaban todas las ambiciones y las miserias de la vida...

Voy a copiarte lo que escribí por encargo del General Gómez sobre

Zayas

Después de un reñido combate, un grupo de cubanos nos reuníamos, —hace ya más de un año— en "El Roble", alegre finca de Santa Clara, para celebrar en un banquete las glorias de las campañas. Fuè aquella, reunión de despedida para los que nos íbamos a Occidente a llevar la buena nueva de la Invasión, y abrazo sincero en el que dejábamos a los que se quedaban luchando en aquella hermosa región, todo nuestro amor y el respeto y la admiración que sus virtudes ponían en nuestros corazones.

Juan Bruno Zayas, Alemán, Lacret, Robau, Alberdi, Tejedor, Federico Latorre, Torrens, Machado, Frank Portillo, los Rodríguez, Gueren, y Piñan y Pinto, mis amigos y mis fieles compañeros desde

Pine Key; todos estos y muchos más, ocupaban la mesa servida por una familia bondadosa y —como cubana— entusiasta y patriota.

Zayas, mi amigo queridísimo, se puso de pié para brindar, y todos los imitamos, y de pie, escuchamos sus palabras que fueron como un juramento santo. Mi amigo, mi hermano en el amor a mis compañeros, —los que murieron asesinados el 27 de Noviembre—, recordó en aquel momento a Martí y sobre sus grillos y los que la tiranía puso en mis pies, levantó su protesta de cubano y, con la dulzura del hombre que sabe sentir, y con la entereza y energías del soldado que no vuelve nunca la espalda a los peligros de la guerra, formuló su protesta y dejó coronas de laurel sobre las frentes de los cubanos dignos y una lágrima en las tumbas de nuestros héroes.

Y allí estaba el Jefe de Las Villas, alegre y feliz ante las aclamaciones de sus amigos, de los soldados que veían en él al compañero que nunca supo temer y que dividió las penas y las alegrías con sus fuerzas que lo idolatraban.

Algunos meses después, cerca del lugar en donde quedaron en el campo de Mal Tiempo tantos cadáveres de enemigos, y entre los gritos de victoria y las aclamaciones de triunfo de nuestros soldados yo ví unidos en un abrazo a dos valientes: uno era la representación de la protesta de los 10 años, y el otro el pueblo nuevo, el hijo de la paz que se erguía contra los asalariados de la colonia, y venía con la enseña de Martí, al campo de la honra.

Gómez, —nuestro maestro en heroísmos— era el uno. Zayas, el joven que vivirá para siempre en la memoria de su pueblo, era el otro.

No es hora de llorar.

La tumba de Zayas es, para los que peleamos por la libertad, un altar santo.

Mañana, sobre ella, como símbolo de unión eterna, debe levantarse alto monumento en el que veamos siempre unidos, en abrazo estrecho,

a los que se conocieron y empezaron a amarse allá en los campos de "Mal Tiempo",

Valdés Domínguez.

Esta mañana le di a Ortega una carta para tí. Y pensando siempre en tí, vivo, mi alma, soñando con tu amor. Te besa,

Fermín

S.S.[*]

No. 28.

Camagüey, San Blás.

17 Setiembre 1896.

El día está, alma mía, tan triste como yo; pero no voy a dejar aquí penas, sino hechos que sirvan algún día para escribir la historia de los heroísmos de los demás y a mi me ayuden a contarte como he pasado o mejor dicho, como voy pasando la vida, fija mi mirada en mis dos amores que unidos en mi alma, le dan fuerzas para sufrir y ponen en él valor para vencer las infamias y las miserias que se ponen en el camino y que tan tristes dolores dejan en el corazón.

---

18 Setiembre.

Poco pude escribir ayer.

Fue un día de esplín o de más tristeza; ya que para mí la vida es tan triste y tan aburrida. Y son por lo tanto, tan iguales para mi los días.

Por eso no escribí mucho.

Después de comer bien, —o mejor dicho, mucho— fuí a conversar con el General, y a su lado pasé agradablemente la noche.

Esperábamos que lloviera muy fuerte, pero al fín se pasó la noche sin que cayera ni una gota de agua; yo me preparé en mi tienda para que no me mojara mucho el turbión.

Pasé la noche bien. Me dormí pensando en mis ensueños y en tu amor, y en la fé que tengo en poder algún día encontrar la felicidad a tu lado.

Y al despertar, después de la noche larga, sentí que empezara el día... un día de inacción y uno más de espera para mí.

En la marcha de ayer me hablaba el General, de Roloff y de la suerte que ha tenido para encontrar siempre a su paso todas las dichas.

—Después de haber vivido en Cuba —me dijo— del patriotismo de los habaneros, entre los cuales se hizo conspirador, después del

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Legajo* No. 271, No. 8.

pacto para poder sostener su puesto y tener dinero que gastar, fue a caer a Costa Rica en donde luego que vivió del Dr. Hernández, tuvo la suerte de encontrar un presidente de una república que le dió dinero y buena posición social y mujer bonita y buena con quien casarse; *después, cuando ya no podía explotar más la posición que* le crearon y que él, por su falta de talento no pudo sostener, fue a Tampa y también allí le dieron dinero y le pusieron los cubanos un establecimiento que no duró mucho tiempo, y así lo encontró Martí; se fue detrás de él al Cayo y allí nada le faltó nunca y jamás se ocupó de trabajar. Y en la guerra ha tenido de todo sin exponer nunca el pellejo, ni hacer sacrificios de ninguna clase. Salió de aquí a buscar expediciones y a formarlas y hasta ahora sólo ha venido de turista en la que trajo Méndez, comiendo y viviendo bien, pues ya esa expedición estaba lista cuando el llegó a los Estados Unidos y en ella no ha puesto ningún esfuerzo, ni por ella le debe nada la Patria; pero ha resuelto el problema de vivir sin exponer la vida y esperar así que llegue la independencia para tratar de cobrar los sueldos que tiene devengados como Mayor General de esta guerra y de la otra. Y ahora, cuando en el extranjero se está dando muy buena vida, aparece como que está desempeñando puesto alto y comprometido...

Me dice Mascaró que Castillo ha ido a buscar parque que ha de llevar Serafín a Las Villas, y que el va a pedir su pase para seguir con el General Sánchez hasta ponerse en camino de encontrar al General Antonio Maceo. De modo que va a unirse al *estado-mayor* del Dr. Hernández.

Y yo, ¿a dónde iré?

No pido nada ya, ni le digo a Gómez una palabra sobre mí; él hará lo que quiera y le parezca.

Llegó hoy el cañón que trajo Cabrera, es una buena pieza de 12. Lo han traído en la cureña y sobre sus ruedas con un mulo muy fuerte. Lo limpiaron y acabamos de hacer el ensayo ante la admiración y los aplausos de las gentes; el disparo ha sido bueno y el americano ha quedado bien en su estreno. Con los americanos hay un español artillero que se nos presentó, y es curioso verlo haciendo la crítica de todos los actos de los extranjeros que dirigen nuestra pieza. No quiso el General hacer más que un

disparo para no alarmar a las gentes de Guáimaro y para no avisar tampoco a los españoles que por aquí andamos con cañón y todo. A 300 metros aproximadamente fue el tiro y la bomba reventó bien.

Ya tengo deseos de que lo llevemos a donde pueda hacerse con él algún desaguisado.

Y que sea pronto.

Parece que la operación del General Rosas no ha sido tan mala como se dijo. El General me afirma que ha quemado algunas casas y ha saqueado 3 ó 4 tiendas.

—Está cumpliendo bien las órdenes que le dí, me dijo el General.

Esta mañana estaba desesperado por no haber fumado desde ayer por la mañana y le escribí al General Sánchez un papelito suplicándole que me facilitara uno o dos. Y el buen Serafín me mandó 3 tabacos.

Ahora me dicen que en una casa muy cerca venden, pero yo no tengo ni una peseta. Ni quien me la presente. Ni se la pido a nadie.

¡Tocan a no fumar!

La Yaya, 19 setiembre.

Acampamos para almorzar. No estoy bien de mi cabeza, me duele un diente, ...la mar!

En la casa en donde estaba el Gobierno, cuando nos juntamos con él, nos desmontamos. En las paredes, entre muchos letreros tontos, hay algunos versitos que recuerdan estos días de lucha y de penas.

Pinto copia una décima en que hay un buen pensamiento en versos cojos:

Resuena el clarín cubano
En la espesura del monte
Recordando de Agramonte
La bravura de espartano.

Se estremece el vil hispano
Ante el valor del mambí
Y en su loco frenesí
No saben que hemos jurado
Poner su escudo pisado
En la tumba de Martí.

Si mi suerte es morir en campaña
Combatiendo al tirano opresor
Compañeros, adornen mi tumba
Con guirnaldas de rojo color.

Si mi suerte es comer carne sola
Sin jamás una vianda gustar
Que perezca la hueste española
Y vuelva el boniato mi boca a probar

Sin andar con aparatos
Ni mucho menos florear
Con calma debo esperar
La cosecha de boniato.

Voy a entrar en la descripción de algo muy triste... tristísimo.

Desde anteanoche noté una picazón en todo el cuerpo que me traía de mal humor, no pude resistir esta mañana, al llegar aquí, la duda de lo que podía producirme la picazón que me hacía pensar en algo malo, puesto que Joaquín no cesaba de rascarse en todo el día... al llegar aquí me hice registrar y me encontré que tenía —vergüenza y asco me da hasta escribirlo— caránganos!

Yo estoy desesperado por llegar al campamento y tener tiempo para hacer lavar la ropa y la hamaca y todo. El muchacho Joaquinito, que es más desaseado que feo y cuenta que a feo no le gana ni el famoso Picio, me ha traído esta desesperación y este martirio del que yo me había salvado hasta ahora, a pesar de haber estado entre tantos hombres y enfermos sucios y con estos maldecidos insectos.

Ha comprendido Joaquín que ha tenido la culpa de lo que me pasa y me ha propuesto que se quedará en una Prefectura para buscar hamaca y ropa y para tratar de asearse: lo he despachado para que de aquí se vaya a reunir con Escobar en Mala Noche y que allí me espere.

Y yo cuando acampe me tengo que meter en lejía para quitarme esta rasquera.

Lo que trae la guerra y lo que es preciso sufrir para ocupar un puesto entre los soldados de la Revolución.

¡Hasta caránganos hay que sufrir!

¡Y sentirse dichoso con tantos sufrimientos!

Ayer ví cuando Mascaró se acercó al General a pedirle, según me había dicho, su pase para el Cuartel General del Mayor Sánchez. Cuando Mascaró me dijo que iba a pasar a Occidente con el General Sánchez también me informó de que Portuondo iba a Oriente a buscar gente conque ir a Occidente. Quise desde ayer decirle esto al General Gómez, pero no había tenido oportunidad. Hoy en la marcha, aproveché un momento en que cabalgábamos algo solos y le hablé. Cuando le dije que Portuondo iba Oriente a por hombres me miró y me dijo:

—Puede ser.

Y luego, hablándome muy bajo agregó:

—Lo que era un secreto entre Portuondo y yo ya lo sabe Mascaró. Ha de saber Ud. que lo que hay en el particular es que yo le dije a Portuondo, a él sólo y muy en secreto, para que no lo supieran los demás Sres. del Consejo, que yo necesitaba que en una fecha dada, Ud. a quién le indiqué que tenía que dar un grado bueno en el ejército, y él, tenían que buscarse hombres armados en Oriente, Portuondo me dijo que contaba con traer 2,000 hombres, yo le dije que con 1,000 tenía bastante. Y esto que yo estimaba como un secreto, ya se ha hecho de dominio público. A Ud, si le encargo el secreto.

El General Gómez siguió sin hablarme un largo trecho, pero luego me dijo:

—Sí, no saben. De Ud. será toda la gloria; porque al asociar a Ud. a Portuondo, lo hice para que el contigente fuera mayor y de más importancia.

Y así de paso, por lo que me dijo Mascaró, he sabido algo de mí, muy importante, y que me demuestra que debo tener calma y no olvidar que en la guerra es ciencia que no puede olvidarse, la que nos enseña a esperar, y a sufrir sin impaciencia, todas las *cosas* de la campaña.

La Araucana.

Hemos llegado aquí por la tarde después de una marcha corta.

Mañana escribiré largo porque estamos acampados.

---

20 Setiembre.

La finca es hermosa y la casa una de las más cómodas y espaciosas que he visto por estos campos camagüeyanos. No es la casa elegante, como la de Antón, pero es ventilada y propia para la vida del campo. En el portal o corredor está acampado el General. Pujals y algunos de sus ayudantes: en la sala estoy con otros muchos; el Dr. Hernández —que está malo de catarro— ocupa con el Dr. Molinet uno de los cuartos de la casa, los demás están bien acampados fuera o dentro de la casa. También aquí hay una mujer que no hace más que renegar de los insurrectos y de la hora en que vinimos aquí; tiene aspecto de bruja de aquellas que pinta Shakespeare, y para que sea más típica la cueva de la bruja, en ella esconde una gitanita, una niñita de grande ojos negros que parece hija de las selvas.

La charla de la gente no me dejó escribir ayer y hoy no ando muy dispuesto a emborronar papel. No sé porqué estoy inquieto; me parece que se me prepara algo malo, ...pero desecho la idea, pues no tengo motivo para pensar de esta manera.

Ha recibido ayer una Comisión de Calixto el General Gómez, con cartas en las que —por lo que he podido oirle— le anuncia que hay viruela y que ya se acercan las armas y pertrechos de la última expedición. La noticia de la viruela ha hecho pensar a los médicos en la manera de cultivar en terneras, vacuna buena, para proceder a la vacunación de la fuerza, cosa que estimo yo si útil, impracticable,

dada la forma en que nos vemos obligados a moverlas, por la clase de guerra que haeemos. Creo yo que lo único práctico es separar los casos infectados, hacer quemar las ropas a los enfermos y tener cuidado de que las fuerzas se laven con jabón las ropas y sus cuerpos a fín de evitar que por el desaseo se trasmita la enfermedad. La vacuna en la fuerza la creo poco menos que imposible, lo que aconsejo es que no se deje rancho ni bohío en donde no se deje de llegar a vacunar, y se aisle a la fuerzas de las familias a fin de evitar el contagio. A los que piensan que se puede vacunar la fuerza por escuadrones o por compañías les recuerdo que la vacuna de la vaca produce una fiebre de más de 6 días y que, por las distintas afecciones de la piel, tan frecuentes en todos los que andan por la manigua, no sería extraño que se formaran erisipelas y úlceras que tardarían muchos días en curarse. Molinet piensa que debe buscarse un punto, a donde no lleguen los soldados, para emprender el trabajo de la vacunación y empezar por la de las terneras.

El Gobierno esté cerca, media legua de aquí. A nuestra llegada escribió allá el General.

Ayer por la tarde llegó de Oriente el gallego que despachado por el Gobierno para ir al extranjero, perdió la manera de embarcarse y ha tenido que volver, con su gran cartera de correspondencia. Está enfermo, tiene en su cara el sello de la tísis.

Dice que el abogado Salcedo que iba con él se quedó enfermo y hasta cree que se ha muerto.

Hoy sigue el gallego para el Gobierno a encontrarse con Portuondo.

Ahora podrá emprender viaje cuando lo hagan Méndez y los otros compañeros.

Ayer recibió carta el General Serafín Sánchez de Poyo, del Cayo.

Ni una letra para mí. Ni un recuerdo.

Colete, el Jefe de despacho del General Gómez, se quedó por enfermo y me dicen que ha estado o está en el Gobierno, en donde majasea y que anda a partir un piñón con los gubernamentales.

Es este un camagüeyano furioso regionalista, que para no ponerse enfrente del General, ha preferido enfermarse y andar de majá por esos mundos.

Hoy trataré de escribir a Poyo, por si puedo mandar la carta con Méndez. Escribo sin esperanza de tener contestación, pero siempre escribo.

Molita está fungiendo de Jefe de Despacho. Y creo que lo hace mejor que Colete. Por lo menos con criterio más cordial y sincero. Y sin camagüeyanismo.

El Rosario, 21 Setiembre.

Estamos como a media legua de Cascorro y hemos llegado temprano: antes de las once ya estábamos acampados. Traemos el cañón y aquí nos esperaba, por orden del General Gómez, el General Rosas con sus infantes.

Me parece que nos vamos acercando a una operación militar importante en la que ha de ser el factor la pieza de artillería, que traemos.

A las 12 y media ha salido el Brigadier Vega con Poey, y otro ayudante, a una exploración.

Y no creo que se demore mucho la *cuya* operación porque estamos muy cerca del pueblo.

Y ya hay quien piense que esta noche nos acercaremos para amanecer mañana atacando.

Pronto se aclarará el enigma.

Poco he podido hablar con Rosas, pero por lo poco que me ha dicho entiendo que pudo tirotear a San Miguel, que saqueó y quemó unas tiendas, que pudo atemorizar a los españoles que decían que tenían 1,000 hombres a sus órdenes y dos o cuatro piezas de artillería.

Luego trataré de reunir más datos sobre estos asuntos.

Pasamos esta mañana por donde está el Gobierno y ya supo el General que Colete está allí; lo dejamos atrás.

Antes de llegar aquí hicimos un momento alto en una finca que llaman Braguetudo; allí se nos unió el cocinero del General Gómez que se quedó enfermo en Mala Noche. Me dijo que Escobar había estado muy malo y que había tenido muchas viruelas, pero que ya estaba mejor, no me ha traido ninguna carta suya, lo que me indica que aún no está bien.

Las fuerzas de Rosas se conoce que han raqueado de lo lindo; hay muchos en el campamento que están proponiendo cambios de fósforos por cigarros y otros tratos de comestibles.

Y olvidaba decirte que ayer fue día de gran emoción para todos: al mediodía se presentó una comisión con varios caballos cargados, en los que mandó un oficial que opera por los ingenios Senado o Congreso —los feudos de los Aguilera— monturas, frenos, sudaderos, machetes, revólveres, libretas, papel, tinta, tabacos, cigarros, azúcar, café, chocolate y otras cosas más.

Contento recibió el General a los portadores del convoy y enseguida mandó que todo se descargara en el batey de la finca y que Gueren lo repartiera todo entre las fuerzas que aquí estábamos.

—Esos son los convoyes que yo recibo, —dijo el General—, ¡del enemigo! Yo mando a quitar a los traidores como Aguilera, lo que necesitan mis soldados.

Todo se repartió en un momento; yo cogí una buena montura americana, que me hacía suma falta, pues la que montaba ya no podía remendarse más y andaba en ella con la cincha muy rota y un estribo incomponible.

Y me tocaron 4 mazos de tabacos y muchos cigarros que le dí a Pinto, y chocolate y azúcar y café... ¡estamos ricos!

Y todos gozábamos con la alegría de nuestro general que, como un niño, se divertía en las tragedias de Gueren con los que le pedían tabacos y cigarros y azúcar.

Y me vino al pelo el reparto, porque —como a las 3— vine a almorzar chocolate crudo y dos sendos jarritos de agua en el abollado jarro de hoja de lata. Y te explicaré porqué fue esto: Rafael y

Pedro me pidieron permiso para ir a buscar viandas y yo le encargué al último, que viera si me lavaban y planchaban una ropa para vestirme y volverme a lavar, pues aún me parece que —a pesar de los baños y la ropa limpia— me duran los maldecidos caránganos que Dios confunda y relegue para siempre al infierno... Y los *chicos* se quedaron en el mandado y se me aparecieron muy frescos, pero con la ropa limpia y muy cargados de viandas y otras menudencias, a las cinco de la tarde. Les perdoné que no me hubieran dado almuerzo y gracias al chocolate no fue del todo malo el día. Y además, tenía tabaco que fumar y con eso lo tenía todo y podía olvidar la necesidad de comer. No comí luego una carne que hizo Pinto preparar a Melquiades, otro asistente, prisionero y cubano él, que desde hace tres o cuatro días nos han dado y a otro español que Pinto tomó para él y es de los que se encontraron trabajando *inocentemente* en la línea del ferrocarril; tampoco comí sino un bocado de lo que por la noche me prepararó Rafael y con el chocolate y con un dulce de ciruelas que a última hora me dió el General, pasé el día.

Llega ahora un ayudante del Marqués que me dice que ya éste está bien y ha llegado al Gobierno.

El tal ayudante le ha traido a Molita, que tiene su tienda al lado de la mía, una carta del Marqués en la que le dice que no vaya a lanzar ningún manifiesto haciendo públicas las razones de su renuncia y otras necedades por el estilo. Le he oido a Molita que nunca ha tenido intención de escribir tal Manifiesto y que por el contrario, le había escrito a Corona para que no dijera nada sobre lo que le había pasado.

Molita, probablemente, seguirá aquí en el puesto de Colete, hasta que éste venga y luego volverá a hacerse cargo del empleo de Gobernador: es el único que aquí puede serlo.

Escribía yo ayer, que sentía una tristeza, que no me sabía explicar, pues no tenía razón para presentir malas cosas; pero hoy si me explico mis secretas angustias.

Estaba contento desde que me dijo el General que me iba a mandar a Baracoa para desde allí ir hasta Occidente con un contingente; pero ahora que por él he sabido que ha modificado su idea y que me manda con Portuondo ya no estoy tan alegre. Pero ni he dicho ni diré nada. Me figuro que ya no he de ir, me figuro que han de hacer contra mi todo lo que puedan esos ruines a quienes he humi-

llado...! tantas cosas me figuro que tengo razón para estar disgustado!

Pero no hay que temer y preparar el cuerpo para todo lo malo y para hacer morder el polvo a los viles y a los endiosados.

Habrá lucha, la presiento: pero me alienta la confianza que tengo en mi vida sin manchas y en mi voluntad de acero.

Pero ya estoy cansado de sentirme en lecho de espinas.

Una sola cosa me hace reir ante tantas pequeñeces, y es que —cuando ellos se queden en sus cuevas murmurando— yo andaré por los campos de la guerra peleando y gozando con los triunfos de los demás, y contento de poder unir mis esfuerzos a los de tantos hermanos, tan valerosos como dignos.

Lo que prueba que siempre han de andar por el fango las culebras.

Oigo que hay quien sospeche que la operación será esta tarde.

Me dicen que una lancha de vapor se fué a pique en la bahía de San Miguel al hacerle fuego a la fuerza del Brigadier Rosas.

Dice este que en una casa estaban de fiesta y baile y el acabó el jolgorio a tiros y que entonces fue lo del disparo de la lancha.

Hemos recibido periódicos o mejor dicho los ha recibido el General. Dicen que hay insurrección por Filipinas y prisiones en Barcelona porque hay quien se oponga en España a que vengan a Cuba las tropas y dan cuenta de las prisiones y fusilamientos en la Habana.

Weyler está extremando el sistema de terror.

Es el que nos conviene para que la guerra llegue al punto que necesitamos los que fiamos ahora en el éxito de la próxima campaña de invierno.

Cuatro menos diez. Llegan los exploradores, Brigadier Vega y los ayudantes.

Me dice Pedro que sale ahora la infantería.

En el Cuartel General están parqueando la gente.

Noticias que me da Tarafa:

Que el cañón se pondrá a 200 metros de los fuertes que son una casa, una iglesia y dos fuertes, al parecer, de poca resistencia.

Que la infantería está preparada; pero que no ha salido aún.

La orden del día dice que las fuerzas estén preparadas para la marcha al toque de llamada.

Teme Tarafa que puedan llegar a este campamento las balas de máuser. —Sino las *sentimos*, las oiremos.

Hay gran animación en el campamento. Parece día de fiesta. Todos andan de un lado a otro, yo me he puesto de punta en blanco.

Ya no me acuerdo de los infames caránganos, y es esto prueba de que me han dejado tranquilo porque se denuncian por una picazón de todos los diablos.

El General no me ha hablado de la operación, y yo no he querido ser imprudente: estuve en su pabellón leyendo los periódicos, pero después me vine al mío y no he vuelto. El sabe que estoy aquí muy a sus órdenes y por lo tanto no necesito presentármele para recordarle que estoy vivo y con el arma al brazo. El General Gómez es hombre que está en todos los detalles y que nada se le pasa desapercibido. Y ahora que habrá que pelear yo ocupo mi puesto sin necesitar que nadie me lo indique.

No puedo ocultar sin embargo, la natural impaciencia por saber el cómo y el cuándo del ataque; pero —no importa— lo sabré cuando lo deba saber.

Olvidé consignar aquí que el General Rosas hizo hoy prisionera a una mujer que sostenía comercio con el pueblo y que se le escapó al mismo Rosas, hace pocos días, con un cargamento de quesos y otras cosas. Todo el mundo la acusa como comerciante de primera fuerza. Es una mujer alta, flaca y fea, de fisonomía vulgar, pero de

mirada enérgica y varonil. Nos dijo Rosas que al írsele el otro día dijo que ella se burlaba del General Gómez y de todos sus Generales y que entraba en el pueblo cuatas veces le diera la gana. Ante el General estuvo con entereza, quiso oponerse a que le rompieran el sillón para ver si tenía algo escondido, pero luego enfurecida, ayudó a Pedrito al trabajo de descoserlo. Al preguntarle el General porqué iba al pueblo sabiendo que estaba prohibido entrar en él, contestó que ella no sabía tal prohibición y que entraba porque todo el mundo, —*hasta los jefes*— dijo, lo hacían. No se defendió pues, y manifestó que ella iba al pueblo a comprar un caldero porque el que tenía en su casa se lo había dado a la fuerza. Con su mantilla negra, su gran sombrero y su ropa ajustada y limpia, parecía una jefe de bandoleros por el estilo de las famosas mujeres-hombres que nos pintan las historias. No suplicó ni se dobló: erguida ante las palabras del General, esperó tranquila y altanera sus órdenes. El General la mandó a una casa y al separarse del pabellón preguntó la mujer a donde iba.

Ya lo saben los que la llevan a Ud., —dijo el General— sepa Ud. que va presa y que he de hacer un proçeso para averiguar toda la verdad de las acusaciones que hacen contra Ud.

Dió con el fuete a su bestia y la espoleó con rabia y de allá fuè con los hombres armados que la custodiaban hasta el lugar de su prisión.

Esta mujer me ha hecho pensar en la oriental Belén Botijuela. Aquella que pagó con la vida su tenacidad y las infamias que cometió por sostener su comercio y servir a España de espía.

Me parece que al cabo esta, si hay justicia y los de aquí saben cumplirla, parará en la horca.

La Pica Pica, 23 Setiembre.

Ayer se tocó diana a las tres de la mañana y a las cuatro ya estábamos en marcha. El General seguido del Brigadier Vega y de Miguelito, se adelantaron y cuando salí con los demás del Estado Mayor al camino, encontré al General Sánchez y a otros que me indicaron que el General les había dejado sus instrucciones al General Sánchez y a Pujals. Dijo una voz: el General que marche la artillería, y desfiló esta. Las demás fuerzas se formaron a los lados del camino a recibir órdenes. Es curioso ver el desfile de nuestra artillería; van a caballo los americanos e ingleses y el cabo artillero español que se nos pasó, y con ellos dos capitanes prefectos

Pancho Calvo y otro, sus pacíficos y el cañón en su cureña de ruedas tirado por una mula fortísima. Poco tiempo después —como a la media hora—, vino Miguelito con la orden del General mandándonos ir a donde él estaba. Serían las cinco menos cuarto, poco más o menos.

Anteayer por la tarde, a las cinco, fue la fuerza de infantería del Brigadier Rosas al lugar desde donde se habrá de hacer fuego al poblado de Cascorro y a sus fuertes; estas fuerzas desde esa hora hasta la noche, levantaron una trinchera de jiquí, madera dura que impedirá que las balas puedan herir a nuestros soldados.

Cascorro es un pueblo que tiene pocas casas de mampostería y muchas de guano, dos fuertes y una casa y la iglesia fortificadas y defendidas por trincheras de tierra y zanjas y cercas de alambre.

Nuestra trinchera, hábilmente dirigida por el Brigadier Vega, se levantó a 200 ó 250 metros de la población.

A poco andar, encontramos al General que con otros ayudantes suyos que se fueron en su busca cuando marchó la artillería, nos esperaba en el camino. Estábamos como un cuarto de legua del cuyo Cascarro. Hicimos alto y echamos pié a tierra. Y allí en el camino, esperamos los acontecimientos: la neblina era densa, apenas si podíamos distinguir a uno o dos cordeles de distancia: a las seis en punto se oyó el primer disparo de cañón; algunos minutos después, sonó el segundo y también oimos descargas tanto de nuestros infantes como de las fuerzas enemigas. La neblina impidió que pudieran continuarse los disparos de cañón. Pedrito, el ayudante portorriqueño del General, vino a traernos entusiasmado, la agradable noticia de que los disparos le habían abierto varios boquetes a la casa grande que es una de las fortificaciones. Estábamos al sol y el General dió orden de que las fuerzas buscaran algunas sombritas, pues el calor se empezaba a sentir. Se formaron distintos grupos: con el General estaba Serafín Sánchez, Pujals, los ayudantes del General y yo: después llegaron algunos oficiales más y ayudantes del General Sánchez. Los proyectiles son explosivos y así después de la detonación del disparo, suena la otra al hacer explosión la cápsula, pero o porque el proyectil no choca, o porque la mala pólvora y la humedad lo impiden, no hacen explosión las cápsulas. Por esto con impaciencia esperábamos desde nuestro incómodo acampadero que a la primera detonación siguiera la segunda, pero eran tan pocas las que reventaban, que a la confianza de los primeros mo-

mentos y a las esperanzas que nos hacían concebir las palabras alentadoras de Pedrito, sucedía la duda triste y desesperante. Más de las nueve serían cuando la neblina dejó tirar con puntería a nuestros artilleros. Media hora después vino Vega; ya se habían tirado más de 20 tiros y aún estaban en pie las casas y los fuertes; parecía que las balas abrían algunas brechas, pero Vega afirmaba que una que había hecho explosión en una ventana no había hecho destrozo apreciables a la vista, como era de suponer.

El General Rosas con fuerzas de infantería ocupaba el puente por la parte del arroyo y desde allí tiraba a los que se asomaban en la casa o los fuertes y por otra parte el Teniente Coronel Alvaro Rodríguez con otras fuerzas los amagaba por otro punto. Al hacer el primer disparo los artilleros, Rosas les descargó unos tiros con sus infantes armados de buenos máusser; los españoles disparaban sus fusiles y hacían pequeñas descargas apuntando al cañón y a todos los que pasaban cerca de la trinchera, pero no eran descargas nutridas sino hechas con calma y como quien está bien parapetado y no quiere consumir el parque. Unos 100 hombres y los oficinles necesarios y un jefe cuya graduación no conocemos, forman según se dice, la guarnición de este pueblo que ya se hubiera rendido ante nuestro asedio si las cápsulas fueran buenas, pero éstas tienen tan mala pólvora que hay que limpiar muy bien el cañón a cada disparo con agua y la escobilla o baqueta, pues forma esta, como una pomada que obstruye los tornillos y otras piezas del cañón, y lo dejan sucísimo a cada disparo. A pesar de todo esto y de que el cañón se calentaba tanto que no bastó el agua conque constantemente se le refrescaba y la que interiormente se le echaba para limpiarlo, para que una pieza se calentara tanto, que fue preciso limarla para poder seguir después de más de una hora de intervalo la tarea de disparar. Nuestra impaciencia era cada vez mayor y recibíamos las noticias que nos traían los ayudantes o el mismo Brigadier Vega que estaba en la trinchera al lado de los artilleros para animarlo y cuidar de que todo fuera hecho en consonancia con las instrucciones que tenía del General en Jefe. Así cada vez que vimos que alguien se acercaba, nos preparábamos para recibir una buena noticia o para unir una nueva decepción a las muchas que ya nos entristecían.

---

24 Setiembre.

Sigo ocupándome de todo lo que pasó el día 22.

El General en Jefe no perdía la calma y como un marino que sabe ver en el horizonte la nube que denuncia la tormenta, así él, sin

vacilaciones, daba sus órdenes precisas y a cada uno señalaba su lugar en la trinchera, en las emboscadas o en los otros puntos en donde se necesitaba cuidado.

Estábamos a ocho leguas de Minas y de allí o de Puerto Príncipe puede venir alguna columna en auxilio de los sitiados, de Guáimaro no hay que sospechar que salgan para acá fuerzas, porque allí hay pocos soldados, doscientos hombres a lo más, y estos tienen bastante con atender a la defensa de aquel pueblo. Para que no nos sorprenda Castellanos —que es el Jefe Militar de Camagüey— con una columna, tiene el General Gómez guardias y fuerzas por todos los caminos; es un jefe que no olvida detalle y sabe cumplir, en su puesto, todos sus deberes militares. Es lógico suponer que los soldados de Cascorro hayan tratado de anunciar a Castellanos la situación en que se encuentran para que venga a auxiliarlos; pero falta que hayan tenido un pacífico que monteando haya salido y que este sea bastante práctico para desechar las guardias y las fuerzas nuestras que están apostadas para detener a todo el que salga o intente entrar en los pueblos. Informan al General que el Saramaguacán está crecido y no daría paso a la columna que viniera de Minas o Puerto Príncipe.

( )

Se me ha quedado este claro, pues me salté al escribir, pero aprovecho la equivocación para dejar aquí salvadas las omisiones que sufra en la relación de los hechos que aquí quedan.

Y entre otros me acuerdo ahora que la *noble* impedimenta se quedó en el lugar conveniente, pero el primer día del sitio, o sea, el 22, no hubo quien descargara; todos esperaban el momento de entrar a Cascorro. Pinto era uno de los que contaban el primer día con hacerse de un par de bolitos nuevos.

Mi simpático amigo, el ayudante del Brigadier Vega, Carlos Martín y Paz, me da la nota de los Estados Mayores que pego aquí y no copio para conservarla como un recuerdo del joven militar que por su discreción y por sus modales distinguidos, así como por su valor ha sabido alcanzar la estimación y aprecio de sus jefes y de todo el que lo trata.

*
* *

Casi al mismo tiempo, poco antes de las diez de la mañana, llegaron al lugar en donde nos encontramos Calixto Sánchez, ayudante del

General que había ido a una comisión y un número con una comunicación para el General y la noticia de que una guardia había sorprendido a dos mujeres que venían de un pueblo, no sé cual, pero de los que están cerca, creo que es Minas. Cuando el General se disponía a remitir estas mujeres, en calidad de detenidas, al Ministro de la Guerra llegó éste con Mazorra y algunos números de la escolta del Gobierno y su hermano el ingeniero que anda de acompañante suyo o empleado de su secretaría.

Sánchez dijo que había llegado hasta allí guiado por los disparos y que por poco lo alcanzan las descargas de los soldados de los fuertes españoles. Portuondo llegó con sus pujos de autoridad y de hombre de armas, a tomar parte en la operación militar, pero desde el primer momento el General le hizo comprender que a su lado no significan nada los falsos jefes, pues él se basta y se sobra para la dirección de todas las operaciones militares; vino pues, sólo a ser un espectador más y un compañero en aquel grupo que todos formábamos al lado del General en Jefe. Las mujeres detenidas fueron llamadas por el General y, a pesar de que la que hacía de jefe tenía bastante serenidad para decir que había ido al pueblo porque no *sabía que estuviera prohibido y porque tenía una hija enferma a la* que asistía el Dr. Luaces, que salió por ir a verla, porque no la había podido traer por el mal estado de su salud y que si volvía a las 10 de la noche, hora en que la sorprendió la guardia, fue porque pensó que a esa hora de noche, podría traer a su enferma y por eso fue al pueblo de tarde. —No le gustó mucho al General la explicación de la mujer; el nombre de Luaces le hizo sospechar que aquella mujer fuera un espía del Gobierno español y por eso la mandó para que se la juzgara. La mujer hablaba con entereza, pero no podía dejar de temblar cada vez que oía un cañonazo o los disparos de máuser o remington que silbaban por encima de nuestras cabezas.

Gómez le dijo:

¿Cómo una mujer que es siempre débil va de noche y sabiendo que se falta a una orden a tratar con el enemigo y a hablar con él? ¿Es este proceder de una mujer cubana honrada o es procedimiento de una prostituta?

De acuerdo con Portuondo mandó a una casa de familia buena y honrada a la detenida y nadie se volvió a ocupar de la mujer; pero al despachar el General al oficial que había conducido hasta él a las señoras le dió orden para que le mandaran como preso a un sargento, que después de haberlas detenido, las había mandado a poner en libertad.

En tanto seguían los disparos. Cuando sonaba un cañonazo los españoles si no reventaba, cantaban y a penas hacían descargas, pero si hacía explosión, entonces no cantaban y respondían al *argumento contundente* con pequeñas descargas.

Serían las diez cuando el General mandó a Morón a su asistente que trayera algo de comer y allí todos catamos carne y buen queso y Portuondo, Pujals y yo, nuestro trago de ron.

Bromeaba el General conmigo y se reía del nombre que le había puesto yo al cañón desde el campamento en donde lo probamos: Don Blas. Almorzando o tomando el tente en pié llegó el Brigadier Vega y si trajo buenas noticias respecto a la competencia de los artilleros, la seguridad de que por la mala calidad de la pólvora, la cápsula no reventaba y no hacía estragos en los fuertes y las casas, que a pesar de los cañonazos estaban en pie. Entonces fue cuando habían tenido los artilleros que suspender el fuego por la pieza que se había inutilizado por el calor y estaban tratando de componer. Para ayudar a los ingleses y a la vez para llevarles tranquilidad y ánimo, mandó el General a Couspiere —que había venido con Portuondo— a la trinchera y así también ponía en condiciones a este indiscreto peticionario de grados, de hacer algo bueno que hiciera olvidar sus ligerezas. Lo que menos esperaba Couspiere era la tal comisión que debió al General que se antojó preguntar a Portuondo si este entendía algo de artillería y este respondió afirmativamente. Contento fue para la trinchera Couspiere y como a la media hora sonó de nuevo el cañón. ¿Será Couspiere el artillero? ¿Habrá hecho algún buen disparo? Esto y otras cosas nos preguntábamos todos.

Vega, después que comió un bocado, cogió algo que llevar a su hijo que estaba en la trinchera y allá se volvió, pero no tardó ni una hora en volver más desanimado que nunca.

—No sirven para nada las balas, dijo, y perdemos el tiempo.

¿Qué tal Couspiere?—le preguntamos:

—Malo, nos respondió, su disparo fue al cielo.

Cuando Couspiere nos dejó para cumplir la orden del General se habían tirado 37 cañonazos.

Al venir esta vez Vega, ya no lo dejó ir más el General. Pocos momentos después llegaron dos ayudantes del Marqués con una carta para el General en Jefe en la que —por lo que este dijo a Portuondo sospeché que le hablaba de la operación militar. Antes de contestar la carta escribió en un papelito una orden el General y la mandó con

un ayudante a Couspiere para que éste la tradujera a los americanos. La orden les mandaba tirar veinte cañonazos más tratando de hacer buenos blancos.

A las 3 y media se tiró el último cañonazo. Se hicieron pues en el día, 57 disparos de cañón de los cuales sólo 4 reventaron.

El sol hizo al General variar de lugar y buscar más, hacia el montecito, una sombra a donde se había ido a sestear Serafín. Necesitábamos todos tranquilidad para así dominar el cansancio que en el espíritu produce una contrariedad, y para olvidar los dolores que esa enfermedad moral deja en nuestro organismo. Pues es una gran verdad que cuando la alegría nos alienta, está el cuerpo fuerte y dispuesto, y si las penas nos abaten, parece como que se siente el estropeo del que viene jadeante después de larga y difícil jornada. Como quien no encuentra lugar apropiado, llegamos al nuevo acampadero y allí estaba Serafín acostado leyendo y pronto el General Gómez, Vega, Portuondo y yo, nos echábamos en la yerba como fardos o mejor, como hombres cansados. Portuondo durmió, los demás apenas si dormitamos unos minutos.

En el lugar que ocupábamos desde por la mañana, así como en todo el campamento, pasaban las balas por encima de nuestras cabezas y una vez una bala de remington por poco hiere al General, a Portuondo o a mí, que éramos los tres que estábamos sentados en la yerba delante de un palo en que se enterró la bala; por cierto, que un práctico, de quien me ocuparé después, que estaba cerca de Portuondo, al oirle decir a Pujals que éste traía la desgracia por sus afinidades con Roloff, se levantó y fue a sentarse a respetable distancia.

Pero no fué esta bala la única que nos perdonó la vida, fueron muchas las que nos pasaron muy cerca.

Después del último disparo vino Couspiere y poco antes el Capitán Prefecto, Francisco Calvo que con su guerrilla custodia el cañón. El primero explicó también que la mala pólvora de los proyectiles es la causa de que éstos no hayan acabado con el pueblo y extraña que el cañón tenga la mira a la izquierda; cree que el cañón es bueno y que los artilleros, si bien no tienen gran práctica en el tiro, son entendidos, y por ellos ya no estaría en pié el pueblo. Todos ponderaban la trinchera y elogiaban al Brigadier Vega que había dirigido su construcción, pues con ella no podían haber bajas; pero

como siempre hay imprudentes, algunos de los hombres —civiles semi-militares— de la guerrilla de Calvo se fueron de la trinchera y se pusieron a tertuliar a la sombra de un mango y allí quedó muerto de un balazo en el pecho, el soldado Cornelio Alvárez; y también sufrió una herida leve, en un muslo, el soldado Alvaro Cisneros de la guerrilla del capitán Prefecto Félix Rodríguez que acompaña en sus fuerzas artilleras al Calvo. De orden del General en Jefe se trajeron el muerto y el herido, para darle sepultura al primero y para que los médicos curaran al segundo; este fue asistido por el Jefe de Sanidad del 3er. Cuerpo, mi ilustrado y simpático amigo el Dr. Molinet. A no haber sido la imprudencia de estos hombres, no hubiéramos tenido que lamentar ninguna baja.

Don Blás nos hizo reir. Nos trajeron la noticia de que al dispararse el cañón, no solamente rodaba hacia atrás, sino que algunas veces daba brincos y vueltas de carnero. Los saltos y piruetas de Don Blás nos dieron tema para reir un poco y para distraer las largas horas de espera. Pero al fín averiguamos que no tenía la culpa Don Blás de sus locuras, de tanto rodar a cada disparo, parece que se hizo un surco en la tierra, y como quedaban las ruedas presas en un carril de fango y tierra, por eso se volteaba y hasta saltaba sobre sus ruedas. Y como la explicación nos satisfizo, volvió Don Blás a merecer su buen nombre y fama, y el respeto que merece como entidad que usa para hacerse estimar, tan contundentes e irrevocables argumentos.

Ordenó el General que se retirara la artillería y también se hizo saber a las otras fuerzas que vinieran para marchar.

A las 4 nos encaminamos hacia el Potrero Unión, de Dominguillo Torres, a media legua del lugar en donde nos encontrábamos.

Es bueno este campamento, y en el hacemos que levanten pronto las tiendas los asistentes; pues con las faenas del día deseábamos todos acostarnos en las hamacas y meditar sobre sus emociones. El General me dió unas tortas de maiz que mascar y pensando en escribir mucho, me tiré en la rusia para descansar un poco.

Portuondo siguió con nosotros y acampó en la tienda de Molita enfrente de mi tienda; y cuando ya tenía yo la pluma en la mano y me disponía a escribir, oí que el Ministro del Interior y ahora también de la Guerra, discutía con Molinet sobre la Ley de Sanidad y los artículos que se relacionaban a su organización como instituto del

ejército: al oir tantos sofismas como sustentaba, me levanté y me fuí a la tienda a terciar en el debate y —sobre todo— a saber que pensaba Portuondo de la Ley de Organización presentada por el General Gómez y si se ocupaban los del Consejo de algunas modificaciones, y saber de que índole eran estas. Pronto ví que lo fundamental para Portuondo y por lo tanto para los del Gobierno, era dejar anuladas en la organización, las falcutades que la Constitución concede al General en Jefe, subordinar los cuerpos del ejército y sus institutos a la voluntad del Consejo, dar a éste facultad para nombrar jefes militares y conceder títulos y grados, en una palabra diciendo que no quita al General en Jefe la dirección de la guerra, se deja al Consejo la facultad de darle los elementos conque ha de hacer esa guerra y de mudarlos a su antojo aparentando que acepta y que respeta y que estima y que quiere y que cree necesaria y salvadora la autoridad militar del General en Jefe, cuando en el fondo desea, y a eso encamina sus enmiendas en la Ley, someterlo a la voluntad del Consejo y dejar al *ejecutivo,* que es el Presidente, la facultad de hacer y deshacer en todo lo que se refiera a lo que por la Constitución es solamente atribución del General en Jefe. Pero Portuondo no tan solamente ha trabajado y trabaja por quitar derechos al General en Jefe y dárselos al Consejo, sino que también —pensando sin duda que ya Roloff no ha de venir— busca para su cartera ingerencias que le den también a él, puesto en el ejército de más prestigio que el mismo que ocupa el General en Jefe, puesto que en su mano se pone la información de todos los casos legales no como Secretario, sino como Ministro de verdad.

Hasta ahora yo creía que se podría sostener el Gobierno, que podríamos seguir unidos hasta el año próximo y que apreciando todos la necesidad de hacer una campaña ruda y activa en el invierno, no habría tiempo de pensar en diferencia, y más cuando el General Gómez les acaba de dar una prueba de grandeza y de patriotismo con su conducta cordial y correcta, a pesar de las ridículas altiveces de niños malcriados o de necios con disfraz de pontífices de los compañeros de Portuondo; pero ahora, al ver que todo lo que se ha hecho no ha sido más que tratar de ir conquistando poco a poco y con arterías las facultades que sólo son del General en Jefe valiéndose de que éste por saber que son suyas no las defiende ni trata de guardarlas como se hace con una prenda de gran valor cuando se está en una cueva de bandoleros; como veo que las modificaciones que presentan al proyecto de organización militar son la coronación de un plan infame, ya dudo de que pueda haber acuerdo entre el General en Jefe y el Consejo, entre un hombre sincero y grande y unos ruines endiosados que dejan la Patria a un lado cuando tratan de

satisfacer sus vanidades. Y pienso así porque el General Gómez no podrá aceptar las modificaciones que en la Ley de Organización Militar intentan introducir los del Consejo.

Y después de hablar con Portuondo pensé en otras cosas.

¿A qué ha venido Portuondo?

Lo voy comprendiendo.

Primero a que se sepa que en una operación militar de esta importancia, vino el Ministro de la Guerra que, por la Organización que ellos tienen en proyecto, tan dentro de la dirección de las operaciones militares se pone, o —expresando la idea con más claridad y precisión—; primero por vanidad.

Y en segundo lugar porque trae la intención de conquistarse la confianza de Molinet a quien respeta o teme por sus influencias en el Camagüey y así se explica que trate de hacerle entender, que más prestigio e importancia tienen los médicos como hombres civiles y de ciencia, que sólo tengan que entenderse con el Consejo de Gobierno y con el Ministro de la Guerra, que ser militares sometidos como tales a las exigencias de la disciplina y a la férula de un hombre.

Y lo creo también porque ha visto con cuanto empeño quiere que le dé su opinión sobre distintas cuestiones de orden militar y que abarcan distintos artículos de la Organización con los que ellos no están conformes. Y hasta de cosas que se relacionan con la próxima Asamblea discute Portuondo mañosamente con Molinet para ver como se hace del hombre para su uso particular. Conozco bien a Portuondito. Conmigo no quiere discusiones, sabe que lo conozco y eso basta.

La orden del día decía que las fuerzas estarían listas para la marcha al toque de llamada.

Cuando tocaban silencio me separé del pabellón de Molita en donde está Portuondo, dejé a Molinet conversando y me fuí a dormir y a pensar, o mejor dicho a pensar, y, si podía, a dormir después.

Al irse me dijo un ayudante que estábamos de marcha a las 3 de la mañana y aún no me había tirado en la hamaca cuando oí tiros como nuestros y fuertes y nutridas descargas que olían a españolas a la legua. No sabía yo que el General pensara continuar la operación pero me dijeron que había mandado una fuerza a tirotear los

fuertes durante la noche y que por la mañana llevaríamos el cañón a una posición distinta para tirar con él a mayor distancia y desde una altura. Oí durante la noche tres o cuatro descargas, mucho más nutridas que las de durante el día, pero las oí poco porque me dormí y la corneta a las 3 de la mañana me hizo pensar de nuevo en los españoles.

Y así empezó para mí y para todos el día de ayer.

*

* *

Cargamos, y en pocos momentos nos pusimos en marcha, y ahora tengo que hablar del práctico del General que se quitó tan de prisa del lado de Portuondo, cuando lo del tiro. Es el tal, un hombre de 60 años, conocedor él de todos estos lugares, que tuvo una tienda y que le sirvió al General en la otra vez que anduvo por estos barrios; pero la notable de este hombre en la mañana a que me voy refiriendo fue lo siguiente:

Al llegar al campamento le dijo el General que durmiera en el pabellón del Brigadier Vega y que para nada se moviera de allí. Y *en efecto,* por la mañana, al llamarlo el General cuando se tocó diana no estaba el práctico ni había quien supiera de él: no podía demorarse la marcha y dejamos el campamento sin él. No es el General Gómez de los jefes a quienes una contrariedad los detiene para la realización de un plan de campaña; mandó a uno que lo buscara y lo trajera amarrado si lo encontraba lejos o tuviera sospecha de que había estado fuera del campamento. Dos cordeles habríamos andado cuando apareció el hombre jurando que no había ido a ninguna parte, que para que su yegua comiera bien la ató lejos y él había dormido en la tienda de un teniente o capitán de la fuerza. Lo reprendió severamente el General por la falta que había cometido y el hombre protestaba de que no había salido del campamento y negó que hubiera ido a su casa como sospechaba el General en Jefe le dijo:

—Ud. me es responsable de todo lo que nos suceda, pero no tiene Ud. vidas conque pagarnos si caemos, por su causa, en una emboscada del enemigo.

—Yo le respondo General que nada nos pasará y me atrevo a asegurarle que todo saldrá bien.

—Bueno siga, pero a todos les encargo que no me pierdan de vista a este hombre. Y dirigiéndose al práctico gritó: —yo lo conozco a Ud. de la otra vez, y no olvido que se anduvo con mentiras, pero ahora a la primera sospecha de falta, me las paga Ud. todas juntas.

Marchaba el hombre al principio delante del General, pero cuando se adelantó el Brigadier con sus ayudantes se lo mandó el General con uno de los suyos, para que le sirviera de guía. Luego volveré al práctico, pues no quiero dejar el camino y anotar que después de haber andado como 6 cordeles más allá del lugar en donde se nos unió el práctico, nos encontramos con la fuerza de infantería del Brigadier Rosas que seguía por otro camino a nuestra derecha a emboscarse en el arroyo como el día anterior y por el lugar en donde está el puente. Pocos momentos antes el Brigadier Rosas había venido, en la marcha, a saludar al General en Jefe y a recibir sus ódenes. Entonces iban a caballo, pero luego cuando encontramos a los infantes, ya marchaba a pie con un arma larga, un máuser, demostrando que sabe enseñar a su fuerza a cumplir sus deberes militares. Y aquí debo decir que el día anterior ocupó su puesto con entereza y talento, no teniendo que lamentar ninguna baja a pesar de que no dejaba de hacer fuego a todo el que se asomaba en los fuertes o en las casas del pueblo, y recuerdo que cuando anteayer por la mañana estábamos de espera en el camino, detuvo el General a un hombre que en el caballo de Rosas le llevaba una bandera cubana que había mandado a buscar; por la noche me decía que contando conque las bombas de nuestro cañón habían de echar abajo la casa de mampostería, el quería tener allí la bandera para enseguida ir a plantarla con sus manos sobre los escombros. Estoy reconciliado con este hombre que demuestra su valor y su entereza en los combates.

Seguimos nosotros por un camión por el monte bastante bueno, algunos pantanos tuvo que pasar el cañón que iba arrastrado por la mula; llevábamos una de repuesto por si algo le pasaba: en un mal paso tuvo que detenerse la columna, pero pronto seguimos; dejamos atrás un arroyo y como el cañón iba a nuestra vanguardia sentíamos cuando tenía que arrastrase por encima de las piedras y rocas del pequeño río; como el día anterior, los Prefectos Calvo y Félix Rodríguez con sus guerrillas lo custodiaban, pero además iban con él 4 números armados de la fuerza de infantería. No tardamos mucho en llegar a la Pica Pica a menos de media hora del pueblo. Dejamos la impedimenta en el lugar en donde nos encontramos y nos adelantamos con el General Gómez y el Brigadier Vega, con todos los del Estado Mayor, a elegir el lugar en donde se había de levantar la trinchera y colocaría el cañón, en la altura indicada por el práctico, para desde allí —a mayor distancia— hacer los disparos al pueblo. La neblina no nos dejaba ver las casas ni los fuertes, seguíamos adelante hasta que el General dijo a los que íbamos detrás de él que nos retiráramos: nadie se quedó atrás, todos querían seguir al General en Jefe a donde quiera que el fuera y estar a su lado cual-

quiera que fuera el peligro que hubiera que arrostrar. Buscando el lugar desde donde se pudiera dominar los fuertes y el pueblos todo, anduvimos al lado de los Generales Gómez, Sánchez y Vega por todo el campo que domina el pueblo, estuvimos a menos de 300 metros de Cascarro: la neblina fue cediendo y ya el General Gómez repitió que debíamos irnos de allí puesto que si hacían una descarga de los fuertes allí quedaríamos muchos de los que no queríamos irnos sin mirar con los gemelos, como los generales, los puntos a donde debían dirigirse los disparos. El General mandó a buscar al capitán de la artillería para que viera si le parecía bueno el lugar elegido para colocar el cañón y levantar la trinchera. Vimos bien las casas todas del pueblo y los fuertes y como a 600 u 800 metros se determinó colocar la pieza y utilizar las maderas duras de los árboles para la trinchera. Cuando el General teminó de dar sus órdenes le seguimos hasta un lugar en donde si bien estábamos bastante cerca no quedábamos bajo la vista de los soldados españoles. En poco tiempo quedó levantada la trinchera; por orden de General fueron a trabajar en ella los hombres de las escoltas de Serafín y del General Gómez a quienes mandó éste venir desmontados. En el lugar en donde se había de levantar la trinchera y con el Brigadier Vega, dejamos al práctico que tenía un miedo fenomenal y no se quería *mostrar* mucho y a cada momento repetía que en aquellos lugares en donde estábamos no se paraba nadie sin que le hicieran fuego desde los fuertes. Luego nos dijo el Brigadier Vega que todo el día se lo había pasado detrás de un tronco gordísimo y sin asomar afuera más que la punta de la nariz. Ya a las ocho estaba concluido el trabajo de los *ingenieros* y a esa misma hora empezó también el fuego. Dió orden el General que graduaran bien los tiros y trataran de que no se perdieran y así se hizo. Pero con los disparos volvió para todos la angustia por ser tan vehemente nuestro deseo de que las bombas derribando el pueblo y haciéndoles serios desperfectos a los fuertes obligaran a los cuadros a entregarse; pero, como el día anterior, fueron muy pocas las cápsulas que reventaron y no pocas las que no llegaron hasta los fuertes, sin embargo, veíamos que muchas entraron en las casas y atravesaron las paredes de los principales edificios. Como a la hora de haber empezado el fuego fue el General con el Brigadier Vega a ver la trinchera y a tratar de apreciar el efecto de las bombas, no quiso que lo acompañara ningún ayudante y como a la media hora volvió cargado de guayabas que dió a Miguelito y con un paño con aguacates que había recogido por el camino. En el tiempo que estuvo fuera el General en su excursión con el Brigadier Vega fuí con Pinto al lugar en donde se dejó la impedimenta. Algunas casas

de campaña ya estaban en sus janes, todos los asistentes estaban cocinando y habían descargado; Rafael me tenía unos buenos bisteck y plátanos fritos que comí luego con azúcar como postre.

Fermín.

S.S.[*]

No. 29

Camagüey.

Cascorro. La Pica Pica

24 setiembre 1896.

Dejé, almita mía, la relación del bloqueo de Cascorro en mi almuerzo de ayer, pobre, pero comido con hambre mambisa. Tan pronto como concluí volví a donde estábamos todos al lado del General Gómez. Pocos momentos hacía que había llegado yo cuando volvió Gómez satisfecho —por el momento— del esfuerzo que hacían los artilleros por dar en el clavo y por el valor de nuestros hombres de infantería que se habían metido en el pueblo y quemado algunas casas de guano de los alrededores. Hizo el General que le sirvieran allí el almuerzo y cuando terminaba llegó el Coronel Peña que venía en virtud de una orden que había recibido del Brigadier Vega: invitado con insistencia por el General, almorzó allí. Mandó entonces que fueran a buscar al capitán de los artilleros para que almorzara también y a la vez informara de la fuerza y del estado de los proyectiles. No se hizo esperar mucho el capitán, almorzó con apetito y luego nos dijo que Don Blás no hacía piruetas como el día anterior y que pensando que a más de ser por la mala clase de la pólvora, por estar ésta húmeda, que no disparaban algunas cápsulas, las había puesto al sol y después habían servido; al retirarse el capitán, manifestó que sus compañeros que hacían tan rudos trabajos, no tenían que comer, el General le dijo que los mandara, que a todos se les atendería y que como durante el tiempo que tardaran en reponer sus estómagos no podrían hacerse disparos, que al llegar él, tiraran uno bien apuntado. Así lo hicieron y después de la detonación se nos fueron apareciendo los americanos famélicos: no tenía el General comida que darles; el Brigadier Vega los mandó a su Jefe de Despacho Tarafa para que los *nutriera;* volvieron tristes porque no encontraron tampoco que *to eat.* Y cuando se estaba en este empeño buscando que comer para los ingleses, nos anunciaron que venía el Marqués, cosa que ya nos había dicho Peña y que todos tomamos como una de tantas chifladuras y necedades del Presidente.

Llegó primero la vanguardia y luego él en buen caballo y a su diestra el Pina, Varonita y otros de los alicuiges del Gobierno.

---

* Archivo Nacional de Cuba. *Legajo* No. 271. Caja 9.

Continuaré mañana: estoy cansado y es tarde; pronto tocarán silencio y ojalá amanezca vivo, pues pasan por aquí las balas... (Apaga el General y apago yo).

---

25 setiembre.

Amanecí.

Y cuenta que me dormí al arrullo de las balas y pensando en tí. Después que pueda terminar la relación de este bloqueo tengo que dedicarte un día entero para hablarte de mis penas y de lo que ha sido para mí en estos días alegres de balas y zozobras, tu recuerdo tan amorosísimo como santo. Sí, me dormí pensando en tí y en que anoche cumplí 14 meses de manigua.

¿Cuántos faltarán para que lleguemos a nuestra independencia, y cuántos me separarán aún de tí?

Pero nunca me siento ni lejos del triunfo, ni lejos de tí; que no abandonan a mi alma mis dos amores.

¡¡Cuba y tú!!

Recibió el General cortesmente al Marqués y a sus acompañantes y todos se unieron al grupo que formábamos a su lado.

El Marqués estaba alegre y decidor y bastante restablecido de sus males. Dijo que cómo podíamos pensar que oyendo los disparos no viniera a saber algo del sitio; nos contó que por el camino lo había saludado una bala de cañón que fue un poco alta y se enterró en la tierra a poca distancia del lugar por donde tuvo que pasar para llegar a donde estábamos. Ni él ni Pina habían almorzado y dió órdenes al General y pronto Morón les sirvió una tortilla y queso: repartió el General queso y chocolate entre los artilleros y también yo caté mi cacho de chocolate y en la convindada del Marqués mandó el General a Pujals que me diera mi trago de ron.

—Cuando acabes con los Ministros no te olvides, —Pujals dijo el General— de Valdés Domínguez que está huérfano.

De muchas cosas se habló. Dijo el Marqués que Castellanos tenía sus fuerzas en las Minas, pero que el dormía en Puerto Príncipe y que no tenía noticia de que se hubiera puesto en camino hacia acá, y que los españoles habían abandonado los fuertes de los ingenios; le dijo también el Marqués al General que Calixto García pedía alambre para empleo de la dinamita y todos recordamos que en los in-

genios debía haber mucho bueno de las bobinas de los aparatos eléctricos.

—Una de las causas de mi visita y quizás la primera —dijo el Marqués— ha sido para proponer a Ud. General, que mandara una fuerza a los ingenios para que se recogieran muchos objetos útiles que hay allí para distintos usos, instrumentos de herrería y carpintería, cal para las tenerías, lonas o encerados para casas de campaña y otras cosas.

—Si esas cosas —dijo— el General no están en nuestro poder, es culpa del Jefe que anda con instrucciones mías por esos lugares, porque es un hombre tan poco hecho a la Revolución que necesita un permiso especial para ir a buscar el alambre, olvidando que tenemos derecho a todo lo que necesitamos para la guerra, ya esté en poder de amigos o mejor si la podemos quitar al enemigo. Pero ya que es preciso, se dará la orden y tendremos todo lo que haya en esos ingenios.

Al ofrecerle el General al Marqués chocolate del que nos vino de los ingenios le dijo:

—Yo no recibo regalos de los Aguileras, esto es cogido por mis soldados...

El Marqués manifestó que él sólo había pedido —para él— ron; que desafiaba a que le probaran que, para su persona, hubiera sacado del pueblo otra cosa... Todos los oímos y callamos. Pina no decía una palabra, estaba como encogido y temeroso de decir algo. Cuando el General hablaba de que él no recibía regalos del pueblo, ni mandaba a sacar acémilas de víveres, me pareció que se sentía acusado el de la Hacienda, y como abochornado.

Pina, casi desde que llegó, había sacado un papel de su cartera y lo tenía en la mano sin atreverse a entregarlo al General para quien lo traía. Después que hicieron el *tente en pie*, el Marqués se puso de pié y llamó aparte a Pina y Portuondo. Me acordé de mi tiempo, conozco esos apartes tan frecuentes como ridículos las más de las veces, pues son para hablar de cosas que ya conocen todos los niños y asistentes del Gobierno. Pero son golpes teatrales que sólo indican impotencia y nulidad. Al ir para el aparte, entregó el pliego al General el *Ministro* Pina.

Son los acuerdos, le dijo:

—Está bien, contestó al General, que leía una carta de Calixto que acababa de entregarle una comisión de hombres de Oriente que

siguen para abajo, y a cuyo frente viene un oficial peninsular que fue de los que con los Veneros me escoltaron cuando venía de Colón para ocupar mi puesto en el 1er. Cuerpo, y me quedé —por mi desgracia en el Gobierno.

Ya había pasado bastante tiempo, más de una hora de espera, los artilleros habían vuelto a ocupar sus puestos y el fuego del cañón continuó. No hacían los soldados descargas como él día anterior, apuntaban para tirar, y trataban de hacer blanco en la trinchera o cuando alguno a pie o a caballo pasaba de un lado para otro; y a nuestros cañonazos o tiros contestaban los españoles como si quisieran no gastar parque y guardar hasta el último cartucho como temiendo que intentáramos tratar de tomar el pueblo por asalto.

El Marqués y también Portuondo indicaron tímidamente al General que mandara un parlamento al Jefe del pueblo; el General contestó que ya él sabía lo que tenía que hacer sobre estas cuestiones de guerra y como el Marqués le indicara que si se acababa el parque de cañón que aquí teníamos debía mandar por más, apenas le contestó indicándole que él no admitía socios en sus funciones militares.

Pina apuraba al Marqués para emprender la marcha y entonces éste se puso de pie y le dijo al General en Jefe que deseaba hablar con él; el Marqués, Gómez, Pina y Portuondo se fueron a conferenciar —segundo aparte—. Si alguno hubiera querido oir lo que se hablaba hubiera podido oir al General Gómez que hablaba alto. La conferencia duró más de media hora, al terminarse, Gómez llamó al Brigadier Vega y éste a su Jefe de Despacho y se redactaron órdenes por las que unos números debían acompañar a Pina al ingenio. No sé de qué se trataba, pero me figuro por las palabras que antes había dicho el Marqués sobre los ingenios, que la comisión va a buscar las cosas útiles que hayan en ellos y también lo creo porque le oí decir algunas frases sobre esto al General cuando instruía al Jefe de Despacho. Pina al recibir las órdenes dijo al General:

—Haré el contrato y despacharé la comisión.

No sé de qué contrato se trataba.

Después se despidieron y nos dejaron.

El Marqués y Pina vinieron porque ya dieron por perdida esta operación y la creyeron análoga a la de Sagua de Tánamo y la Zanja. Vinieron a burlarse del General en Jefe y de todos los otros Generales que aquí se encuentran a su lado, y tan es así que el Pina —según me dijo luego el Dr. Mascaró cuando fue a saludar a Serafín—, expresó su burla y su desprecio por los planes del General

Gómez manifestando que aquí sucedería lo mismo que en esos puntos, a pesar de que aquí no dirigía la operación el Gobierno como se había dicho de aquellas, para deprimirlo. Se reía Pina y la risa me demuestra que sólo para reir luego mejor, con el fracaso si nos viene encima. Para eso sólo han venido. Y hasta me figuro que Portuondo está aquí como mandado y como resultado de algún *aparte*. Creo sin embargo, que se van a equivocar y que podremos decir con el pensador francés: *qui rirá mieu será celui qui rirá le dernier*. No se suman más que necedades y ridiculeces cuando del Gobierno tengo que ocuparme.

¡Qué pequeños son!

*
* *

Cuando se fueron el Marqués y Pina me pareció que se nos quitaba de encima algún mal agüero, que la fatalidad nos dejaba, pero en derredor nuestro me parecía que había quedado olor de infierno.

Triste condición de los hombres envilecidos, dejan frío y náuseas por donde quiera que pasan y en los corazones buenos como una pena que nada puede curarla, enfermedad de alma que nos hace pensar con horror en las grandes miserias de la vida. Y tan mal efecto nos hacían las palabras y los infames deseos del Marqués porque enfrente de tanto hombre valiente y dispuesto a todos los sacrificios y al lado de uno tan puro y tan honrado como el General Gómez, las miserias, las envidias y las apestosas asquerosidades de los envilecidos son más repulsivas y dejan mayores tristezas y angustias en el alma.

El cañoneo seguía y también las descargas; aunque estas eran muy de tarde en tarde y pequeñas: nuestra infantería estaba en su puesto cumpliendo al pie de la letra las órdenes del General en Jefe y del Brigadier Vega.

A las tres de la tarde sonó el último cañonazo. Se había acabado el parque; quiso el General reservar al principio algunos disparos, pero luego cambió de opinión y antes de que llegara el Marqués ya había dado orden de disparar hasta que se acabaran las cápsulas y el Brigadier Vega tenía también la orden de mandar a buscar 30 ó 40 cápsulas más.

Y la suerte quiso que de las cápsulas que no hicieran fuego el día antes de volverse a ensayar, después de haber estado al sol durante algún tiempo, sirvieran como buenas, de modo que desde las ocho

hasta las tres, se hicieron 36 disparos. Enseguida que se acabó el parque de cañón, retiraron la artillería al lugar en donde estaba la impedimenta y nuestras tiendas; Calvo voló con los suyos a buscar el parque, según la orden del Brigadier Vega y nosotros seguimos al General en Jefe que determinó dejar aquel lugar, —en donde habíamos pasado el día oyendo silbar las balas por encima de nuestras cabezas—, y retirarnos a nuestras tiendas. Momentos antes había dado orden a sus asistentes de prepararle la tienda, y yo mandé a Pinto para que los nuestros las arreglaran en el lugar que yo les indiqué al pasar por la mañana y al quedarse en su puesto la impedimenta. Ordenó el General a las fuerzas de infantería que dejaran toda la noche grupos de hombres haciendo fuego a los fuertes y tratando de tumbar a los centinelas, se nombraron patrullas para recoger las guardias y en la trinchera del cañón se dejó también una guardia.

Al venir para la impedimenta con el General pensaba yo en sus palabras de aquella tarde cuando contestaba al Marqués:

—"De aquí no me muevo sino después que entre en Cascorro o que Castellanos me haga salir a tiros". Temprano llegamos al campamento. Mis asistentes me pusieron la tienda a *una legua* del General en Jefe, pero ya era tarde para escoger otro lugar. Pinto no cumplió mi òrden y con Pedro trasmitió el recado, y éste y los demás creyeron que para mí sería lo mismo, que me pusieran la tienda como siempre, cerca del General o en una loma al fondo del campamento, pero cerca del lugar en donde tenían cocina; lo sentí, pues quiero estar al tanto de todo lo que pasa para seguir esta operación militar en todos sus detalles, esto es, en aquellos que yo pueda conocer. Por suerte me acamparon cerca del Dr. Molinet y con él charlé un poco de los acontecimientos del día comiéndome una caña o dos que me ofreció amablemente. También tenía al fondo de mi pabellón el del Dr. Sueiras, en donde también acampa Gasosito, el pelotero de la Habana que andaba de Zayas al Gobierno, un tanto encasquillado, —pidiendo pase para Nueva York, pero que ahora me parece va de nuevo a Occidente con Serafín Sánchez desairado por los gubernamentales porque no es ni oriental, ni auditor de guerra, ni hijo de Sancti Spíritus, ni pariente de Serafín, ni siquiera camagüeyano y de la familia del Marqués, —dicho sea esto de paso— y sin que signifique que el tal Gasó merezca el pase o cosa que se le parezca.

No me había acabado de sentar en mi hamaca cuando empezó el tiroteo y el silboteo de las balas por encima de nuestras cabezas, a

cada momento sentíamos cuando las balas atravesaban los árboles que nos rodeaban o las oíamos, silbar o maullar, por nuestro lado algunas, y otras en lo alto. De día comí y después quise empezar a escribir pero la charla con Molinet me lo impidió; Sueiras me regaló un pedazo de cochino de uno que raquearon sus asistentes, pues a pesar del fuego los cuyos asistentes fueron a buscar viandas y cañas y cochinos y en su afán raquístico hubo quien anduviera más de tres leguas y —a pesar del regalo de Sueiras debo decir que él fue uno de ellos, sólo por raquear dejando aquí su puesto.

Me invitó Molinet a recorrer el campamento en busca de noticias y ver si ya había llegado Calvo con el parque —cuando andaba detrás de Molinet por los *caminos tortuosos* del campamento ya era de noche: nos detuvimos un momento con Portuondo en la tienda de Molita en donde acampa, pero sin noticias de parque ni otra importante, nos fuimos a nuestras respectivas tiendas a escribir yo y a oir los disparos y a esperar que alguna bala fría o caliente, —que tanto monta— nos enfriara. Poco escribí, al toque de silencio apagué mi luz pues no quiero abusar nunca de las distinciones que debo al General Gómez. Los tiros siguieron toda la noche, pero no hubieron, como el día anterior, grandes descargas: no me había dormido, cuando cayó un buen aguacero del que me alegré, pues había oido afirmar al General que si llovía mucho, el río impediría el paso a Castellanos. Y así terminó para mí el segundo día de sitio.

Fue ayer 24, el tercer día de sitio. A las 6 empezó el fuego de cañón. Entre siete y ocho de la mañana montó el General en Jefe y dijo que lo siguiera su Estado Mayor y el General Serafín Sánchez y los suyos si querían. Seguimos a caballo hasta que llegamos como a dos cordeles del lugar en donde estaba la trinchera que se había levantado anteayer; allí atamos los caballos a unos árboles y seguimos a pie. El General Gómez le quitó un remington largo a uno de los soldados que iba hacia la trinchera y siguió con él al hombro, andando sereno y vigoroso como un joven. Ya en la trinchera se ocupaba de rectificar la puntería de los artilleros y el mismo apuntó uno de los disparos. El Brigadier Vega también hizo de artillero y un fotógrafo hubiera podido tomar curiosa vista de aquel grupo, pues todos estábamos allí confundidos, desde el General en Jefe, hasta el último soldado. Andaban unos caballos por delante de los fuertes y todos querían tirarles; disparó el General Gómez con un máuser y Vega y muchos más; también yo hice fuego con el remington que cargó hasta allí el General y que me dió tan pronto llegó a la trinchera. Cuatro o cinco cañonazos se dispararon mientras estuvimos allí

que fué más de media hora. Veíamos muy bien los fuertes, pero si era lugar bueno para hacer fuego con el cañón, era muy lejos para descargas de fusilaría. No nos hicieron ninguna descarga los españoles a pesar de vernos, porque necesariamente tuvieron que vernos; tantos éramos los que nos reunimos allí, pues estábamos los del Estado Mayor de Gómez y los de Serafín Sánchez y Vega. Sanos y salvos volvimos al lugar en donde habíamos dejado nuestros caballos a pesar del nutrido fuego de fusilería que nos hicieron los españoles. Las cápsulas que empleábamos eran de las que había traido Calvo. A las 12 de la noche llegó el buen Calvo con su preciosa carga. Pero era poco el parque; a las diez de la mañana se habían disparado 32 cañonazos y volvimos a quedarnos sin parque para seguir tirando; pero ya el General en Jefe había vuelto a mandar a Calvo en busca de más.

Como a las nueve de la mañana me separé del General que se quedó cerca del lugar en donde habíamos estado el día anterior y a donde fuimos después de volver de la trinchera. Vine con otros a almorzar. Pero el tiempo que pasamos con el General en espera de noticias allá en la yerba se pasó agradablemente oyendo la relación de distintos hechos de la guerra pasada que con el entusiasmo del patriota y con el cariño de un padre nos hacía el Mayor Gómez.

Pocas fueron las cápsulas que hicieron explosión de las que se dispararon por la mañana, sin embargo, los deterioros de los fuertes y de las casas fueron muchos.

Al llegar al campamento me encontré mi tienda cerca de la del General y en una altura que impedía que la lluvia me hiciera sufrir, sin embargo, para las balas el lugar era tan peligroso como el que había dejado allá por donde está el Dr. Molinet.

Después de almorzar me puse a escribir y en esa tarea me encontró el General cuando ya a las 11 vino también a su hamaca a esperar la llegada de Calvo con el parque. La infantería no perdió un momento, y números y oficiales de Serafín y de la escolta del General, fueron a tirotear a los españoles. Mientras tanto el Brigadier preparó otra trinchera en otro lugar para cuando se pudiera utilizar la pieza. Desde esa hora hasta las cuatro y media que llegó Calvo con el parque, no hubo nada notable que apuntar, a no ser la tenaz resistencia de los españoles dentro de sus trincheras y el atrevimiento y la audacia de los nuestros, que se metían hasta el pueblo para tirotearlo.

A las 5 empezaron de nuevo los disparos de cañón: fue grande el entusiasmo de todos al oir que de los cinco, tres reventaron en las casas y fuertes haciendo que los españoles se quedaran en sus cuevas

sin contestar por algún tiempo a nuestros disparos. El agua y la oscuridad de la tarde hizo que se suspendiera el fuego de cañón. Los infantes siguieron haciendo fuego por todas partes.

La tarde estaba de agua y fea, sin embargo, nadie dejó su puesto y durante toda la noche siguió el fuego.

En todos se veía el entusiasmo y la confianza en los procedimientos carrectos del General en Jefe. Su tienda durante la noche, fué visitada por todos los Generales y Jefes; y yo escribiendo... hasta que el General apagó su vela. Los tiros no le quitaron el sueño a nadie.

En todo el día de ayer se hicieron, pues, 37 disparos de cañón.

Había parque para seguir hoy temprano el tiroteo. A las tres tocó diana nuestra corneta y desde las dos estaba despierto el General, luego me dijo:

—Me desperté como un reloj a las 2 y como me sentí los ojos secos me dije: a trabajar, y me puse a despachar el correo que debía salir para Oriente.

A las 6 menos 20 minutos, sonó el primer cañonazo. Desde muy temprano teníamos todos los caballos aparejados, pero como no se movía el General aquí esperábamos sin dejar nuestros puestos en este campamento en donde el cambio de lugar para mi casa de campaña no me libró de que toda la noche me estuvieran pasando por encima las píldoras de máuser.

¿Por qué no se movió de aquí por la mañana el General en Jefe?

Lo dejé en su tienda en conferencia con Portuondo y por no estorbar me fuí a la mía; pero noté, cómo a la hora que no se oían cañonazos y que tampoco se disparaban tiros, ¿qué pasa? me pregunté, y con temor, pero con curiosidad me fuí por la tienda del General a ver si encontraba la explicación de aquel silencio: Yarayó y Portuondo y Pujals y Gueren estaban en ella; la conversación era general, y yo aproveché esta circunstancia para ocupar un lugar en la tienda y ver si llegaba a saber lo que deseaba. Pero se hablaba de enseñanzas viejas y de debilidades de otros y de grandezas de nuestro General cuando allá en Jaimaca se vió pobre y olvidado e insultado con el lujo de Villegas el cubano que le debía el favor de haber salido de Cuba cuando aquí todos lo acusaban ante la Cámara por haber fusilado sin justificación soldados cubanos a su mando.

—Cuando yo pasaba días sin comer y mis hijos también, Villegas hacía vida de rico y me insultaba al pasar por mi lado, manchándome con el fango de las ruedas de su coche.

Portuondo callaba y yo hacía en mí mismo el paralelo entre el hombre puro que estaba en la hamaca iluminado por todas las grandezas y el lagarto que se arrastraba a su lado, vanidoso y bajo, con todo el orgullo de los que sienten su pequeñez, pero tienen cinismo bastante para no respetar grandezas y especular con la Patria y alquilar un puesto para desde él ocultar las miserias.

Al ver al lado de Gómez a Portuondo, me acordé del día que llegó a "Patria" Martí, después de haberse entrevistado con un Ponce de León. Martí que era todo verdad y virtud y pureza y lealtad, venía enfermo y nervioso como el que viene del lugar en donde se esconde un leproso de esos que llevan el asco de la miseria en todos sus poros.

—Me siento mal, —me dijo aquel día mi hermano— creo que llevo la peste en mis vestidos, creo que acabo de salir de una cloaca inmunda y siento que me envuelve la asfixia de la muerte y de la podredumbre.

Es repugnante tener que tratar a hombres impuros y viles; pero a todos esos sacrificios obliga el patriotismo.

Si Portuondo tuviera conciencia se sentiría humillado siempre que como hoy, se viera tan cerca del General en Jefe y por sus necedades... tan lejos!

Pero no es así: por el contrario, quiere ponerse por encima de él como Ministro de la Guerra y como Consejo de Gobierno.

Con la conversación si bien no me había olvidado de la causa de mi visita no me impacientaba tanto el deseo de conocer la razón de lo que yo llamaba como un paréntesis en las hostilidades.

Le pregunté a Pujals, pero éste no pudo decirme nada ...o no quiso. Gueren dijo que Calvo le había dicho que Pedrito había ido hasta cerca del fuerte sin que los españoles le hicieran fuego. El General al oirlo le mandó a buscar a Calvo y éste vino y dijo que dejó a Pedrito cerca de los fuertes, pero que no había visto más.

Esto no me sacó de mi incertidumbre y me volví a quedar con mis deseos de saber porqué no se disparaban cañonazos y porqué no se

tiraban tiros. Al fin llegó el Brigadier Vega serio, nervioso, con el rostro como expresando una contrariedad o mejor dicho, disgusto.

—Aquí está la contestación General.

—¿Y Pedrito, dijo el General?

—Ahí está.

—Magnífico, ahora veamos lo que dicen los españoles.

—No les había querido anunciar que mandé un parlamento a los españoles, le escribí una comunicación al Jefe de la plaza diciéndole que se rindiera, que le perdonaría sus vidas puesto que los recibiría sin condiciones por mi parte, que ya habían demostrado con la resistencia valor y que estaban por encima de Castellanos; a más altura.

Nos enseñó entonces el General la contestación del comandante militar del pueblo, Capitán Neyla que dice poco más o menos que si ha admitido el parlamento ha sido por creer que pensando nosotros en la magnanimidad española intentábamos acogernos a indulto y presentarnos, que tienen que resistir y que no se rendirán.

La comunicación está escrita con su poco de quijotismo pero decentemente, sin ninguna palabrota ni insulto para nosotros, y viene dirigida al "Comandante General del Ejército Libertador".

Pedrito me contó su hazaña en la forma siguiente:

—El Brigadier Vega me dijo que el General Gómez quería mandar un parlamento a los fuertes enemigos. ¿Se atreve Ud. a llevar esta comunicación? me preguntó. Si le respondiera que no— le dije— sería porque tenía miedo: déme la comunicación y su caballo, porque el mío está algo estropeado y bueno es que no me vean montado en un penco. Salí con una bandera blanca y tomé el camino de los fuertes por la casa quemada que está al frente de la casa grande de mampostería, seguí por la cerca de piña y, al acercarme a un arroyo me hicieron una descarga, volví para atrás un poco, siempre con mi bandera blanca en la mano, avancé en seguida y me vi otra vez entre las balas de la descarga enemiga, de nuevo me detuve, para seguir adelante otra vez, otra descarga me detuvo; pero después oí que la corneta del fuerte tocaba alto el fuego; no dejé el camino y entonces oí una voz que con marcado acento español me gritaba: —"¡Por la izquierda!", y seguí por donde me indicaban hasta que como a menos de un cordel de distancia me dieron el alto. —"¡Pie a tierra"! me dijeron y "¡Avance!". "Avance uno, uno sólo", dije yo porque veía

que venían hacia mí cuatro soldados y un sargento armados todos. ¡Vuélvase! ¡de espaldas! me dijeron y los soldados se quedaron con las armas preparadas a poca distancia mientras el sargento se acercaba y me preguntaba —¿Qué le trae a Ud. por aquí? Y dándole la comunicación del General Gómez, le contesté: "esto". Se fué el sargento y allí me hicieron estar como tres cuartos de hora, de espaldas, sin poder mirar para atrás, pues como al dejarme allí el sargento, quisiera hacer un movimiento con la cabeza para escudriñar algo, me gritaron: "no volvais la vista atrás porque os hacemos fuego". Al llegar allí, mi caballo cuando eché pie a tierra se asustó con los soldados y reventó la cincha y se me fue, pedí permiso para arreglarlo y me lo permitieron estando siempre de espaldas. Oí entonces que tocaban llamada de oficiales. No se oía hablar a nadie.

Al llegar vi en la trinchera a un hombre a quien llamaban el capitán: no se le veía más que la cabeza. Los tres cuartos de hora de espera fueron para mí tán largos! Volvió el sargento con la contestación en un sobre cerrado dirigido al "Comandante Jefe del Ejército Libertador". Habló conmigo entonces el sargento que era un soldado de algunos años y de aspecto simpático. —"¿Cómo os habéis atrevido a venir? ¿Os han sorteado? —No Señor, me mandó el General y vine. El sargento sacó un tabaco y me lo regaló. ¿Sois andaluz?" me preguntó. No señor, —le contesté—, soy portorriqueño, pero hay muchos andaluces entre nosotros. Me preguntó si conocía un oficial español de los que se nos han pasado y cuyo apellido no recuerdo ahora. yo le dije que estaba en nuestras fuerzas y al frente de las de caballería que están cubriendo el camino de Puerto Príncipe. Durante los momentos de espera y aún al llegar yo a las fuerzas nuestras de infantería seguían haciendo fuego: el sargento al oir nuestros disparos me preguntó: "Y como habiendo os mandando están haciendo fuego? Porque no se pudo avisar a todos, le contesté. —Monté y me despedí del Sargento. Con alegría volví a los míos y si repuesto de la emoción sujeté el caballo a mi vuelta, en el momento de separarme de los enemigos que durante los tres cuartos de hora me estuvieron apuntando por la espalda, le pegué las espuelas al caballo queriendo salvar en poco tiempo la distancia.

Al llegar el Brigadier Vega a donde estábamos sentados junto al General Gómez, ya comprendí porque no habían habido disparos, y el paréntesis guerrero tenía para mi explicación.

Vega no quería que se fuera con parlamento al enemigo y por eso estaba disgustado.

—Mandó a hacer fuego General, dijo violento.

—Sí, contestó Gómez.

Ya Pedrito estaba allí delante de nosotros. El General Gómez lo recibió conmovido y orgulloso de tener ayudante tan valiente. Pedrito dijo:

—Si me fusilan ya he sufrido el susto, pues cuando estaba de espaldas con los cuatro soldados apuntándome me sentía en capilla o mejor dicho, esperando la descarga.

Hizo la relación de su valiente acción militar y al terminar lo saludó y lo felicitó el General en esta forma:

—¡Sea enhorabuena comandante Gutiérrez!

Pedrito sólo tenía un diploma de teniente y andaba en solicitud del empleo de capitán que se creía con derecho.

Pedro Gutiérrez es un joven de 22 años de San Germán de Puerto Rico, de familia modesta, sencillo, valiente y de gran patriotismo, fue de mis compañeros de Pine Key y vino conmigo en la expedición de Sánchez-Roloff.

Aplaudí yo su comportamiento correcto y digno y me parecía que su gloria daba lustre a todos los que juntos desembarcamos en esta tierra de nuestros amores; sin querer, sentí en mis ojos una lágrima de patriótica emoción. El General me dijo:

—Ud. está alegre porque es uno de los suyos... ¿no?

Pocos momentos después sonó el cañón y las descargas de nuestros soldados indicaban que seguía el sitio y que se seguía con entereza.

Los disparos se hicieron desde la última trinchera y en otros lugares buscando lós puntos de donde pudieran dominarse mejor los edificios desde donde nos tiran, y los fuertes, y llegando a hacerse fuego en lugares en donde no habían trincheras.

Próximamente a las cinco de la tarde se suspendió el fuego de cañón, habiéndose tirado hasta esa hora, 41 cañonazos. Dejó el Brigadier Vega preparado el cañón para hacer un disparo por la noche; a las ocho sonó la detonación y según informan las fuerzas de infantería fue bueno éste último cañonazo que hizo gritar a los soldados que por la noche no se hacían descargas de artillería.

De modo que ayer en todo el día se utilizaron 44 cápsulas, 42 dispararon y las otras 2 fallaron.

Por la noche vinieron el General Rosas y el Teniente Coronel Alvaro Rodríguez a recibir órdenes del General en Jefe y a dar cuenta de lo hecho durante el día.

Rosas dijo que siguiendo por la yerba alta había llegado hasta ponerse tan cerca de los españoles, que sus soldados se habían puesto a hablar con los soldados enemigos y que los españoles decían a los nuestros:

—Venid en nombre del General Castellanos.–

Y que los nuestros les contestaban, desde la yerba que nos ocultaba:

—Vengan Uds., nosotros los llamamos en nombre del General Gómez.

Rosas les puso guerrillas muy cerca y sostuvo fuego nutridísimo con los enemigos, llegando hasta las estancias que están en el mismo pueblo. Tan reñido fue el combate de hoy que Rosas sufrió tres bajas de las cuales una es casi mortal.

Por su parte el Teniente Coronel Alvaro no se ha quedado atrás y ha ido a pelear con los sitiados en el mismo pueblo, haciéndoles descargas desde los corrales de las casas.

Tanto Rosas como Alvaro Rodríguez afirmaron anoche que el fuego de ayer ha sido el más fuerte y más certero de los tres días. –Las cápsulas de cañón que han hecho explosión han sido bastantes y todas han producido muchos desperfectos y han dejado espanto y miedo entre los sitiados y las descargas de fusilería han sido más nutridas que nunca.

Convinieron anoche el General y Rosas que el cañón lo viniera a buscar el segundo hoy a las 4 de la mañana para que quedara bajo su dirección y se lo llevara a donde él y Alvaro creyeran que podían hacer más daño por allá por donde lo disparamos el primer día, pero más dentro del pueblo a fin de que no se pierda ningún disparo.

Como todas las noches, durmió Don Blás cerca de la tienda de Gómez.

A las 3 se tocó hoy la diana. Contra mi costumbre me quedé en la hamaca, me dormí anoche tarde pensando en los motivos de la con-

versación que tuvimos el General, el Dr. Pérez Abreu y yo, —durante la velada— en el pabellón del primero.

Los ricos se han reunido allá en Nueva York y asociados a Néstor Ponce el falso e interesado especulador del patriotismo, quieren dominar a Estrada Palma y desde allá imponernos su interesado criterio. Quieren que permitamos zafra, quieren que dejemos a algunos hacendados privilegiados moler y entre estos se ponen ellos, y —patrióticamente—, se ponen la contribución que han de pagar a nuestra Delegación. Forman la comisión Terry, un pariente de éste, Parra el abogado y otros más con Néstor, presididos por Estrada; y se ha dado el escandaloso hecho de que los Terry, —por moler sus ingenios, por cada dos, ofrezcan 7,000 pesos, pudiendo dar en relación con lo que otros han desembolsado 30 ó 40,000 pesos. Estrada creyendo que aquí íbamos a tener que aceptar sus contratos ha tomado dinero y anuncia que ha mandado a legalizar contratos en París, que serán nulos, puesto que nada nos hará permitir la molienda; la ley no admite, en este caso, excepciones de ninguna clase y tiene razón el General cuando discurriendo sobre este punto dijo anoche:

—Los que allá en Nueva York se ocupan de estas cosas, lo hacen con dos intenciones malas: o nos engañan y sacan provecho del patriotismo de que blasonan sin sentirlo, o colocan a Estrada Palma en una posición difícil impulsándolo a un rompimiento con nuestro Gobierno. Siempre es infame la conducta de estos comerciantes, antes de carne de esclavos, y ahora de cubanismo falso.

Y también Roloff se está metiendo a hacer contratos y a dirigir *las operaciones de nuestro tesoro cuando él sólo ha ido a traer* expediciones y a buscar dinamita; todo lo que haga pues, fuera de esto es ilegal y obedece al afán de asegurar su vida y sus intereses pues como es un hombre sin principios, se prepara para el caso de que no podamos vencer ahora a los españoles. Y pienso así porque conozco su vida y porque no olvido su deseo de que el Consejo acordara pagar los sueldos de la Revolución pasada, acuerdo que llegó a decir que lo hacía por Encargo del General en Jefe, cosa que era una mentira que demuestra que el Roloff no es solamente un hombre sin talentos sino también un malvado con astucia para cubrir sus miserias.

Qué diferencia de Roloff a Gómez. Aquel busca la comodidad y el dinero para él y su familia, y sobre todo para que a su gorda humanidad no le falte nada para su *ceba* y éste no acepta que su esposa, su virtuosa y amada Manana, tome un solo centavo de los cubanos y dice que para eso tienen dinero sus paisanos los dominicanos, y ahora porque ha sabido que Estrada le ha girado a un amigo

suyo de Santo Domingo 500 pesos para su esposa, le escribe preguntándole que es esto, porque él no acepta tal dádiva.

—En esto hay una de dos cosas: o Hatton de Santo Domingo me engañó cuando me dijo que mi esposa podía pedirle dinero siempre que le hiciera falta y al pedirle mi esposa se ha hecho reembolsar el dinero por la Delegación o Estrada ha querido mandarle esta suma a mi mujer. Si es lo primero, Hatton es un mal caballero y en el segundo caso ya le digo a mi mujer que devuelva ese dinero.

Si Hatton me engañó, tengo muchos amigos ricos que en mi tierra tienen sumas para mí y mi familia. Prefiero que mi familia tenga que vivir de su trabajo a recibir un solo centavo de los cubanos.

Toda la noche han estado tirando descargas los soldados y resistiendo nuestros disparos. A las 9 se sintieron una o dos descargas nutridísimas, a las 12 se repitió el fuego con más intensidad. Esta mañana me dijeron que como sintieron los españoles que nuestras fuerzas de infantería habían hecho trincheras tan cerca de los fuertes parece que sospecharon que tratábamos de irnos al asalto y temerosos pusieron rondas que tuvieron que resistir nuestro fuego.

Temprano vino Rosas a buscar el cañón. Poco más de las 4 y media serían cuando se fué Rosas con los artilleros y todos los chismes del cañón y las cápsulas. Nuestros disparos y las descargas del enemigo siguieron hasta que se unieron a ellas, las 10 y 11 minutos, los disparos del cañón: a esa hora sonó el primero, siguiendo después los otros hasta 16, con cortos intervalos; después hubo una pausa como de una hora y a las 12 se disparó el último que hacía el 19.

A la una y media vino el Brigadier Vega que con ayudantes suyos y del General Gómez, fue al lugar a donde Rosas y Alvaro habían llevado el cañón.

La trinchera de Alvaro está como a 20 metros del fuerte y allí llevaron el cañón. Alvaro habla desde allí con los españoles. El cañón quedaba muy cerca, pero a pesar de esto lo disparos fueron muy certeros y derribaron las casas y los fuertes haciendo explosión tres de las cápsulas. Dice Vega que las descargas de los españoles fueron bárbaras, pero no amedrentaron a los nuestros que, a pesar de los tiros, cogieron naranjas de los patios de las casas del fuerte. 16 tiros de cañón se dispararon en la trinchera de Alvaro y los otros tres en otro lugar más distante. Lástima que hoy que tan buen resultado ha dado la artillreía se haya acabado el parque y haya

sido preciso retirar la pieza. Ya se ha ido Francisco Calvo con el cañón, y los artilleros se van a descansar.

Seguimos, pues, ahora el bloqueo sin artillería. Dice el General que de aquí no se mueve sino cuando Castellanos nos obligue a irnos y decía hace pocos momentos:

—Lástima es que el parque del cañón haya sido tan malo y que ahora nos quedemos sin ninguno para seguir los disparos de la artillería; pero faltan solo cuatro días para la concentración de las fuerzas y quien sabe si aún podemos hacer algo grande y de provecho.

La Cruz, un Teniente Coronel de Oriente acaba de llegar con cartas de Calixto García para el General. En ellas le dice que viene con la expedición en 20 carretas y le anuncia que aunque no son sus deseos —cree que tendrá que atacar algún pueblo conque tropiece en el camino puesto que trae artillería. Ojalá estuviera cerca el General García!

En el día de hoy, hasta ahora —las 2 de la tarde— no hemos tenido ninguna baja de la fuerza, sólo un caballo de los artilleros que sufrió una herida en un ijar.

Portuondo sigue con nosotros en la tienda de Molita, oficiando *siempre* de pontifical. No deja el General que se mezcle en sus asuntos militares, pero él dice a los que van a hacerle la corte que ya debería el General haber mandado tomar los fuertes por asalto, agregando que poco importaba que perdiéramos algunos soldados, —para eso están aquí— dice.

Sobre esto hablaba yo con el General esta mañana y me decía, al pensar yo, que si un jefe puede exponer su vida siempre que sea necesario, está en el deber de cuidar la de los demás y defenderla en todos los casos:-

—Yo debo como General en Jefe no mandar a nadie a una muerte segura e inútil. Si el asalto de los fuertes fuera una cosa posible ya lo hubiera ordenado; pero en este caso no lo haré porque podríamos tomarlo sacrificando muchos hombres, lo que sería para nosotros tanto como una derrota y además que dadas las trincheras y las cercas de alambre bien podía suceder que fuera un ataque inútil en que quizás nos viéramos obligados hasta a dejar a nuestros muertos.

Y luego agregó:

Estoy inquieto porque allá están Vega y Rosas y Alvaro, y como yo no estoy allí para contenerlos, temo cualquier imprudencia.

Tengo la seguridad de que si yo estoy en la pelea en que cayó José Maceo hubiera impedido su muerte.

Anoche dijo Portuondo que tenía que irse, pues el Marqués lo llamaba para resolver algunas cuestiones de importancia, siendo entre otras, que Ortega, despachado ya para ir al extranjero, dice ahora que no se va. Recordó Portuondo que algunos, cansados de las impertinencias de Ortega querían mandarlo deportado a una zona en donde se viera obligado a presentarse al enemigo; no aprueba Portuondo este procedimiento, pero piensa que casi merecía este hombre que se le fusilara. El General dijo que hay que tener tacto con lo que se hace con los extranjeros que están a disgusto con nosotros, y recordó que en la guerra grande se le presentaron una vez tres colombianos o venezolanos con una carta de Céspedes que los autorizaba para salir de la isla.

—Leí la carta —nos dijo— y los recibí bien, les dí otras de recomendación, y como no tenía nada que regalarles e iban rotos y pobres, le pedí a uno de los míos una onza que tenía, y se la dí, y los despaché para que se embarcaran. Poco después que ellos se habían ido recibí una carta de Céspedes en la que me anunciaba que la que los muchachos me habían presentado con su firma era apócrifa y que me habían sorprendido. A la vez me decía Céspedes que los persiguiera, los arrestara y se los mandara. No lo hice yo, sino que les escribí diciéndoles que sabía que me habían engañado, pero que yo los perdonaba; les mandé otra de presentación en la mía y les decía que me dirigiría al Presidente Céspedes para que éste los autorizara para el viaje. Así lo hice, y al fin pudieron irse y nunca ví que hubieran hecho nada en contra de nuestros intereses revolucionarios. Hay que tener gran cuidado con la conducta que se siga con estos extranjeros, que vienen a la guerra, sin amor para esta tierra por cuya libertad peleamos. Pues es una verdad incuestionable que para sufrir todas las penalidades de esta guerra y mantenerse tieso se necesita estar ligado a Cuba por grandes amores. Yo tengo para sentirme cubano y quererla con todo mi corazón el recuerdo de mi esposa cubana, de mis hijos cubanos, nacidos en el campo de la guerra los unos, y entre estos mi hijita que es mi ídolo, y los días de pena que en esta tierra he pasado, pues se ama y se tiene cariño hasta al calabozo y a la prisión en donde se han pasado días de

angustia. Los que no han sentido estas emociones esos no pueden ser cubanos ni servir como hombres desinteresados y valerosos a la causa de la Revolución.

Aún está con nosotros el práctico del General que tan cerca estuvo por sus miedos y sus salidas del campamento, de un lugar *alto* y *fresco*. Se llama Rafael Pedroso.

Un Adolfo Rodríguez que dice ser pariente del famoso Joseíto Rodríguez, el Coronel, se fué anoche del campamento, burlando las avanzadas y hoy lo han traido preso al campamento. Dice que se fué porque lo amenazaron con llevarlo a la infantería y él, que se *siente* enfermo, se iba a incorporar a Joseíto para que no lo cogieran los jefes de la infantería. Dice él que iba hacia Altagracia, pero los que lo cogieron informan que preguntaba por el camino de Puerto Príncipe o de Guáimaro. Lo registró Gueren por orden del General, pero no se le encontró papel ni cosa que lo comprometa.

El Rosario, 27 setiembre.

Ayer cambiamos de campamento en la misma Pica Pica y hoy la hemos dejado para volver a El Rosario. Estamos a media legua del pueblo.

*
* *

Anoche llegó el Brigadier Recio con parte de su fuerza acampando cerca de noootros, dentro de nuestras guardias, y esta mañana se quedó con Rosas al frente de las fuerzas asaltantes.

Me aclaró hoy Pujals que anteayer a la una de la madrugada se había batido dentro del pueblo el Comandante Carlos Bruno Zaldívar en operaciones en la zona de Guáimaro y que toda la línea desde Puerto Príncipe acá y las zonas que separan esta en que nos encontramos de Minas y Guáimaro están ocupadas por distintas fuerzas nuestras que están preparadas para batir a Castellanos si intenta venir hacia acá, de modo que esta operación es más importante por sus resultados que por la toma del pueblo de Cascorro. Estamos a 16 leguas de Puerto Príncipe, 9 de las Minas y 6 de Guáimaro; espera pues el General, a Castellanos, que si viene ha de traer las bajas que las fuerzas le han de hacer por el camino, y aquí encontrará a Cascorro destruido y también entre sus muros derrumbados, heri-

dos y enfermos y será más valiosa para la guerra la destrucción de esa columna que si entra en Cascorro, no podrá salir sin exponerse a ser derrotada por completo, porque no hay quien le venga a defender. Estamos, pues, en el principio de una serie de operaciones que espero hagan época en nuestra historia militar. Parece mentira que hayamos podido estar aquí seis días sin que nadie nos amague de fuera y que ahora sigamos el sitio sin artillería combatiendo a los soldados que están en los fuertes, protegidos por sus trincheras y sus caminos cubiertos sólo con un puñado de hombres. Y sólo explica el heroísmo de nuestros soldados el que ayer unos pocos hombres hayan colocado el cañón a 10 ó 12 metros de la última trinchera enemiga expuestos a que saliera un grupo de 50 ó 100 hombres a tratar de quitarles la pieza. Por eso decía ayer con razón Serafín Sánchez:

—Ya yo me explico como se puede sitiar con 20 hombres un pueblo bien defendido y en el que hay parque en abundancia.

Al venir hoy a acamparnos en esta finca dejó el General las guardias y quedaron los pelotones y las guerrillas haciendo fuego: los grupos de hombres que están sobre los enemigos se renuevan cada tres o cuatro horas y al venir aquí nos pasaban por encima las balas y oíamos las descargas muy cerca. Hoy se han parqueado de nuevo las fuerzas. El Teniente Coronel La Cruz que llegó ayer, y viene de Oriente, está ya ocupando su puesto entre las fuerzas que se están batiendo. Nada ha cambiado, ni el entusiasmo decae en los soldados de este jefe, el más grande de nuestra revolución. Sentimos todos que no haya otro cañón y parque para seguir destruyendo con la artillería lo que queda de pueblo, pero todos ven fuera de sus escombros, la importancia del bloqueo: es Cascorro un pueblecito que sólo tiene una calle, que no le quedan dentro más que tres o cuatro familias, que ya no cuenta —por nuestros cañonazos— con fuertes ni casas que les sirvan de trincheras; esperar aquí a que lleguen los refuerzos y con ellos Castellanos, es el plan militar del General en Jefe, mientras tanto aquí esperamos al General Calixto con sus 20 carretas y su artillería buena y rica de parque. Pensando en esto, nadie puede ocuparse de soñar con asaltos, peligrosos e inútiles que vendría a quitar el verdadero mérito de esta operación. Y para los que como Portuondo y Pina se reían de que aún no haya entrado en el pueblo el General Gómez y que aquí, como en Sagua y La Zanja no hemos podido vencer con la artillería, habrá al fin una elocuente enseñanza, a más de que ellos, como miembros del Gobierno, que nada tienen que ver con las operaciones militares, —no pueden juz-

garlas, porque no entienden las que haga con todo el derecho que para tanto le da la Constitución—, el General en Jefe. Y éste si puede tomarles cuenta de lo que hagan como militares intrusos en perjuicio de la Revolución.

—Soy yo por la Ley, el que tengo el derecho de alcanzar por mis ataques las glorias militares, y soy también el que puedo sufrir las derrotas. Por eso puedo decir que el Gobierno no pudo ir a Sagua de Tánamo ni a la Zanja, y por eso no acepto que se mezcle en mis determinaciones con carácter militar, porque esto a más de ser ridículo, es *anticonstitucional.*

Hoy se han presentado al General en Jefe cuatro soldados españoles que se nos han pasado; dos estaban trabajando y prestando servicios en la línea de Morón y se llaman José Gómez Peña y Enrique Plana Maña; los otros dos, Juan Sánchez y José Sena, servían en Ciego de Avila. El General les dijo que aquí éramos republicanos y que no hacíamos la guerra a los españoles sino a las instituciones de España que nos privaban de nuestro derecho a la independencia, y les manifiestó, que por una disposición suya, podían ir a servir a donde quisieran y si no deseaban hacer la guerra a sus hermanos, podían ir a una prefectura o dedicarse a los trabajos de la agricultura: dos dijeron que querían pelear en la caballería, otro que estaba enfermo y deseaba quedarse en una prefectura, el otro no se decidió. El General les dijo que se quedaran en el campamento para que pensaran, con calma, cual era el camino que deseaban tomar.

El desertor Rodríguez resultó ser un bruto y un cobarde. Es un hombre gordo y grande, con buenos puños, pero con exceso de grasa... El General lo perdonó y lo puso en su escolta dándole la orden al Jefe de la misma que si trataba de recular o quería volver a desechar las guardias, que le hicieran fuego.

Nos acompañó Portuondo hasta este campamento, pero no se desmontó, y fue a reunirse con el Marqués; al despedirse me dijo que volvería —si estábamos por aquí— tan pronto como despachara a los que se iban para Nueva York. Con Ortega te escribo y supongo que si no se va le entregará a otro la carta que le dí para tí. Al despedirse me dijo riéndose: me voy porque ya no se tomará por asalto a Cascorro.

Siempre la vanidad y la burla ridícula.

Con el Prefecto Cirilo han venido tres soldados españoles más; estos han traido más de 300 tiros de máuser.

Acabo de oirle decir al General que mañana despacha a Serafín para Occidente. No digo nada, pero entre ir con Portuondo a Oriente a buscar gente o acompañar a Serafín, me alegraría más lo segundo.

Como este campamento está más lejos del pueblo, sólo de tiempo en tiempo se oye algún tiro y —como en los otros— no pasan silbando las balas; hay —por lo tanto— más silencio y menos animación, sólo están con nosotros algunos números de las escoltas de Serafín y de la del General Gómez, además este está muy ocupado recibiendo las distintas comisiones y despachando al General Sánchez... todo está triste, el día está caluroso y nublado... Es este uno de mis días pesados; es uno de esos días que me hacen pensar en mi aislamiento, que ponen lágrimas de tristeza en mi corazón y me hacen buscarte con los ojos del alma como que eres la única luz que me deja ver claridades consoladoras en la noche eterna de mi vida.

Andaba yo solo esta mañana por los alrededores de este campamento y me encontré con una sepultura cubierta con palos y marcada con una cruz; era la sepultura del pobre soldado que murió el primer día de bloqueo; al verla pensé que estos montes son campo santo en donde tantos duermen el sueño de la gloria. ¿Descansaré yo olvidado entre estos montes?

Te adora,

Fermín.

S.S.(*)

No. 30

Camagüey, Cascorro.

El Rosario, 28 Setiembre 1896.

Durante el día de ayer no oimos muchas descargas ni llegaba hasta nosotros el ruido de nuestros disparos, pero no cesaron ni las unas ni los otros más que cuando mandamos los parlamentos. Fueron estos al campo enemigo por donde el Teniente Coronel Alvaro tiene sus trincheras; dentro del mismo pueblo y el mercurio lo fue un mulatico oficial de Alvaro, oriental y paluchero él.

No sé cual fue el primer parlamento y tampoco he leído el segundo, pero me dicen que en el primero se trataba de una carta que recibió el General en la que se le decía que no esperara a Jiménez Castellanos porque éste había tenido que despachar para Filipinas a una gran parte de sus tropas, y que el General le mandaba al Jefe español de Cascarro la cuya carta para que se dejara de más historias: se pusieron las banderas de parlamento, nosotros primero y luego ellos y allá fue nuestro oficial que tuvo que estar, como Pedrito, de espaldas y a quien también hicieron preguntas tales como estas. –"Por qué ha venido Ud.?" Estaba de servicio y me mandó mi Jefe. –Si quieres entrar en el fuerte y tomar un trago te vendaremos. –Aquí espero el ron, traigánmelo. –Y allí se lo trajeron. Le preguntaron de donde eran los artilleros, y al contestarle que norteamericanos, le dijeron: pues fusilarlos, porque son muy malos. –Lo obsequiaron con tabacos y cuando le dieron la contestación le dijeron que no mandáramos más parlamentos pues estaban dispuestos a no admitirlos. A pesar de esto, luego mandó el segundo el General y también fue admitido. De este no sé detalles, pues el General no ha enseñado ni las cartas u oficios que ha mandado ni los que ha recibido.

Por la noche participó al General el Teniente Coronel Alvaro que estaba haciendo otra trinchera más adentro. El fuego durante la noche fue uno de los más continuados y nutridos que hemos tenido y que hemos sostenido desde nuestras posiciones fuertes.

Nuestro viejo General no se abate, ni su cuerpo se dobla ante el trabajo; a pesar de que ayer fue un día caliente y pesado, escribió sin descanso, oyó a todos los que venían a molestarlo con preguntas

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Legajo* No. 271, No. 10.

tontas o a pedirle algún favor, se ocupó de todo lo que se relacionaba con la operación que realiza y no quedó sin despacho ninguna de las distintas comisiones que llegaron al Cuartel General. -Por la noche para reponer sus fuerzas, se hizo traer un balde de agua —una gran botija de las de leche que trae el Brigadier Vega— y después del silencio se dió su baño. Y fue cosa de risa todo lo que se le ocurrió a propósito del depósito de leche del Brigadier Vega.

Y entre otras cosas le oí decir:

—Me parece que todos mis jefes son unos *fuñíos;* —mañana me meto en el pueblo.

Y hoy, hablando en su pabellón, decía:

—Anoche llegué a pensar en entrar en el pueblo; pero no fue más que una idea que pronto deseché, estamos aquí sosteniendo el sitio con sólo ciento y pico de hombres, para todos los servicios y como no es posible tomar unas posiciones fortificadas sino por sorpresa y contando con hombres bastantes para ocupar todos los lugares defendidos por el enemigo para que cuando unos que ataquen por un lado no sufran los tiros de otros lugares y al fín todo sea confusión y derrota. A 184 llega el número de los hombres conque contamos y ya ahora nos faltan 35 de la escolta de Serafín Sánchez.

El General Rosas nos dijo hoy que ha hecho una trinchera en el puente, en la parte alta, pudiendo desde allí dominar el fuerte. Ya está, *pues,* fortificado y dice que esta noche hará otra trinchera más lejos para que sea la del puente la que haga de fuerte por su altura y condición, protegiéndose con la que quede más afuera. A los fuertes de los enemigos oponemos nuestros fuertes y seguimos sin miedos. Ya los soldados nuestros se han acostumbrado al sitio y se burlan de las descargas y de todas las cosas de los españoles. Me reía anoche porque hasta aquí llegaban los gritos de los nuestros contestando a los ¡Alertas! Me dicen que se están hablando e insultando mutuamente, pero que la conversación no impide que se estén cazando. Dice el General Rosas que tanto anoche como esta mañana ha estado oyendo cantos y risas como de gente ebria; cree que los sostiene un valor prestado, el que produce o excita el licor; valor siempre falso. Se conoce que la cosa anda mal y que han querido los jefes *inspirarlos.*

Hablando de los parlamentos dijo el General que a pensar de lo que contestaron ayer sobre que no mandáramos ninguno, hoy les enviaba otro con un documento muy importante.

Veremos.

Hoy nos ha dejado Serafín Sánchez. Con él se va mi buen Loynaz y Mascaró y tantos amigos y conocidos.

¿Nos reuniremos pronto?

Diez de la mañana. Tarafa viene de la trinchera de Alvaro y le la cuenta al General del resultado de su comisión en la forma siguiente:

—Se puso la bandera de parlamento y se les habló desde nuestras trincheras, pero ellos no izaron como otras veces, la bandera blanca. El mismo oficial oriental que fue ayer con las comunicaciones se dispuso a salir, pero los españoles le dijeron que no admitían parlamento alguno y para que se quitara del lugar desde donde hablaba —fuera de nuestra trinchera— les hicieron un disparo a la pierna, no para matarlo, pero sí para que se retirara, atravesándole el pantalón. A pesar de nuestra bandera blanca los españoles siguieron tirando por otros lugares.

El General cree que aún se puede persistir en mandarle la comunicación haciéndoles entender que no se trata de un parlamento, sino de una carta importante para ellos y en este sentido mandó que le hiciera una orden a Alvaro a fin de que éste viera la manera de que recibieran el escrito suyo, aunque no mandaran contestación.

Supone el General —con razón— que el capitán y los otros Jefes están bajo la influencia del alcohol.

Ya salió el mensajero.

El Dr. Molinet llegó anoche al campamento. Estaba con el General Rosas curando los heridos; dejó allá al Dr. Sonville y hoy ha ido a otra de las avanzadas, la que manda el Teniente Coronel La Cruz y defienden sus orientales.

Me informa Molinet que ha habido 6 bajas. Dos muertos: un asistente, por habérsele escapado un tiro a un compañero y otro por

haber sacado la cabeza de la trinchera al darle la candela a otro y los demás son heridos graves.

Estas bajas son de los días que han pasado: ni ayer ni hoy hemos tenido ninguna.

También debo sumar dos caballos heridos; el uno, el primer día de la impedimenta, y otro, del capitán de la artillería, anteayer.

Hoy hablé con el General de mi viaje. Me dijo que para que Calixto García no oponga inconvenientes como la vez de marras, esperaba que llegara para despacharme. Hablamos de Demetrio Castillo y de Planas y me manifestó que estaba convencido de la inutilidad de estos Jefes.

Tengo que esperar pues, hasta que llegue Calixto.

Me dió el General hoy, para que la leyera, una carta de Enrique Collazo en la que —entre otras cosas— se anuncia una nueva expedición por Baracoa. Hablando luego con él de la tal carta hemos recordado que a mi paso para arriba debo ver al viejo Machado que está en los dominios de Collazo e investigue que uso ha hecho de la autorización que para entrar en el pueblo le dió el General.

¿Cuándo llegará Calixto?

No he querido hablarle al General de si voy solo o con Portuondo. Dejo las cosas así: ya se encargarán los sucesos de presentarme la oportunidad de hacerle comprender que solo, sería mi empresa más provechosa.

Uno de los secretos del aparte del Marqués y Pina y Portuondo con el General Gómez fue el siguiente:

Pina le decía al General que Aguilera quería *garantías* y seguridades para salir a la revolución.

Y el General le contestó:

—A un hombre que ha sido un traidor yo no puedo darle puesto alguno en el Ejército. Es un hombre envilecido del que dijo Agramonte que no podía creer su traición y la lloró indignado. Dele el Gobierno los puestos que quiera, pero para mí no merece nada.

El Marqués no se atrevió a defender al amigo, que traía de padrino a Pina, y Portuondo que sabe nadar y guardar la ropa, dejó a Pina y al Marqués solos en su empresa.

Parece mentira que se ocupen tanto de un miserable que sólo merece el desprecio de todos.

Pero esas son las cosas camagüeyanas.

Y los compadrazgos del Marqués.

Alvaro volvió por la tarde y trajo la noticia de que los soldados no quisieron admitir el parlamento.

Con el viejo práctico Pedroso ví en el pabellón del General a una mujer a quien Alvaro mandó a buscar que tiene un hijo en el pueblo para que ésta llevara una carta al capitán español. Irá mañana, yendo por el camino real, como si fuera a ver a su hijo; el General le dijo que si el Capitán le dice que él la manda a saber lo que pasa dentro del fuerte, que le conteste que no, que el General no necesita saber porque le dijo que ya el supone como militar, lo que puede pasar. Mañana sabremos el resultado de este parlamento que yo supongo que sólo dará por resultado que si la mujer entra, no salga.

Un explorador que se ha escurrido por las casas del pueblo ha venido a informar que hay muchos soldados y distribuidos en distintos fuertes y que parece que en la iglesia han colocado los heridos, porque de allí no hacen fuego.

Siguen los tiros y las descargas. Son las ocho y acaban de tocar retreta nuestras cornetas. Nuestros soldados les gritan y tiran; pero la vocería de los nuestros es tal, que aquí en donde estamos, casi a un cuarto de legua o más de algunas trincheras, oimos los gritos.

La Pica Pica.

Tercer Cuerpo de Ejército Cuartel General

Al Teniente Coronel Fuentes.

Vaya avanzando poco a poco y haciendo trincheras hasta ponerlas bastante cerca del pueblo, esto es, sino le es posible apoderarse de algunas casas de los alrededores, que pueda atrincherar y demás. De ninguna manera permita que nuestras fuerzas dirijan insultos a los soldados enemigos, sino que por el contrario procurar que den vivas a

la República, a los españoles y abajos al Gobierno tiránico; con algunos de su fuerza que tenga la voz clara, los invite a rendirse diciéndoles que aquí estamos bien, que somos hermanos y que aquí hay muchos de ellos y lo pasan bien. Patria y Libertad, setiembre 29 de 1896, Javier Vega, P. D. El Teniente Coronel Valdés Domínguez, por órden del General en Jefe, va a dirigir la operación.–Vale.–

General:

Los 26 hombres útiles ya están prestando servicio. Preparo dos trincheras que servirán para proteger las posiciones de Rosas de modo que nos defenderemos mutuamente; el Comandante Miranda con Sosa y dos números, fueron a explorar el pueblo y buscar prácticos para otras trincheras utilizando casas del mismo. He mudado el campamento más hacia las trincheras y ya tiene la fuerza que comer, y una comisión fué por viandas: a la tarde quedarán listas las trincheras porque ya he hecho preparar madera y alambre. Le mando esos 5 armamentos inútiles, que aquí son una impedimenta. Si es posible, mándeme dos buenos.

Al General en Jefe del Ejército Libertador,

General:

Para la comisión que doy al Comandante Diego de Miranda hace falta parque, el Teniente Coronel Fuentes me pide 300 ó 400 tiros de remington y 100 para el Relámpago del Comandante. Pedrito le informará de los demás. Patria y Libertad. Campamento en la Pica Pica. Setiembre 29-96.

Teniente Coronel Valdés Domínguez:

Enterado de las medidas que Ud. ha tomado para estrechar al enemigo por esa línea que he confiado a su valor y pericia. Es necesario que esta noche active Ud. los trabajos de defensa.

El Jefe enemigo contestó a la intimación de rendirse hoy con la negativa. Las noticias son que han salido dos o tres carros de tropas, pero para Nuevitas. No me explico este movimiento.

Le tendré a Ud. al corriente de lo que ocurra. Dejo aquí las armas inútiles que Ud. manda y que no se le pueden reponer de momento. Se hará eso mañana. El General Máximo Gómez. Sobre Cascorro 29 Septiembre 1896.

Escribo a las ocho y media de la noche en el campamento de la fuerza a mi mando. Desde hoy puedo decir que empieza mi vida militar y para mi manera de entender la Revolución, hoy creo que empiezo a prestar algún servicio a mi Patria y doy orgulloso mis primeros pasos en mi carrera militar porque me alientan las frases honrosas de mi amigo ilustre el General Gómez: la comunicación que copio que contesta a la que le pasé cuando me hice cargo de esta fuerza será siempre para mi título de gloria.

No pensé anoche cuando me acosté y me dormí oyendo los gritos de nuestros hombres que contestaban valientemente en las trincheras a las descargas enemigas que al despertarme me había de llamar el Mayor Gómez para encomendarme el mando de las fuerzas del Teniente Coronel Fuentes.

Me lavaba yo y me preparaba para seguir la vida de majá de campamento que por mi desgracia me veía obligado a hacer cuando me llamó el General.

—Lo necesito para que dirija las fuerzas orientales de Fuentes y evite que en las trincheras se insulte a las fuerzas enemigas y para que trate de que avancemos en la defensa y en la manera de hostilizar al enemigo.

Pocos momentos después ya estaba a caballo y esperando sus últimas órdenes.

Mientras terminaba la comunicación que mandaba al Teniente Coronel Fuentes y el pase y se preparaban para la marcha el Comandante Diego de Miranda y el Teniente Sosa, que me acompaban, hizo el General que Morón me trajera café y él mismo me lo sirvió en su jarrito de plata, luego me dió un trago de ron y me despidió cariñosamente.

Por el camino, desde El Rosario hasta este campamneto... ¡cuántas ideas han pasado por mi cabeza y que orgulloso he despreciado a los que no saben amar ni servir a la Patria!

La distancia que me separa del Cuartel General es larga, pero yo la anduve pronto. Llegué al campamento que tenía esta fuerza y después de hacer que Pinto tomara nota de ella, hice que el Teniente Coronel la firmara, revisé los armamentos encontrando cinco de los remington que han llegado en la última expedición con el muelle roto y separé del servicio a los que estaban enfermos. Arengué a la gente y les dije como entendía el General en Jefe y yo que debía

tratarse a los soldados españoles para que siempre pudiera notarse la diferencia que había entre los hombres que pelean por obligación y por cumplir lo que un gobierno tiránico les impone y los que defendemos por nuestra voluntad ideales santos de libertad y fraternidad que escriben en sus banderas todas las repúblicas del mundo.

La trinchera estaba abandonada y nadie pensaba en hacer nada y el Jefe Fuentes sólo me preguntó al llegar si le traía la orden de retirarse. Al momento tomé cuatro números armados y con el práctico y Fuentes y dos ayudantes me fuí yo mismo a colocarlos en la trinchera para de este modo saber en que estado estaba y si había manera de avanzar algo más hacia el pueblo. El práctico me hizo dejar a los cuatro números en el camino para ir a ver al General Rosas pues yo no quería hacer fuego sin conocer las posiciones de éste, lo ví y me convencí que podía hacer fuego desde donde debían estar mis trincheras sin hacerle daño; visité con Rosas la magnífica trinchera que hizo anoche, en donde ha dejado lugar hasta para el cañón y me fuí a recorrer las mías, y con pena ví que las posiciones eran magníficas para hostilizar al enemigo, pero que no se habían ocupado de hacer ni un parapeto, ni poner la más rudimentaria trinchera, perdiéndose por lo tanto la ventaja [de] las posiciones. Me encontré una casa derruida que puede ser un buen punto para una trinchera por su proximidad al pueblo, por estar en él y un fuerte abandonado con su foso y su revellín y sin un parapeto para hacerlo útil. Dejé en cada uno de estos puntos una pareja de guardia para que acostados me estuvieran cazando a los que se asomaran por los fuertes.

En seguida le expliqué a Fuentes la necesidad de hacer dos trincheras en aquellos lugares y desde ese momento di las órdenes a fín de ir reuniendo cerca los palos y alambres que se consiguieran para por la noche emprender la obra.

Despaché, tan pronto como acampé, un poco más cerca de las trincheras en construcción, pues el campamento en que encontré a Fuentes no tenía ni yerba, —comisiones para que buscaran reses y viandas—, y mandé al Comandante Miranda y a Sosa con dos números armados a buscarse un práctico y a hacer una exploración a fín de ver si puedo hacer que esta noche entren en el pueblo y tomen una casa, la de los Fernández, para mañana tratar de protegerlos y preparar el terreno para irme adentro con diez ó 12 hombres más. El Comandante Miranda vino como a las 4 trayendo un práctico, Leonardo Torres, pariente de los Fernández y que se comprometía a entrarlos de noche.

Entre dos luces despaché a Miranda con Sosa, un hermano y cuatro números, todos bien armados. Espero esta noche al práctico que me

dirá como han quedado mis comisionados y me traerá, si están allí, a los Fernández.

Hace un momento había fuego en el pueblo, sin duda Alvaro que quitó de esa manera alguna casa que le estorbaba desde alguna posición para dominar algún fuerte.

También entre dos luces se fué el Teniente Coronel con todos sus hombres útiles a trabajar en la trinchera, pocos momentos después le mandé a Pinto y a mis tres asistentes para que le ayudaran: los llevó el práctico Pedroso que me trajo esta mañana y que, desde entonces, está conmigo.

Pinto vuelve ahora —las nueve— y me dice que la trinchera va muy bien que la hacen de modo que pueda resistir los fuegos del frente y de los lados.

El General me mandó a Pedrito esta mañana y lo tengo a mis órdenes.

Hasta ahora no oigo tanto fuego como anoche ni los gritos de los nuestros.

Me dice Pinto que Fuentes le anunció que cuando termine esta noche la trinchera va saludar, desde ella, a los españoles con dos fuertes descargas.

La emoción que he sufrido hoy y mis trabajos como Jefe me han dado un buen dolor de cabeza que si me ha impedido ocuparme de mis cosas no me ha dejado escribir. También hay en este campamento mucho calor y muchas moscas.

Siguen silbando las balas, pero ahora —aunque más cerca del peligro—, no las temo.–

Apago porque han caido cerca de mi dos o tres balas de máuser y dicen que es por la luz.

---

30 Setiembre.

General en Jefe:

Anoche empecé y terminé una trinchera que queda en muy buena posición, cerca del pueblo y si no tan grande más estratégica que la que hizo avanzar también anoche a su gente el General Rosas. Con un práctico tengo en la casa de los Fernández, dentro del pueblo, al Comandante Miranda, su hermano, Sosa y 4 números armados y

bien parqueados. Recibí 400 cápsulas remington que entregué al Teniente Coronel Fuentes bajo recibo que guardo. Me preparo para completar mi defensa esta noche con otra trinchera, y quisiera contar con más fuerzas para ir a reforzar la posición que tiene Miranda; pero como es tan poco la que mando y ha trabajado tanto ayer y aún tiene hoy que hacer otra trinchera llevando la madera de lejos creo que no podré hacer más que irme con una pareja a ver como está Miranda; ya he mandado a buscar el práctico que me ha de llevar esta noche. Me dijo Sosa ayer que había en el Cuartel General algunos tuneros desarmados que querían venir con él, si puede mandarlos me vendrían muy bien pues la gente está estropeada y porque es buena y valiente la estimo. No voy al Cuartel General porque tengo que estar sobre todos para que trabajen. No olvide los dos armamentos que le pedí ayer.—El Teniente Coronel Fuentes se me ha enfermado, espero que sea todo estropeo de la mala noche: se trabajó hasta la doce. Sobre Cascorro.

Antes de escribir y mandar la anterior comunicación y muy de mañana monté en mi rocinante y fuí con el práctico Pedroso, Pinto y Pedro a ver a Rosas, pues me dijo el primero, que anoche había entrado en el pueblo gente del General Rosas y yo quería ver por donde estaban a fin de que no nos hiciéramos daño adentro sin querer. No estaba el General Rosas en su campamento cuando llegué y mientras uno de sus ayudantes fue en su busca me habló el Fernando Fernández y me dijo que no había podido entrar anoche en el pueblo por falta de prácticos y otras cosas, pero que hoy con 50 hombres armados lo haría. La casa a donde se dirige está en dirección opuesta a la que tengo ocupada con Miranda, de modo que nos protegemos caso de que quieran los españoles desalojarnos de ellas y nuestros fuegos no se encontrarán.

Después que llegó Rosas salí con él y los que conmigo habían ido, a visitar la trinchera que ayer me enseñó más hacia el pueblo ya y mejor arreglada. Me despedí allí del General Rosas y vine a ver la mía, la que anoche hizo mi gente, trabajando hasta después de las 12. Esta está en un lugar alto y más hacia el pueblo que la trinchera de Rosas: es una posición que si es buena para tirar con armas largas al pueblo dominaría, con un cañón, las casas y fuertes.

Tengo la gente muy estropeada y al Teniente Coronel Fuentes medio malo por la mala noche, pero voy a tratar de que esta noche quede terminada la obra que completará la defensa y que me dejará llegar, cómodamente y sin peligro a la primera.

Del Comandante Miranda ni de Sosa sé aún una palabra. Supongo que estén el pueblo y nada más. Ya he mandado a Pedroso con Pedrito a ver si el práctico que los acompañó se quedó adentro con ellos o si se tiene de él alguna noticia y, al mismo tiempo a buscarme otro práctico para entrar yo esta noche en el pueblo y llegar hasta donde ellos están. Espero ya, impaciente, a Pedroso.

La gente del Teniente Coronel se me queja del estropeo por las malas noches y veo que hoy voy a hacer muy poco y que no voy a poder levantar la otra trinchera. Sin embargo, hago el esfuerzo por vencer los inconvenientes que se me presentan.

Anoche la fuerza de Rosas quemó en el pueblo tres casas en distintos lugares.

Ahora que puedo ver el pueblo, no es tan chiquito ni tiene tan pocas casas como se me decía. No se ve ni un alma y sin embargo, de todas partes nos hacen fuego. He podido convencerme de que el cañón no ha hecho nada o apenas nada.

No creo que podremos continuando el sitio tomar a Cascorro. Los soldados están bien parapetados y no les falta ni que comer ni parque. Hacen descargas cuando sospechan que pueden hacernos daño, pero sino sólo tiran alguno que otro tiro apuntando cuando ven a alguno a pié o a caballo: esta mañana cuando dejé las trincheras, tanto la de Rosas como la mía, me tiraron muchos confites máuser.

Los distintos parlamentos los han aprovechado los soldados para meter dentro de sus trincheras reses vivas de las que tienen en los alrededores del pueblo; ayer por la mañana cuando entraba la mujer que llevó el parlamento, salieron muy frescos a meter vacas. Ya he encargado a mi fuerza que no se descuide.

Veo con pena que no me ha de servir Pinto para las cosas de guerra. Le encargué desde esta mañana que se ocupara de que los hombres fueran preparando madera para la trinchera de esta noche y lo que ha hecho ha sido tirarse en el suelo a dormir y mientras tanto nadie hace nada. Yo soy el único que mide y aprecia la importancia del encargo que se me ha dado. Para los demás este es un trabajo y nada más, y como es bastante incómodo, lo hacen a disgusto y porque no pueden hacer otra cosa, pero no hay uno hoy de los que son patriotas fríos que esté aquí con entusiasmo.

Han pasado ya muchos días y además se han convenido que Don Blás no hizo nada. Hay pues que acicatear a la gente.

Al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Contestando a su parte de hoy lo hago enviándole al Comandante Jorge Martínez con cinco hombres armados, único refuerzo conque puedo auxiliarlo de momento, a reserva de que luego haya mayor número, tan pronto concentre fuerzas que he mandado marchar.

Si como Ud. me dice avanza esta noche más su línea de ataque, es probable que el enemigo se encuentre más hostigado, pues otro tanto están haciendo los demás jefes que lo asedian.

A la hora en que le escribo no tengo ninguna noticia de Castellanos.

Uno de los hombres que va es el que se apresó como sospechoso, lo que le advierto para que no lo descuide y lo ponga a cargar maderas. Patria y Libertad, a orillas de Cascorro. 30 setiembre 1896. El General en Jefe. Máximo Gómez.

Al General en Jefe del Ejército Libertador:

General:

El Comandante Diego de Miranda fue con el oficial Sosa y cinco números armados a fijarse en la casa de los Fernández en el pueblo, no pudo entrar en ella en la noche de antes de ayer que fué con el práctico Leonardo Torres; entró ayer por la mañana y posesionado de la casa hostilizó desde ella al enemigo haciéndole dos bajas vistas y otras que supone causadas al Comandante: en la plaza del pueblo se mató un caballo y una res. Ya estaban dispuestos para salir y venir con los nuestros los hermanos Fernández, los Cedeños, dos familias y algunas personas más que se encontraban en la casa cuando a las cinco de la tarde se vieron atacados por el enemigo que saliendo del fuerte principal rodeó la casa y metió por las mismas aspilleras de los nuestros sus rifles tratando de cortarle la retirada. Con un valor y entereza que es elogio para los ocho cubanos que allí estaban se echaron fuera no ocupándose más que de sus armamentos dejando atrás la ropa y cuanto habían podido conseguir y peleando cuerpo a cuerpo ganaron nuestras posiciones sin haber sufrido en esa retirada ni la más ligera herida.

El Sub-teniente Manuel Menesten armado del número de los que se defendieron en la retirada, llegó con sus compañeros hasta cerca de nuestras posiciones habiéndose extraviado, sin haber regresado a este campamento hasta la hora que doy el parte; a las cuatro de la tarde cuando la guerrilla nuestra hacia fuego desde la casa, fué herido por una bala de remington en la mano y antebrazo izquierdo levemente, el Sargento primero Benigno Ferrer. Supone el Comandante Miranda, Sosa y los demás, que los Fernández salieron y que han de estar con algunos de los otros escondidos por el monte: el práctico no ha venido con la fuerza ni se sabe de él. Cuando llegaron el Comandante y los demás, me disponía a ir en apoyo de ellos con cuatro números armados y el práctico Juan Sosa. Con la fuerza ha venido el cocinero de los Fernández, Bartolo Millán que le mando porque el puede informarle a Ud. del estado del enemigo dentro del pueblo.

Anoche continué los trabajos de fortificación siempre ganando lugar y aproximándome al pueblo.

De acuerdo hoy con el General Rosas veré la manera de tomarles *otra casa tratando de que si salen como esta vez no vuelvan al fuerte.*
Sobre Cascorro a las 6 de la mañana a 1 Octubre 1896.

El parte anterior indica lo que pasó por el pueblo con los hombres que fueron a tomar la casa de los Fernández.

Como a las 4 y media de la tarde de ayer se oyó un tiroteo y descagas dentro del pueblo; pensando yo que sería con los míos el pleito mandé que todos montaran y se prepararan para ir a auxiliar a los compañeros y mandé a un ayudante a explorar desde la trinchera al mismo tiempo que otro oficial iba por el pueblo a saber que era lo que pasaba. Con los que iban a saber lo que ocurría se encontraron los nuestros que volvían después de haberse defendido bien y haber salvado al herido, todo menos un negrito Subteniente Manuel Menesten de la Habana que se acobardó y se *desgaritó* de coraje, todos han demostrado que son hombres enteros. Un practicante de la escolta que está aquí curó al herido que es un bravo y hoy le he mandado aviso al Dr. Sonville para que venga a curarlo o diga a donde se lo mando. -Sinó lo curaré yo, que es lo mismo, creo.

En la casa de los hermanos José y Manuel Fernández estaban, a más de estos: los tres Cedeños, padre y dos hermanos, Millán, Manuel Torres, Félix Torres, el peninsular dependiente de los Fernández, Ramón, Antonio Fernández y tres mujeres: —de estos sabemos que están ya con nosotros, a más de Millán que vino ayer con el

Comandante y sus hombres, Manuel Fernández y Manuel Torres, de los otros no se sabe nada. Cree Sosa que el práctico que los llevó se quedó muerto en la casa.

Después de haber mandado la comunicación que copio antes y al Millán, recibí con mi correo la del Brigadier Vega que queda al pie de estas líneas; su lectura me hizo pensar que debía explicar mejor los hechos y tratar de recoger al Fernández y Torres, que supe andaban por San Agustín, para mandarlos al Cuartel General; cuando me disponía a mandarlos a buscar se me aparecieron y como al mismo tiempo llegaba el C. Feria y otros oficiales del Cuartel General que traían el encargo del General de averiguar el paradero del práctico añado los hombres y las siguientes comunicaciones:

Cuartel General del Ejército Libertador de Cuba.

Al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Correspondo a su comunicación detallando los sucesos últimamente ocurridos en la toma de la casa de Fernández.

Me admiro de que no hubiese ocurrido desgracia en la retirada del Comandante Miranda y me inclino a creer que hubo descuido en el momento que el enemigo pudo colocar sus rifles en las aspilleras de la mencionada casa, menos mal como antes digo, que no hayamos tenido que lamentar desgracias entre ese grupo de valientes.

Apruebo el que de acuerdo con el Brigadier Rosas continúe Ud. ganando terreno y mejorando sus posiciones sin comprometer la gente, evitando un fracaso. Patria y Libertad. Cascorro Octubre 1/896. El Jefe Interino del Tercer Cuerpo de Ejército. Javier Vega, Hay que tener mucha vigilancia con los individuos o familias que salgan del poblado. Vale.

General:

Para explorar y para ver la manera segura de entrar en el pueblo y posesionarme de la casa de los Fenández, mandé al Comandante Miranda con la orden de avisarme de todo lo que ocurriera y mandarme presos anteanoche mismo a los Fernández, no cumplió mis órdenes y deseando hacer daño a los españoles emprendió a tiros durante el día de ayer haciendo tres aspilleros que denunciaron al enemigo que eran pocos los que estaban en la casa. Siento que no hayan cumplido mis órdenes porque si hubieran estado ocultos durante todo el día de ayer, por la noche yo hubiera podido llevarles

más hombres armados y ya había escrito una comunicación al General Rosas para que diera fuerzas al Teniente Coronel Fuentes a fin de que fuera en mi auxilio; pero desgraciadamente, la exaltación del Comandante Miranda y el Teniente Sosa, me descompusieron el plan.

Le mando a los pacientes pacíficos Manuel Fernández y Manuel Torres.

General:

Le agradezco que me haya mandado su "Cubano Libre" es para mí su mejor cariño. A Feria le suplico le explique como el entusiasmo del Comandante Miranda y de Sosa me han inutilizado un plan hermosísimo que me había de dar la posesión del pueblo; pero es un fracaso que no me entristece sino que hace pensar en otro plan sin locuras ridículas. Lo quiere y lo admira su hijo y soldado.

No. 162 – 3er. Cuerpo de Ejército. Cuartel General.

Al Teniente Coronel Valdés Domínguez.

Por su comunicación aclarándonos sucesos ocurridos, veo confirmadas las sospechas que debidamente concebí al darme cuenta en su comunicación anterior.

El Jefe u oficial que no obedezca estrictamente sus órdenes, sírvase remitírmelo a este Cuartel General y con esto se evitarán fracasos como el ocurrido, que ha podido tener consecuencias irreparables.

Le remito cinco armamentos que antes de ayer envió para ser reparados.

Patria y Libertad Octubre 1/896. El Jefe Interino del 3er. Cuerpo Javier Vega.

Jefe Interino del 3er. Cuerpo

General:

Tomo nota de su atenta comunicación No. 162.

Estoy dispuesto a que nadie falte a sus deberes y con pena la he informado sobre los sucesos que han pasado.

Recibo cinco armamentos.

Le mando el práctico Pedroso, pero le ruego me lo devuelva cuando le sea posible porque me es muy necesario en el campamento.

Jefe Interino del 3er. Cuerpo.

General:

Mándeme 500 tiros porque estoy falto de parque; no sólo el que gastaron los que fueron al pueblo; sino, por el que se consumió en el fuego que desde mi trinchera nos vimos obligados a hacer para defender la retirada del Comandante Miranda. Patria y Libertad.

Vino otra comisión de los oficiales Gueren y Poey que me traían cinco armamentos.

Con Feria me mandó el General el número del "Cubano Libre" en donde aparece mi artículo "Monumento y Altar" con unas palabras escritas por él en las que me demostraba todo su cariño y afecto bueno. Guardaré aquí ese periódico como recuerdo de su cariño y testimonio de las muchas razones que tengo para quererlo. Me decía que no podía mandarme cariño ninguno, ni cañas... Ayer me mandó una caña de regalo.

Después he tenido que mandar al práctico con un asistente a buscar parque.

Y ya casi de noche ha venido otra comisión con el C. Marín que venía a buscar una corneta, con él me mandó el General periódicos, un mazo de caña, casabe, proclamas del Marqués y cariñosas frases suyas escritas en los periódicos en las que me decía lo que me mandaba y me llamaba la atención sobre un discurso de Silvela que me dice no entendía, ya lo he leído y tampoco lo entiendo; parece que no está con Cánovas, pero como español para odiarnos le dá un abrazo y hasta se besan.

Con el C. Marín viene el Capitán Fernando Fernández que viene a ponerse a mis órdenes por indicación del General. Me dijo que le había manifestado al General que mi trinchera era la más estratégica y la que daría mejor resultado para colocar el cañón y le habló de mi plan que era sin disputa el mejor para tirotear el pueblo y para tomarlo si los que mandé hubieran cumplido mis órdenes. Hemos quedado en vernos mañana a las 6 en el Cuartel General del Brigadier Rosas, para ir a hablar con el Mayor. Y me alegro porque ya tengo ganas de estrechar su mano.

Esta tarde he ido a ver la nueva trinchera que estoy haciendo en el lugar en donde había un fuerte y desde donde se domina todo el pueblo. Allí voy a poner el cañón... si me dejan.

Estoy contentísimo y me siento el hombre más dichoso de la tierra: si mi plan de meterme en el pueblo me lo ha desbaratado la estupidez del Miranda y del Sosa, el General ha visto que trabajé bien y que no fue culpa mía el que todo se trastornara, me prueba esto sus frases y su cariños; además, los demás reconocen mi competencia en la dirección de las trincheras, creo merecer la confianza del General y me importa poco que me llamen Teniente Coronel; es el grado más alto que él puede dar como General en Jefe y por eso es ese el mío, para él sé yo que soy más, y yo no necesito grados sólo necesito merecer su cariño.

Estoy contentísimo y ahora goza mi pobre alma una satisfacción que la cura de todas sus penas. Ah ¡mi Asunta, ahora soy más tuyo porque sirvo más y porque sirvo más a mi Patria. Y si muero... no me llores!

Hoy cuando tenía delante de mí al Fernández, flaco, deforme, tembloroso, con su cara de miedo, sentí pena y miré con ira a ese ejemplar del miedo y del miserable que por conservar su tienda y sus reales que debe al robo y a la usura todo son capaces de sacrificarlo. Yo no hubiera tenido piedad con él y si llego a ir a la casa y no se presta en el acto a hacer lo que le hubiera mandado lo mato; es un ser que hace daño, es un gusano asqueroso... ¡Hay tantos en este Camagüey!

Recibida su comunicación en la que me dice le envíe 500 tiros, a cuyo pedido me es imposible atender por completo por estar muy escaso de municiones pues dicho elemento no me ha llegado.

Solamente puedo enviarle doscientos tiros con los que se bandeará hasta que venga lo que espero. Patria y Libertad. A orillas de Cascorro. 1 Octubre /96. El Jefe Interino del 3er. Cuerpo. Javier Vega.

---

2 Octubre,

Jefe Interino del 3er. Cuerpo.

Recibí su comunicación con la que me acompaña 200 tiros, que me servirán hasta que pueda completarme los que le pedí.

General Avelino Rosas.

General:

Me dicen que Ud. ha puesto una línea de fuego detrás de mis trincheras. Suplico a Ud. quite de allí esos tiradores, porque sino peligran los hombres que están de guardia y sosteniendo el fuego en las trincheras. Octubre 2/96.

Temprano me levanté y después de mandar al Comandante Pedrito con un práctico a buscarme un caballo en un depósito cerca, y a que Pedrito cambiara el suyo que está muy estropeado; después que encargué del campamento al Teniente Coronel Fuentes y di instrucciones a Pinto y a los demás Jefes y Oficiales a mis órdenes, salí con un oficial de mi fuerte, de los de Oriente que es el que hace de correo por estar inútil de una mano a consecuencia de una herida que sufrió en accidente, y con Pedro, dirigiéndome hacia el Cuatel General del Brigadier Rosas para encontrarme allí con el Capitán Fernando Fernández y, según habíamos convenido ayer, ir juntos al Cuartel General del Mayor Gómez.

Así lo hicimos. Pero por desgracia para mí, el General me había mandado una orden con un oficial a quien no encontré por el camino y esto lo contrarió tanto que al verme y preguntarme si la había recibido, me amonestó por haber dejado mi puesto y me dijo que había faltado a mi deber.

Al General en Jefe.

General:

Doy las órdenes oportunas para el cumplimiento de su orden de esta fecha. Por esta parte del pueblo están quemadas las casas por ser de tejas y estar a continuación del fuente principal.

Las otras que quedan será difícil quemarlas, pero sin embargo, me esforzaré por hacerlo sin exponer las vidas de los hombres a mi mando.

Anoche terminé otra trinchera como a seis metros más allá del fuerte viejo y desde ella hostilizo al enemigo tratando de no perder tiro alguno; está preparada para cañón.

No termino sin recomerndar a su atención la constancia en el trabajo de mis hombres que con Jefes y Oficiales para todos los servicios en las exploraciones y en las dos trincheras hacen un total de veinte y cuatro. Octubre 2/96.

Mucho me dolieron las palabras del General. ¿Por qué fue? Sabía yo que Rosas y los otros jefes iban al campamento y por eso fuí yo.. Siento esto.

Ahora copio la comunicación de Gómez que más arriba contesto.

En las condiciones que se encuentra el enemigo y lo inútil de nuestra artillería, es muy posible que nos veamos obligados al sitio puesto que el asalto es imposible. En este concepto disponga Ud. que en todo el día de hoy se incendie todo lo que se pueda del pueblo sin exponer la gente a mayores riesgos. Patria y Libertad. A orillas Cascorro 2 Octubre 1896. El General en Jefe. Máximo Gómez.

Dr. Fermín Valdés Domínguez:

A retaguardia de su trinchera tengo formada una línea de batalla, que sólo hará fuego en caso de un ataque brusco del enemigo. Si resultare que este saliere, la línea que tengo a su retaguardia servirá para apoyarlo a Ud.–Patria y Libertad. Avelino Rosas.

Tuvo razón el General, yo no debía haber dejado el campamento, pero a más de no dejarlo solo, ¿no van a recibir órdenes y a dar partes todos los días el General Rosas y Alvaro y todos los jefes? Pero sin duda el General está hoy de mal humor; me lo demuestra la comunicación en que ya me habla de abandonar a Cascorro por la actitud de los soldados y por la inutilidad de la artillería; creo que por esto me trató tan duramente el General; pero no le guardo rencor, lo único que siento es que después de haber trabajado yo tanto por complacerlo y por servir bien haya perdido, con mi presentada tonta de hoy en el Cuartel General, la estimación que le merecía.

Me merezco pues, el regaño.

Y más por tonto.

He llamado al Comandante Miranda y a Sosa y a todos los prácticos para ver cual de ellos quería ir al pueblo a quemar las casas y todos me han contestado que no se atreven, pues para quemar hay que pasar por la línea de fuego del enemigo.

No sé hoy que me tiene más triste, si el regaño o la necesidad que vé el General de abandonar este sitio por imposible.

Anoche terminaron mis hombres la trinchera en el fuerte viejo preparada para cañón.

Con tan poca gente estoy admirado que haya podido hacerse una trinchera tan buena y tan estratégica que a más de servir para tirar no deja que maten a algunos de los nuestros.

— A MIS ORDENES —

Comandante Diego de Miranda
Capitán Fernando Fernández
Comandante Pedro Gutiérrez
Teniente Pedro Sosa
Tte. Coronel José de la Cruz Fuentes
Comandante Guillermo Echevarría
Comandante Jorge Martínez
Teniente Zacarías Suárez
Alférez Tiburcio Fernández
Alférez Ignacio [ ]
Alférez Aquilino Díaz
Alférez Manuel Menesten
Sargento Prudencio Valerino
Sargento Atilano Sánchez
Sargento Mateo Cepero
Sargento Pedro Larrea
Cabo Juan Yuste
Cabo Casiano Echevarría
Cabo Martín Maso
Soldados Lorenzo Cuadra
„ Gustavo [ ]
„ José Z. Fernández
„ Diego Forteza
„ Francisco Pacheco

" Miguel Navarro
" Julián Guerra
" Juan Chartran
" María Reyes

Asistentes Pablo Figuerola
" Teodoro Dercai
" Bernabé Gallié
" Policarpo Plana
" Jacinto Fraga

Jefes	3
Oficiales	4
Sargentos	4
Cabos	3
Soldados	10
Asistentes	4
Total:	28
Enfermos	2

Al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Recibida su comunicación de esta fecha de cuyo contenido quedo enterado con satisfacción.

Continúe en su puesto y déme aviso de cualquier cosa que ocurra. Patria y Libertad. A orillas de Cascorro. Octubre 2/96. El General en Jefe. Máximo Gómez.

Deje a la Señora Margarita Revé que busque á su esposo Leonardo Torres, hasta dentro del fuerte enemigo si ella quiere. Gómez.

Cumpliendo el deseo del General en cuanto se refiere a la Señora Margarita Revé, pedí al Brigadier Rosas que me mandara al práctico Pedro Llera para que trate de ver si encuentra al Torres.

Al General en Jefe.

General:

Presté a la Sra. Revé los auxilios que me pidió, y exploro para ver si esta noche al intentar dar candela a una casa puedo saber del práctico Torres.

Le mando una comisión que llega aquí de la fuerza de Tunas. No ocurre ninguna otra novedad. Patria y Libertad.

Me ha dado tristeza ver a la pobre mujer del práctico Torres. Anda la infeliz sin sosiego preguntando a todos por su esposo, llorando la muerte, casi segura, del padre de sus hijos; la viudez la hace más interesante y su estado de adelantado embarazo. Pobres mujeres y pobres huérfanos. Pero cosas son estas imposibles de remediar en esta sublime barbaridad que se llama la guerra. Estuvo aquí un momento en espera del práctico Llera y se fue alentada por mis palabras de consuelo. Le ofrecí buscar a su esposo y si sabía que se había muerto, le prometía un papel en que constara que había muerto prestando un importante servicio a la Revolución.

Después que se fue vinieron algunos pacíficos, y entre otros el Llera para explorar a ver si encontraban al Torres vivo o muerto, pero me pidieron dos números armados, pero seguro de que esta operación sin utilidad ninguna lo único que podría traer sería la muerte inútil de uno de mis soldados, les exigí a los que vinieron y al Sosa que se unió luego con ellos para ir, que me respondieran de que a mis soldados no les había de pasar nada; temerosos de lo que pudiera ocurrir me dijeron que mejor sería no ir, yo me alegré y con gusto retiré a mis soldados.

Por la comunicación que me mandó el General, veo que ya no está muy incómodo conmigo y que me habrá perdonado mi necedad de esta mañana.

Otro diría que era esta una de las tantas injusticias del General Gómez, yo no lo creo así. Creo que me merecí el regaño.

Pero si el regaño del General fue duro el que yo me he propinado es mayor.

Ojalá que lo de esta mañana no me perjudique en mi carrera.

Creo que no.

El General me quiere y me perdonará de buena fe. Confío en su corazón bueno.

Como a padre lo quiero y quiero y guardo como consejos sus regaños. El me quiere bueno y en mi puesto, por eso me regañó esta mañana.

Espero luego el correo que fue a llevarle la comunicación en que le acuso recibo de su última y le mando una Comisión.

¿Me dirá algo?

Fernando Fernández me dice que mañana nos vamos, que han dado la orden de quemar las trincheras. No sé.–El fuego de cañón empezó después de las seis; Don Blás estaba en el fuerte de Rosas en el puente y Don Temístocles o Don Juan en la trinchera del callejón. No sé el número de tiros que se han disparado, pero me aseguran que el parque del chiquito está en muy mal estado, oxidado y malo hasta el punto de que han fallado más de 40 cápsulas.

En la trinchera del cañón chiquito ha habido hoy dos heridos: un americano de los del cañón en un muslo, y un sargento de la fuerza de Rosas en el pecho; ambas heridas parece que son menos graves. Me tiene preocupado el que el gallego asistente de Pinto, prisionero de los de la línea se nos ha desaparecido ¿se habrá ido a Cascorro? Ya he dado órdenes para que lo busquen. Si lo encuentro coge sin duda la guásima.

Anoche me trajo el correo la comunicación siguiente:

Al Teniente Coronel Valdés Domínguez.

Recibida su comunicación y también la comisión que vino de Tunas quedando enterado de lo que referente a la Sra. Revé me dice. Patria y Libertad. Octubre 2/96. El Jefe Interino del 3er. Cuerpo. P. O. René de la Vega.

Me dijo el oficial que fue a llevar el parte de la tarde; que los guardias habían cogido cerca de las guardias, a un hombre, parece que es el Mauricio nuestro.

Como a las seis ha empezado el fuego de cañón y las descargas.

Durante la noche se han oído descargas y ahora mando al Teniente Sosa a mis trincheras a saber novedades.

Anoche soñé que te veía, que estabas a mi lado, que oía tu voz más cariñosa que nunca y cuando desperté rodaba una lágrima por

mi mejilla flaca y tostada por este sol tan hermoso como abrasador. ¡Qué dura es la vida para el que arrastra como yo tan larga cadena de angustias!

Pero a tu lado he de olvidarlas todas.

Tu Fermín.

S. S.(*)

No. 31

Camagüey, Cascorro

La Pica Pica

3 Octubre 1896.

Al General en Jefe del Ejército Libertador

General:

Ayer, después que salió de aquí el oficial que llevó el parte, supe que se había ausentado de este Campamento el asistente de uno de mis ayudantes, Mauricio, uno de los peninsulares prisioneros de la línea; inquirí que preguntaba por dónde estaban los guardias y el camino del pueblo y ordené a una pareja que fuera en su persecución. Hasta ahora no ha aparecido.

El fuego a mis trincheras ha sido fuerte y por descargas, pero no he tenido ninguna baja.

He quemado anoche dos ranchos.

Patria y Libertad. Sobre Cascorro.

Llegan ahora los C. Policarpo García y Pedro Yero, los que me informan que José Fernández y su dependiente peninsular Ramón, están en San Agustín: mando a buscarlos. Me dicen que Torres está préso en el fuerte.

Doce días cumplimos hoy de sitio y con poca diferencia estamos como el primer día.

Nuestra artillería ha hecho muy poco y desde las trincheras lo único que podemos es cazar alguno que se atreva a sacar la cara o a presentar el cuerpo. Los españoles están fuertes, tienen buenas fortificaciones y cápsulas y que comer y con la confianza en sus elementos de boca y de guerra no se apuran y esperan que al cabo nos hemos de aburrir o a que venga alguna columna a hacernos dejar el sitio. No sé si habrá cambiado de opinión el General y si aún seguiremos aquí, pero a juzgar por su primera comunicación de ayer, no debemos

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Legajo* No. 271, No. 11.

seguir mucho tiempo en la *parranda*. Espero que al contestarme mi parte de esta mañana, me dirá lo que debo hacer.

Al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Le remite la sal que pide. Ya está preso el soldado que se encontró fuera de la guardia y en estos momentos se le juzga en Consejo de Guerra.

Le mando al C. Fernández, para que lo deje unirse a su hermano y los pone en libertad para que vuelvan a su casa.

Apruebo la quema de la casa, procure hacer todo el daño que pueda dentro de las mayores precauciones para evitar desgracias. Patria y Libertad. Octubre 3, 1896. P. O. del Brigadier Vega. José Miguel Tarafa.

Ejército Libertador de Cuba.

Tercer Cuerpo.

Los Ciudadanos José y Manuel Fernández quedan en completa libertad dentro del territorio de la República de orden del Mayor Máximo Gómez, General Jefe del Ejército. Las autoridades Civiles y Militares le prestarán todos los auxilios que necesiten. Patria y Libertad. A orillas de Cascorro a tres de Octubre de 1896. El Jefe. Fermín Valdés Domínguez.

El ciudadano Ramón Fernández González queda en completa libertad, al cuidado del ciudadano José Fernández a reserva de lo que ordene el Mayor General Jefe del Ejército Libertador Máximo Gómez.

Octubre 3/1896.

Los Fernández me autorizan para que le diga al General que responden por Manuel Torres.

Bajas que los Fernández aseguran: cuatro muertos en el fuerte de la iglesia. Y dicen que al fuerte principal vieron llevar picos y palas que suponen que fueran para enterrar a alguno.

Al General en Jefe del Ejército Libertador:

General:

Cumpliendo su orden dejé en libertad a los hermanos Fernández dándoles un documento en donde así consta que lo hago por su man-

dato. También dejé al cuidado de los mismos y a las órdenes de Ud., al joven peninsular Ramón Fernández González. Los Fernández me dicen manifieste a Ud. que responden del detenido Manuel Torres. Envío a Ud. a la Sra. del práctico Torres que solicita se le permita permanecer en su casa hasta que los Fernández puedan arreglarle vivienda en el monte. Me dicen los Fernández que los españoles han tenido cuatro muertos en la iglesia y que ha visto llevar palas y picos al fuerte principal suponiendo ellos que fuera para abrir sepulturas.

La señora reclama una yegua del Torres que llevó Millán. Octubre 3–96.

Con una pareja mando la comunicación que precede y la Sra. del Torres que va al Cuartel General a hacerle una petición al General. He mandado una pareja porque el General me mandó a decir con el oficial que llevó el parte de esta mañana, que siempre que mandara allá lo hiciera con una pareja. El José Fernández nos ha regalado tabacos y cigarros y a Pinto le ha prometido una muda de ropa y a mí un sombrero.

Me he hecho de dos caballos: uno pintado ,de un depósito a donde mandé a Pedrito ayer, y otro negro, muy bueno que me regaló el José Fernández. Pedro sale ahora a cambiar el suyo al depósito de Policarpo García y a traerme una mula para mi acémila.

El fuego es poco hoy. Nada me dicen las comunicaciones que recibo de los planes del General. Me dicen que ya ha llegado al Cuartel General la dinamita y el dinamitero y ya esto me hace pensar que el General intenta ensayarla. Otros me afirman haberle oido decir que de aquí no se va hasta que no llegue el General Castellanos: ojalá sea así. Yo creo que después de haber estado tantos días aquí no debemos irnos sin pelear con Castellanos y tomar de cualquier modo el pueblo.

Los Fernández creen que ya están fuera los demás individuos que estaban con ellos en la tienda. Y me cuentan que el día de la pelea los soldados los metieron a todos en el fuerte, amarraron a Torres y a José le permitieron después de mucha súplica, que con sus familiares fuera a la tienda y que de ella se fugó haciendo de modo que apareciera rota la puerta para simular que los habían ido a sacar. Dice también que por sus influencias consiguió que desataran a Torres y que después de estar en su tienda le mandó hamaca y tabacos, y que sabe está suelto dentro del fuerte.

Recibo ahora —la una y media— la siguiente comunicación.

Al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Tan pronto reciba la presente orden mandará a buscar a los hermanos Fernández, disponiendo pasen a este Cuartel General. Patria y Libertad. Octubre 3–1896. El Jefe Interino del 3er. Cuerpo. Javier Venga.-Ad. Tenga especial cuidado con todos los que salgan del pueblo y proceda a apresarlos y enviarlos a este Cuartel General para esclarecer bien los hechos no sea cosa que seamos engañados, pues se dice que los Fernández no han salido por consecuencia del tiroteo, sino porque los envió el Jefe del fuerte.

Trae esta orden la pareja que fue a llevar mi comunicación y a la Sra. de Torres, que también ha vuelto sin conseguir lo que la llevó al Cuartel General. Mando a Sosa, con la misma pareja a buscar a los Fernández y al dependiente español y a todos los que después de ellos hayan salido y tan pronto como estén aquí dejaré seguir a la Sra. de Torres y —cumpliendo lo que se me ordena— mandaré al Cuartel General a los Fernández y a todos los que hayan salido. Dice la Sra. que el General está disgustado y comprende la razón. Hay en esto algo feo que no está claro.

Al Jefe Interino del 3er. Cuerpo.

General:

Cumpliendo su orden de esta mañana puse en libertad a los Fernández y ahora en virtud de su última comunicación los he mandado a buscar, le recojo los documentos en donde constaba la orden de libertad de Ud. y se los mando como me indica a su disposición. Me ocupo de ver si sale algún otro y quedo cumpliendo sus indicaciones. Octubre 3/96.

Al General en Jefe Máximo Gómez

General:

Cumpliendo la orden de esta mañana del Brigadier Vega puse en libertad al José Fernández, pero ahora que lo mando debo decirle lo que sospecho. Estos hombres son unos cobardes y como tales han vivido sirviendo a los españoles y complaciendo a nuestros jefes con regalitos, encargos y dinero, y todo esta también de acuerdo con los españoles, pues las armas y parque que nos han mandado, según ellos mismos dicen, —se los han comprado a los mismos españoles que

ahora nos hacen fuego desde los fuertes. Y si ahora después del otro día ha podido salir el José sacando cuanto ha querido y hasta un caballo que ha encontrado la fuerza a mis órdenes y que tengo aquí, a su disposición, si después de estar preso en el fuerte ha podido ir a su tienda y salir de ella sin riesgo y sin práctico, pienso que esto ha sido un nuevo negocio y dudo de lealtad de hombres tan acomodaticios. Y aún más, esta mañana le preguntaba si su salida no comprometería al práctico Torres y algo asustado, [ ] que ya lo había arreglado todo para que no le pasara nada y luego me contó un cuento que ni quise oir. Todo lo temo de los cobardes.

Me dicen que tiene Ud. dinamita: no olvide que por aquí se puede hacer algo con ella.

Falté al ir ayer a verlo y le agradezco, como enseñanza que no olvidaré, su regaño; pero me llevó el deseo de que viéramos si de mi trinchera del fuerte viejo podía hacer algo la artillería.

Tengo esperanzas de coger esta noche otros de los compañeros de los Fernández que me dicen que andan por estos montes.

Gracias por su tabaco. Desea que lo repita y lo quiere de veras su: Octubre 3/96. Sobre Cascorro.

Cuando salieron los Fernández con el oficial que llevaba mis comunicaciones y una pareja, despaché otra pareja para San Agustín a fín de que me tuviera cuidado con todo lo que allí pasara, y si alguien llegaba allí del pueblo me lo trajeran preso.

Recibo ahora, las seis y media, la siguiente comunicación del Cuartel General.

Al Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Son en poder de este Cuartel General los tres individuos que Ud. mandó esta tarde, los cuales quedan a nuestra disposición.

En la casa de estos individuos tengo una pareja para que observe si hay algún movimiento que inmediatamente de aviso. Patria y Libertad. Octubre 3/96.—El Brigadier Jefe Interino Javier Vega.

Al Teniente Pedro Sosa,

Persónese Ud. en San Agustín, en la casa que habita la familia de los Fernández. Si a más de la pareja que mandé, está allí otra del General Vega, llevará Ud. la mía a la casa de Chano Gómez, en donde

la dejará Ud. con instrucciones de que permanezca allí hasta por la mañana; si la pareja del General Vega le dice que tiene orden de retirarse al Cuartel General mañana, pero si no es así y la pareja de Vega tiene instrucciones de permanecer en San Agustín, entonces le dirá a mi pareja que se quede hasta nueva orden en la casa de Chano cumpliendo allí las mismas instrucciones que le dí al mandarla a San Agustín. Cumpliendo esta comisión volverá a este Cuartel el Teniente Sosa. Patria y Libertad. Octubre 3/96.

Me dijo anoche Sosa, antes de llegar aquí el oficial que hace el oficio de correo con la contestación del Cuartel General que había otro lugar y otro camino por donde los que salían del pueblo podían llegar a otra casa, la de Chano Gómez y al leer la última orden de Vega lo despaché con la comisión que consta en la instrucción que copio arriba.–Volvió Sosa a las 11 dejando a la pareja de Vega en San Agustín en casa del Gómez, manifestándole que un moreno muy viejo, que es el único habitante de esta casa, pues la familia se ha ido al monte, le dijo que por la tarde habían estado allí tres hombres montados y sin armas que con insistencia le habían preguntado por *los que habían salido del pueblo.* Es el moreno este, vecino antiquísimo de este lugar y por lo tanto conocedor de todos los que por aquí viven; es pues de suponer que los tales eran de *afuera* o de *adentro.*

Me escamo. Y sigo esta pista. No hay que perder este rastro, y por eso doy ahora —las cinco— a Sosa la orden siguiente:

Teniente Sosa:

Se pondrá en camino hacia la casa del Chano Gómez a donde dejé mi pareja y hará de nuevo preguntas al moreno viejo sobre los desconocidos del día anterior; quemará la casa del Gómez y todas las que estén en los alrededores y traerá con la pareja a San Agustín al negro viejo, dejando allí mi pareja.

A la una menos cuarto de la madrugada oimos un tremendo dinamitazo. Mando a Pedrito a informarse que si desde mis trincheras se ha podido apreciar sus efectos.

General en Jefe del Ejército Libertador.

General:

Ayer cuando llegó aquí la Sra. de Torres, la detuve aquí hasta que llegaran los Fernández a quienes mandé a prender cumpliendo su orden y lo hice para evitar que se hablaran. Al mismo tiempo que le mandé a los Fernández, dejé seguir a la Sra., pero acompañada de una pareja con orden de que se quedara en San Agustín.

Machuca.

Escribiendo la comunicación anterior que no llegué a concluir ni a mandar, recibí a las seis y media la siguiente orden:

Al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Inmediatamente que reciba la presente comunicación proceda a recoger toda su gente marchando con ella al camino de Sibanicú hasta unirse con nosotros. Patria y Libertad. Octubre 4/896. El Jefe Interino del 3er. Cuerpo. Javier Vega. Ya había salido el Teniente Sosa a cumplir mi orden cuando llegó la del Brigadier Vega. Mandé a recoger la pareja y a decir a Sosa que viniera. En menos de un cuarto de hora estaba lista la gente, pero Sosa, que era el práctico, y Miranda que a mi juicio también debería saber cual era el camino de Sibanicú no llegaban: a las 9 se aparecieron y a esa hora emprendimos marcha llegando aquí a los 10 y ½.

Me presenté al General Gómez que me recibió bien y me dijo que quedara al frente de la fuerza que he venido mandando. Y ya estoy acampado en un montecito cerca del Cuartel General; de orden del General he parqueado a 20 tiros mi fuerza y... nada más, porque nada más sé.

Por el camino vimos en lo alto del pueblo de Cascorro la bandera española, pero también en el fuerte de Rosas lucía nuestra hermosa bandera. Si por la comunicación de Vega parecía que dejábamos el bloqueo y levantábamos el sitio, la bandera en nuestro fuerte me hizo pensar que no era así.

Cerca de este campamento encontramos que volvía hacia el punto de donde habíamos salido al Teniente Coronel Alvaro Rodríguez que me dijo:

—Quedo sobre Cascorro con fuerzas de infantería y algunos de caballería, y creo que Uds. volverán quizás esta noche misma al lugar que acaban de dejar.

¿Pelearemos hoy?

Pedrito, Sosa y su pariente, se han incorporado, el primero a su Estado Mayor y los otros a la escolta del General.

Cartagena, Octubre 6.

Debo anotar como servicio prestado por mi fuerza anteayer que un pelotón de 10 hombres con un oficial fue a cubrir el lugar que dejó la fuerza del Brigadier Lope Recio que se mandó salir.

El General me ha recibido con mucho cariño y me ha demostrado que aprecia mis servicios. Hemos hablado largo sobre la entrada en el pueblo que me descompusieron el Comandante Miranda y el Sosa. Si cumplen mis órdenes ya tendría yo puesto entre los hombres más útiles en la Revolución.

Supe entonces que había salido de Minas con rumbo hacia acá, una columna de 3,000 ó más españoles con Jiménez Castellanos que había de dormir en el ingenio demolido "Oriente" de Luaces.

Ayer muy temprano me llamó el Brigadier Vega para ordenarme que con mi fuerza fuera a emboscarme en un cayo de monte nombrado La Marina para tirotear, al paso, a la columna. El General me dijo que no quería dar ahora batalla alguna sino hostilizar todo lo que fuera posible a la columna para que al llegar a Cascorro que ya estaba casi destruido y con los heridos que necesariamente tenemos que haberle hecho a la fuerza sitiada, llevaran más bajas, que concentraba las fuerzas para batir la columna al salir, ya volviera sobre su rastro o se dirigiera por el otro lado del pueblo a Guáimaro: eran las 4 de la mañana cuando recibí la orden. Me dio como práctico del lugar a donde debía emboscarme al capitán Benítez; con el auxiliar del Jefe de día me indicó el propio Brigadier que podía recoger el pelotón de mi gente que tenía prestando servicio y seguir a mi operación. Contento dejé a los generales, puesto que ya empezaba a prestar servicios importantes y se tenía confianza en mí, como Jefe militar, cuando se me encomendaban. En aquel momento me olvidé, en mi entusiasmo, de mis pies sin uñas y de mis ojos y de mis espejuelos; se me indicaba que hiciera una operación de infantería y me alegré, pues eso me demostraba que para todo servía, puesto que tenía que desmontar a toda mi fuerza para que la emboscada fuera útil y debía dejar los caballos de todos a larga distancia de La Marina para que no fueran a perderse caso de que el enemigo nos atacara por flancos o persiguiéndonos en el monte. Al dejar a los generales y para que mi alegría y mi orgullo como cubano y mi anhelo de servir a la Patria tuviera un premio, Dorticós —el escribiente del Jefe de Des-

pacho del General Gómez— me dió dos cartas: una tenía sello cubano y a la luz de una vela del campamento leí el sobre y conocí tu letra. Al darme las cartas me dijo Dorticós que es un buen muchacho, pero un muchacho sin talento.

—Tome estas cartas Dr., para que si lo matan lea antes noticias agradables.

Y, a pesar de su broma algo pesada, y más que pesada tonta, pensé que la suerte quería que para que nada faltara en mi alegría venía tu carta a darme ánimo y fé en la gloria: la Patria premiaba en aquella comisión militar todos mis afanes y tú me recordabas que tu corazón bueno y amoroso latía al lado del mío.

Poco más de las 4 eran entonces, aún no se veía y los momentos eran preciosos, no se podía perder ni un minuto para poder ocupar la posición antes que el enemigo pasara. A la carrera recogí mi gente y con pena tuve que hacer entender a todos, hasta al Teniente Coronel, que yo era el Jefe, que yo era el que mandaba. Después de unos minutos ya estábamos marchando; recogí mi pelotón ya de día pasé por el que fue pueblo —Sibanicú— y por allí, en una pequeña parada que hice para reconocer unos hombres que iban por el camino que teníamos que llevar rompí el sobre de la carta con sello y y ví tu carta, abrí la otra que tenía el sobre escrito con lápiz y besé tus cartas, vidita mía, y a caballo —de camino— las leí de prisa. Al ver tu letra, al leer las protestas santas de tu amor me sentí fuerte, y me pareció que las balas no me habían de hacer nada. Anduvimos como una legua llegando a una casa en donde había una vaquería y allí dejé la impedimenta y los hombres que no podían pelear por enfermos o desarmados. Con un práctico, que allí tomamos, seguí hacia La Marina, antes de llegar —como media legua o más— dejamos los caballos y con otro práctico que habíamos tomado en otra casa del camino y los hombres que llevábamos de la fuerza con ese objeto y con Pedro a quien hice entrega del mío, los devolvimos para que los escondieran en lugar seguro y seguimos a pie. Indeciso anduvo Benítez en el lugar que debíamos ocupar para la emboscada, ocupamos primero la punta de un cayo de monte que no tenía retirada, y por creer Benítez que tenía razón un Comandante de los míos que llaman *el Bayamés* en pensar que aquel era mal lugar porque la fuerza española podía flaquearnos y cogernos entre dos fuegos y fusilarnos, salimos al callejón que rodeaba el monte y limitaba el camino del monte por una cerca de alambre: allí discutimos sobre el lugar y decidí que el Comandante Miranda, con dos números, ocuparan el extremo del callejón en frente de una ceja de monte y nosotros fuéramos a emboscarnos en el monte que se extendía a la

derecha del potrero por donde habían de venir los españoles, pues ya me dijo un capitán de una fuerza de caballería apostado en ese mismo potrero, que los había visto que, en columna cerrada y flanqueando a derecha e izquierda, venía la fuerza española. Poco tiempo después de estar en el monte nos pasaron por encima cuatro balas de cañón. Antes de llegar a él lo exploraban a cañonazos. Oimos el fuego de nuestra fuerza de caballería que los esperaba en la sabana y las descargas de los soldados. Aquel fue momento de ansiedad, y para mí de gloria, pues me sentía jefe y me parecía por la tranquilidad que sentía, jefe de veras. Benítez ocupó el lugar en la cabeza de una vereda y a su lado estaba el Teniente Coronel Fuentes y a distancia mis otros oficiales, clases y soldados hasta el número de 20; mi fiel ayudante Pinto estaba a mi lado. Dejamos pasar la vanguardia de la columna y cuando un oficial a caballo que venía al frente de los flanqueadores marchaba por delante de nosotros, fijándose hasta en el menor hueco o palo del monte, dí la voz de fuego: la descarga fué nutrida y a la primera siguió la segunda y la tercera y luego el fuego graneado. Después de nuestros primeros tiros, las descargas de los enemigos fueron nutridísimas, bestiales, tres veces hicimos fuego gastando nuestros hombres de 10 a 20 tiros cada uno. Las descargas de los españoles, llegando hasta la misma boca de la vereda, fueron más de cincuenta, pero no se contestaron con descargas, nos hicieron más de veinte disparos de cañón. Después de los disparos mi gente obligada a retirarse por el fuego que nos hacían, cogió el monte y me empujaron y me hubieran hecho caer enredado por las ramas, sinó me hubiera cogido del brazo de Benítez, —siendo— como era mi deber, el último por la vereda en la necesaria huida. Sin embargo, el machete se me salió del tahalí que estaba roto y que quiero porque es el mismo que traje en la expedición, y se me quedaron los espejuelos enredados es una rama del monte.

El Ripio.

Pero no perdí ni una cosa ni la otra; encontré los espejuelos y llevo en el cinto mi histórico machete.

Me retiré resistiendo el fuego.

Las descargas españolas y los cañonazos se sucedían de una manera espantosa; como un cuarto de legua o menos, anduvimos hasta encontrar el cauce de un arroyo y allí nos detuvimos para ver si alguno faltaba y convencerme de si había habido alguna baja entre los míos. Todos estábamos allí, sanos y salvos. El Teniente Coronel La Cruz, Fuentes y otros de los suyos no estaban allí, pero no pensé

que faltaran por haber sufrido alguna herida, sino porque el deseo de dejar el monte y de huir a los tiros, y quizás temerosos de algún flanco de los españoles, se habían salido y quizás ya estarían afuera y hasta a caballo. Menos de media hora pasé en aquella cañada y con el acompañamiento de los cañonazos y las descargas españolas, leí dos amorosas cartas tuyas que había recibido aquella mañana, otra vez tus cartas y las volví a leer. A la hora y media próximamente ya no oíamos fuego y al estruendo de los cañonazos sucedió el silencio y la tristeza de la soledad del bosque; entonces emprendimos la tarea de volver por el mismo rastro hasta el punto por donde habíamos entrado revisando los lugares en donde habíamos sostenido el fuego: no olvidamos que faltaban algunos de los compañeros y no debíamos salir de allí sin antes ver si habían caído heridos o muertos; a nadie encon-contramos y llegamos hasta el lugar por donde habíamos entrado en el monte. Estaba otra vez por el camino que tiene de un lado el monte de donde acababa de salir y del otro la cerca de alambre que lo separa de la sabana de potrero por donde acababan de pasar los soldados. No encontré al Comandante Miranda ni a la pareja que le dejé para que cubriera el camino y nos avisara con su fuego caso de que el enemigo quisiera flanquearnos y envolvernos en sus fuegos. Seguimos a pie en dirección de la casa a donde suponíamos que estaban nuestros caballos; como dos cordeles habíamos andado cuando nos fijamos en un grupo de hombres que se ocultaban a nuestra izquierda, entre unos maizales y por donde debían haberse retirado los españoles; supusimos que por el paso del río que nos quedaba por el camino que teníamos que pasar pudiéramos encontrar españoles, pues aquel grupo nos indicaba que por allí andaba el gringo. Para evitar un encuentro fatal para nosotros que a más de ser pocos estabámos a pie y casi sin parque, ordené que nos fuéramos costeando el monte para evitar un encuentro y tuve que requerir a Benítez que quería quedarse a la retaguardia para tirarle al grupo que nos parecía ver en el monte y que suponíamos enemigos. Cuando dejábamos el camino para subir al monte nos dieron alto al frente del rumbo que llevábamos al principio, pronto nos reconocimos; eran fuerzas del General Rosas y el Comandante Miranda de los míos que ya venía a caballo. Me explicó Miranda que después de defender su puesto y hacerle fuego al enemigo por el flanco que nos tiroteó, y cuando éste iba de retirada, había ido a la casa en donde quedó su caballo, que allí había encontrado al Teniente Coronel Fuentes y otros, que mi caballo se lo había llevado Pedro a donde estaba la impedimenta y a más de darme la triste noticia para mis pies de que aún tenía que andar más de una legua para dar con mi jaco, me dijo que venía con aquella gente del General Rosas porque éste le había puesto a sus órdenes para que fuera a

emboscar la fuerza en el mismo monte en donde yo había estado tiroteando al enemigo, pues después de la columna que acababa de pasar, suponía Rosas que venía otra.

El Cacahual, 9 Octubre.

A poco andar encontré al General Rosas, le hice comprender su equivocación, puesto que —a mi ver— la columna había pasado ya y seguí montado en un caballo de un práctico hasta que —como a dos cordeles— encontré a Fuentes a caballo y más adelante a los otros. Había cumplido la orden que recibí del General y yo pensé que debía seguir a la columna con poco parque y con la impedimenta, tomándome facultades que no tenía, puesto que el General sólo me había mandado a emboscarme y no creí que debía ir cuando ya las otras fuerzas de caballería se habían retirado. Recogí la impedimenta, después de almorzar un buen ajiaco que nos había preparado los asistentes, como a las cuatro de la tarde llegué al campamento en donde nos esperaba el General.

Sentados o acostados en la yerba estaban el General y todos los de su Estado Mayor a más los Brigadieres Vega, Rosas y Lope Recio, Peña, el médico Marrero que está como comandante de ejército a las órdenes de éste y muchos más. Me desmonté después de hacer formar a toda mi fuerza; mandó el Brigadier Vega que acampara cerca del Cuartel General y después que dí la orden fuí a sentarme al lado del General y a darle cuenta de la operación que habíamos realizado. Benítez le dijo al General que no me mandara a operar de infantería pues no podía yo andar. El General me dijo:

—Es verdad que olvidé de sus pies, pero Ud. debía habérmelo recordado.

—No debía hacerlo General —le respondí. Mi deber me obligaba a cumplir sus órdenes y nada más.

Me demostró con sus palabras que no tenía queja de mí y después de hablar de mi operación y de la huída de mis orientales que me dejaron casi solo y de una familia camagüeyana en cuya casa dejó Benítez un caballo y que a mi vuelta lloraba la pérdida de un caldero y de una hamaca vieja y de alguna comida que le quitó la fuerza de Rosas cuando huyendo de los españoles andaba oculta por el monte y se lamentaba amargamente de la guerra por las pérdidas que sufría en sus baratijas y por no poder vivir como en la paz, después de recordar que la que más se quejaba era una joven soltera, con aspecto de casada y que usaba intimidades con el joven y simpático Benítez,

—me fuí a *donde* habían acampado mis gentes a la sombra de unos mangos y— como no se podía armar tienda, me tendí en la yerba y volví a leer tus cartas...

Para ir a tirotear al enemigo, fueron designados por el General el Capitán Benítez y el Comandante Miranda a los que autorizó para escoger 8 ó 10 hombres para que los acompañaran. Con extrañeza vi que Benítez vino a mi campamento y —sin contar conmigo— sacó los hombres que quiso y aumentó aquella cuando ví llegar al Jefe de día y me dijo:

—El General que entregue Ud. la fuerza al Teniente Coronel Fuentes y que vaya a unirse a él. Confuso y asustado entregué la fuerza y fuí a buscar al General: me incorporé a él de marcha pues iba a acampar muy cerca. Me fuí hasta él y le dije:

—Me han dado la orden de que entregue la fuerza y así lo he hecho, pero acaso, ¿es por qué he faltado en algo?

—No, me contestó. Esa fuercecita no es para Ud., ya le buscaré mejor puesto. Yo no tengo queja ninguna de Ud.

Y con estas palabras seguí tranquilo a su lado.

De Machuca salimos aquel inolvidable día cinco, para la embosca al volver estaba el General en Cartagena.

Me invitó a comer el General y usó conmigo muchas atenciones. Estaba yo contento.

---

10 Octubre, La Araucana.

Aquella noche llovía torrencialmente y yo me mojé de lo lindo.

Benítez y Miranda parece que no pudieron hostilizar mucho al enemigo aquella noche. Del campamento apenas si oíamos el fuego. Y así llegó el día 6.

El día 5 hirieron a Calunga, a un oficial Luaces, a Miguelito que le abrió una bala de máusser un ojal en el pabellón de la oreja izquierda, al capitán que mandaba la fuerza de caballería que tiroteó al enemigo en La Marina y otros más.

Incómodo amaneció el 6 el General con Benítez y Miranda porque parecía que los tiros no habían llegado hasta donde estaban acampa-

dos los españoles y porque ya era cosa pública que Rosas no había peleado, no creo yo que por cobardía, sino porque estos camagüeyanos son muy suyos y ya les estorba el extranjero, aquí el que no es camagüeyano se lo lleva la trampa.

Formó el General la fuerza de infantería, incorporó a ella desmontándolos, los hombres que yo mandaba, le dió instrucciones a Rosas y todos preparados para esperar al enemigo que suponíamos saldría, ocupamos nuestros puestos, las casas se recogieron y la sanidad y la impedimenta se retiraron a lugar conveniente.

Benítez y otros jefes seguían tiroteando al enemigo que contestaba con algunas descargas. Por la tarde salió Rosas con su fuerza a atacar en sus campamentos a los soldados; el pobre Rosas me decía triste:

—Se ha dudado de mí y yo le he dicho al General que si es necesario ir a donde está el enemigo, iré, pero que si es preciso para demostrar que se pelea traer heridos, el primero de todos seré yo.

Aquel día a más de la impaciencia natural, nada más tuve que anotar en la memoria que se refiriera a los asuntos de la guerra; pero aquel día recibió el General cartas y periódicos de Nueva York en los que vimos anunciado ya en "El Porvenir" el desembarco de Pancho, el hijo del General. Llegó también aquel día de Las Villas el joven Guzmán, de Matanzas, comandante y ex-médico, empleado ahora en la sub-inspección militar de Sancti Spíritus.

Por la noche las descargas y tiros nuestros y las nutridas descargas del enemigo fueron muy frecuentes. Como a la una de la madrugada llegaron 3 ó 4 heridos que fueron inmediatamente curados por Sonville —que es el médico de la infantería— y por los doctores Molinet y Pérez Abreu.

Los lamentos y quejidos de aquellos pobres heridos que venían a caballo unos y en camillas otros, sufriendo un fuerte aguacero, me despertaron.

En la mañana del 7 hicimos los mismos preparativos de combate que el día anterior.

Habían llegado al campamento tres hombres del pueblo de Puerto Príncipe, de los cuales el uno traía el importe de la contribución que antes cobraba el Gobierno cuando se permitía que se sacara ganado para el pueblo y con ese dinero quería venir a comprar su vida, puesto que había robado el ganado para luego llevarlo a vender al pueblo.

El General el día que llegaron estos hombres, que no son en puridad más que unos cuatreros, les habló bien claro y les hizo comprender, que no creía en patriotismo de los que han ofendido a la Patria con hechos bajos y ahora, después de cometida la falta, quieren comprar con unas monedas la honra que no pueden tener ya. Venían muy bien montados y equipados: el General los desmontó y los mandó a las filas de la infantería.

Desde las primeras horas de la mañana, a lo lejos, se oían fuertes descargas. A la madrugada había mandado el General a una pareja exploradora y aún no había vuelto y ya iban siendo las siete. Tocó el corneta llamada y pocos momentos después estábamos de marcha —hacia el lugar en donde estaba un retén—. Llegaron al fin las noticias de que el enemigo se iba hacia San Miguel y que el fuego que se oía había sido con fuerzas de Casstillo y otros que cubrían los caminos que están del lado por donde se va al pueblo de San Miguel. Hicimos un momento alto para organizar la manera de perseguir a la columna que dejaba a Cascorro y se iba huyendo: al General Rosas y al Coronel Peña se les mandó que siguieran por la retaguardia de la columna y nosotros emprendimos la marcha para tratar de salirle al encuentro por el camino. Como a las ocho de la mañana dejamos todos el campamento, nos seguía la sanidad y la impedimenta, y las 11 serían cuando hicimos alto para tomar —los que lo llevábamos, algún tente en pié; habíamos dejado atrás al que fue pueblo de Sibanicú, y sin parar, llegamos por Sitio Viejo a Jacinto en donde oimos tiros; allí nos preparamos para el combate, desmontó el General como a 40 hombres para que fueran a pelear de infantería, Rosas y Peña y otras fuerzas, seguían sin descansar a la columna, emboscándose o saliéndole al paso en las veredas que tomó para huir, temerosos los soldados de ir por los caminos reales por ser casi toda la numerosa columna de infantería; a las descargas se sucedían los cañonazos.

Volvimos sobre nuestros pasos los de caballería, dejamos a la infantería que siguiera a la columna y nosotros nos fuimos llevando los caballos de los que habíamos desmontado y allá a las cinco de la tarde dejando atrás una larga vereda salimos de sabana mala y cenagosa rodeada de palmas canas y arbustos próxima a la trocha por donde la columna se dirigía a San Miguel, sabana que se conoce con el nombre de "El Desmayo". Al llegar a ella oímos dos descargas y varios cañonazos. Mandó el General un reconocimiento con fuerzas de la escolta y pronto volvimos a oir fuego; cuando volvió este reconocimiento ya era casi de noche; al salir los exploradores fuera de la sabana "El Desmayo" tuvieron ligero tiroteo con la vanguardia enemiga que se replegó sobre su columna, la que desviándose sobre su

flanco derecho fue a pernoctar sobre la Trocha de San Miguel a Guáimaro, a dos leguas de San Miguel, ocupando el paso del río.

Nuestras fuerzas habían tenido fuego con otra española que iba a toda carrera a meterse en el pueblo de San Miguel; en la huida hicieron los españoles algunas descargas. Acampamos allí y casi todos pensamos que ya la columna nos había burlado y que después de tanto andar se nos iba sin poderla batir.

Descontentos con estas ideas tendimos las hamacas después del toque de retreta y ya iba a mandar que desensillaran y me disponía a tomar unos plátanos salcochados que era mi única comida en aquella noche oscura en la que al cansancio unía yo la tristeza por ver que se hacía imposible el deseo del General, cuando tocó llamada nuestra corneta de órdenes; monté y con trabajo, por la oscuridad de la noche, dí con el General que ya iba de marcha.

¿A qué obedecía este cambio de campamento? El General había mandado otro reconocimiento y por él supo que no era la columna la que había entrado en el pueblo que había sido una fuerza exploradora de la misma y que la columna estaba durmiendo a corta distancia de nosotros y tenía emboscadas en los caminos que salían a la trocha y al río; por esto quiso alejarse más el General, pues como nuestro campamento era de caballería podían sorprendernos los españoles, con fuerzas de infantería y poner el espanto y hasta desmoralización en nuestras fuerzas. En nuestro nuevo campamento, en el camino de San Miguel a Arencillas, pasamos la noche sin quitar monturas ni poner tiendas.

El Combate, Día 8 Octubre

Oscuro todavía montamos y volviendo sobre el camino que habíamos hecho la noche antes, nos dirigimos a El Desmayo, sabanazo que está antes del monte que oculta el camino de la trocha de Guáimaro a San Miguel. Al ser de día llegamos allí y las descargas en distintas direcciones algo lejanas para indicarnos que las hacían fuerzas nuestras que atacaban por retaguardia a la columna y las fuertes descargas de ésta nos indicaron su proximidad. El General desplegó en batalla a la izquierda del regimiento de Labrada y a continuación de éste, a la fuerza que manda el Brigadier Lope Recio quedando la cabeza de éste en el monte; a la derecha desplegó el regimiento expedicionario. El estado Mayor con el General ocupaba el centro; a su vanguardia estaba, en batalla, la escolta.

Ordenó el General que una pareja se situara en una vereda del monte, a la derecha, vereda que venía de la trocha y por donde podía el enemigo echar un flanco y al mismo tiempo mandó por el frente un grupo de la escolta para que tuviera cuidado del otro claro del monte por donde también podía flanquear el enemigo. La pareja de nuestra derecha (que la formaban Pedrito y Benítez), dijo que se oía el vocerío de la gente como que iba de pasada. Eran las 6 cuando los exploradores del frente hicieron su primera descarga al enemigo. Momento fue aquel hermoso. El General al frente de su escolta se levantó sobre sus estribos y con voz segura gritó:

¡Adelante la escolta: corneta a la carga!

Y todos seguimos al Jefe de nuestra Revolución, el fuego se hizo general, seguimos hasta ponernos frente al flanco, que en ángulo había desplegado el enemigo para defender la marcha de la columna. Tocaron luego alto las cornetas pero ya nada detenía a los valientes de la escolta que fueron hasta los lugares ocupados por los enemigos a la voz de su heróico jefe el Teniente Coronel Bernabé Boza. Como 500 hombres formaban el flanco que nos apuntaba nutridísimas descargas; más de dos horas duró el fuego, contestando a él los nuestros con entereza de hombres. Pero no se contentaron los soldados con las descargas, nos tiraron más de cuarenta cañonazos. Las fuerzas del Brigadier Recio les hicieron fuego por el monte, teniéndose que retirar porque estaban entre dos fuegos del enemigo. Por secciones fueron entrando en fuego las fuerzas de Labrada y del regimiento expedicionario y un grupo de infantería que vino en una exploración del General Rosas, todas pelearon como valientes; y mientras allí nosotros resistíamos el fuego y los obligábamos a defenderse con sus descargas y cañonazos, otras fuerzas seguían tiroteando a la columna a retaguardia: a las tres horas unos cañonazos nos indicaron que ya entraban en el pueblo de San Miguel.

No es posible hablar de valor personificándolo en alguno de los grupos o regimientos que allí pelearon; todos se portaron con igual denuedo. El ángulo que formó el flanco del enemigo fué potentísimo, como ya antes he dicho, allí se reunieron muchos hombres de infantería y sólo el heroísmo de nuestros soldados pudo ofrecer bastante resistencia para que el flanco se retirara con la columna llevándose sus heridos y sus muertos, y con estos, todo el miedo conque venían huyendo desde que dejaron a Cascorro.

A todos los soldados, a todas las fuerzas hay que tributar iguales aplausos, a los que vinieron con Rosas y Peña persiguiéndolos, a los que los tirotearon al salir de Cascorro, a las fuerzas que los esperaron a su entrada a San Miguel y a los que al lado del General Gómez y

de otros jefes pelearon, a todos hay, que cubrir con una misma corona de laurel. Y también debe haber frases de elogio para la Sanidad; en ella está como Jefe insustituible de la del Camagüey, el Dr. Molinet y a su lado trabajaron como médicos idóneos y como patriotas probados, Pérez Abreu, Sonville, Cossío y los practicantes y sanitarios. En esa mañana inolvidable para mí y para todos los que amen las glorias de nuestra revolución, tuvimos 21 bajas: 18 heridos y 3 muertos.

En los últimos momentos del combate echó pie a tierra el General y desde una altura a la sombra de un frondoso árbol, agrupados todos a su lado, oimos las descargas y siguieron pasando por nuestro lado las balas. Una granada cayó casi a nuestros pies sin reventar. El General daba sus órdenes con la precisión del buen capitán y parqueaba por su mano a los grupos que mandaban a la pelea. Era cosa que entusiasmaba como todos se disputaban el honor de ser los designados para ir a la pelea, y no olvidaré a aquellos cinco hombres de la infantería que se presentaron animosos a ir a emboscarse en lugar difícil y peligroso para desde él tirar a los que defendían la retaguardia de la columna. A uno de estos le preguntó alguien por el que los había mandado practicar la exploración.

—¿Dónde quedó el teniente?—le preguntaron, y el contestó:

—Teniente no, capitán, que si no lleva ahora más que dos estrellas es porque anoche perdió la otra en la pelea.

El General aplaudió este rasgo del soldado que sabía defender a su jefe.

Pero apuntar detalles de valor sería imposible allí en donde en cada hombre, en cada herido que tinto en sangre pasaba orgulloso por nuestro lado, podía comprobarse que la Revolución que tiene soldados como estos, escribe un heroísmo más en cada página de la historia de nuestros gloriosos combates.

Después de ordenar la marcha, cuidando el General de que los heridos fueran conducidos con todo el esmero necesario para así cuidar sus vidas tan amadas para él y para todos, —montamos todos a su mandato.

—Hay que reconocer el campo General, dijo el Mayor Gómez al Vega.

—Mandaremos una pareja, indicó éste.

—Iremos nosotros, pensó el General y todos los seguimos.

Atravesamos la sabana y pronto estuvimos en el lugar por donde los soldados habían echado el flanco, allí estaba su rastro sobre la yerba y los hilos y el olor a ácido fénico y las manchas de sangre que denunciaban los heridos que habían tenido que curar en el mismo campo de batalla; pero estas huellas eran más claras mientras más nos acercábamos al camino de la trocha que había traído la columna. Pasamos la zanja que lo limita del monte y desde él vimos las casas de San Miguel. Allí vinieron a saludar al General los Jefes Rosas y Peña. El General les encargó que volvieran hacia atrás para que reunieran toda la fuerza pues manifestaron que algunos de nuestros infantes, por lo penoso y forzado de la marcha, se habían quedado por enfermos en el camino; a la vez les encargó que hicieran escrupulosamente un reconocimiento de los lugares en donde habían peleado, y después de ver nosotros los caballos muertos que dejaron en la marcha los españoles, nos retiramos para unirnos a las fuerzas que nos esperaban en la sabana, puesto que la Sanidad con los heridos, un grupo armado y las impedimentas ya iban de camino. Corta fue la marcha y nos detuvimos en Los Ripios para almorzar y descansar unas horas a la sombra de unos hermosos anoncillos, lugar por donde pasamos angustiados el día anterior y en donde nos detuvimos un momento para comer la fruta que nos brindaban sus hermosas ramas. Pero que distintas emociones llenaban ahora de fe y de noble entusiasmo nuestras almas; el día anterior todos estábamos cansados y pensativos; el general serio y con la cabeza baja, meditaba y pensaba quizás como todos; que el enemigo podía burlarnos y escapársenos sin poderlo batir; ahora estábamos alegres y en la cara del digno General se leía la satisfacción del triunfo. Los heridos ya curados fueron acampados en un buen rancho y nunca ha presentado a mis ojos más interesante aspecto, campamento alguno, como aquel campamento. Premiaba el General con frases de afecto los heroísmos de todos, y debajo de la hermosa mata de mamoncillos se libró el más cómico y animador combate: los rancheros y no pocos soldados, subieron a cortar grandes ramas, y al caer, jefes y oficiales y soldados, se confundían como adolescentes disputándose un ramo de la fruta fresca y azucarada. Las comidas del día anterior habían sido pobres y muchos se habían pasado todo el día sin probar bocado alguno, en cambio el almuerzo de aquel día fue abundante y sabroso: lo condimentaba la alegría de todos.

Allá, cerca del lugar del combate, quedaron nuestros muertos y con ellos la bendición del ángel de la Patria. No están solos, que en cada rayo de nuestro sol hermoso y en los pálidos reflejos de la luna de nuestro cielo les va todo nuestro amor. No están ni pueden estar

nunca muertos para nuestros corazones. ¡Qué pronto podamos escribir sus nombres sobre la tierra que los guarda!

---

11 Octubre.

Los propósitos de nuestro jefe, del primero en la Revolución y en el afecto y respeto de todos los cubanos, —han venido a demostrar esta vez, como todas— que sabe escoger la manera de humillar a las fuerzas españolas.

No lo llevó al sitio de Cascorro la idea de tomar el pueblo, quiso de esa manera demostrar que los españoles están a la defensiva y que convencidos de su impotencia para la lucha a campo abierto ya no pueden batirse sino encerrados en sus fortalezas; que bien sabía el General Gómez todos los elementos conque contaba la guarnición enemiga de aquel pueblo para resistir el sitio; pero a pesar de esto, los nuestros fueron a tirotearlos hasta dentro del pueblo mismo, se quemaron todas las casas de guano y muchas de tejas, llegando el arrojo a que ocho soldados nuestros se posesionaran de una casa, que desde ella tirotearan el fuerte, le hicieran numerosas bajas y se retiraran dentro del fuego sin que sus soldados se atrevieran a salir de sus madrigueras y sin sufrir nosotros en este loco y heróico alarde, más que un herido leve. En el sitio los disparos de nuestra pieza destruyeron la iglesia y otras casas fortificadas y aún en el fuerte causaron la muerte de muchos soldados. Quiso demostrar con el sitio el General a más de lo que ya apunto, la debilidad de los que allí se resistían, debilidad que se patentiza en las contestaciones del jefe español a nuestros parlamentos, puesto que se dirige al General Gómez como Jefe de un ejército en oficio atento y mesurado en la forma. Las Minas, Puerto Príncipe y Guáimaro, son centros militares españoles y sin embargo, hasta los trece días de sitio no apareció la columna, fué tiroteada esta y batida al irse en fuga bochornosa haciéndola llegar a la carrera a San Miguel, para desde allí seguir por mar su huida hasta el punto de donde salió. La columna española era fortísima la componían más de 3,000 hombres de todas las armas y a pesar de que por todas partes la perseguía nuestras fuerzas en ninguna se detuvo para empeñar batalla y fué necesario que la fuéramos a esperar en el camino de la trocha para romper con el pecho de nuestros caballos los flancos de la infantería que emboscada protegía las estratégica retirada del famoso General Jiménez Castellanos y sus bravos soldados, que esta vez hicieron en la carrera el aire marcial y el continente bizarro.

Después de esta importante demostración de nuestra superioridad militar, puesto que la columna del General en Jefe era inferior en número a la española, bien podemos afirmar que Cascorro y Guáimaro y los otros puntos fuertes de los españoles son las cuevas en donde han de esconder sus quijotescos empeños los que por nuestros campos andan esquivando caminos y buscando montes y trochas para realizar sus importantes operaciones militares, que más parecen vergonzosas carreras en las que quedan por el camino, con los heridos y los muertos, la prueba de que ya acaba para España su largo y triste período de dominación en esta tierra que merece ser libre y que lo será.

Te adora tu Fermín.

S. S.(*)

No. 32

1896 *Camagüey*

San Antonio del Blanquizal

13 Octubre – 7 Noviembre

1. Patria: Poesía de J. Piñán de Villegas.

2. Ordenes y Comunicaciones.

3. El Cubano de los 44 hijos "*reconocidos*"

4. Movimiento general.

5. Incidente entre dos tenientes. Solución.

6. La negra de los leñazos.

7. Los asistentes.

8. General Periquito Pérez y su familia. Impotencia de las fuerzas españolas.

9. El hijo de José Maceo.

10. Calixto García y su extraña tolerancia.

Camagüey.

San Antonio del Blanquizal

13 Octubre 1896

Después de andar muchas leguas y dar vueltas y sufrir sol y agua acampamos aquí esta mañana. Como a la hora llegó el General Calixto García con la fuerza que trae muchas armas, cañones y parque que trajo la última expedición.

(*) Archivo Nacional de Cuba.—*Caja* No 271, No. 12.

Arroyo Hondo, 14 Octubre.

Y volvemos a acampar en el mismo lugar en donde descansamos hace [días]

¡PATRIA!

Dame musa tu voz. Resuene el canto
Que el mundo ha de admirar. Vibren sonoras
Las cuerdas de mi lira.

Como el violento corazón que late
En mi pecho infeliz. Cese el quebranto,
Ya mi amargo dolor la boca cierra;

Canta al pueblo que sufre, y no se abate;
Que lucha con valor, cuando tu lloras;
Al pueblo que te inspira
Con ronco grito de venganza y guerra,
Al pueblo que mañana
Ha de llamarle la familia humana
El pueblo más heroico de la tierra
No cantes Musa con la voz melosa
De plácido desmayo
Que canto mi pesar, y mis amores:

Flote en el aire tu melena undosa,
Luzcan tus ojos el fulgor del rayo,
Arranca de tu seno bellas flores,
Y al ceñir el acero en la cintura,
Aguija tu corcel; parte ligera
Donde alienta el honor; donde segura
Brilla la hermosa luz de la esperanza;
Escuchando rugir como pantera,
A un pueblo que deshace
Los grillos en que gime
Y al combate se lanza:

A un pueblo que en su ruina se complace,
Y por su propio esfuerzo se redime.

Contémplale luchar; alta la frente,
Ulcerados los pies, casi desnudo,
Llevando desde Oriente hasta Occidente,
Lo solitaria estrella de su escudo
Contémplale luchar, ¡Oh!... ¿quién podría

Describir su valor, cuando la tea
Alumbra con siniestros resplandores
la desigual pelea.

Y aumenta con su horror tantos horrores?
¿Cuándo los ojos fijos
En la Patria, que sufre y que lo exige
Un día y otro día
Convierte por su mano,
Con las débiles cunas de los hijos
En llama los hogares del hermano,
Y los mira caer y no se aflige?...

Observen los soldados conque España
Pretende entronizar la tiranía
Los niños inocentes
Que de los brazos de la madre amante
Por la fuerza arranca. Ves la cabaña
Que feliz se cría
Cuando en ella moraban los ausentes:
Fíjate en esa madre delirante
Que se acerca a la mar, que sufre y llora
Y barrenar queriendo el horizonte
Extiende la mirada
En busca de aquel hijo a quien adora;
Y hasta piensa mirarle (sin ver nada)
De muerte herido en el cubano monte;
Y se arrodilla, y ora
Con la pálida faz desencajada!...
Maldita, sí, maldita la canalla
Que besando las manos de los reyes
Desoye a la razón, y explota al trono.

La que duerme en magníficos cojines
Sin oir el clamor de la batalla;
La que promulga leyes
Que a su propia ambición sirven de abono;
Los corazones ruines
Que alejados del filo del machete
Convierten en juguete
La existencia del hombre
A quien le deben posición y nombre!
Cuba querida, Patria idolatrada,
Tu me diste la lira de poeta
Para que cante tu valor: Pagada

Mi deuda he de dejar; y cada gota
De sangre derramada
Por el tirano vil, en el planeta,
Será una maldición; será una nota
Por la mano grabada
En la punta de hispana bayoneta!
!Ah¡ yo surqué los mares
Errante y sin consuelo
Ansiando libre ser: débil barquilla
Me condujo a tu suelo;
Pisó mi planta la cubana orilla,
Y al pié de tus palmares
(Olvidando mis penas)
De tus playas besaba las arenas.

Por tí, Patria, en un día
Dejé los brazos de la madre mía;

La madre que adoraba;
Que reía conmigo si reía
Y conmigo lloraba si lloraba,
Por tí vistiendo el militar arreo,
Enfermo por la sed, el hambre y frío,
En tus vírgenes montes hoy me veo;
Y arrostro la campaña,
Y hago que el canto de mi lira vibre,
Y en mis fuerzas confío,
Y combato a la España
Al grito atronador de ¡Cuba Libre!

Todo Patria, por tí; que si mañana
En las páginas bellas de la historia
Tiene un lugar mi nombre
Y a mi frente engalana
El ansiado laurel de la victoria,
Y la de saber el hombre
Que es tuyo mi laurel; tuya mi gloria.

Autor del Universo, Soberano
Que en las nubes te sientas
Tu que riges al mar, y por tu mano
Levantas en sus olas las tormentas;
Señor de los señores
A quien juzga mi ardiente fantasía
Formado por los pájaros cantores,
Los astros y las flores

En un bello crisol de poesía,
Tu observas febril, con ansia mucha,
Desde tu regio trono
Un hermano que mata al otro hermano
Cuando con torpe encono
Provoca España fraticida lucha
Y tiñe su sangre el suelo americano
Préstame inspiración, préstame aliento,
Y pronuncie tu boca el anatema
Que haga temblar al opresor infame;
Escríbase un poema
En la vasta extensión del firmamento
Con la inocente sangre que derrama!

Más calla, Musa, calla;
Que del metal el bélico sonido
Indica que se apronta la batalla
Allí están los valientes que me esperan
Sus patrióticos gritos en mi oído
Escucho resonar. Casi les veo
Latir los nobles corazones bravos,
Quieren arremeter, se desesperan,
Y en sus miradas impacientes leo
Que prefieren morir a ser esclavos.

Pedro Piñán de Villegas.

Oriente, Tunas

Guaramanao, Octubre 15/96.

Al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Marchará Ud. al Estado de Oriente para recoger y conducir, con gente voluntaria, hasta el Estado de Camagüey, el siguiente material de guerra: 250 armamentos, escrupulosamente escogidos entre los mejores; 50,000 mil tiros; 300 libras de dinamita, que pondrá a su disposición el Jefe del Departamento Militar de Oriente.

Del desempeño de tan importantísima comisión habrá de rendirse cuenta durante los últimos días del próximo mes de Noviembre en Zona Najasa.

Aparte de las órdenes que para el mejor desempeño de tan importantísima comisión dará el Jefe del Departamento, recomiendo muy mucho a los Jefes y autoridades civiles presten la ayuda y

auxilio que pueda necesitar el Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez. – Patria y Libertad. Arroyo Hondo, 14 Octubre 1896.– El General en Jefe.–Máximo Gómez.

Arroyo Hondo, Camagüey

Octubre 14/1896.

Al Mayor General Jesús Rabí, Jefe del 2do. Cuerpo de Ejército.

El General en Jefe con esta fecha me dice lo siguiente: A fín de que proceda a dictar las órdenes oportunas al mejor y más rápido cumplimiento, participo a Ud. que con esta fecha he dispuesto pase al Estado de Oriente al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez para recoger y conducir al Estado de Camagüey —valiéndose de gente voluntaria— el siguiente material de guerra: 250 armamentos escrupulosamente escogidos entre los mejores 50,000 tiros; 300 libras de dinamita.–En los últimos días de Noviembre a más tardar, deberá estar rendida esta comisión en Zona de Najasa.

Al mismo tiempo me ordena el General en Jefe entregar al Teniente Coronel José Aquino Sánchez, igual cantidad de armas escogidas, de parque y dinamita.

Y se lo traslado a Ud. para que entregue al Teniente Coronel Valdés Domínguez las armas y municiones expresadas, estas de las que debe haber en el Departamento Bijagual y no de las que todavía están en la Sierra, permitiéndole que para conducirlas reclute gente voluntaria no solamente la necesaria para su objeto, sino toda la que quiera venir, y entregue otros 50,000 tiros del mismo depósito al Teniente Coronel Sánchez permitiéndole la misma recluta voluntaria para conducirlos, que en cuanto a los 250 armamentos para éste ordeno que se los entreguen distintos Jefes.

Concretando: entregue Ud. al Teniente Coronel Valdés Domínguez 250 armamentos escogidos y 50,000 tiros y entregue al Teniente Coronel José Aquino Sánchez, 50,000 tiros.–Pátria y Libertad. Calixto García.–

Arroyo Hondo, Camagüey, Octubre 14/896.

Al Brigadier Luis Bonne.

Según recibo fecha 9 de Setiembre pasado por Ud. al Coronel Demetrio Castillo entregó a Ud. dicho Coronel entre otras cosas lo siguiente:

En poder del Capitán Gonzalo Gómez, 4 cajas conteniendo 800 cartuchos dinamita.–1 saco conteniendo 60 idem idem.

En poder del ciudadano Andrés Estrada, 1 caja conteniendo 200 cartuchos dinamita.

O sean 1,060 cartuchos de dinamita, los cuales se servirá entregar a la mayor brevedad posible al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez. Patria y Libertad. Calixto García.

Arroyo Hondo, Camagüey
Octubre 14/896.

A los Generales Agustín Cebreco, Mariano Torres y Pedro A. Pérez.

Consecuente con mis disposiciones anteriores, conceda Ud. el pase al Occidente a todos los individuos de su fuerza que lo soliciten voluntariamente. Por lo tanto permita Ud. que el Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez que debe conducir armas y municiones para este Estado de Camagüey, reclute la gente voluntaria que necesite y todas las demás que quiera venir.

Igualmente ordeno que a dicho Teniente Coronel Valdés Domínguez se le faciliten por el Jefe a quien los pida, ocho hombres y un oficial para que lo escolten en su comisión por el territorio de Oriente.–Calixto García.

---

16 Octubre.

Hice entrega al Capitán José Garriga de la carta oficial del General para José Aquilino Sánchez por no saberse el rumbo que ha tomado en persecución de los desertores.

Bajo un aguacero salí de Guaramanao a las tres de la tarde, pasé por Lajas y ya de noche llego a El Aguacate de Palmarito, a la subprefectura de Curana a cargo del buen Higinio Gutiérrez. No olvidaré la buena hospitalidad de estos honrados cubanos pues tanto él como su esposa se han portado muy atentos. Rafael se me quedó enfermo en Lajas y aquí me han guisado un buen guiso de carne y viandas.

Aquí dormiré y mañana temprano a Limones.

Prefectura de Limones.

17 Octubre.

Al Teniente Gobernador de Tunas

Mayor General Francisco Varona.

Cumpliendo órdenes del General en Jefe y en el desempeño de una comisión importantísima, participo a Ud. que de hoy en veinte días necesito tener lo más cerca que sea posible del límite de su Tenencia con la de Holguín veinte y cinco bestias de cargas bien aparejadas y los hombres necesarios para la conducción de las mismas, de entre el elemento civil a sus órdenes. El lugar en donde deba encontrarse esta comisión que le pido con la que venga de Holguín, se servirá Ud. indicárselo al Teniente Gobernador Ciudadano Luis Martí, así como a él puede enviarle el acuse de recibo de esta comunicación que pondrá en sus manos el Subprefecto Higinio Gutiérrez, de Curana.

Patria y Libertad. Octubre 17/896 en Limones.

Río Abajo.

Subprefectura a cargo de Isidro Martínez, acampamos en San Agustín del Hato.

Sírvase Ud. entregar al Subprefecto de Río Abajo Ciudadano Isidro Martínez, docena y media de zapatos comunes y medio abotinados de tamaño surtido, sirviéndole la presente de orden para su confección por ser esto necesario al cumplimiento de la comisión que desempeño del General en Jefe. Octubre 17/96. Al Ciudadano Ramón Cruz. Encargado del Taller de Buenaventura.

Mala Noche, 18 Octubre.

Llego aquí y no encuentro a Escobar.

Al llegar aquí, en el camino, encontré al Teniente Coronel José Aquilino Sánchez y le indiqué a donde le había dejado la carta oficial del General Gómez.

Le hago un oficio al Teniente Gobernador Luis Martí idéntico al de Varona. Hago de él entrega al Prefecto Magín Valdés.

La Juraguana, 19 Octubre.

Dormí anoche en Tranqueras.–Recordé los mosquitos de Pine Key.

Pasando por Pestán, en donde almorcé, llego esta tarde a este lugar. Mañana sigo para Cauto Abajo.

Es el subprefecto de este lugar Rafael Toranzo.

Aquí vive un anciano respetable por sus años y por sus trabajos en la guerra vieja que cuenta 98 años, se llama Manuel Hidalgo Cruz y ha tenido 44 *hijos reconocidos* según su frase.

Aquí murió y está enterrado José Matilde Camús.

San Agustín, 20 Octubre.

Por Sabanilla y Júcaro vinimos ayer y llegamos aquí por la tarde. Aquí se me unen 3 voluntarios.

Jústiz va conmigo, de práctico, y voy hasta encontrar a José Antonio León para que me dé los números que indica el General Cebreco en la orden siguiente: Sírvase Ud. facilitar al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez, ocho números de caballería al mando de un oficial para que le escolten mientras dicho Teniente Coronel permanezca en Oriente. Guaramanao, 16 Octubre 1896. El General Jefe de la 2da. División, A. Cebreco.

En el mismo San Agustín de Manacas tomé un mulo y una mula del Prefecto Néstor Parada que estaban al cuidado del Ciudadano José de la Rosa Dinra.

Le dejé una autorización al Dinra para que Oliva le facilite, hasta que vuelvan los mulos, una bestia de carga.

Coronel Juan Pablo Cebreco.

Cumpliendo órdenes del General en Jefe pongo a sus órdenes para que los incorpore a sus fuerzas al Sub-Teniente Demetrio Ramos y a los números Aurelio Zamora e Isidro Morales.

Estos individuos que pertenecen al Ejército Invasor desean prestar sus servicios en el 1er. Cuerpo de Ejército y como el General en Jefe dispone que sólo vayan a Occidente aquellos que voluntariamente lo deseen, quedan eximidos de la obligación de presentarse en el Cuerpo de que procedían. Uno de los ciudadanos, el Zamora, debe ser reconocido por el facultativo por presentar una herida que a mi juicio le inutiliza para el servicio de las armas. Patria y Libertad. San Agustín. Octubre 21/96.

La Güira, 22 Octubre.

Cumpliendo órdenes del General en Jefe, autorizo al Teniente Coronel Eusebio Magaña para que reclute la gente que voluntariamente quiera ir a Occidente y me esperen cerca del General Rabí. Patria y Libertad. Güira. Octubre 22/96.

Naranjo de Contramaestr.e

Al Coronel Juan F. Cebreco.

Habiendo delegado en el Teniente Coronel Eusebio Magaña la comisión que tengo del General Gómez a fín de que reclute toda la gente que voluntariamente quiera ir a Occidente, espero de Ud. que no le ponga inconveniente alguno en que lleve a efecto su comisión por ser así la voluntad del General en Jefe y obedeciendo a sus órdenes expresas que traigo, Octubre 22/96.

La Vigía, 23 Octubre.

Anoche encontré al Teniente Coronel José Antonio León.

Los Rienteles. 24 Octubre.

De la retirada de José Antonio sólo pude sacar dos hombres armados: todos andan en comisiones o en sus casas. Como a las 9 de la mañana emprendí la marcha ayer y casi a las cinco y media llegué aquí. Salgo ahora para La Ensenada pasando por Joturo del Padre.

La Ensenada.

Doy al Comandante Vicente Duarte la misma autorización que al Teniente Coronel Magaña a fín de que los que quieran ir a Occidente o quedarse aquí me esperen en Joturo.

Palmarejo

Prefectura Conformidad

25 Octubre.

Ya estoy cerca de Luis Bonne. Dejando atrás la Ensenada llego aquí a las cuatro de la tarde y me recibió muy amablemente el Prefecto José Angel Salazar. A su hijo que lleva los mismos nombres e idéntico apellido, le he dado un diploma de Alférez de Sanidad con fecha atrasada. Aquí se me une el Alférez Alberto Díaz Villalón que me acompañará mañana a donde está Bonne y luego seguirá conmigo.

---

26 Octubre.

He pasado la noche en esta prefectura bien cuidado y con un práctico por si algo ocurría, el ciudadano Luis Bueno, propuesto para Subteniente por el fuego del Triunfo. Ahora veré si puedo conseguir caballos y mulos para seguir.

Dí órdenes al Comandante Manuel María Medina para que recoja la gente y me la tenga lista a mi vuelta.

Nazario Roncuel encargado de la finca Kentucky impide que los cubanos trabajen en su finca y que cojan el café que tiene.

Eusebio Ochoa Garzón práctico del General Antonio Maceo. Desea saber de él su mujer que vive aquí.

Mon Desiree.

No encuentro aquí al Brigadier Bonne y seguiré mañana a Campo Rico a donde supone el C. Andrés Estrada que pueda estar. Guarda este ciudadano una caja de dinamita de la expedición de Portuondo.

Esta caja la depositó aquí Demetrio Castillo y venía de la Prefectura de la Sidonia: hay también un rollo de alambre. Una máquina eléctrica que tenía la entregó al Coronel Demetrio Castillo por orden de Calixto García.

Santa Rita, 27 Octubre.

Entrego las órdenes al Brigadier Bonne. Y según parece vuelvo a Mon Desiree a donde recibiré la escolta y la dinamita y según dice Bonne, pasado mañana me podré poner en marcha.

Mon Desiree.

Despacho la pareja armada con la siguiente orden:

Ciudadano Teniente Coronel José Antonio León.–

Me precisa, para realizar la importantísima comisión del General en Jefe, que me reuna en Santa Isabel la escolta de ocho números y un oficial que ordenó el General se me diera. Para ese objeto adelanto su pareja con esta orden de cuyo cumplimiento depende el éxito de mis empeños. El Jefe. Fermín Valdés Domínguez.

A Díaz Villalón con el número de Jesús Charón lo mando a buscar mi yegua.

Aquí espero a Bonne de mañana a pasado.

He mandado una orden al Prefecto de Peladeros para que el 29, tenga a mi disposición 4 hombres.

Le hice una indicación a Bonne sobre lo que me había dicho el General Cebreco de que se quejaban de que éste sostenía comisiones y por esto merecía censuras. Me dijo Bonne que él no ha mandado comisiones, que el que las sostiene para hacer comercio es Lorencito, el Coronel Jefe del Regimiento Maceo.

---

28 Octubre

Ayer noche recibí una cartica de Francisco de Paula Valiente en la que no dice que desea verme. Me dicen que no está en el Regimiento de Maceo a pesar de que para él está nombrado.

Propuesta para el título de Jefe de Predio Militar a favor del ciudadano Andrés Estrada.

Antecedentes: Fué nombrado por el General José Maceo, Prefecto de "El Perico" en el Ramón de las Yaguas en 26 de Agosto de 1895.–Desempeñó distintas comisiones de aquel Jefe fuera y dentro de la guerra, curando heridos de la fuerza y tomando parte en los fuegos. Ha merecido comisiones de confianza de grandes sumas. Ha sido práctico en combates. El General Cebreco en 14 de Julio de 1896. Jefe de Predio Militar. En la actualidad es Jefe de Posta.

Título de Capitán Jefe de Predio.

Por el momento veinte hombres útiles.–

Brigadier Luis Bonne.

Sírvase Ud. ordenar que una pareja armada acompañe al Cuartel General del General Pedro A. Pérez, al ciudadano Andrés Estrada, con el que mando encargos del General en Jefe y órdenes para su inmediato cumplimiento".

General Pedro A. Pérez.

El General en Jefe me encarga lleve a Ud. la orden de que permita pase al ejército de Occidente a todos los individuos de su fuerza que lo deseen. Así puede despachar a los que así lo quieran al Cuartel General del General Jesús Rabí a donde me llevan otros importantes encargos. A nadie se obliga a dejar las filas en donde ahora pelea, pero tampoco a nadie se impide que demuestre sus energías a donde mejor lo desee".

---

29 Octubre.

Esta mañana ha venido el Brigadier Bonne y parece que ya mañana podré estar de marcha.

D. Manuel S. Molina. Apartado 273 Santo Domingo, República Dominicana.

Las cartas que van con esta dirección las recibe Don Eleuterio Hatton. Si se le escribe a este Señor con la simpática, se le pone un papel: esta es la nota de los números premiados, y después de copiar varios números se pone o escribe a continuación lo que se desee. Esto es la primera vez.

La tinta no es más que una solución muy diluida de sulfato de hierro. El agua ha de ser precisamente destilada. Se escribe en un papel que no esté muy satinado. Si la prueba resulta algo visible se le va añadiendo agua a la solución hasta que resulte completamente invisible lo escrito. El reactivo para revelar lo escrito es una solución de dianuro férrico potásico o simplemente un cocimiento de agallas.

Mi hermano se llama Emilio Martínez y Osuna. Este está en Las Villas, y el otro que debe ser expedicionario es Eduardo.

Manuel Martínez, médico del vapor María Herrera.

Francisco Portuondo, Alférez Comisionado quiere Andrés que lo pongan a sus órdenes.

Peladeros, 1 Noviembre.

Anoche llegué aquí y hoy me he pasado todo el día despachando y haciendo de buen componedor de distintos asuntos.

A más de un asunto entre oficiales que me hizo dictar la carta que aquí me ha copiado Díaz Villalón, hubo otra causa que nos hizo reir mucho: una mujer de color que al saber que un individuo de la fuerza la había llamado ladrona y otras cosas más, le dió un leñazo y le partió la cabeza. Fallé el asunto mandando al hombre a la fuerza y haciendo cambiar de domicilio a la apaleadora.

Hice hoy en Kentucky un almuerzo de pueblo.

Mañana ya con la carga lista y mi escolta, emprendo la marcha.

Los Peladeros, 1 de Noviembre de 1896.

Sr. Lorenzo González,

Presente

Mi estimado amigo y compañero:

Traigo del General en Jefe el encargo de llevar a Occidente con armas y municiones de Oriente a todos los hombres que voluntariamente quieran ir a luchar a las órdenes del bravo General Antonio Maceo. Para todos traigo yo también la agradable nueva de que sólo son desertores aquellos que se esconden para no prestar sus servicios y la de que las filas del Ejército están abiertas a fin de que cada uno escoja el lugar donde debe operar. Con pena supe que había un disgusto entre dos oficiales dignísimos, los ciudadanos José Mesón y Tomás Cabrera, autorizado por los Generales Pérez y Bonne he terminado la diferencia entre ambos con un apretón de manos y la franca declaración de que no guardan resentimiento alguno y se estiman con doble motivo ahora que espontáneamente dan palabra de caballero de respetarse y quererse como hermanos. Lamento yo que Ud. ordenara por segunda vez al Capitán Mesón que fuera a reducir a prisión al Teniente Cabreras, pero el Brigadier Bonne estima que no pudo guiar a Ud. al hacerlo segunda intención alguna, y yo me complazco en hacerlo constar por el aprecio que Ud. me merece y porque esto indica la unión y el respeto que debe existir siempre entre los Jefes cubanos.

Y creo que debe terminar este asunto con un abrazo, puesto que el General en Jefe no quiere que se amengüe la gloria de la campaña de Occidente, dando derecho alguno para llamar hasta los que allá fueron y por distintas causas volvieron: desertores. Para concluir le ruego mande al Cuartel General del Mayor Jesús Rabí a donde los espero a todos los Jefes, Oficiales, Clases y Soldados que voluntariamente quieran acompañarme a Occidente. Como acta de concordia firman conmigo esta carta los ciudadanos Mesón y Cabrera. Es siempre consecuente compañero y amigo.

---

4 Noviembre, Mayarí

Boca de Jagua.

Acampamos en el predio del ciudadano Esteban Ruiz. Corresponde este lugar a la prefectura de Miranda.

Mapos, 7 Noviembre.

Por Miranda me encontré con Jústiz y supe que Pinto estaba en su casa; no tenía, pues, porque ir a la Imprenta y me encaminé el 5 hacia San Agustín. Ese mismo día llegué y ví a Pinto. Por una carta de Corona que me entregó, supe que no había papel y que éste quería que —como cosa mía y del General Gómez— le pidiera a Panchito Auza que se consiguiera alguno. Y bien sentí esto, porque demorará el trabajo que desea imprimir el General en Jefe y porque por esta circunstancia he sabido que al de Santa Ana lo han hecho salir de huida los españoles, pues se dice que lo han delatado como servidor y confidente nuestro. Me dicen que en estos días ha tenido que dejar la isla con rumbo a los Estados Unidos. Decido que siguiera Pinto conmigo y escribir oportunamente al General Gómez. Acampé en la casa del corral de San Agustín para que la fuerza mía, que la componen cerca de 40 hombres entre escolta, civiles y asistentes, no acampara cerca de la pobre familia de Jústiz porque como tanto la esposa como Cachita y María son tan bondadosas, tan cubanas y tan desinteresadas, no sufrieran las impertinencias de tanto hambriento hijo de vecino.

Y fue cosa que sentí por mi gente y por mí. A la amabilidad y patriotismo teníamos que oponer, o mejor dicho se nos ponía enfrente el egoísmo y la ruindad de una mujer flaca y fea que renegaba a cada momento de la guerra y de nosotros. Fue su primer pleito con mi fiel Generoso que no sabe que hacer por complacerme, y que desde que lo encontré de paseante en Joturo del Padre o del Pae, se afana por servirme mejor. Bien hizo el General Gómez cuando le dedicó un libro a su viejo asistente Edua: son estos los compañeros y los amigos íntimos en los días de angustia y de peligro y en las horas largas de penas físicas. Yo he de recordar siempre entre otros a José, un mulatico que fue de mis primeros asistentes allá por los campos de Sancti Spíritus; Escobar, y entre los orientales a Generoso y al simpático y afectuoso Pedro, que ahora anda conmigo con calenturas y al que dejo que venga en la mulita mía para que el trote de la suya no lo estropee.–La vieja de la casa en donde acampamos no paró de maldecir y de hablar desde que llegué a su casa, que serían las 3 de la tarde. Nada había comido en todo el día y si bien estaba débil, no tenía apetito. Pocos bocados me bastaron para olvidarme de la necesidad de comer, pero como ahora tengo bastante café que he traido del Ramón y raspadura que me regaló el Brigadier Bonne, tomé dos o tres veces buenos tragos del que es ahora para mí un néctar y constituye ya para mí, otro vicio más. Recordé con Pinto mis días del Ramón y preparé mis asuntos para la vuelta al Camagüey que debe ser rápida porque los días se van amon-

tonando y se me va acercando la fecha fatal en la que —según la voluntad del General Gómez— debo estar de vuelta en Najasa. Traigo buenos recuerdos del Ramón; allá todos me han tratado bien: encontré mulos y café y cacao, me regaló Andrés y su Señora tela con la que me cortó y cosió el maestro Chávez dos chamarretas, las primeras que me pongo por medida y a mi cuerpo desde que estoy en la guerra, también me regalaron medias y un pañuelo conque sustituir a uno de los de Amelio Acosta, que aunque muy roto, aún lo conservaba; y por cierto que las medias nuevas me traen a la memoria un acto de mambísismo punible: la mujer de Andrés me regaló un par de medias y contento yo porque ya tenía que cambiar pues no poseía más que el par que traía puesto, me quité las sucias y me ocurrió dárselas a lavar a la buena mujer que me estaba planchando unos pantalones: era aquel día de gran movimiento en Mon Desiree por haber llegado por la mañana toda la familia de Periquito Pérez y como era mi planchadora, famosa por la habilidad y gusto conque cocina y cuela café, tuvo que ir por la cocina a la que entraban muchos forasteros por los acontecimientos del día, puso ella las medias en un lugar para atender a una ocupación de momento y fue aquel bastante para que un atrevido o un *sin medias* se las apropiara. Y volví a quedarme sin más par que el puesto.–¡Cosas de la guerra! Y también tengo que lamentar que la Señora de Andrés quedara con la hermosa camiseta que me regaló el Brigadier Bonne; pero aunque no me olvidé, no me atreví a pedírsela al despedirme de ella porque me daba pena, pensando en las atenciones que le debía. Y no sólo recordaré los agradables días pasados en Mon Desiree y Kentucky, sino la impresión de alegría que sentí al ver la alegría de Periquito Pérez cuando estaba entre su esposa y sus hijos y sus nietos orgulloso y satisfecho y feliz, y la de pena al besar la frente arrugada y varonil del hijo de José Maceo y la Negra, la favorita entre las diosas de su corte...

Los españoles no pueden ahora impedirnos que hagamos lo que se nos pone en la voluntad hacer; poco nos importan las rondas y los fuertes y las triples barreras de alambres y los hierros de las prisiones; lo prueba que toda la familia del General Periquito Pérez ha salido a pesar de que eran 19 entre niños y mujeres y Oberto y su compañero dejaron burlados a los guardias en el Hospital de Santiago de Cuba... están choteados. Gozaba yo con la alegría de Periquito Pérez y me parecía leer en los ojos puros y en la frente sin sombras de la esposa de nuestro valiente General, la más honrada expresión de bondad y de amor y cuando alguna de aquellas almitas inocentes extendían sus manecitas para estrechar entre ellas la cara de mi amigo y mi hermano... pensaba en tí, mi Asuntica y le tenía envidia...

En el hijo del bravo José, de mi amigo tan leal como inolvidable, me parecía que veía rasgos de su genio y como que lo iluminaba la misma luz de gloria que alumbró la vida del héroe oriental. Es feo el negrito, pero se parece mucho al padre en la mirada y en la boca. Quiere *la negra* ir al Cayo como le consultó el General Gómez y sobre esto tengo que escribir al General; también me he de acordar en mi carta de la honrada viuda de Garzón que sufre sola y resignada las miserias de la guerra entre las que no es la última el ovido y el despego de algunos que más que todos están obligados por humanidad y sagrado compañerismo a no olvidar ni dejar en el desamparo a las esposas de los que supieron morir como héroes y en los primeros tiros. Por lo demás el Ramón me hizo conocer quizás una de las partes más ricas de ese campo de Oriente.

Pero no ha llegado hasta allí como deseó el General Gómez y para lo que mandó a Mascaró, —la mano de la Revolución—. Hay comercio clandestino con el pueblo y van los ricos y los jefes entran mulos cargados de efectos que vienen porque de aquí van sacos de café y cacao y tiene comercio y tienda en el rancho de la querida de Lorencito y a la Negra le saca al Brigadier Bonne *facturas* y Andrés tiene comercio y venta de todo en Mon Desiree y oficiales como un tal Portuondo con el pretexto de ser el que trae lo que mandan los comisionados de Cuba está haciendo su negocio de lo lindo. Y todos comen bien y tienen mujeres y andan de retirada en retirada y de monte en monte sin ocuparse de ir a batir a los soldados. Y no es esto decir que sean cobardes ni ruines los jefes que por allí están, sino que les falta el tiempo para pensar en los *líos,* y conste que no hay uno que se conforme con una queridita, todos tienen varias y en cada casa es de rúbrica que haya almacén y despacho y comercio. Pero Calixto sabe todo esto y los consiente porque a él le gusta la buena vida y para podérsela dar espléndida, deja hacer a los pequeños y pregona que se puede cambiar y vender y otras inmoralidades por el estilo.

Sigo con tinta gracias al prefecto de este lugar, que ya mi tintero ha perdido la figura y no tengo ni tinta ni donde llevarla.

Ayer por el día dejamos a San Agustín y con este lugar a la vieja bruja que tiene fiebre y creo que además, a todos los diablos en el cuerpo. Pero antes de decirle adiós, recordaré que anteanoche nos hizo la muy taimada pasar un susto. Serían las ocho de la noche, todos hablábamos desde nuestras hamacas y nos disponíamos a descansar bien de las fatigas del día, cuando gritó la vieja:

—Oigan, ¡tiros!

Todos saltaron de las hamacas: yo me quedé tranquilo, pregunté al que hacía la guardia y me respondió.

—No han sido tiros: es un palo en el monte.

Mi calma dió a todos tranquilidad y pocos momentos después nadie recordaba el cómico incidente y todos dormíamos a pierna suelta. Ayer llegamos hasta Demajagual y de allí me encaminó el Prefecto hacia este lugar, en donde si no estaba —según sus noticias— Rabí, podía encontrar al Brigadier Lora y éste indicarme por el lugar que debía dirigirme. Al llegar esta mañana me encontré con un hombre de aspecto bonachón que resultó ser un vecino del Brigadier que había recibido de éste el encargo de decir a todos que si deseaban verlo lo buscaran por Jiguaní. Me indicó que debía quedarme en esta prefectura y de aquí despachar alguno en su busca. Después de acampar mandé a Escobar con el hombre que encontré al llegar aquí y he pasado todo el día esperando y ya de noche llega Escobar sin noticias de Lora: con un sargento de la fuerza del Brigadier que busco, volverá mañana porque hay indicio de que no anda lejos.

Me dijo el Prefecto que el Teniente Gobernador anda cerca y aprovecho la oportunidad para ponerme al habla para que me facilite lo que necesito para cargar con el parque y las armas y otras cosas de las necesarias de que carece mi fuerza.

Estoy satisfecho de mi paso por estas tierras de Oriente en donde tantas demostraciones de afecto he recibido. Como saben que yo trato de que el General en Jefe perdone a los desertores y me he valido de su orden en donde expresa que sólo debo llevar a los que voluntariamente quieran ir conmigo para tratar de salvar a los que no desean volver, no hay casa en donde las viejas no eleven al cielo sus súplicas para que a mi paso no encuentre tropiezo alguno y vea el fín, sano y salvo, a mi tierra libre y feliz.

Es mi mejor corona que los pobres me quieran y que vean en mí un consuelo y una esperanza en sus angustias y dolores.

Ojalá pueda yo conseguir del General en Jefe lo que deseo; el perdón para todos los que se ven acusados del delito de desertores. Y por ellos estoy dispuesto hasta a sufrir un regaño.

Voy, alma mía, a escribir las últimas palabras en esta cartera y siento tener que lamentar que hayan pasado algunos días sin recibir carta tuya, pero a pesar de mis trabajos que son muchos, y de mis ocupaciones militares que no son pocas, tu estás en mi corazón y en mi cabeza como la sensación más grande y la mejor de mis ideas.

Fermín.

S. S.(*)

No. 33

Jiguaní, Maffo
Prefectura de Baire.
8 Noviembre de 1896.

Ya ha salido Escobar en busca del Brigadier Lora y aquí me desespero yo pensando que se van pasando los días y se acorta el tiempo conque cuento para recoger las armas y el parque que debo llevar y unirme al General Gómez en Najasa en *los últimos días de este mes*, según expresa su orden. Escobar lleva para el Brigadier Lora el siguiente oficio: "Cumpliendo órdenes del General en Jefe vengo en busca del General Rabí o de quien lo represente para que, según orden del General Calixto García, se me entreguen armas y municiones que urge lleve yo al Cuartel General del General en Jefe a donde debe estar antes del 24 del presente. No quiero alejarme del Bijagual, lugar indicado por el General Calixto García, y me es pues urgente avistarme con Ud."

Ahora que son las 9 de la mañana llega el Brigadier Saturnino Lora. Le hice entrega de la comunicación del General Calixto García en la que le dice al General Rabí que me entregue las armas y el parque. Me dijo Lora que me esperara aquí hasta que Rabí diera las órdenes oportunas para lo cual despacharía hoy un propio al Cuartel General del Jefe del 2do. Cuerpo. Lora me dice que me debo quedar aquí y aquí me estaré. Me ha tratado con amabilidad y cortesía.

Supe hoy por el Prefecto que andaba cerca el Teniente Gobernador Luis García que corresponde a este Distrito de Jiguaní, y por indicación de Lora, le oficié para que viniera a ponerse a mis órdenes a fin de que me facilitara todo lo que yo puedo necesitar para la conducción de las armas y el parque. En otra comunicación le pido a Lora la escolta y sal para mi gente. Escobar que salió esta mañana, aún no ha vuelto.

Ahora tengo que prepararme para esperar en calma los acontecimientos. Y para los que quieran venir conmigo puedan hacerlo y

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Legajo* No. 271, No. 13.

todos sepan a donde estoy, he escrito hoy a Naranjo de Contramaestre y a Joturo del Pae, anunciándoles a donde pueden venir.

Maffo, 8 Noviembre 1896.

General en Jefe Máximo Gómez

Mi distinguido General:

Desde que me despedí de Ud. no he parado un momento tratando de dar *cumplimiento a su Comisión, para así merecer su afecto que* aprecio yo tanto.

Trabajo me ha dado llegar al Ramón, lo que allá iba a buscar y —aunque no toda la cantidad que me dijeron— siempre la llevo mayor que la que Ud. pedía en su orden. Hace cuatro días que estoy aquí esperando que Rabí mande a entregarme lo demás, en la forma que debe dármelo y temo que no se dé toda la prisa necesaria, pero yo no me separo de mi puesto y le estoy encima con tenacidad. Pocos hombres voluntarios le llevaré, pero tengo la seguridad de que los que me acompañen no serán desertores ni me perderán un solo armamento.

Por todas partes encontré el temor que se persiguiera y se juzgara con severidad a los desertores: muchos se escondían y Periquito temía presentaciones: fuí a buscarlos al monte y los hice ir a la fuerza diciéndoles que Ud. no encontraba pena bastante severa para aplicarla y que jamás les perdonaría que hubieran vuelto la espalda a la gloria, entendiendo que de hombres manchados nada puede esperar la Patria y que no tenían más que una manera de sincerarse y era esta hacerse matar. De este modo los que [ilegible] hacia el Camagüey, —cumpliendo el decreto del General Calixto García últimamente públicado—, van saliendo de sus cuevas y van buscando la manera de pelear. Sobre esto le escribe Periquito Pérez. Es este, General, un mal pleito, que vale más darlo por terminado para que nada amengüe la importancia política de la campaña de Occidente.

Siento decirle que Corona no tiene papel para imprimir el Proyecto de Ley de Organización Militar, pero me dice que pronto dará principio al trabajo.

Panchito Auza, el del ingenio Santa Ana ha tenido que salir para Nuevo York a la carrera por denuncias, de modo que, por fortuna para la Revolución, se acabará la *Aduana Mambisa* de su ingenio, pero por el Ramón aún hay comercio, —y largo— y se nota que el

que por allá paralizó la recogida de café no fue el que metió en orden a los logreros franceses de Cambute.

De Baracoa recibo cartas que contesto ya aconsejando a los Jefes que respeten en Demetrio Castillo al Jefe de la Brigada que les manda el General Calixto García.–Parece que llegó hasta allá abultada la noticia de unos tiros y un escándalo en el Ramón: incorrecciones o faltas graves de gentes que no saben respetarse y que no han venido a la guerra a honrar, como hombres, esta Revolución.

Mucho me [he] reido al saber que Padró anda tratando de formar una causa para juzgar actos míos como Ministro; deseo que se atreva a llamarme para entonces dejar en la declaración mía los motivos de todas las causas de que ha de conocer algún día el país cubano, cuando sepa como han violado la Ley y como han medrado el Marqués y sus afines: —están tristes, no saben como anularme, pero yo me río y sigo tranquilo en mi camino.

Estoy triste por no haber estado a su lado en Guáimaro, pero alegre por sus glorias.

Si escribe a Pancho dígale que reciba un abrazo de hermano y Ud. ordene a este soldado que como hijo lo respeta y lo quiere. Fermín Valdés Domínguez.

Como a las dos llega Escobar que no ha encontrado al Brigadier Lora, pero que viene sabiendo que ya me ha visto. La comunicación que llevó no llegó pues, a las manos de aquel; pero tanto él como el sargento que lo acompañó me han prestado un buen servicio.

Maffo, Noviembre 8/96.

Amigo Corona: No contesté tan pronto como Pinto me entregó su carta 26 de Octubre, porque entendí que a pesar de lo que en ella me dice Ud., se disponía a hacer el trabajo, pero ahora me asalta la duda de que Ud. reciba el papel que me dice Pinto esperaba para el periódico, y temo también que se quede sin principiar lo que ya debería estar terminado.

Habrá sabido Ud. que Panchito Auza no está en Cuba y por lo tanto no puedo pedirle el papel que Ud. me indica.

Le encarezco mucho que se tome el mayor interés por hacer este trabajo de gran importancia para el General Gómez, pero sino puede hacerlo, entregue al portador que lo es él Alférez Alberto Díaz Vi-

llalón, no tan sólo el original del Proyecto de Ley de Organización sino también el ejemplar de la Constitución que le dejó Pinto.

Es un amigo muy adicto.–

* * *

La carta de Corona a que aquí me refiero me dice:

"Con harto sentimiento le manifiesto serme de todo punto imposible, por ahora, dar comienzo a ese trabajo, por el motivo de no tener papel para ello, pues desde la quema de Banes, Cabonico y Cambute —únicas vías por donde podía sacarse— escasea mucho este material, al extremo de que he tenido que suprimir mensualmente, un número del periódico.

"Vea Ud. si puede conseguirlo y mándelo a esta imprenta para empezar dicho trabajo. Tengo la seguridad de que si Ud. le escribe a Tirabeque y le recomienda el asunto como cosa del General Gómez, no tardarán en enviárselo, pues yo no tengo esperanzas de conseguirlo en tiempo determinado".

No había yo comprendido bien a Pinto ni había leído con calma la carta de Corona, por esto he determinado mandar a Díaz, pues no puedo dejar los originales sin la seguridad de que han de ser impresos.

Si Corona no puede o no quiere, que de todo puede haber, otro lo hará.

Como manifesté a Ud. las bestias que me pidió y los hombres correspondientes se reunieron en Mala Noche y desde el día 1ro. del corriente andan buscando a Ud. sin encontrarlo. Los he mandado a acampar en Canastas para que no anden rodando y le envío esta con el portador para manifestarle que los tiene en dicho punto esperando sus órdenes.

De Ud. con la mayor consideración. Patria y Libertad. Mejía. Noviembre 6/96. El Teniente Gobernador Luis Martí. Ciudadano Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Recibo hoy su comunicación fecha 6 que parece referirse a otra que no he recibido; mandaré enseguida a uno de mis ayudantes a fin de que venga a este lugar la comisión que Ud. me dice ha mandado

acampar en Canastas. Patria y Libertad. Maffo Noviembre 8/96. Al Teniente Gobernador Luis Martí.

Al Encargado de la Comisión del Teniente Gobernador
Luis Martí en Canastas.

Tan pronto como reciba la presente, póngase en camino con la gente que tenga y las bestias para este lugar. Patria y Libertad, Maffo, Noviembre 8/96.

---

9 Noviembre.

Al mismo tiempo que leía ayer la comunicación del Teniente Gobernador Luis Martí recibía la visita del de Jiguaní que no es otro que aquel que mereció fuerte represión del General Gómez por haber demorado al Brigadier Castillo en una comisión. Dicen que ya Rabí está cerca y me alegro que ya Martí tenga a mi disposición en Canastas sus hombres y sus bestias. Si Rabí quiere despacharme pronto y el Teniente Gobernador Luis García no pone obstrucción alguna, creo que podré estar pronto de marcha.

Viene conmigo un sargento que se presentó voluntario para ir a Occidente y luego explicó que lo había hecho para poder salir de la Brigada de Bonne y pasar a la fuerza de Rabí. No puedo aceptar a este hombre ni debo encubrir una falsedad, se lo devuelvo pues, al Brigadier Bonne, para que él le dé si quiere, la baja que pide para la fuerza de Rabí.

Brigadier Luis Bonne.

Pongo en conocimiento de Ud. que en la marcha supe casualmente que el Sargento Melitón Céspedes y Burgos que se había unido a mí por querer ir a las fuerzas de Occidente, sólo lo había hecho como pretexto para dejar la fuerza de su mando y venir a prestar sus servicios en las del 2do. Cuerpo que manda el Mayor Rabí.

Y como yo sólo estoy autorizado para reclutar a los que voluntariamente quieran ir a Occidente y no puedo dar pase de una a otra fuerza pues esto corresponde a los Jefes de las mismas y en virtud de la falsedad que por parte del referido sargento entraña, lo pongo a sus órdenes y se lo devuelvo con esta comunicación que pondrá

en sus manos el Subteniente Florencio Villalón que a la vez lo conduce. Maffo, Noviembre 9/96.

*
* *

Al Teniente Gobernador del Distrito
de Jiguaní Ciudadano Luis García.

Ruego a Ud. no olvide los encargos que le he hecho referente a las bestias de carga y que no he podido mandar a buscar los mulos por no haberme mandado con las sogas. Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 9/96.

Al Brigadier Saturnino Lora.

Las comunicaciones que recibo del General en Jefe y la urgencia de la orden del mismo que me trae aquí me obliga a suplicarle que sin pérdida de tiempo ponga en manos del Mayor General Jesús Rabí la adjunta comunicación.

Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 10/96.

Al Mayor General Jesús Rabí.

De manos del Brigadier Saturnino Lora a quien se la entregué, habrá recibido Ud., la orden del General en Jefe fecha 14 del pasado, comunicada por el Mayor General Calixto García por la que Ud. debe entregarme 250 armamentos escogidos entre los mejores de su fuerza y 50,000 tiros; para facilitar la operación conviene ordene se me entreguen los armamentos para que dada su clase, poder apreciar el número de tiros que a cada uno corresponda, porque estos han de ser los propios de cada armamento o de una misma clase, si todas las armas son las mismas. El General en Jefe me exige que esté en Camagüey en Zona de Najasa, antes del 24 del presente, y los días pasan y yo le ruego ponga todo lo que esté de su parte a fin de que pueda cumplimentar la importantísima comisión conque se me ha honrado: todo lo espero de su actividad y patriotismo.

De Ud. con toda consideración. Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 10/96.

*
* *

11 Noviembre.

Ayer recibí lo siguiente:

"República de Cuba 2do. Cuerpo del Ejército Libertador de Oriente.–1ra. Brigada Jiguaní–Acuso a Ud. recibo de su comunicación de esta fecha. Tan pronto he recibido la que me adjunta para que llegue a su destino cuanto antes. De Ud. atentamente en Patria y Libertad.–El General de Brigada.–Saturnino Lora.–Al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez".

El Teniente Gobernador me dice con fecha 10:

"En contestación a lo que me dice referente a los serones y las sogas, tengo el gusto de manifestarle que según órdenes dadas a ese efecto, esta tarde tendremos en ésta oficina los objetos referidos".

Esta nota la recibí hoy, pero las sogas no han venido y por lo tanto no he podido mandar a buscar los mulos.

Temo que aquí he de pasar malos ratos.

Mayor General Calixto García, Jefe del Estado
de Oriente.

En el desempeño de la importante comisión que me confiara el General en Jefe he tenido que acercarme a distintos Jefes de los que proceden del Ejército de Occidente: a todos les he hecho comprender el deber en que están de ir a donde la dignidad les dé cita, pero como yo no quiero ni puedo llevar conmigo más que gente voluntaria no he unido a mis hombres más que los que voluntariamente han querido acompañarme. De entre los otros muchos por enfermos y por otras razones, se han quedado en espera de ser indultados de la obligación de ir a Occidente y dispuestos los más a seguir obligados a las filas de donde proceden. Convencido yo de que la mayoría se me habían de desertar no quise traerlos conmigo ni menos confiarles armamentos y cápsulas que se podían perder y preferí dejarlos, tomando nota de los cuerpos en donde desean prestar sus servicios, a fín de que Ud. les ordene lo que crea más conveniente y más útil para evitar nuevas deserciones y presentaciones. Hasta ahora y de los del Ejército de Occidente sólo tengo conmigo a los soldados José Zamora, Silvino Duverger, Demetrio Márquez y Lucas Soler. De los que he visto quedan en el primer cuerpo el Teniente Coro-

nel Eusebio Magaña, Comandante Federico Cuevas, Alférez Vicente Duany, Sargento Soria, Cabo Manuel Verdecia, Cabo Camilo Sánchez, Teniente Tadeo Pupo, Sargento Prisciliano Cobo, Sargento Andrés Vaillant y Soldado Agustín Meriño y en el Segundo Cuerpo el Capitán Francisco Pérez, Sargento Jesús Osorio, Sargento Manuel Rivero, Sargento Francisco Escobar, Alférez Miguel López, Sargento Máximo González, Alférez Ildefonso Pérez y soldado Salvador Robés.

Lo que tengo el honor de comunicarle para lo que estime oportuno. De Ud. con la mayor consideración. Patria y Libertad, Maffo, Noviembre 11/96.

Noviembre 12.

Al Teniente Gobernador de Jiguaní,

Ciudadano Luis García.

Aún no he recibido las sogas que me son necesarias para recoger los mulos. Hago a Ud. responsable de esta demora. Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 12/96.

Al Mayor General Jesús Rabí.

El portador de la presente lo es el Teniente Gaspar Aranda que presenta un certificado facultativo que acredita padecer de una afección cardíaca de las que son bastantes para extender la baja definitiva. Y además dicho individuo, aunque soldado nuestro desde la guerra pasada, es peninsular y es el criterio del General en Jefe que todos los peninsulares que deseen prestar sus servicios fuera de la fuerza se les conceda esa gracia. Y se presenta a mí y es Ud. quien debe resolver este asunto; a Ud. lo envío. Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 12/96.

Ciudadano Teniente Gobernador Luis Martí.

Hoy ha llegado a este lugar la comisión de Ud., con seis hombres y ocho bestias de cargas útiles entre las cuales hay dos mulas: traen 14 aparejos y serones sin sogas. El encargado de la comisión ciudadano Calixto Silva me comunica que en la marcha se le han desertado tres individuos que se llaman Antenor Peña, Juan Bermúdez y Félix Sánchez. Lo que digo a Ud. para su conocimiento. Patria y Libertad. Maffo. Noviembre 12/96.

Al ciudadano Subprefecto del Demajagual.

Para dar cumplimiento a órdenes del General en Jefe entregue Ud. al Alférez de mi escolta ciudadano Justo Palacio todos los mulos que tenga en su subprefectura. Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 12/96.

El ciudadano Pablo Montejo se me ha presentado manifestándome que Ud. le pide una constancia de este Cuartel de la Brigada, donde conste ser cierto que vino despachado con un pase del Brigadier Feria con quien vino de escolta.

El pase me consta lo trajo pues me lo enseñó y por ese activo fue aceptado en esta Brigada.

La referida constancia debo tenerla archivada y no le mando copia porque ese documento lo tenía guardado mi hermano el Capitán José Lora.

Caso que fuera necesario presentarla, avíseme para buscarla; lo que si le respondo es que la he visto. De Ud. atentamente en Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 12/896. El General de Brigada. Saturnino Lora.–Al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Al ciudadano General de Brigada.
Saturnino Lora.

Veo por su comunicación fecha de hoy que el Sargento Pablo Montejo está legalmente en su brigada puesto que según Ud. me indica trajo el pase correspondiente.

Y para satisfacción del mismo lo hago constar. Patria y Libertad. Maffo. Noviembre 12–96.

Me dice hoy el Brigadier Lora:

"Según me han indicado, el General Rabí baja mañana y ya tengo orden de él para concentrar la Brigada.

Tan pronto venga se le pondrá a Ud. un propio para que pase a hablar con él.

Así es que no crea que lo tenemos olvidado, por el contrario muy presente sintiendo sólo no poder atender a Ud. como se merece y ayudarlo mucho más en su comisión para que quede satisfecho de esta zona como desearía su afectísimo amigo. Saturnino Lora".–

Vuelve hoy Díaz trayéndome la Comisión de Martí y la siguiente carta de Corona:

"Por más que he querido ver si conseguía el papel suficiente para hacer el importante trabajo del General Gómez, me ha sido imposible encontrarlo, pues ya no hay que contar con los pueblos para este servicio, y cumpliendo lo que me dice Ud. en la suya, le devuelvo los originales con harto sentimiento para mí.

Aquí no hay papel ni para el periódico, pues la tirada de éste se reduce ahora a unos pocos ejemplares, y dentro de poco, si no viene material en las expediciones creo que tendrá que suprimirse.

Si Ud. consigue papel por allí, vuélvame a mandar el trabajo, pues tendría gran interés en imprimirlo.

Sus notas irán en el próximo número, pues para el que le incluyo ya tenía material suficiente".

LISTA DE EXPEDICIONES

Desde el 24 de Febrero del año pasado que estalló en Cuba la actual Revolución, hasta el 26 de Agosto último, han llegado a las playas de Isla las siguientes expediciones:

Los Maceo y Crombet —30 de Marzo de 1895—

Gómez y Martí.–11 de Abril de 1895.

Roloff, Sánchez y José María Rodríguez (combinación) - 24 de Julio de 1895.

Francisco Sánchez Hechavarría.–19 de Agosto de 1895.

Carlos Manuel de Céspedes y Quesada.–27 de Octubre de 1895.

Francisco Carrillo y José María Aguirre.–15 de Nov. de 1895.

Torres y Pujals.–20 de Noviembre de 1895.

Enrique Collazo.–19 de Marzo de 1896.

Braulio Peña.–20 de Marzo de 1896.

Calixto García.–25 de Marzo de 1896.

Juan Monzón.–28 de Abril de 1896.

Leyte Vidal (parcial).–5 de Mayo de 1896.

Juan Fernando Ruz.–12 de Mayo de 1896.

Rafael Portuondo.–30 de Mayo de 1896.

Ricardo Trujillo.–20 de Junio de 1896.

Leyte Vidal y Zárraga.–20 de Junio de 1896.

Joaquín Castillo Duany.–5 de Julio de 1896. (Regresando en el buque conductor).

Rafael Cabrera.–6 de Agosto de 1896.

Emilio Núñez.–21 de Agosto de 1896. (Regresando en el buque conductor).

Emilio Núñez.–26 id.–(id. id.)

El Consejo de Gobierno, en sesión celebrada el día 14 del corriente, acordó hacer valer y dar la mayor publicidad al acuerdo tomado en 19 de Mayo del corriente año, y que es como sigue: La antigüedad en los despachos de Jefes y Oficiales, se hará constar desde la fecha de su ingreso en este nuevo Ejército Libertador; atendiendo el día de su embarque en el Extranjero, si procede de expedición o el día en que se puso a las órdenes del Gobierno ofreciéndole sus servicios.

Lo que se publica para conocimiento general. Patria y Libertad. Setiembre 16 de 1896.

—El Secretario del Consejo.–J. C. Vivanco.

---

13 Noviembre.

De la Subprefectura de Demajagual me trajo hoy el Alférez de mi escolta 6 mulos y un aparejo.

Al Ciudadano Teniente Gobernador de Jiguaní
Luis García.

Vuelvo a decir a Ud. que me urge mande las sogas, acusándome recibo de esta nueva orden que por tercera vez le hago. Patria y Libertad. Maffo. Noviembre 13/96.

Al Ciudadano Prefecto de Baire.

Necesito me facilite en el día de hoy tres hombres de su Prefectura para atender a las bestias de carga de mi comisión. Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 13/96.

Al Brigadier Saturnino Lora.

El Sargento Ciudadano Gil Bustamante me manifiesta que tanto a Ud. como al General Rabí les consta la legalidad de su pase de Occidente por herido y me manifiesta querer permanecer en la fuerza de su mando.

Lo que digo a Ud. a los fines consiguientes: Patria y Libertad. Maffo. Noviembre 13/96.

Recibo hoy la comunicación siguiente del Teniente Gobernador del Distrito de Jiguaní.

"Tengo a la vista su escrito de hoy y en su contestación tengo el gusto de manifestarle que está hecha la gestión para la fabricación de las sogas y serones que me pide, significándole al propio tiempo que dichos objetos no estaban preparados siendo éste el motivo de no tenerlos Ud. en su poder. De todos modos tenga Ud. la completa seguridad que por lo que a mi corresponde no tendrá Ud. demora alguna".

Ciudadano Teniente Gobernador de Jiguaní.

En contestación a su comunicación de ayer recibida hoy, debo decirle que ya están aquí con la comisión del Teniente Gobernador Martí los mulos de la Subprefectura del Demajagual y que sin las sogas sufriré perjuicio en la comisión. A la vez debo manifestarle a Ud. que por necesitarlos he pedido hoy al Prefecto tres hombres los que aún no los ha puesto a mi disposición manifestándome de palabra que dará las órdenes a las Subprefecturas para que vengan. Aunque tenga el mejor deseo siento manifestarle que hasta ahora no he visto en lo que se relaciona con mi comisión, se trate de cumplir las órdenes que represento del General en Jefe. Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 13/96.

Al General de Brigada Saturnino Lora.

El sargento 2do. ciudadano Esteban Alvárez me manifiesta que se encuentra en las mismas circunstancias que el Sargento Pablo Montejo y de ser así está legalmente despachado, pudiendo Ud. dejarlo en la Brigada a sus órdenes. Lo que a petición suya pongo en su conocimiento. Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 13/96.

Al General de Brigada Saturnino Lora.

El soldado de su fuerza Rafael Cordero parece que quedó por enfermo y no fue de los pertenecientes al Ejército Invasor sino a los voluntarios que con el Teniente Coronel La Cruz Fuentes mandó el General José Maceo y el General Rabí según orden del General en Jefe y como ahora se me presenta y no quiere ir voluntariamente conmigo lo pongo a sus órdenes para que no deje de prestar sus servicios y esté así por lo tanto a las de las autoridades de la Revolución. Patria y Libertad. Maffo 13/1896.

Al General de Brigada Saturnino Lora.

El Sargento Martín González desea permanecer en su fuerza, desconozco la forma en que se incorporó a ella, pero ya me indica la legalidad de sus documentos. De este caso como de todos los que se me presentan doy cuenta al General en Jefe. Patria y Libertad.

No. 150. En contestación a atenta comunicación de hoy, manifiéstole que me es sensible manifestarle que el ciudadano Prefecto de Babiney al cual encomendé el cumplimiento de enviar las sogas y serones, no ha cumplido como se lo exigí, el cumplimiento de dicha orden. Sin embargo, debo significarle que estos artículos no estaban hechos y la demora será debido a que lo estarán fabricando. Le repito que por lo que corresponde a nuestras gestiones no sufrirá Ud. demora alguna. Sino le alcanzan los mulos que ha recibido yo le proporcionaré algunos más.

En este momento le comunico al Prefecto la orden para que cite tres individuos y lo ponga a sus órdenes. De Ud. con la mayor consideración. Patria y Libertad. Candonga. Noviembre 13/896. El Teniente Gobernador Luis García.-

---

Al Ciudadano Gobernador de Jiguaní
Luis García.

Para el cumplimiento de los encargos que traigo del General en Jefe no me basta que Ud. me diga que tal o cual Prefecto no cumplió sus órdenes, lo que yo necesito es que no se me retrase en el desempeño de mi comisión y ya sufro retraso y perjuicio por no haberme mandado las sogas que le pedí.

Necesito que me proporcione Ud. todos los mulos que pueda con aparejo o sin ellos, diciéndome a la mayor brevedad el número de ellos conque puedo contar.

A pesar de lo que me dice de la orden que dió al Prefecto para que ponga a mis órdenes tres individuos, aún no han llegado estos. Patria y Liberrtad. Maffo. Noviembre 13/96.

Al Mayor General Jesús Rabí.

El día 7 llegué aquí en busca suya trayendo del Ramón dinamita y otros encargos del General en Jefe, y el día 8 puse en manos del General de Brigada Saturnino Lora una comunicación al General Calixto García que dice así:

"Desde ese día he permanecido en este lugar por indicarme el referido Brigadier Lora que aquí era el campamento más a propósito dada la carga que traigo y la que espero recibir de Ud. para recibir sus órdenes. En este tiempo he recibido órdenes urgentísimas del General en Jefe en las que me apremia para que recoja los armamentos y el parque y antes de que termine este mes esté en Zona de Najasa con todo el material de guerra. La prisa que a mí me dá el General en Jefe me hace enviarle esta comunicación que lleva a mano uno de mis ayudantes, suplicándole dé las órdenes oportunas a fín de que pueda yo dar cumplimiento a lo que se me ordena. Como Ud. verá los 250 armamentos han de ser escogidos por mí y el parque ha de ser en relación con las distintas armas que lleve, todo esto quiere tiempo y los días que voy pasando en espera inútil me alejan de la posibilidad de cumplir como quiero el importantísimo encargo conque me honró el General en Jefe. Conozco su patriotismo y actividad y en ellos pongo toda mi confianza. Es de Ud. con la más atenta consideración. Maffo. Noviembre 13/96.

Al General de Brigada Saturnino Lora.

Una comunicación que acabo de recibir del General en Jefe me obliga mandar al Cuartel General del General Rabí, con toda urgencia a uno de mis ayudantes para que llegue a sus manos una comunicación que le explique la necesidad en que me encuentro de ser despachado a la mayor brevedad. A Ud. le suplico que proporcione a mi ayudante el Subteniente Alberto Díaz Villalón la manera de llegar

lo más pronto posible al Cuartel del General Rabí. Es favor y servicio por lo cual le anticipo las gracias. Maffo. Noviembre 14/96.

No pasó.

Hoy ha llegado a este Cuartel el General Rabí y cumpliendo lo que le prometí a Ud. le aviso que puede venir cuando quiera a hablar con el General.

De Ud. con la mayor consideración. Potrero de Aguilar, Baire Noviembre 13/96. El General de Brigada. Saturnino Lora. Al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Cuando escribía Pinto esta noche la comunicación para Rabí, que copio más arriba, llegó un número con la cartica del Brigadier Lora en la que me anuncia que ya puedo ir a hablar con Rabí. Al fin ya parece que podré pronto terminar mi comisión y volver a donde me espera el General Gómez. Hice que terminara Pinto la comunicación y la mandé con Díaz, pues el número de Rabí me dijo que no podía esperarse hasta mañana y yo no me decidí a ir esta noche porque poco había de adelantar con andar de noche y llegar cuando ya el General Rabí estaría durmiendo. Mañana temprano el práctico de aquí me llevará y con Pinto, cuatro números y Generoso me podré en Baire.

En estos días la impaciencia y los disgustos con los Prefectos me han quitado el deseo de escribir, pero ya de ahora en adelante podré contarte mis percances en los días de marcha y con algo bueno que recordar dejar en estas notas alguna idea digna de que tú la leas. Ahora mi alma está enferma de ansiedad, de duda —pongo todo mi espíritu en el cumplimiento de mis deberes y ni duermo ni vivo pensando en las responsabilidades que pesan sobre mí.

Del Ramón aquí ha sido la marcha pesada y comprometida, la suerte me ha protegido y he llegado sin tropiezo alguno, pero no han sido pocos los peligros.–Me cuentan que el mismo día que pasé por Santa Isabel una guerrilla española tiroteó e hizo correr a unos que andaban por allí con acémilas; ¡y yo que con tan poca gente pasé por allí con la dinamita y otras impedimentas!

Y me alegro que al cabo deje yo este campamento; a pesar de lo seguro que lo cree el Brigadier Lora, no le tengo fé y recuerdo que por aquí sorprendieron a Rabí y no lo mataron porque se defendió

personalmente; y temo no sólo por mí y por la gente que traigo, sino por la dinamita, pues sería una vergüenza para mí, que después de traerla desde tan lejos y con tantos trabajos, me la quitaran. Pero ya mañana veré a Rabí y espero que pronto dejaré estos campos de Maffo.

Al que creo que me llevo es al Teniente Gobernador que parece que quiere verle la cara al Mayor y oirle otra vez su voz.

Creo que quiere que lo lleve preso y me parece que el muy idiota se va a salir con su gusto.

Es otro tipo el Prefecto de aquí Fornaris. Es un vividor y uno de esos que esperan recompensas monetarias para vivir felices en la paz; cree tener mucho títulos para soñar con estas cosas y probablemente entre estos, debe contar el que sus hijas son *queridas* —y el mismo lo dice— de algún Lora y otros Jefes insurrectos.

Al irme de aquí y a pesar de los días que llevo ya de campamento, poco puedo contar; sólo una vez he estado en la prefectura y en otras casas para ver enfermos; la viruela ha hecho estragos por aquí; no hay casa en donde no haya dejado su huella terrible y a muchos ha llevado a la tumba; ahora mismo hay algunos casos y esta misma tarde fuí a la casa de mi práctico a verle un niño cuya fiebre tiene todos los caracteres de [la] terrible enfermedad.

Todos duermen, y yo esta noche, con la noticia de que ya mañana veré a Rabí y podré salir de la inacción, no tengo sueño y escribo. Todas las otras noches a las ocho he impuesto silencio a mi gente y a esa hora me he metido en la hamaca para dormir y olvidarme de la vida soñando o viviendo en ese estado de tranquilidad aparente o de olvido de la vida que tanto se parece a la muerte!

En mi rancho que es grande y en donde tengo la dinamita y los serones y aparejos y el café y toda la carga duermen Pinto, Escobar, Días, Chávez, el maestro sastre compañero de Celedonio que me encontré en el Ramón, Pedro, Generoso, Tomás el más narigudo de los asistentes y Máximo el guantanamero y Lucas el de Matanzas que son de nueva creación; un centinela presta guardia de día y de noche cerca de mi hamaca y al lado de las cajas de dinamita.

Para olvidarme de mi mal humor en estos días ¡cuántas veces he leído tus cartas y hasta a media noche me he puesto a leer las libretas que guardo para tí y en las que siempre dejo mis esperanzas

y con mis lágrimas los deseos de que pasen estos días y llegue para todos la dicha con la Independencia y para mí la gloria con sólo una mirada de tus ojos hermosísimos!

Oh ¡Dios mío! que me quiera siempre mi Asunción de mi alma! la prieta queridísima con quien sueña amoroso siempre mi pobre corazón!

Vuelven los días de frío y con ellos el recuerdo de aquel invierno en West Tampa!

Oh ¡Patria mía! cuántas lágrimas, cuántos dolores quedan —como ofrenda santa— en el altar sagrado de tu libertad!...

Pero después de este calvario que es la guerra, yo sé que tengo un cielo...

El beso de tus labios y el calor purísimo de tu seno amoroso...

Noviembre 14.

Cumpliendo órdenes del Jefe del Departamento, me encontraba en la jurisdicción de Manzanillo cuando desde Maffo me ofició Ud. participándome la comisión de que era portador. La deficiencia de nuestro servicio de comunicaciones, retardó mucho la noticia de su llegada, cuyo objeto concreto sólo vine a conocer hace cuatro días, en los que ya se están efectuando las operaciones necesarias para que el diez y seis del presente disponga Ud. de los 250 armamentos a que se refiere el General en Jefe, pudiendo por lo tanto quedar desempeñada su comisión en el plazo debido. En lo concerniente al reclutamiento de voluntarios, todos mis subalternos tienen instrucciones para que permitan y aún faciliten el pase para el ejército de Occidente de cualquier individuo perteneciente al 2do. Curpo. No obstante, a fín de mejor asegurar el cumplimiento de lo dispuesto por el General en Jefe, he reiterado dichas órdenes en esta ocasión a los Jefes de Brigadas y pondré en manos de Ud. cuando guste, un documento redactado en los términos que crea más conveniente para la consecución del fín que se propone.

Esperándolo en este Cuartel General quedo de Ud. con toda consideración. Patria y Libertad. Baire 13 de Noviembre 1896. El Mayor General Jesús Rabí.-p.o. El Coronel Jefe del Estado Mayor -Mariano Sánchez Vaillant.-Al Teniente Coronel Fermín V. Domínguez.

*

* *

Al Mayor General Jesús Rabí.

Acuso recibo de su comunicación fecha de ayer en la que me dice haber recibido la que puse en manos del Brigadier Saturnino Lora a mi llegada a este campamento. Siento que la deficiencia de nuestro servicio de comunicaciones haya retardado la noticia de mi llegada porque yo, cumpliendo órdenes del General en Jefe, le manifesté al Brigadier Lora que no fiara la orden que le entregué a la Posta sino que se la enviara por medio de una pareja manifestándole que si no la tenía disponible yo podía ofrecerle una de las mías. El 16 como Ud. me dice me recibiré los 250 armamentos y los 50,000 tiros y le ruega que se sirva oficiar al Teniente Gobernador de Jiguaní ciudadano Luis García, para que cumpliendo las órdenes del General en Jefe me facilite los medios de poder conducir en bestias aperadas y con los hombres civiles necesarios, dichas armas y parque. Y a fín de que puedan incorporárseme todos los individuos de su fuerza que voluntariamente quieran pasar a Occidente también le ruego dé a los distintos Jefes las órdenes oportunas. Queda de Ud. con la mayor consideración en Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 14/96.

Al Mayor General Jesús Rabí

Es el portador de esta comunicación el Sargento Melitón Céspedes que se me incorporó como voluntario para ir a Occidente procediendo de las fuerzas de la Brigada de Luis Bonne, pero como luego me ha manifestado que sólo lo hizo por el deseo que tenía de incorporarme a las fuerzas de su mando, lo pongo a su disposición rogándole dé de esto cuenta al referido Brigadier Bonne. De Ud. con toda consideración. Maffo. Noviembre 14/96.

Al Ciudadano Prefecto de San Juan

Venero.

Cumpliendo órdenes del General en Jefe se servirá Ud. entregar al Sub Teniente Alberto Díaz Villalón todos los mulos que tenga en su Prefectura con sus correspondientes sogas y aparejos, debiendo mandar con dichas acémilas hombres civiles que las atiendan y encargados de conducirlas tan pronto como termine el servicio. Patria y Libertad. Maffo. Noviembre 14/96.

Al Prefecto de Naranjo.

Cumpliendo órdenes del General en Jefe se servirá al Sub Teniente Alberto Díaz Villalón, todos los mulos que tenga en su Prefectura con sus correspondientes sogas y aparejos, debiendo mandar con dichas acémilas hombres civiles que las atiendan y encargados de conducirlas tan pronto como se termine el servicio. Patria y Libertad. Maffo, Noviembre 14/96.

Recibí del Cabo ciudadano José de la Cruz Girón una tercerola con diez y ocho cápsulas, pertenecientes al Ejército de Occidente Noviembre 14/96.

Recibí también del Comandante Federico Cuevas una tercerola y veinte y una cápsulas también del Ejército de Occidente.

Recibí otra tercerola del Sargento Jesús Osorio también de Occidente.

Temprano fuí hoy a ver a Rabí. Como queda explicado en las distintas comunicaciones que aquí dejo copiadas, parece que ya pasado mañana estará despachado. Me preparo para poder cumplir las órdenes del General en Jefe. Apuro al Teniente Gobernador García y mando hoy a Díaz a buscar mulos por otras prefecturas.

Me sorprendió agradablemente encontrarme con Pancho Sánchez de Jefe de Estado Mayor de Rabí. Hablamos de los deseos que expresa Antonio en sus cartas de conocer bien las causas de la muerte de su hermano José y pensamos que Calixto no es el hombre de la confianza de Antonio; no podía éste fácilmente olvidar los motivos de queja que contra él tenían ya los Maceo, —que han venido a hacer más hondas las diferencias nacidas después de haber aceptado la jefatura de Oriente, cuando acababa de asegurar a José que por nada ni por nadie se detendría hasta que no llegara a Occidente, porque allá, y solo allá estaba su puesto de honor.

Antonio Maceo ha escrito a Rabí y a Periquito Pérez y a Cebreco y a Bonne y a todos sus amigos y antiguos compañeros de armas, suplicándoles que le den todos los detalles que se refieran a la muerte de su hermano. Y es natural la averiguación; fue la muerte de José como la obra de una mano criminal. La vida de aquel valiente

estorbaba a los envidiosos y ruines del Gobierno y mientras aquel héroe se alzara como una enseña de triunfo al frente de sus legiones Calixto no podía ser el Jefe de Oriente. Parecía pues, que sólo asesinado podía morir el que desafió tantos peligros y se burló tantas veces de los disparos enemigos.

Pero Calixto García a pesar de la muerte de José Maceo —y quizás por esto mismo— no es ni será el Jefe de Oriente. Lo veo ya figurando entre los descontentos que han de formar siempre el grupo de los parásitos que viven entre las faldas de los mansos del Gobierno. . .

Y que Maceo —Antonio— vengará a su hermano José a quien Calixto no supo respetar.

Te besa Fermín.

S. S.(*)

No. 34

Jiguaní

Prefectura de Baire. Maffo.

14 Noviembre de 1896.

No quisiera yo que la ley condenara a los que han vuelto enfermos o heridos de las huestes occidentales y ahora se les obliga a ir a ocupar su lugar: han hecho mal en dejar el puesto de honor, pero no es ahora momento de castigar sino de vencer a nuestros enemigos y perdonar a los nuestros sus faltas. Y para evitar nuevos delitos y deserciones no quiero que vengan conmigo más que los que espontáneamente se presentan para acompañarme hasta Occidente. Y si no llevo más que armas y parque llegaré hasta el General satisfecho de haber cumplido y él comprenderá que tengo razón al pensar que vale más dejar a cada uno cumplir sus deberes al lado de sus jefes que sembrar la desmoralización y la indisciplina obligando a prestar servicios a los que son capaces, —por no dejar la tierra en donde han nacido y en donde viven los seres que les son queridos—, de cometer actos criminales. Los que mandan entiendo yo que tienen el deber de evitar e impedir estos males.

Hay muchos de los que están aquí como desertores: para prestar sus servicios aquí y para pelear en sus antiguos cuerpos no se ocultan, pero si se les obliga a volver a Occidente o se ocultarán o desertaran tantas veces cuantas se les obligue a ir.

Pero yo no puedo hacer mucho por estos desertores y veo que tendrán —al cabo— que ir: no quisiera yo, sin embargo, que fuera ninguno conmigo.

A todos los que vienen a mi con la esperanza de que yo los deje aquí les doy cita para el Cuartel General del Mayor Rabí. Veré pasado mañana si encuentro manera de resolver este asunto. Es lo que ahora me preocupa. No quiero disgustar al General ni salirme de mis facultades, pero me espanta contribuir a lo que creo injusto y pernicioso para la Revolución. Y como procedo con honradez no temo a las censuras de mis jefes, cuyas disposiciones no contravengo. Es difícil sin embargo, mi posición porque todos ponen en mi su confianza y ven en mi el defensor del pleito en el que sólo encuentran por donde quiera jueces severos y acusadores implacables.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Legajo* No. 273, No. 2.

Una solución se me ocurre.

Le diré a Rabí que he encontrado a muchos de los del ejército de Occidente que no quieren ir y sí desean prestar aquí sus servicios y que como me lo han manifestado con lealtad y yo no vengo a buscar más que hombres que voluntariamente se dispongan a acompañarme —a reserva de lo que disponga el General en Jefe les he quitado las armas a los que las conservaban y los dejo aquí para decirle al General en Jefe: —Los he dejado porque allí prestarán servicios a la Revolución y no he querido traerles porque se habían de desertar y en sus manos se perderían las armas. Y yo creo que al cabo se quedarán aquí puesto que ya esto de los desertores es asunto en el que el General en Jefe entiende que nada se puede ni se debe hacer. Y así evito nuevas deserciones y hasta presentaciones. Para convencer a Rabí le enseñaré la comunicación que sobre esto le pasé ya al General Calixto García.

Y dejaré así buen recuerdo entre esta pobre gente.

Noviembre 15.

Al Teniente Gobernador de Jiguaní

Ciudadano Luis García.

Por no haberme mandado Ud. las sogas que le he pedido desde el día que llegué aquí o sea, desde el 8 del presente, se me han extraviado algunas bestias de las que traía y Ud. no me ha proporcionado. Por última vez le pido pues, las sogas y no olvide que éstas no entran entre las que Ud. tiene que proporcionarme mañana con las 20 bestias para la carga. Patria y Libertad. Maffo. Noviembre 15/96.

Concedo pase a las fuerzas de donde procede el sargento José Osorio que forma parte de los individuos de mi escolta dada por el Brigadier Bonne, por encontrarse enfermo. Las autoridades Civiles y Milires le prestarán los auxilios que necesite hasta que se incorpore a la referida fuerza. Patria y Libertad. Maffo. Noviembre 15/96.

No me dejan ni un momento tranquilo las luchas con los hombres de la fuerza y con el Prefecto y el mandría del Teniente Gobernador. Para evitar abusos prohibo que la fuerza tome viandas en los lugares en que acampo, pido lo que necesito al Prefecto y cuido que nadie destruya las siembras de los civiles, pero cuando como ayer, la gente

está sin comer por descuido y maldad del Prefecto, entonces les doy permiso para ir a buscar que comer en donde lo encuentren; y es cosa curiosa ver como salen en busca de víveres y con cuanto gusto vuelven con la preciosa carga. Y entre el Prefecto y el Teniente Gobernador me traen ya aburrido; no se ocupa de nada el primero y —hasta ahora— no veo que el segundo se tome interés por cumplir lo que en nombre del General en Jefe le he exigido. Ni sogas para enlazar una res tenemos y hoy para comer carne he tenido que autorizar a mi gente que mataran a tiros. A diario oimos disparos de los civiles, pero a mi no me gusta el procedimiento porque a más de que se pierden tiros, se acostumbra a la fuerza a malas mañas. Los disparos de hoy, de los míos, han hecho venir al encargado del potrero que lo es un Señor anciano, tío de los hermanos Lora: le he explicado las razones que justifican mi orden al decirme que estaba prohibido matar a tiros en el potrero, y al irse va con él el maestro Chávez, pues me ofreció mandarme café y un poco de picadura para mi pipa, que me viene muy bien, pues ando escaso de asuntos fumatéricos; y también me ofreció un buen potro. Veremos que tal sale el maestro en su exploración.

Ya volvió Díaz con su comisión. No ha traido mulos, pero si tabacos y dos paquetes de raspadura, y la siguiente comunicación:

"Con esta fecha se presentó en esta oficina el Sub-Teniente Díaz con una comunicación de Ud. en la cual dice le entregue los mulos que tenga, y debo participarle que siento infinito no poder complacer a Ud. porque los pocos que había se los llevaron hace mucho tiempo. Mis deseos son servir en todo cuanto puedo a la Patria, pero en esta ocasión no puedo y lo siento en el alma".–Por orden de Eusebio Venero firma el Secretario Pedro Tobajas.

Son las 12 de la mañana y aún no hemos almorzado, pero ya hemos tomado más de un tente en pié. Después del café tomamos café con leche y nos divertimos viendo a mi Alférez haciendo casabe en un buren que aquí nos encontramos: por primera vez en mi vida comí casabe caliente y ví como se hacen estas sabrosas tortas que suplen al pan. Si me hubiera atenido al Prefecto no hubiera podido comer hoy casabe. El día que llegué me dijo el Alférez que le pidiera yuca agria para hacer casabe, me dijo el Prefecto que me la mandaría y en efecto, no me la mandó, pero ayer al mandar a buscar

las viandas no me olvidé de la yuca.–Hoy he aprendido una cosa nueva: a hacer casabe y a comerla caliente.

Al Teniente Gobernador de Jiguaní

Ciudadano Luis García.

Ahora que son las dos de la tarde me manda el Prefecto de este lugar cuatro bestias mal aparejadas y sin sogas para la carga procedente según manifiestan el cabo auxiliar y Secretario que la conducían de la Subprefectura de La Venta. No he querido recibir las bestias de carga en esa forma porque me son completamente inútiles.

Recuerde Ud. que mañana debe tener en el Cuartel General del General Rabí veinte acémilas bien dispuestas para la carga y que no puedo utilizar las que traje porque hasta ahora, y a pesar de las distintas veces que se las he pedido no me ha mandado las sogas.

Nota: de los tres hombres que le pedí al Prefecto Fornaris y a Ud., sólo han mandado dos y con estas cuatro bestias de carga que no he querido recibir no venía ninguno.

Maffo, Noviembre 15/896.

Al Mayor General Jesús Rabí.

El ciudadano Teniente Gobernador Luis García me manifiesta que le es completamente imposible proporcionarme hombres en número suficiente para la conducción y cuidado de las bestias de carga, en las que he de llevar las armas y municiones que Ud. debe entregarme mañana. Me dice que con este objeto pida yo a Ud. números de la fuerza y deseoso de que nada se oponga al cumplimiento de la orden del General en Jefe lo pongo en su conocimiento para que determine lo que juzgue conveniente. Maffo. Noviembre 15/96.

Mi intranquilidad llegó hoy a su colmo con la visita que me hizo esta tarde el Teniente Gobernador. Vino a traerme ocho sogas, únicas que ha podido conseguir y a decirme muchas cosas que me demuestran que aún está muy distante de poder tener mañana todo lo que yo necesito y [que] el está en el deber de proporcionarme para poder emprender mi viaje.

Para estar cerca de Rabí y también porque me ha dicho el Teniente Gobernador que por el lugar en que aquél está es más directo mi camino, mañana levantaré mi campamento hacia allá. ¿Podré mañana o pasado seguir mi viaje? Creo que no y esto me pone nervioso y me hace pensar en la manera de vencer las dificultades, pues no olvido que el General Gómez me espera a fines de este mes. No estoy dispuesto a sufrir las consecuencias de la ineptitud de este Teniente Gobernador y aunque entiendo que hace cuanto puede dadas sus pobres condiciones no estoy dispuesto a sufrir por su culpa. Y si Rabí quiere hacer algo por él que lo ayude. Por eso llevo nota de todo y copio los oficios que paso y dejo anotados todos los que recibo.

Hoy han pasado por aquí algunos que vienen del Camagüey y he sabido que después de la toma de Guáimaro los españoles abandonaron a Cascorro y a San Miguel y que el Mayor está por Minas. Otros me han dicho que después que dejé al Ramón se ha batido Periquito con una o dos columnas españolas. Son éstas noticias que me alegran por nuestros triunfos; pero me ponen más violento, por que lo que ansío es estar a donde se pelee y ya tengo y vehementísimos deseos de llegar y poder ocupar mi puesto al lado del General o a donde él quiera mandarme. Creo que ahora no se contentará el General con los pueblos tomados ya, sino que ha de querer entrar hasta en Puerto Príncipe. ¡Ojalá llegue a tiempo de acompañarlo!

Me alegraría que viera mi campamento el General Gómez. Sin rigor y con amabilidad para todos, los hago cumplir con sus deberes: todos están en sus puestos. Mis ayudantes cumplen como buenos, dos Subtenientes son los jefes de mi escolta compuesta de ocho números de la Brigada de Bonne y cuatro de la fuerza de José A. León. Los civiles que son 6 de Martí y de esta Prefectura, están bajo las órdenes de Calixto Silva, Jefe de la Comisión del propio Teniente Gobernador Luis Martí, y reuno para carga aquí 11 mulos y 4 bestias más. Veré las acémilas que me prepara mañana el Teniente Gobernador García. No he tenido que imponer castigos y una indicación mía basta para impedir por completo, cualquier pequeño desorden. De noche, como ahora, a las ocho —sin necesidad de pito ni corneta—, todos hacen silencio y sólo se oye el andar lento del soldado que hace la guardia de imaginaria al lado de mi hamaca y cerca de las cajas de dinamita. Mañana debe darme Rabí ocho hombres y un oficial y así aumentará mi escolta necesaria para defender si es preciso, la importante carga que llevaré.

Cuando esté en el Camagüey me creeré el hombre más feliz de la tierra, ahora me parece que tengo encima todas las contrariedades y que me va ser imposible vencerlas.

Si pudiera te había de describir la entrevista del Prefecto con el Teniente Gobernador esta tarde en mi pabellón. Pero no tengo mi espíritu ahora para lo bufo, sólo te diré que el Fornaris se le fue a las barbas al García y que la autoridad civil quedó choteada.

Presumo que este Gobernador, Teniente, me va a acompañar... y no de grado.

Llevaré, a más de los armamentos y cápsulas que me dé Rabí, tres tercerolas y 65 cápsulas de los mismos armamentos que le he recogido a tres de los desertores de Occidente.

A más llevo dos cajas de dinamita con 200 cartuchos, otra con 345 y un bulto con 50 que hacen un total de 595 cartuchos.

Y en la carga también tengo que contar un quintal de café para el General y dos míos y otro del maestro, que como se me pegó también entra en la cuenta, por ahora y hasta que no tome rumbo hacia Caledonio.

Potrero El Jagüey. Baire. 16 Nov.

Al Mayor General Jesús Rabí.

Recibí el encargo del General en Jefe de hacer imprimir en el taller tipográfico de nuestro periódico "El Cubano Libre" a cargo del Comandante Mariano Corona un folleto conteniendo nuestra Constitución y el Proyecto de Ley de Organización Militar presentado ya y a la aprobación del Consejo según la propia Constitución determina. No ha podido el Comandante Corona por falta de papel hacer la impresión y a mi me ha sido imposible por haberse cortado las comunicaciones con Santiago de Cuba, conseguir papel. Por otras localidades puede Ud. facilitar lo que Corona necesita prestando así un señalado servicio que haré presente al General en Jefe: para la realización de este trabajo dejo a sus órdenes al Subteniente Alberto Díaz y Villalón con los originales que deben ser impresos, explicándole que en todo lo que se relacione con esta comisión que me

honra al hacerla suya, le ruego en nombre del General en Jefé la mayor brevedad. De Ud. ate. Baire, Noviembre 16/96.

Ciudadano Comandante Mariano Corona.

Dejo al General Rabí el encargo de proporcionarle a Ud. papel para la impresión del folleto que motivó la visita del ciudadano Manuel Pinto. El Subteniente Alberto Díaz Villalón queda encargado de todo y a las órdenes del General Rabí, él le llevará el papel y con él mándeme los primeros ejemplares que tire. Es su amigo y compañero. Baire, Noviembre 16/96.

Quiere quedarse el Sargento 1ro. invasor Benito Lauzagarreta y pasar al 1er. Cuerpo.

Al General Cebreco.-

El sargento Benito Lauzagarreta procedente del Ejército de Occidente me manifiesta que está incorporado a la fuerza que Ud. manda deseando permanecer en ella. Tomo nota de ello para dar cuenta al General en Jefe. Noviembre 1/96.

Ya llegué aquí esta mañana sufriendo un sin número de penalidades. A mi llegada me encontré conque Rabí me entregará hoy a las 4 de la tarde las armas... o mañana temprano, conque las armas no es aquí sino a dos o tres leguas más adelante en donde me las dará, conque el Teniente Gobernador no me esperaba y con la seguridad de que si hasta ahora he tenido disgustos, ahora empiezan mayores penas.

Poco después de haber acampado llegó el Teniente Gobernador: hasta ahora —las 2 de la tarde—, sólo me ha entregado ocho acémilas y nueve sogas.

Rabí atendiendo a las súplicas del Teniente Gobernador y para facilitar mi operación, me ha dado 24 sogas y me dice que me facilitará hasta Mala Noche, a más de la escolta armada, diez hombres para el servicio de las acémilas.

Creo que tendré que llevarme al Teniente Gobernador. Veré si me proporciona lo demás que me hace falta.

Dice Rabí que mañana irá conmigo hasta donde está el parque.

De las ocho acémilas que acaba de entregar el Teniente Gobernador hay tres mulos.

Los Sargentos Cecilio Mendoza y Francisco Fajardo del ejército invasor, desean prestar sus servicios [en] el 2do. Cuerpo.

Al Ciudadano Teniente Gobernador Luis García:

El Mayor General Jesús Rabí en vista de la comunicación que por indicación suya le pasé ayer me facilita 10 números desarmados de la fuerza para que atiendan a las 20 acémilas que Ud. debe facilitarme y de las que hasta ahora —las tres de la tarde— sólo he recibido ocho. También me ha facilitado el General Rabí 24 sogas. Para atender a las necesidades de mi Comisión convendría que me acompañara para obviar todos los obstáculos hasta donde me espera el Teniente Gobernador Luis Martí o mandara algún Prefecto o Subprefecto en su representación y que entendiera de acémilas para que se pusiera al frente de los hombres que para atender a ellas me da el General. De Ud. etc.

Ciudadano Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Enterado de su atento escrito fecha de hoy, tengo el gusto de manifestarle, que si mis órdenes son bien dadas como lo espero, no dudo que esta tarde o por la mañana tendrá Ud. el número de acémilas que necesita. También debo significarle que tan pronto me avise estaré pronto a acompañarle a la Subprefectura de Babiney, desde cuyo punto le seguirá auxiliando el Prefecto que en aquel punto designaré al objeto de su deseo, pues yo no podría continuar por no salir de mi demarcación sin la orden superior que para el caso necesito.

Soy de Ud. con la mayor consideración Patria y Libertad. Candoga. Noviembre 16/96. Luis García.

Esta tarde han venido 3 acémilas.

Y esta noche... 4 acémilas.

Esta tarde me entregó Rabí los armamentos y ya los tengo en líos para cargarlos en 12 mulos.

He recibido del Mayor General Jesús Rabí Jefe del 2do. Cuerpo de Ejército doscientos cincuenta armamentos en esta forma: doscientos veinte y cinco remington y veinte y cinco máusser. Noviembre 16/96.

Se cambió un Remington por un Remington Lee.

Esta noche me mandó el General Rabí 10 hombres desarmados para atender a las acémilas.

Pozo de Mije Hueco.

17 Noviembre.

En contestación a su atento oficio de hoy, me complazco en manifestarle que a pesar de que el Estado sanitario de la Brigada de Jiguaní me hace muy difícil extraer sin inconveniente ningún contingente de su personal, le facilitaré los hombres desarmados que Ud. necesita para el desempeño de su comisión, ya que otros elementos conque tenía Ud. derecho a contar le faltan en el momento crítico. De esta suerte espero quedarán debidamente cumplidas las órdenes del General en Jefe. Soy de Ud. en Patria y Libertad en Bairè 16 Noviembre/896. El Mayor General Jesús Rabí. P. O. El Coronel Jefe de Estado Mayor. Mariano Sánchez Vaillant.

Sírvase entregar al Ciudadano Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez, 50,000 tiros en la forma siguiente: 45,000 de Remington, y 5,000 de Máusser de cuyo parque exigirá Ud. el correspondiente recibo. Patria y Libertad, en Baire Noviembre 16/96. El Mayor General Jesús Rabí. P. O. El Coronel Jefe de Estado Mayor. Mariano Sánchez Vaillant.

Por si no ha recibido Ud. comunicaciones anteriores, le reitero en esta orden [el] facilitarle al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez, diez hombres armados y un oficial y diez desarmados a fin de relevar los que en igual forma acompañaron hasta Mala Noche al

expresado Jefe. Facilite el paso a Occidnte a todo individuo a sus Ordenes que lo solicite. Patria y Libertad. Baire. Noviembre 17/96. El Mayor General Jesús Rabí. El Coronel Jefe de Estado Mayor Mariano Sánchez Vaillant.

En esta Prefectura me han proporcionado: 6 bestias, 5 aparejos, 5 serones y 4 sogas.

Temprano me preparé para la marcha. Rabí me mandó la escolta, un práctico para que me llevara hasta el campamento del Coronel Reyes y un ayudante suyo para que presenciara la entrega que éste tiene que hacerme del parque. Ya le he mandado una comunicación con el práctico y el Ayudante de Rabí diciéndole la urgencia que tengo y que aquí espero que me indique el lugar a donde debo ir a recibir el parque.

Dejo copiada ya las comunicaciones de Rabí.

Esperando al Gobernador García se me pasaron las primeras horas de la mañana; las siete serían cuando llegó: enseguida dispuse la marcha y cuando marchaba se me presentó diciéndome que le había dado un terrible dolor en el vientre y no podía acompañarme, como había quedado conmigo y que para que lo representera me traía al Secretario de la Tenencia, quien iría conmigo hasta que un Subprefecto a quien había dado órdenes para que se me incorporara, así lo hiciera en el lugar a donde me dirigía. La enfermedad del Teniente Gobernador era fingida: temía que yo en virtud de que no había cumplido su deber y no me había proporcionado las acémilas que le pedí, quería escurrirse y lo hacía como el criminal sin talento.

Mandé que Pinto lo acompañara hasta el Cuartel General del Mayor Rabí haciendo constar su huida por lo que pudiera sucederme si no tenía acémilas conque cargar el parque.

Más de las doce eran cuando llegué aquí. Ya anoté las acémilas que me han entregado. El Subprefecto es un negro catedrático, pero buen hombre y servicial. El Secretario del Teniente Gobernador está aquí como figura decorativa.

Temprano volvieron el Ayudante de Rabí y el práctico con el siguiente papel:

República de Cuba.–Ciudadano Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez. Mañana a las 7 estaré con Ud. para la entrega de dicho parque. Espéreme en esa de Mije Hueco.–El Coronel José Reyes.–Noviembre 17/96.

Le remito los individuos Jesús Ríos, Rafael Rodríguez y Juan Fajardo, autores de los abusos que se venían cometiendo en el Departamento de Jiguaní con el dulce, en perjuicio de los hospitales y enfermos.

Puede Ud. emplearlos en la conducción de las armas y el parque y llevarlos hasta los últimos confines de Camagüey.–

Patria y Libertad a 17 Noviembre/96. El Mayor General Jesús Rabí.–P. O. El Coronel Jefe del Estado Mayor. Mariano Sánchez Vaillant.–

Al Mayor General Jesús Rabí

Tengo la honra de acusarle recibo de su comunicación fecha de hoy, estando ya a mis órdenes los individuos Jesús Ríos, Juan Fajardo y Rafael Rodríguez, debiendo decirle que de estos el Rafael Rodríguez lo dejo por enfermo y a sus órdenes en esta Subprefectura y remito al Gobernador Céspedes el original de una comunicación del Teniente Gobernador Luis García con fecha 4 del presente, en la que autoriza a vender el dulce al referido Rodríguez. Patria y Libertad. Mije Hueco. Noviembre 17/96.

La Yaya, Noviembre 13/96.

Al Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Sin que tenga valor el plazo que le puse para estar aquí con el armamento por ser urgente que lo haga Ud., le ordeno que al recibo de esta comunicación se ponga en marcha hasta reunirse conmigo, y con el armamento que se le haya entregado, cualquiera que sea su cantidad. No debo encarecerle pues Ud. debe comprenderla, la necesidad que tenemos de andar aprisa en estos momentos.

Guáimaro, Cascorro y San Miguel de Nuevitas en nuestro poder y reducidas a cenizas.

Columna de 4,000 hombres, al mando de Jiménez Castellanos, herida y maltrecha, logró refugiarse en Nuevitas amparada por la noche del 6.

La toma y abandono de estos tres pueblos nos han puesto en posesión de 200 prisioneros y de valioso y riquísimo botín de pertrechos de guerra, medicinas y otros efectos de importancia como dinero y provisiones de boca.

El General Calixto García, al frente de los bravos orientales, ha conseguido tan grandes triunfos contra España. Comunique Ud. la noticia de tan hermosa victoria para conocimiento y regocijo de los patriotas y honor de nuestras armas. El General en Jefe Máximo Gómez.

He recibido del Coronel José Reyes cincuenta mil tiros en esta forma: cuarenticinco mil de Remington y cinco mil de Máusser. Patria y Libertad. La Yaya, Noviembre 18/96.

Ciudadano Capitán José Guinot encargado de la Imprenta del periódico La Independencia, Manzanillo.

Distinguido ciudadano:

Cumpliendo órdenes del General en Jefe me dirijo a Ud. para trasmitirle el encargo que de él recibí a fin de que se publicara un folleto del mismo tamaño y forma de la carta abierta que editó "El Cubano Libre". Desea el General Gómez que ese folleto contenga en primer lugar la Constitución tal como Ud. la publicó en el folleto que le adjunto y a continuación el proyecto de Ley de Organización Militar presentado ya a la aprobación de nuestro Consejo de Gobierno. Es su voluntad que tire Ud. el mayor número de ejemplares posibles a fin de que por todos sea conocida la Organización por él propuesta y se vea que en ella se han ajustados sus autores a los preceptos fundamentales de nuestra ley.

Delego en el Subteniente Alberto Díaz Villalón la comisión que recibí del General Jefe, pues el cumplimiento de otras comisiones que se relacionan con nuestros asuntos de guerra me hacen marchar sin demora a su Cuartel General. El joven Díaz Villalón que será el portador de esta carta, le llevará los originales del folleto. No tengo que encarecerle el esmero en el trabajo porque [conozco] su inteligencia y buen gusto como hábil tipógrafo; pero si le ruego que prepare lo más pronto posible 50 ó 100 ejemplares a fin de que el Subteniente Díaz pueda encontrarnos aún en Camagüey.

En nombre del General en Jefe y en el mío le anticipa las gracias su adicto servidor y compatriota. Las Bajadas. Noviembre 12/896.

Recibí del ciudadano Subprefecto Teodorico Torres, dos Remington con cuarenta y seis tiros procedentes de individuos del Ejército Invasor a quienes se les ocupó. Noviembre 19/96.

Al General de Brigada Luis Bonne

Amigo Distinguido:

Recibí del General Gómez la orden de hacer imprimir en "El Cubano Libre" un folleto conteniendo la Ley de Organización Militar, pues por no haber papel, Corona no ha podido hacer el trabajo. Creí poderlo conseguir con Panchito, pero ya Ud. sabrá que a consecuencia de una denuncia tuvo que embarcar precipitadamente para Nueva York. Delego pues la comisión del General en el Subteniente Alberto Díaz Villalón portador de la presente, para que se aviste con Ud. a ver si por los medios que le son a Ud. conocidos puede hacer venir de Santiago de Cuba algún papel de imprenta con el que hacer la impresión, siendo este un señalado favor que le agradecerá el General en Jefe.

En su nombre pues, le anticipa las gracias su amigo y correligionario. Noviembre 19/96.

Buena Noche antes Mala Noche.

Noviembre 20/96.

Al Mayor General Calixto García

Mi distinguido General.

Recibí el diez y ocho una carta del General Gómez en la que me anuncia los triunfos de Ud. en el Camagüey; por ellos le doy mi pobre pero sincera enhorabuena, que todos los cubanos han de sentir regocijo cuando como ahora se le da al enemigo prueba concluyente de nuestra aptitud para la guerra.

Voy yo con 50 acémilas, todo el parque y las armas que me encargó el General Gómez, con toda la dinamita que tenía el Brigadier Bonne y a más con cinco armamentos de los desertores. Y voy tan pronto por el auxilio que me han prestado tanto el General Rabí como el Brigadier Bonne, cuya escolta que conservo formada de

elementos de su Brigada y de la fuerza del Teniente Coronel José Antonio León, me han ayudado personalmente a más de prestar los servicios propios del campamento.

El elemento civil sólo ha estado representado por algunos hombres que con pocas acémilas casi todas inútiles, me mandó el Teniente Gobernador Luis Martí: el de Jiguaní, Luis García, no ha podido portarse peor, hasta el punto de haberme tenido que dar el General Rabí diez hombres desarmados para el servicio de las acémilas. Traigo una escolta armada del General Rabí, la que debo, según sus indicaciones, canjear por otra del Brigadier Rojas y me precisa estar de viaje mañana a primera hora.

Siento haberle quitado el gusto de inaugurar el puente Máximo Gómez sobre el Salado, pero ya yo lo pasé con las nuevas armas invasoras; sin embargo, Ud. hará que el público pacífico goce de sus ventajas.

Le repito mi enhorabuena más entusiasta por sus glorias y como soldado suyo me pongo a sus órdenes.

Al General José M. Capote y al Brigadier Enrique Collazo.

Me participa el Mayor General Calixto García que teniendo Ud. conocimiento de la importante comisión que desempeño, ha de prestarme los auxilios de escolta y los demás que necesite para el cumplimiento de la misma. El Teniente Victoriano Escobar portador de la presente, le indicará la ruta que [ ] y la necesidad en que me encuentro de relevar la escolta, no pudiéndome demorar en espera del auxilio más que el tiempo necesario para las marchas. De Ud. etc. Patria y Libertad. Mala Noche a 20 de Noviembre de 1896.

Al Prefecto de "Los Haticos" Ciudadano Pedro Gamboa.

Me dice el General Calixto García que cumpliendo órdenes superiores prepara Ud. acémilas para conducir los materiales de guerra que se me han confiado siéndome muy urgente encontrarme con Ud. y utilizar lo que tenga prevenido, le envío al Teniente Victoriano Escobar para que le indique mi ruta y le diga a donde lo espero. Patria y Libertad. Mala Noche a 20 Noviembre de 1896.

Al Ciudadano Comandante Francisco Calvo.

Me dice el Mayor General Calixto García que Ud. me espera, y contésteme con el portador indicándome el punto donde puedo encontrarme con Ud. rogándole la mayor brevedad. Patria y Libertad. Mala Noche a 20 de Noviembre de 1896.

Concedo pase a los ciudadanos Juan Farjardo y Jesús del Río para que puedan volver a sus casas libremente, debiendo hacer anotar que en el tiempo que por órdenes del General Rabí han estado prestando sus servicios en la comisión que desempeño, han cumplido con exactitud los trabajos que se le han encomendado. Patria y Libertad. Mala Noche, Noviembre 20/96.

Río Abajo

Finca San Miguel. 21 Noviembre 1896.

El Sargento Enrique Valdés Morilla pasa a incorporarse al Teniente Coronel de Ejército Fermín Valdés Domínguez por haber solicitado voluntariamente ir a Occidente. San Andrés de la Rioja, Holguín, Noviembre 21/96. El General de Brigada Jefe de Estado Mayor Mario García Menocal.

Guaramanao, Noviembre 20/96.

Al Brigadier N. Estrada y al Coronel Francisco Sánchez.

Me urge cumplimentar una orden del General en Jefe y llevarle cuanto antes un valioso contingente de armas y parque: las autoridades civiles no me han prestado el concurso debido, hasta aquí han venido hombres desarmados de la fuerza conduciendo el parque y las armas, ruego a Ud. que en virtud de la orden del General Calixto García que le exhibirá mi ayudante, portador de la presente, me facilite 20 hombres desarmados y algunas acémilas; en el concepto de que sólo espero la ayuda que pido para poder seguir marcha, pues con los elementos que cuento me es imposible hacerlo y esto interrumpe los planes militares del General en Jefe. De Ud. etc.

Camagüey

Barranco de Guáimaro (Potrero)

25 Noviembre.

Por La Plata llegué esta mañana al Jobado y después de pasar por Guáimaro acampo aquí a las 4 de la tarde después de haber andado más de 8 leguas.

Jarico, 26 Noviembre.

Llegué a Guanayú y de ahí me trajo el *posta* a esta casa de idem de Carmenate.

Ciego Najasa 26 Noviembre 1896.

Teniente Coronel Fermín Valdés Domínguez.

Recibida, y de ella me he interesado, su comunicación fecha 8, desde Maffo.

Urge que vuele Ud. a reunirse conmigo sea cualquiera el número y cantidad de elementos que le hayan entregado.

Ya en comunicación anterior he encarecido a Ud. esa necesidad y así espero que forzará Ud. su marcha cuanto pueda. pues no quiero dejarlo por detrás y ya empiezo a moverme. Excuso por innecesarias más recomendaciones. Patria y Libertad. El General Máximo Gómez.

A los ciudadanos Félix Ruenes y Adriano Galano, mis amigos. Baracoa.

A Uds. mando para todos los que por allá me quieren la más sincera expresión de mi agradecimiento y del cariño que como hermanos del alma, sé yo guardarles.

Por cumplir un mandato de mi conciencia y luego el natural deseo de servir a la Revolución como soldado, —renuncié mi puesto en el Gobierno y más tarde pedí mi pase al Ejército al dejarme fuera de la Jefatura de Sanidad del Primer Cuerpo Militar para que ocupara mi lugar como Secretario de la Cartera de Relaciones Exteriores, a pesar de mis renuncias.

Cuando dejé el alto e inmerecido cargo conque me honró la Constituyente ya me había propuesto al General en Jefe mi queridísimo

y leal hermano José Maceo para que fuera a desempeñar en Comisión el mando de la Brigada de Baracoa; el General Gómez me indicó también para ese cargo, pero a la muerte del Jefe de las legiones de Oriente, del bravo General José, mi respetado amigo el General Calixto García dispuso acertadamente otra cosa. Y Uds. están de plácemes, porque el Coronel Demetrio Castillo es Jefe idóneo. Antes de saber yo por el mismo General Calixto García que el General José pensaba en mí para que dirigiera las operaciones militares al lado de Uds. yo se lo recomendaba como apto para esos empeños y cuando iba Castillo a Baraca a mandar uno de sus Regimientos le dí algunas cartas en la que les decía a Uds. cuanta estimación me merecía.

Estoy, pues, contento por el bien de la Revolución y orgulloso como amigo de Uds. y admirador de sus glorias porque nunca podrán llegar mis esfuerzos a donde alcanzarán los de mi simpático amigo el Coronel Castillo.

Vuelvo ahora —como soldado— a las órdenes del General Gómez a Las Villas o a donde él me mande y sepan que donde quiera me acompañará el consolador recuerdo de sus afectos y de las repetidas demostraciones de simpatía que debo a los valientes y sufridos soldados de Baracoa.

Al patriota Félix Ruenes que fue el cubano que recibió el primer abrazo de los próceres de nuestra Revolución, Gómez y Martí, a ese que fue el primero en la propaganda revolucionaria y lo fué también en ocupar su puesto en las filas de los guerreros, siento, sino haber podido ayudar en las luchas reivindicadoras pues conocen más que yo sus virtudes, pocos saben también como yo todo lo que vale como patriota y que no hay tacha que pueda manchar su nombre. Y yo lo quiero porque lo he visto desafiando la miseria y trabajando para la guerra y luego he apreciado las delicadezas de su alma al verlo llorar la muerte de uno de sus soldados. Y quiero a los hombres de Baracoa porque cada uno por su valor es un Jefe y son muchos los que han surgido como Adriano Galano y ya ocupan puestos honrosísimos y envidiables.

Cuando el General Gómez me despedía pensando que yo iría a Baracoa me decía:

Y a Félix Ruenes que me recuerda el primer abrazo en tierra cubana dígale como lo queremos.

No podía ir yo para deprimir la Autoridad de mi hermano Félix; el sabe que no tengo más deseo sino el de servir a Cuba y que desprecio a los vanidosos: para aprender a ser valiente y para alentar a los que tanto valen y para llevar alta la enseñanza que guardo y los

consejos y órdenes que no olvido del General en Jefe, de mi queridísimo amigo Máximo Gómez a quien tengo doble cariño por lo mucho que vale y significa para todos los cubanos y por la nobleza y amor conque siempre supo ser hermano de mi hermano inolvidable José Martí, —para eso iba a Baracoa.–

Llevan esta carta dos hombres humildes, dos soldados valientes y dos amigos íntimos míos que me han acompañado en los combates y que en las horas de angustias y de penas me han ayudado a sufrir. Se llaman Generoso Carcasses y Pedro Rojas; han estado a mi lado como asistentes y al darles ahora el pase para Baracoa de donde son hijos y en donde tienen sus familiares y sus compañeros de armas, he sentido que mis buenos compañeros se llevan algo de mi corazón: que ellos les digan a Uds. y a todos mis hermanos y amigos como los quiero. Fermín Valdés Domínguez. Guaramanao. Noviembre 24/96.

Ciego Najasa, 28 Noviembre.

Ideas muy diversas, sentimientos distintos llenan mi pobre cabeza al tratar de escribir ahora, ya al lado del General Gómez y recordar los últimos detalles de mi Comisión. A las consoladoras emociones se unen los más tristes dolores; pero dejando a cada uno en su lugar, iré apuntando los hechos, tratando de conservar —a pesar de la natural y lógica perturbación de mi espíritu— el mayor orden en todas mis ideas.

De Guaramanao salí con la esperanza de poder encontrar auxilio al pasar el Jobado, allí dije adiós a mis asistentes Pedro y Generoso que tan buenos han sido conmigo y tanto me han acompañado en mis días de luchas. Se iban ellos contentos, pero al estrecharme la mano con cariño vi con satisfacción que para ellos también era dolorosa y triste aquella separación. En las luchas de la vida se encuentra casi siempre más lealtad y más pureza en los hombres humildes que en los hombres más o menos grandes y pervertidos los unos por la vanidad, y los más, descreídos o cansados por desengaños y penas: en estos corazones vírgenes de toda idea de poder que degrada y humilla, hay sentimientos puros y hay cariño leal. ¡Cuántas veces, cansado de descubrir ruindades en muchos hombres, encontraba alientos para seguir con valor mi camino de prueba, en la sonrisa de Pedro o en la expresión de lealtad y nobleza del robusto Generoso, con alma de niño y cuerpo de atleta! También aquella mañana se separó de mí el alférez Justo Palacios de la escolta que me dió el Teniente Coronel José Antonio León que tanto me ayudó y que comprendiendo la importancia del encargo que me había confiado el General en Jefe

personalmente me servía en el trabajo de cargar y descargar las armas y el parque sin que por eso descuidara las guardias y las imaginarias necesarias para la custodia del campamento y de la valiosa carga. Con la escolta del General Capote de 12 hombres y un capitán, que encontré a mi llegada, y con 18 civiles —2 de Río Abajo, 8 de Limones, 7 de Camalote y 1 de Hatico—, emprendí la marcha hacia San José de la Plata, en donde se me unieron 3 civiles más. Se me informó en aquella prefectura que Pancho Calvo me esperaba del otro lado del Jobabo y contento seguí la marcha acompañado por mi viejo amigo Lolo Mayo, antes Prefecto del Anoncillo de la Plata y ahora Jefe de una guerrilla o Guardia Territorial que tiene sus parejas sobre Tunas. Pasé el río y no vi a Calvo. Por Cascorro me dijeron que andaba y seguí hacia lo que fue pueblo; por entre los escombros de las casas y los fuertes, pasé mi convoy; dejé atrás el campo de triunfo para el General Calixto García y su valerosa gente oriental, hice alto para luchar con los prácticos que no sabían el camino y me decían que aún tenía que andar cinco leguas para encontrar quien me guiara hacia el Cuartel General de Máximo Gómez y después de haber andado más de 9 leguas acampé cerca de las cinco de la tarde en el potrero Barranco de Guáimaro: el pasto abundante y la aguada hizo que las bestias pasaran una noche reparadora después de tantos días de hambre y de trabajo. Al día siguiente y con el mismo práctico que me sacó del Cuartel General cuando salí a la Comisión y que por casualidad lo encontró una pareja a la que mandé a buscarme vecinos por donde quiera para que me pusieran en buen camino, seguí en la marcha pesada, lenta y desesperante en la que no he parado un momento ocupándome de arrear a los *arreateros* y hacer que los pacíficos se interesen porque al fín pudiera llegar completo del convoy. Pasé por Guanayú y llegué a Jarico: allí hice noche a pesar de ser malo el potrero; pero como el día anterior había andado más de 8 leguas y ni los hombres ni las bestias podían ya dar un paso más. Y de allí salí ayer para acá y llegué después de las 2 y anduve más de 7 leguas, porque a pesar de haberle pedido a Carmenate, el Jefe de la Posta de Jarico un práctico directo para el Cuartel General resultó —como siempre— que el tal no sabía sino hasta El Pilón, y buscando caminos me hizo perder tiempo y —según nos dijo una pareja del Mayor que nos encontró—, andar más de una legua de más; por fín con un práctico que cogí en una casa del camino terminé mi jornada.

Cabalgando despacio ayer detrás de la larga fila de 55 acémilas, me preocupaba pensando si después de tantos afanes y de tantas luchas había yo de encontrar buen recibimiento de parte del General en Jefe. He cumplido me decía, y él no puede ser injusto conmigo

después de haber vencido todos los inconvenientes que se me han presentado y traer —a pesar de la oposición de los jefes de Oriente— las armas y el parque que se me pidieron. Y el camino se me hacia largo y el campo que recorría me parecía triste y solitario; y los trillos y veredas y caminos tan lúgubres como los de un gran cementerio, y veía como dobladas las ramas de los árboles, y todos eran para mí sauces llorones... una lágrima vino a mis ojos y sentí frío y pena y un estremecimiento que me sacó como de un sueño, estuve a punto de caer del caballo, era que yo no podía olvidarme de mis hermanos los que supieron morir como héroes, era que mi corazón mandaba un recuerdo a los mártires del 27 de Noviembre de 1871...

Dominé mi emoción, espoleé mi negro caballo Cascorro y corrí a recorrer la línea ocultando mi emoción a los gritos de ¡Cierren las filas! ¡Aprisa muchachos que ya llegamos! ¡Silencio civiles que no vamos en una parranda! ¡Arreen!

Encontramos en la marcha algunos que venían del Gobierno y otros del Cuartel General y con alegría estreché entre éstos al valiente compañero de Gómez y Martí, a Marcos, que iba según me dijo, a un taller próximo.

Doña Isabel.

Me encontró Marcos cuando peleaba con mis acemileros y les gritaba para que cuidaran de sus cargas y no demoraran —con sus conversaciones, y poco cuidado en cubrir la fila— la marcha que yo quería con mi voluntad hacer más viva. Se detuvo un momento para darme la enhorabuena porque al fín llegaba, y llegaba cuando nadie me esperaba, y todos me creían muy lejos. Ya me había reanimado mi trabajo y no sentía en el alma la pena que me había enfermado pocos momentos antes; pero me dijo:

—Una noticia fatal tengo que darle, que aunque no es oficial todavía reviste todos los caracteres de verdad. A Serafín Sánchez lo han matado en un combate.

Cuando muere un hombre puro y noble y ese hombre ha sido un amigo no se siente sólo pena, sino soledad y como que las fuerzas propias se deprimen y se siente algo de muerte en el propio espíritu...

Y si Serafín Sánchez ha muerto, ¿qué será de sus ayudantes y de los leales villareños que lo acompañaban?... Eso pensé y seguí

detrás de mi convoy, triste; y el campo con su soledad, oprimía más de pena mi alma.

Consuegra, 29 Noviembre.

Media hora después ya había cambiado el panorama de nuestra feraz naturaleza; a los campos desiertos se sucedieron caminos y fincas que ya denunciaban movimiento y vida, las comisiones que venían del Cuartel General eran muchas y todo indicaba que estábamos cerca del General. Poco antes de las 2, al atravesar un hermoso potrero se encontraron conmigo unos ayudantes del General que andaban de paseo, Pedrito me saludó con un viva que todos contestaron cariñosamente. Me informaron mis amigos de que el General me creía aún por Baire y que, no queriendo dejarme al marchar para Las Villas, aquel mismo día salía una comisión en busca mía: pocos momentos después entraba con mi convoy en el campamento: me recibió de pié cerca de su pabellón el General y me estrechó con cariño la mano y enseguida me ordenó que mandara hacer entrega de todo lo que traía al Brigadier Castillo, que mandara acampar mi escolta y que los otros individuos que conmigo venían se fueran a incorporar a la escolta. Me quedé conversando con él y fue íntima y amistosa la larga entrevista en la que le conté algunos de los sufrimientos de mi viaje y le hablé de lo que me habían ayudado y de los que se habían opuesto a que cumpliera yo las órdenes que llevaba. Mandé a los sargentos que venían conmigo a la escolta y me dejé a mi lado a Pinto y a Escobar a pesar de las palabras del General sobre que fueran todos los que venían conmigo a la escolta y yo acampara a su lado. Sin casa de campaña mis nuevos asistentes José y Lucas y el Chino y mis fieles Pinto y Escobar se pusieron cerca de un árbol y a su sombra mandé tender mi hamaca. Yo no había almorzado, pero no sentía la necesidad de comer; me quedé hablando con el General hasta que fue su hora de comer; me invitó y acepté gustoso y comí bien y con apetito. Tomábamos los postres; un poco de miel y queso cuando llegó una Comisión: un oficial y varios números que venían de Las Villas, ofreció a su lado un lugar al oficial mandándole a preparar comida y a los números los encaminó a la escolta recomendando al jefe de ésta que los atendiera bien. Al sentarse el oficial le dijo el General.

—¿Serafín murió?

—Sí General, el 18 por la tarde.

Y le entregó la larga correspondencia que tenía para él y para el Gobierno, y los periódicos. Leyó el General el parte oficial del

General Carrillo en el que se detalle un reñido combate con una fuerte columna española de más de 2,000 hombres en el que el General Sánchez peleó con 300 hombres que mandaba y en el que se encontraron también los Generales Carrillo y Rosas. Dice Carrillo en ese parte que después de un combate de más de dos horas sobre el río Zaza y [en] el lugar nombrado "El Paso de Las Damas", cuando nuestra fuerza se retiraba al volverse para ver los movimientos del enemigo recibió un balazo que entrando por el hombro derecho le salió por el cuello atravesando la arteria pulmonar. Al sentirse herido el General Sánchez dijo:

"Me han matado. —No importa—, que siga la marcha".—Y murió como hombre en su puesto de honor.

Anoche recibí dos cartas tuyas. Te besa tu

Fermín.

S. S.(*)

No. 35

Camagüey, Consuegra,

29 Noviembre 1896.

Anoche dormí con tus cartas sobre el corazón; soñé que sentía en mi frente un beso ardiente y alentador que curaba todas las tristezas y los dolores de mi alma...

Jimaguayú, 30 Noviembre.

Casi de noche llegamos ayer aquí; nos esperaba el General Vega con su escolta. Va con nosotros el convoy con las armas que yo traje y cada día nos acercamos más a la trocha.

Tus cartas, me han hecho vivir, y ahora lo que ansío es encontrar al Mariano Cruz o a Juan Ortiz que me traen, con otra carta tuya, tu retrato. Me dicen que andan estos por Las Villas, y sin duda los he de encontrar, pues para allá vamos; y cuando encuentre tu retrato y lo vea y le diga todas las cosas que desde ahora le prometo contar y le pida cuenta de tus celitos... ¡como ha de sentir consuelo este pobre corazón mío!

Te recomiendo que guardes siempre estas libretas, pues en ellas dejo todas mis ideas y todos mis anhelos y mis esperanzas. A ti te las mando porque para ti las escribo, porque tu eres mi única musa y tu eres el alma en donde mi espíritu encuentra luz en la eterna noche de mis sufrimientos. Dejo, en estos apuntes, datos curiosos para la historia de la Patria; juicios sobre hombres que figuran o han de figurar algún día en nuestra República y mis penas, mis dolores, mis lágrimas y mis alegrías, también quedan aquí. Si vivo, con gusto recordaré estos días a tu lado, leyendo lo que ahora escribo, y si muero, algo enseñarán mis escritos.

He encontrado en el General el mismo afecto que le debía antes de ir a mi comisión y con gusto me he sentido satisfecho de todos mis esfuerzos y dispuesto a seguir trabajando sin vanidades. Pero lo que más me ha satisfecho ha sido oirle decir que no quería pasar a Las Villas dejándome atrás.

(*) Archivo Nacional de Cuba. *Legajo* No. 272, No. 14.

Vino el 28 Pina a hablar de Serafín muerto, y a tomar nuevos datos sobre la fatal noticia. Pina debe sentir mucho al General Sánchez por muchos conceptos; primero, porque todos tenían que querer al caballero y al militar, y luego, porque Pina le debe el puesto que ocupa en el Consejo de Gobierno.

Yo aquí con el General he recordado con pena, a la digna y noble Pepa, a la esposa modelo que allá en el Cayo se hizo querer y respetar de todo el mundo, y —pensando en ella —hemos sufrido comprendiendo su dolor justísimo y sincero. No me he atrevido yo a escribirle, ¿qué voy a decirle? ¿qué siento su pena y que sé llorar al amigo y al patriota? eso ella lo sabe, pero yo me alegraría que si estas líneas que ahora escribo, llegan pronto a tus manos, le digas que en mí tiene un hermano que la sabe acompañar en sus dolores.

El Gobierno sigue en sus torpezas con el mismo tesón. No voy a hablarte de lo que intentan contra mí, pues tiempo y ocasión me quedan para ocuparme de eso y porque creo que antes de pasar la trocha de Morón he de tener que habérmelas con esos conspicuos; lo que si merece que escriba es el nuevo motivo de disgusto que ha puesto en violenta situación al General en Jefe y que me ha venido a demostrar que no me he equivocado cuando he juzgado duramente a Portuondo. En la marcha me dijo el otro día el General Gómez:

Es una desgracia para mí, pero es un hecho que cada vez que realizo alguna operación militar que al parecer debía despertar en los Sres. del Consejo alguna idea de halago o de elogio para mí o para mis soldados, sólo me trae una dureza o un disgusto nuevo por parte de los hombres del Gobierno.

Después de las operaciones que han dado por resultado la toma de Guáimaro, el abandono de Cascorro y de San Miguel y las distintas batallas en las que tan duro le hemos dado a los españoles, he tenido un disgusto muy serio con Portuondo sobre el que ya he tomado una resolución irrevocable. Quiero contarle lo que ha pasado. Tomó el Gobierno —de acuerdo conmigo— una solución por la cual se preceptuó que no pudieran dar pases para ir a los pueblos, más que el Consejo, el General en Jefe, los Generales de los Estados y los de los distintos Cuerpos de Ejército. Después de tomado ese acuerdo y para que en la práctica no hubiera nada que se opusiese a su cumplimiento, manifesté yo, como Jefe de las operaciones, que los Jefes de los cuerpos debían saber quienes eran los que el Gobierno autorizaba con sus pases, pues así era lógico para que nadie pudiera sorprender las operaciones militares. No hicieron caso los del Gobierno a esta justa y lógica observación, y sucedió que Portuondo, que está medio

enfermo o anda por un rancho majaseando o enamorando, dió —per sé— varios pases para sacar efectos a *distintas* persosas de *distintos* sexos y el General Vega recogió esos pases y me preguntó si no sería conveniente limitar esos permisos en virtud de las operaciones militares que se realizaban. Oficié a los del Gobierno, —siguió diciéndome el General Gómez— volviendo sobre lo que antes había indicado y entonces Portuondo...

---

1 Diciembre.

A la razonada comunicación del General Gómez contestó Portuondo —como Secretario de la Guerra— con un escrito violentísimo, que no he leído, pero del que me dijo el General:

—"No puedo pasar sin protesta que dure, una comunicación en la que Portuondo se presenta enfrente de mí con todas sus miserias y vanidades: en ella me insulta y ataca hasta tal punto mi dignidad de hombre y de General en Jefe que ya he tomado la irrevocable resolución de que él o yo estamos demás en la Revolución. Este asunto lo tienen sobre el tapete los del Gobierno y no sé como lo han de resolver. Se atreve Portuondo a llamarme *indigno* y a decirme que hay otros que pueden en la República ocupar mi puesto con más títulos que yo".

Parece mentira que hasta tal punto haya llegado la vanidad de un hombre que por su personalismo estúpido todo lo sacrifica ocupándose muy poco de la Revolución y de los genios que como Gómez la ponen a tanta altura. Si antes veía yo caído y desacreditado al Gobierno, ahora ya me apesta como muerto que no ha encontrado quien le haga la caridad de darle sepultura.

Todavía no ha aprobado el Consejo la Ley de Organización Militar, ni la aprobara probablemente; no pueden soportar los del Gobierno que tenga el General en Jefe las autoridades que le dá la Constitución: por eso se han opuesto a esa Ley. Siento yo —por lo tanto— que Corona no haya podido, o no haya querido, imprimir el folleto que le indiqué, pero cuento conque en Manzanillo lo ha hacer Grinot y espero ver llegar uno de estos días al activo Díaz Villalón con los ejemplares de la Ley. Mucho me alegraré por el General y para castigar —de esa manera— a los tontos y fatuos del Gobierno.

Pina vino aquí —como ya digo— el 28 y almorzó con el General y ví que éste lo trató con deferencias. No me llamó la atención

porque como pariente de Serafín, el más cercano por estos lugares en dosde ahora nos encontramos, supuse que el General quería así demostrar la pena conque ha recibido la noticia de la muerte del buen compañero y del amigo leal; pero en la marcha me explicó el General que Pina le preguntó a Vega por qué el General lo despreciaba y aquel le dijo que era porque había sabido que enamoraba a la Señora de un compañero y eso era para él una acción fea e indigna. Protestó Pina de lo que se le acusaba y prometió no volver por la casa de la Señora que se suponía su querida. Y el General agregó.

—Si era cierta la acusación, también es cierto que ha cumplido su palabra y eso me demuestra que desea hacerse digno de mi aprecio y yo le he extendido mi mano sin que entre nosotros haya habido explicación de ninguna especie.

Me alegré yo de oir las palabras del General, pero el Pina no me entra, a pesar de sus golpes de pecho y de sus protestas de nunca más pecar. Para mí es siempre lo que ha sido: un nulo y un pervertido sin valor ninguno moral ni intelectual.

Hablando de la muerte del General Sánchez dijo el Mayor Gómez:

—Si la fe en el triunfo de nuestra Revolución pudiera encerrarse en un hombre y en una sola alma, pudiéramos decir que en Serafín habíamos perdido nuestra fe.

No dudó nunca del triunfo de nuestras armas y aún en los momentos más angustiosos veía el más cercano triunfo: hemos perdido —sin disputa— a un gran amigo y un gran patriota.

Hablando yo con Pujals y el General, decía yo:

—Para el Dr. Cañizares la muerte de Serafín es una gran desgracia porque él en la Revolución no es más que una rama de un árbol, y el tronco es el que acaba de caer. —Y agregué: —Cañizares vino por Serafín a la Revolución, y por Serafín ocupa un puesto en el Gobierno.

Al oirme el General me dijo:

—Es Ud. un mal diplomático; —eso que Ud. dice es una verdad, pero Ud. no debe decirla en donde lo oigan".

No creo yo que tiene razón el General.

Y con gusto copio aquí el siguiente pensamiento de Martí:

"Un hombre que oculta lo que piensa, o no se atreve a decir lo que piensa, no es un hombre honrado".

"Un hombre que obedece a un mal gobierno sin trabajar para un buen gobierno, no es un hombre honrado".

Caracas, Julio 20/96.

Sr. Don Fermín Valdés Domínguez

Camagüey.

Mi querido amigo:

Vayan estas líneas para saludarlo y darle prueba de que no lo olvido. Ya el Marqués le habrá dado las expresiones que en carta anterior le envié. Vea "El Propagandista", periódico que redacto como órgano del Centro. ¿Por qué Ud. no me favorece con algunos trabajos y revistas para publicarlos en él? Aquí se trabaja y hallamos en los venezolanos todos, decisión por nuestra causa. Se dice que España mandará en Setiembre 40,000 hombres a ser sacrificados por las balas y las enfermedades, la obsecación de esta nación le ha hecho ser aborrecida de todas las repúblicas latinas y sólo en la esfera de los Gobiernos, aparentemente se le considera por razón de los tratados.

Tomás le hace sus recuerdos; así como mi esposa e hijos, y le reiteramos me escriba contando con el amigo que le estima y quiere de corazón.

Francisco de Arredondo y Miranda.

No sé cuando podré contestar la carta anterior, pero lo haré cuando sepa que hay un medio seguro de hacerlo. Por el Gobierno no lo hago, pues sospecho y con razón, que mis cartas no pasan.

Aprendí a querer al buen Arredondo cuando estuve en Caracas y no puedo olvidar las atenciones que tuvo conmigo. Para él y toda su familia guardo buen afecto.

Por supuesto que las memorias que me dice me mandó con el Marqués no las recibí.

Miserias y pequeñeces de estos hombres vanidosos y ruines.

Tengo un fuerte dolor de cabeza y me ha dado fiebre: me siento malo, pero esta noche tomaré quinina y espero que en la marcha me he de curar. No podía dejar de sentir alguna conmoción física este pobre cuerpo mío, pero la quinina podrá más que la enfermedad; y tengo que tomarme la quinina en polvo: Pérez Abreu no tiene píldoras, pero a mi me importa poco ese mal trago.

En el mismo potrero hemos cambiado de campamento. El General salió desde esta mañana y fue —según me dicen— a visitar la familia del General Vega. El frío de la fiebre me hizo meterme en la hamaca al llegar al nuevo campamento y al despertar me dijeron que había llegado de Las Villas Federico Toledo que viene muy disgustado por los abusos que allí se cometen y dispuesto a presentar sus quejas al General en Jefe. Ya tengo deseos de ver a tan simpático amigo que me trae el recuerdo de los primeros días en la Revolución.

Vamos acercándonos a la Trocha. Me dijo Castillo, el Brigadier, que el General Sánchez debía mandar hombres desarmados de Las Villas para llevar las armas y parque que yo traje y el que ya había dado Calixto antes de volver a Oriente. Ya tengo ganas que lleguen esos hombres y que pasemos la trocha.

La situación en que se encuentran hoy Las Villas, me hace pensar en la que dejamos aquí. El General ha moralizado y ha levantado el espíritu, pero no es Vega quien puede sostener el órden de cosas por él iniciado. Cuando el General Gómez dé la espalda, le caerá a Vega el Gobierno, y me dicen que los hermanos de éste no son los más morales y puros, y que hacen grandes negocios: queda, pues, moralizado todo esto, pero cuando el General Gómez vuelva la espalda, temo yo que la cosas vuelvan al mismo estado de perturbación.

He conocido al Miguelito Betancourt que acaba de llegar con una expedición de la que perdió una gran parte, según dicen, por culpa suya. Es gran amigo del General y he visto que éste disculpa su fracaso. Yo creo, sin embargo, que a ser ciertas las inculpaciones que se le hacen, tiene la culpa de la pérdida de algunas armas que cogió el español. Me dicen que los que hoy vienen de Las Villas hablan de un expediente que por allá se le sigue.

Con Betancourt viene un Serafín Arteaga y otros.

Hablando ayer con Molita me sorprendió cuando me dijo:

—Conqué por Ud. por poco se pelean para siempre el General Gómez y Calixto?

No sabía yo nada, y luego el mismo Molita y Pujals me explicaron como había sido el disgusto. Parece que en la marcha o acampados, le hubo de decir a Calixto el General Gómez que por Oriente se majaseaba mucho y que los jefes ocultaban las armas y que para traer las que necesitaba había tenido que mandarme con órdenes especiales. Parece que Calixto afirmó que yo no traería armas ni parque, porque no debía el General haberme mandado sin pedirlas por su conducto a fin de que él comisionara para irlas a buscar a un oficial de su confianza. Estas y otras cosas se dijeron y llegó el General a afirmar que tenía seguridad en lo que yo había de hacer. Y se agriaron las cosas hasta el punto que Calixto renunció y dijo al General Gómez que me podía dejar en su representación. No sé como se llegó a un acuerdo y como volvieron las cosas a su antiguo estado. Ahora me explico porque el General Gómez se alegró que yo le oficiara desde Mala Noche, al General Calixto García, y que le hiciera ver como había podido vencer todos los obstáculos y sin su apoyo, —todo lo había hecho a pesar de sus afirmaciones en contra mía. Y ahora también me explico la deferencia de Menocal al ir a Mala Noche a contestar personalmente mi comunicación. Me alegro de estas cosas por el General y por mí.

Y ahora recuerdo lo que el otro día hablé en la marcha con el General Gómez sobre Castillo y sus faltas como hombre y como Jefe. Le contaba yo que se le sigue una causa por haberse emborrachado al recibir su nombramiento de Jefe de Baracoa y por haber andado a tiros por el Ramón produciendo un escándalo que hizo a Lorencito dar un parte contra él. También le dije que Castillo se llevó para Baracoa dos cajas de dinamita ¿para qué? —allá no hay líneas que destruir ni puentes que volar. El General me manifestó que se alegraba que tan mal resultado diera el tal Castillo en el desempeño de su puesto, porque así se verá que no se había equivocado, cuando teniedo en cuenta la propuesta del General José Maceo me indicó a Calixto para que me mandara allá: Y hablando del comercio que se sostiene por el Ramón pensó también que esos males no existirían si Calixto hubiera dejado llegar allá a Mascaró con las instrucciones y poderes que llevaba.

—La historia se encargará —me indicó el General Gómez— de hacer constar que yo he tratado de organizar, pero que los jefes como

Calixto son los que se han opuesto sistemáticamente a lo que la razón y el patriotismo me hacían indicar.

Recibo hoy un número de "La Sanidad" periódico insulso que se publica en Las Villas. Dice en un suelto de fondo que se suprime su publicación y es lo mejor que pueda hacer su director Robaina.

Los periódicos y sobre todo los de Las Villas nos están haciendo daño. Son sus artículos insulsos y como tienen poco material se entretienen en denunciar tontamente al enemigo, todas nuestras operaciones.

Esta mañana escribió una carta el General en la que llama la atención a la autoridad militar de Sancti Spíritus sobre estos asuntos.

De todos los periódicos que se publican en la Revolución el más sensato y digno es "El Cubano Libre". Y Coronita, —con ser joven— es un hombre.

Ya Federico Toledo habló esta tarde con el General. Creo que no saldrá muy bien en su asunto, porque no cumplió como debía una orden del Mayor. Sentiría yo que perdiéramos ese hombre para la guerra; es un valiente, pero su poco talento lo inutiliza. Bien dice el General que no basta el valor, que es preciso que a este se una la inteligencia.

Cuántos recuerdos me trae este campamento. Ocupo el mismo lugar que fue mi pabellón cuando llegué aquí como diputado.

Como el día que llegué al campamento, el 27, me he metido en mi hamaca a pensar y a escribirte. No tengo ganas de hablar con nadie más que contigo. Y luego, no estoy bien, la fiebre me ha dejado estropeado de cuerpo y espíritu, siento dolores en todas las articulaciones y náuseas. El Dr. Abreu cree que debo tomar mañana un purgante y luego la quinina, lo complaceré, puesto que mañana según me dice el Brigadier Castillo, estamos acampados.

Ya mandé al Gobierno la carta que te escribí. ¿Llegará pronto a tus manos?

De todos los sufrimientos de la guerra los que más me apenan son estos que me hacen dudar de que mis cartas lleguen y sufrir también que tarden tanto en llegar a mí las que tu me escribes.

Cuando como ahora me siento enfermo, me parece que no he de tener fuerzas para sufrir y que he de quedarme por acá...

Pero no será así porque me espera tu cariño y en tus brazos he de olvidarme de todos mis dolores. ¡Asuntica de mi vida!

Hoy he tenido noticias del General Mayía, herido en la pierna buena. Me dicen que sigue mejor.

Me alegro.

¿Habrá mandado la carta que le dí para el General Antonio Maceo?

---

2 Diciembre.

Siguen llegando comisiones de Occidente. Hoy ha venido un jefe herido, muy simpático, que cuenta con cuanta bravura pelearon las fuerzas del General Sánchez en la batalla en que murió. A las 3 de la tarde empezó el fuego y casi de noche recibió el balazo el General. Dice que al día siguiente lo llevaban en su hamaca y parecía que iba dormido: todos sus oficiales y sus soldados se disputaban el honor de cargarlo. ¡Qué hermoso es morir así! Así los que dejan la vida llegan en brazos de la gloria a la inmortalidad.

Hoy voy a tratar de escribir algo para el periódico sobre la muerte de Serafín; pero me pasa ahora lo que siempre que un dolor grande me impresiona; que sé sentir, pero no puedo escribir, ni sé dar forma a mis íntimos dolores. Pero haré un esfuerzo; bien lo merece mi buen amigo Serafín.

Le han traido al General Vega —Jefe ya del 3er. Cuerpo—, algunos instrumentos de música y ya están ensayando los *profesores.* Y con esta ya serán tres las orquestas en Oriente.

Pronto tendremos ocasión de oir sus habilidades puesto que hoy terminan cinco días de duelo decretados por el General en Jefe en la adicióс de la orden del día en que se recibió la confirmación de la noticia, adición que redactó Marín y que haré que Pinto me copie aquí.

No amanecí bien; pero sí sin fiebre, la noche la pasé violento y febril. No tomé el purgante, pero si quinina en polvo. Por almuerzo no tenía más que maíz tierno salcochado, me comí tres

mazorcas y encendí un tabaco; me fuí por la tienda de Pujals y allí conversando con el General llegó su hora de almorzar y me invitó y almorcé. Ya son las 12 y creo que me salvo hoy de la fiebre.

MI CORONA

Sobre la tumba del General
Serafín Sánchez

No olvidaré yo nunca la mañana en que dejé a Cayo Hueso para ir a unirme a los compañeros que esperaban en Pine Key la hora ansiada de embarcarnos para Cuba.

Y que al lado de mi jefe y de mi amigo leal, Serafín Sánchez, estuve en los momentos en que se separó de su virtuosa compañera, de aquella mujer ejemplar que supo ser en la desgracia cariñosa y discreta, ayudando —llena de noble orgullo— a su esposo en sus empeños revolucionarios. Juntos abandonamos aquel hogar tan santo. Yo dejé a mi buena amiga Pepa —a la matrona ejemplar— mi afecto, y para mi Asunta idolatrada el adiós más amoroso.

Después fue Serafín en los terribles días de Pine Key y en Cuba, de los primeros siempre; por su valor, por su inteligencia y por su patriotismo. .

Vino a la guerra a seguir su misión revolucionaria; fue en los combates enérgico y supo demostrar siempre sus aptitudes como militar inteligente. Como hombre político, la fe en el triunfo de nuestros ideales tuvo en su corazón altar sagrado. Amigo de todos los valientes y los honrados, para todos tuvo afecto sincero, y era en suma, el General Serafín Sánchez entre nosotros, tipo hidalgo de la caballerosidad y personificación hermosa de la dignidad cubana.

No es ahora momento de escribir sobre los hombres que como Sánchez estuvieron al lado de Martí y supieron cumplir las órdenes del Mayor Gómez. Pero la historia no podrá olvidar a los que han estado al lado de sus deberes y sabrá también despreciar a los que pusieron la dignidad en alquilar y tuvieron críticas y censuras para Martí y sus amigos leales.

* * *

Cuando muere un hombre puro y noble y ese hombre ha sido un amigo, no se sufre sólo pena, sino soledad, y como que las fuerzas propias se deprimen...

Y más que esto; se siente algo de muerte en el propio espíritu.

El Divorcio, 4 Diciembre.

Ayer no pude escribir, la fiebre me hizo pasar un día terrible, creí caerme del caballo, pero ya estoy mejor aunque aturdido por la quinina. Me alegraré que hoy no cambiemos de campamento pero dudo de esto.

Hablando esta mañana con el General de Justo Sánchez, comisionado como yo para traer parque y armas, dijo que ya él sabía juzgar su conducta y agregó:

—El General Calixto —para mortificarlo a Ud.— me mandó una comunicación en la que me dice que *mis comisionados* no habían ido a recoger las armas y parque que debía entregar el General Torres. No supo Calixto que Ud. no tenía nada que ver con el General Torres.

Poco después, y por haber oído Marín al General cuando hablaba de la inquina de Calixto contra mí, me preguntó porqué estaba disgustado conmigo; le expliqué que todo obedecía a mi afecto a José Maceo y a mi deseo de que no se menoscabara su representación en Oriente y por su tenaz desamor a todos los [que] tratamos de unir a los hombres dignos sin ocuparnos de los colores; le expliqué sus ridiculeces como racista blanco y lo censurable de su conducta en este punto. Y me dijo Marín:

—El día del disgusto del General con Calixto pude apreciar su animosidad contra Ud. Dijo Calixto al General que Ud. no traería nada porque Ud. era de los de las borracheras de Santa Ana. Replicó el General que nada tenía que ver con mi vida privada, pero que tenía confianza en mí y que por eso me había mandado. Pues si tanta confianza tiene Ud. en Valdés Domínguez —dijo Calixto— ya yo estoy demás, y puede Ud. mandar a otro en mi lugar.

—Haga Ud. lo que guste —replicó el General—y hasta el mismo Valdés Domínguez puedo yo dejar.

Y este fue —según Marín— el principio de la cuestión que pudo traer tan serios disgustos. Veo —por todo esto— que es más sería la inquina de Calixto contra mí.

Y puedo apuntar ahora que yo nunca me he encontrado en las rumbas y borracheras de Santa Ana; siempre he estado en mi puesto y con orgullo puedo decirlo; en cambio Castillo —el hombre de su confianza— tan pronto fue nombrado jefe de Baracoa, han dado contra él un parte por escándalo público y se le acusa de borrachera y otros excesos.

Miserias, pero hay que terminar la guerra y sufrir a todos estos Calixtos.

Con gusto creo que Federico Toledo saldrá bien de sus empeños con el General. Me alegro porque es un militar valiente y no puedo olvidar que a nuestra llegada era el único que peleaba en Sancti Spíritus.

MARTI

El era niño. La Habana,
tras noche lóbrega y fría
de la embriaguez de una orgía
despertó aquella mañana.
Con su albornoz de sultana
Tinto en sangre de inocente
cubrió del niño la frente
en que, bruñido alabastro,
su luz reflejaba un astro,
moribundo de Occidente.

El era niño. El plantel
apostólico, cerrado;
afuera el lujo comprado
con los gajes del burdel.
La crueldad era escabel
por do trepaba el villano
y, al igual que en el pagano
pueblo de Herodes maldito,
el ser niño era un delito
de muerte para el cubano.

Sintió el espanto letal
de aquella hecatombe odiosa

y vió la plebe asquerosa
erigida en tribunal.
Un gemido maternal
se alzó en forma de plegaria,
pues mientras la victimaria
turba ¡a la Punta! decía
—un niño— mártir se hundía
en la grieta presidiaria.

Hombre, traspuso el lindero
y luego, mustia la frente,
como un fantasma doliente
iba por el mundo entero.
De la libertad obrero,
lejos de los patrios lares
levantó a su patria altares
y sacerdote ya ungido,
habló con su pueblo herido
por debajo de los mares.

Le habló. Su pueblo dormía
a la márgen de un ribazo,
inerte el robusto brazo,
enteca el alma bravía.
Le dijo así: ¡Patria mía!
Esa frase solamente
oyó el indiano durmiente
y, de entre el cieno y la escoria,
se alzó asombrando a la Historia
mirándola frente a frente.

Esa es Ley universal
en la que el Bien se abroquela,
del lago azul de la Escuela
a la charca del Penal,
aquel niño angelical
sacó España en su furor
y el tiempo compensador
—torciendo el funesto hado—

dejó al niño preparado
para ser libertador.

Vedlo. En frágil barquichuelo
surca las ondas azules
¡Un tul perdido en los tules
de la inmensidad del cielo!
No llega con loco anhelo,
arma al brazo, el ojo alerta
a profanar la desierta
isla que el nauto electriza,
¡Colón es quien la esclaviza
y Martí quien la liberta!

Después ¡oh! negro cendal
Cubra mi cítara enferma,
la naturaleza yerma
cante un himno funeral
Arrope noche glacial
estos pensamientos míos,
giman los bosques umbríos,
Vista de duelo la palma,
Que algo de Cuba y del alma
se ha despeñado en Dos Ríos.

España ¿a qué más tu ciego
encono? tronchaste, ingrata,
un arpa que era de plata
y un verbo que era de fuego.
Su sangre sirve de riego
a esta moderna Judea
pues mientras en él se vea
al mártir habrán, España,
un fusil en la montaña
y un cubano en la pelea.

Copiado del libro inédito del inspirado poeta Puertorriqueño Francisco Gonzalo Marín, titulado "En la arena".–Campamento en el Camagüey y finca "El Dionisio". Diciembre 4/76.

EXTRAVIO

Cuentos

Una tarde, el sol caído,
llegamos al rancho aquel
entre un boscaje escondido,
yo y mi compañero herido
que era un joven coronel.
—Desmóntense! —nos gritó
tan pronto como nos vió
una chica franca y bella
y en mis brazos y los de ella
el coronel descendió!
La comida fué frugal
Y más tarde, en la velada
se habló en tono general
de una enemiga emboscada
y una batalla campal
Dormimos: al día siguiente
al primer canto del gallo—
la muchacha diligente
nos trajo café caliente,
y montamos a caballo.
Anduvimos un cordel
a paso continuo y vivo
cuando detuvo el corcel
y se quedó pensativo
el maltrecho coronel.
Y entonces le dije yo:
¿Te sientes mal? ¿Qué te pasa?
Y aturdido contestó:
—nada, que se me quedó
algo, olvidado en la casa.
Así seguimos corriendo
a paso continuo y vivo:
yo, cantando y sonriendo
y él su corcel deteniendo
a menudo pensativo.
Por fin tras recia jornada
llegamos al Hospital
que era una choza situada
de arroyuelo a la entrada
y en el centro de un maizal.
Y como allí el coronel

quedaba, al canto del gallo,
fuí a despedirme de él
para montar a caballo
y encaminarme al cuartel.
—Oye— me dijo el herido
con acento dolorido,
conduciéndome a un rincón—
—¿sabes ya lo que he perdido
en el rancho?—
El corazón.

F. Gonzalo Marín.

He hecho que Pinto te copio —mi Asunción del alma— estas lindas poesías del amigo Marín, portorriqueño que está en el Estado Mayor del General y que viene —como su hermano— a pelear por nuestra libertad.

Hoy —con extrañeza para mí— he visto dejar el campamento al Jefe de Despacho del General el Teniente Coronel Colete. Luego he sabido que renunció su puesto. Hace tiempo que yo supuse que este hombre no podía estar aquí sirviendo al General. Es un amigo del Marqués y defensor del Gobierno y camagüeyano entero. Me dicen que ya tiene puesto, que ya está nombrado Gobernador de Camagüey en sustitución de Molita. Yo creo que el General ha ganado con esta *baja*. Algunos atribuyen su decisión a prudencia y deseo de no arriesgar de nuevo la vida en la campaña de Occidente. He sido con él deferente y atento siempre; pero él al irse no ha tenido la atención de despedirse de mí. No lo siento, porque me acaban de decir que se permitió decir de Martí, que no había hecho tanto como se suponía por la guerra y que había hecho bien en morirse. Me alegro pues, de que no se haya despedido de mí porque así no me queda la pena de haber estrechado la mano de un ingrato presuntuoso.—Este como otros —pasarán para siempre cuando termine la guerra; sin embargo, —porque no se queje de mí— desde ahora le doy mi voto para que ocupe una plaza de *domine* de aldea.

No sé si te he explicado porqué te escribo con lápiz. Se me rompió el tintero y tenía un pomito con tinta y Pinto me lo botó; ahora, y mientras no consiga tinta, me arreglo con el lápiz; para copiar los versos pidió Pinto el tintero del Brigadier Castillo. ¡Cosas de la guerra! Pero sigo en mis trabajos por conseguir tinta.

El Coral.–5 Diciembre.

Me parece que en lugar de avanzar hacia la trocha hemos andado hoy para atrás. Pero me explico esto, primero, porque en la marcha nos dijo el General que esperaba 300 hombres desarmados de Las Villas, que ya estarían aquí sino hubiera muerto Serafín Sánchez, pues éste trabajaba con éxito en el plan de campaña que el General le había hecho conocer. También por la tardanza de Justo Sánchez y además me explicó el haber acampado aquí puesto que aquí vive el Teniente Coronel Boza y en su casa tiene muchas monturas, zapatos y otras cosas que ha reclutado para la fuerza.–El lugar es bonito y aunque no hay más aguada que un pozo, algo comerán y descansarán las bestias.

Boza ha estado —como siempre— muy atento conmigo: al llegar me invitó a almorzar en su casa con el General, el Brigadier Castillo, Pujals y Miguelito. El almuerzo fué bueno y abundante; huevos fritos, pollo compuesto, carne de puerco empanizada, puerco frito, viandas, yemas dobles y buen café. Su familia es muy amable y limpia y tiene una chiquita lindísima con unos ojitos negros que me recordaron los tuyos... le dí un beso... ¿me lo perdonas? La chiquita tiene cuatro años!

Mucho hablamos en la marcha el General y yo. Criticó la necia pretensión de querer [que] la elección de los individuos que han de componer la próxima Asamblea sea por votación, y que los pacíficos o civiles manden también sus diputados: ya esto me lo dijo Portuondo y no sé y si lo apunté yo en otro lugar, pero todo es anticonstitucional, porque la Ley sólo dice que cada Cuerpo de Ejército nombrará 4 representantes; lo demás es andar por las estrellas; divagar. De Serafín Sánchez también se ocupó el General para recordar cuanto le ayudaba y el alto concepto que como hombre de mando había sabido conquistar, pues a más del cariño que todos le tenían en Las Villas, recordó que cuando fue nombrado Calixto Jefe de Oriente a la muerte de José Maceo, los Generales Pérez, Cebreco y Bonne, querían pedir que se nombrara a Sánchez; y a la vez expresaba el General que con dificultad podría encontrar otro que llenara el hueco que deja Serafín. —Pienso en Miró— nos dijo el General, pero no me atrevo a nombrarlo hasta que no vea a Antonio Maceo y me ponga de acuerdo con él. Hablamos también de los distintos jefes que hay en Las Villas y Occidente, unos valientes pero sin talento y otros que se han dormido sobre sus laureles como Lacret, Panchito Pérez y otros, y dirigiéndose a Castillo y [a] mí, dijo: —Para eso los llevo a Uds., para que sean los jefes. También me habló del último manifiesto de Alemán, Sub-Inspector del Ejército en Sancti Spíritus:

parece que es mejor que los otros. Y de tantas cosas hablamos que llegué aquí sin acordarme que hoy era el día de mi fiebre. Me sentí algo mal al llegar, pero la *maleza* pasó; la quinina amarguísima ha vencido. ¡Honor a la quinina! Recordando a José Maceo me dijo el General: Si yo no tengo que demorarme en Camagüey y puedo seguir a Oriente como era mi...

6 Diciembre.

¿Por qué no pude seguir escribiéndote ayer, y por qué no te he escrito hoy? Va a explicación que me complace, porque señala un servicio que presto a mi Patria: el General me ha dado...

7 Diciembre.

Acabo de recibir una cartita tuya, mi Asunta del alma.

Esta mañana escribí la frase anterior y después me ha sido imposible escribir una palabra más; ahora —después del toque de silencio, le robo al sueño un rato para charlar un poco con el ángel de mis amores, contigo. ¡Prieta de mi vida! un beso, pues, y aprovecho el tiempo. Tengo ante todo que explicarte porqué no he podido escribo con tinta. Desde ayer soy el jefe de Despacho del General, interinamente, pues ya aquí te digo que él me lleva para darme mando militar en Las Villas, hombre pues de pluma soy, hombre que tengo tinta. Me he sentido honrado con el cargo pero ya verás que no todas son flores en el puesto de confianza que desempeño. Hay muchos disgustos y para mí mucho en que pensar.

Ayer tuve que contestar muchas comunicaciones y recibir comisiones de distintos lugares y hoy... ha sido día de prueba para mí. Entre las comisiones de ayer la más importante para nuestros asuntos fué la que manda el Brigadier Luis Bonne y en la que es portador de los pliegos el simpático teniente portorriqueño él, que se llama Enrique Molina. No sé si cuando anduve por el Ramón le dije algo de una carta que a este le había escrito el poeta Rafael Pullé cuyo nombre he escrito más de una vez en estas libretas, pero por lo que a la historia patria pueda importar hago que Pinto copie la carta que escribió el Molina cuando éste ofendido por él, al decir infamias de los portorriqueños, le pidió una reparación. La carta pinta al ente, que no hombre, que la firma: es su epitafio, por lo tanto ya de este no puede ni debe hablarse más. Trae el Molina muchas quejas que ha presentado al General y entre todas le ponen en antecedente sobre un asunto que ofende la memoria del General José Maceo. Se trata de un dinero de la Revolución que éste tenía en depósito que otro ha tomado y que parece quiere retener en su poder. Sobre esto he escrito hoy varias comunicaciones encaminadas a evitar el

escándalo de los cuales mañana haré que te copie Pinto la principal: la que dirige el General a Calixto.

Y ahora entro en el asunto importantísimo y difícil que no me ha dejado hoy ni comer a derechas y que me tiene enfermo.—Ya te dije el otro día que en la marcha me había hablado el General de un disgusto grave que tenía con Portuondo y te indiqué como él me había explicado como nació la cuestión. Pues bien, anoche cuando estátabamos en una velada organizada por el General en casa del Teniente Coronel Boza para oir a Marín que es un gran recitador y un poeta inspiradísimo, se apareció Cañizares acompañado de Miguelito Betancourt y Guerra. ¿A qué venía? No lo supe anoche aunque estuve en la tienda del General cuando —terminada la velada al toque de retreta— volvimos al campamento. Lo único que supe y lo apunto porque es dato que no quiero olvidar fue que el joven que puso las bombas de dinamita en el palacio de Weyler y que parece es el mismo que ahora le acaba de dar un susto por Pinar del Río, fue mandado por el General Gómez y cuanto ha hecho ha sido cumpliendo órdenes secretas de éste. Esta mañana muy temprano empezó una entrevista larguísima entre Cañizares y el General en Jefe. Mientras estos hablaban —y después que yo preparé trabajo para Dorticós el escribiente de mi oficina— me fuí al coro en donde Miguelito Betancourt hablaba con Pujals y otros, y ¡qué cosas oí! Contaba Betancourt que había tratado de hacer comprender a los hombres del Gobierno que todo lo que hacían y habían hecho en contra de Estrada Palma era antipatriótico y antipolítico, afirmó lo que yo siempre he dicho: que no hay ninguno en Nueva York que tenga su talla ni su representación política entre cubanos y norteamericanos y dijo más: que obligado por la comunicaciones que viene recibiendo de Pina, Hernández y Portuondo, y disgustado por el acuerdo tomado por el Consejo al entrar en él Hernández, en el que se le decía que no era más que un simple empleado del Secretario del Exterior y por lo tanto este era su jefe y nada podía hacer sin su anuencia, —ya debía haber presentado su renuncia. —Y cuando de tales cosas se ocupaba juzgándolas con buen criterio y demostrando ser hombre de talento y juicio, refirió que ayer le había dicho Portuondo que "los cinco del Consejo eran astros y estrellas de primera magnitud y que Gómez, Maceo, Estrada y todos los demás hombres de la Revolución eran pequeños e insignificantes satélites. ¡Hasta donde lleva a algunos la vanidad!—

Al fin la conferencia terminó y entonces firmó el General las comunicaciones para despachar con 80 armas largas y 500 tiros a una comisión de Las Villas al Coronel Bravo. Al terminar la firma me iba yo a retirar de su lado cuando serio y emocionado me retuvo

a su lado y después de llamar a Pujals nos dijo: —"Voy a darles unos papeles para que los lean y después me den sobre ellos su opinión, pero les prevengo que con Portuondo no transijo, Uds. son pues, desde este momento mis representantes en este asunto. Como en manos de amigos leales, que por tales los tengo a Uds., depósito en sus manos mi honra". Eran aquellos papeles una comunicación insultante y grosera de Portuondo, una carta enérgica que el General le envió y que este hizo copiar en forma de acta firmada por Pina y Cañizares como temeroso de que el General al encontrarlo en alguna parte lo abofeteara o lo estirara de un tiro y una carta de Portuondo tonta, cobarde y sin una frase que no fuera vulgar. Pensamos Pujals y yo que había dos cuestiones, una que se refería al acuerdo tomado por el Gobierno de apercibimiento contra el General Gómez y otra puramente personal que se desprendía de la forma insolente e injuriosa en que Portuondo se dirigía al General en Jefe. Pensamos en el primer punto, que el General no debía contestar al Consejo de Gobierno la comunicación que suscribía Portuondo como Secretario de la Guerra, porque eso sería hacer al Consejo la injuria de suponer que él hacía suyas las gratuitas ofensas del Sr. Portuondo y que éste sólo merecía que se castigara de algún modo su necedad y osadía estúpida: de acuerdo el General con nuestros pensamientos, escribimos y pusimos en las manos de Cañizares, puesto que él había sido el portador de la de Portuondo, la siguiente carta:

"Sr. Rafael M. Portuondo: Muy Señor nuestro: nos autoriza el Sr. Máximo Gómez para pedir a Ud. reparación honrosa por las ofensas que Ud. le ha inferido. Esperamos que Ud. se sirva indicarnos que a Ud. lo representen en este asunto, siendo ésta la única respuesta que dá nuestro representado a su carta del tres del presente. Somos de Ud. atentos. S. S. Vicente Pujals. Fermín Valdés Domínguez".—Mucho hablamos con Cañizares y con Betancourt al entregarle al primero la carta anterior, y tuvo éste que confesar que Portuondo había estado incorrecto. Al despedirnos nos dijo Cañizares: "Quizás tenga que volver... ya cargaré con las cosas hasta el fin" —y Betancourt agregó: "Y yo también".-

---

Los que suscriben hacen constar que el Sr. Rafael Portuondo y Tamayo ha recibido en la noche del día dos del actual y a su llegada a este campamento del Gobierno, después de una ausencia prolongada, un paquete de cartas entre las que encontró una dirigida a él y firmada "M. Gómez" carta que después de leída a nuestra presencia nos mostró y a la letra dice: El Ciego, Najasa 25, Noviembre 1896. Sr. Rafael Portuondo. De intento he dejado pasar algunas

horas antes de dirigirle estas líneas para que no fueran ellas a ser consideradas por Ud. y los demás, como simple desahogo impremeditado a impulsos de la ira que naturalmente provoca toda ofensa inferida a los hombres que saben serlo. La injuria, que bajo su firma, responsable, me acaba Ud. de inferir, pensando quizás que podía hacerlo a mansalva de su carácter oficial por cierto desempeñado inconstitucionalmente, me obliga notificar a Ud. que estoy dispuesto a castigarla al primer instante que nos avistemos, sin que sea necesario llenar muchas formalidades, pues esa debemos dejarlas para los hombres afeminados y poco serios. Toca á mí buscar la manera de como pueda ser. Queda Ud. notificado, M. Gómez. Y a petición del Sr. Portuondo firmamos la presente acta por duplicado en el campamento de Sitio Arriba a dos de Diciembre de 1896.—Severo Pina.—Dr. Santiago García Cañizares.

En Consuegra a tres de Diciembre de 1896, a las cuatro de la tarde—Sr. Máximo Gómez—Campaña—Muy Señor mío: Anoche a las siete, a mi llegada al campamento de Sitio Arriba, después de algunos días de ausencia, recibí entre otras su carta del 25 del próximo pasado que contesto solamente para rectificar algunos conceptos y porque creo que no deben nunca excusarse lances como el que Ud. provoca en ella. La comunicación que como Secretario de la Guerra accidental dirigí a Ud. en 21 del mes último, obedeciendo a un acuerdo del Consejo de Gobierno es, en el fondo y en la forma producto mío que el Consejo sólo ha aceptado y que yo sostengo con el carácter oficial y desde luego particularmente como Ud. desea. Niego, sí, que en ella haya injuria a no ser que se estime como tal una observación fundada en hechos reales y positivos. Sentado esto, paso a ocuparme de su incorrecta carta en la que Ud. ha olvidado las formas corteses del hombre social y en la que, deliberadamente, me infiere una injuria gratuita y hace una amenaza vulgar. No necesito prevalerme de carácter oficial para decir, cuando es oportuna y necesaria la verdad a cualquiera que sea, conque resulte mortificante, porque no reconozco en nadie mayor dignidad y porque no [es] Ud. tampoco el cívico "hombre que sabe serlo".—Del segundo párrafo de su carta se desprenden lógica y forzosamente estas dos preguntas: ¿para castigar una supuesta injuria, quiere Ud. acudir a procedimiento alevosos usados en determinados países por autoridades superiores o pretende Ud. invitarme a riñas tumultuarias en que puedan perecer otras personas, ajenas a esta cuestión? Mi condición de hombre de honor me impide descender a *procedimientos extraños* como los que se desprenden de su carta y me obliga de modo imperioso e imprescindible a someterme estrictamente a los prescriptos en el "Có-

digo de Honor" y en su jurisprudencia; entendiendo al contrario de lo supuesto por Ud. que no son "afeminados ni poco serios" los que a ellos se someten, pues esa sumisión es el único modo de evitar el estigma de asesinos que de otro modo haría recaer sobre ellos la Sociedad y sobre todo porque dentro de ellos tienen cabida todas las exigencias.—Colocado ya en este terreno, estoy a las órdenes de Ud. y ansioso de complacerlo en breve término.—Espero que dando Ud. pruebas de caballerosidad se ajuste al Código citado contestando su aceptación para llegar, dentro de él, al fín que se propone.

Debo advertirle que en el caso no creíble de negarse a contestar esta carta me reservo el derecho de hacer de ella el uso que más me convenga.—De Ud. respetuosamente.—Rafael M. Portuondo.

Sr. Enrique Molina

Mon Desiree

Estimado amigo y compañero:

Acabo de recibir su carta de Ud. de esta fecha que contesto en el acto. Ella me ha sorprendido sobremanera y me ha producido verdadero disgusto; primero y como en la Revolución —jamás las copas me han extraviado como las de ayer y lo lamento, porque nunca he inferido ofensas a nadie ni me hubiera permitido mucho menos inferirlas a Ud. a quien he guardado siempre buena amistad que afianza más precisamente su naturaleza de Portorriqueño, a cuyo país como a sus hijos hay que agradecer sus nobles esfuerzos por nuestras luchas.—A no ser su citada carta no hubiera tenido ni el más remoto recuerdo de lo ocurrido de lo que extraño nada me haya dicho mi compañero, quizás para no mortificarme.—Yo le suplico como me lo demandan mis principios de caballero y mis sentimientos de patriota, deje Ud. en completo olvido la más ligera frase que haya podido envolver la más pequeña ofensa para Ud. o para su país a quienes apelando y en mucho estimo bajo todo concepto.—Yo estoy seguro que si Ud. me hubiera conocido mejor, no hubiera dado validez ninguna a lo sucedido, de lo que no me es posible tener conciencia.—Y en tanto yo quedo con el pesar por lo fatalmente hecho, me despido por hoy a reserva de verle en persona más adelante.—Aguardo el testimonio de su satisfacción para mi tranquilida. De Ud. afectísimo amigo y compañero, Rafael Pullé. **Mon Resposse. 12 Octubre /96.**

Va la comunicación a que antes me refiero.

Al General Calixto García:

Con pena se me comunica que han denunciado a Ud un hecho que al ser como se me dice lastima la memoria para nosotros querida y digna de todo respeto de nuestro compañero y hermano José Maceo. Afirmáseme que alguien le ha dicho a Ud. oficialmente que el Coronel Lorenzo González tiene en su poder unos miles de pesos que el General tenía en depósito y en poder del Teniente Diego Duvergr. Sobre esto no debe formarse expediente, sino tratar de recoger la suma y girarla a Nueva York o hacer de ella entrega al Secretario de Hacienda. No es que yo quiera que se oculte un delito y quede por lo tanto, impune el delincuente, si es que lo hay; sino que todos tenemos el deber de conservar el prestigio de nuestros hombres y mucho más el de aquellos que tanto han significado en nuestra historia revolucionaria Porque sé todo lo que Ud. estimaba y quería al General José Maceo tengo la seguridad de que ha de llamar al Coronel y le ha de hacer comprender el deber en que está de entregar la suma que parece haber percibido; y este creo que lo hará gustoso porque es hijo de armas del General José y un amigo que ha sabido estar siempre a su lado en en la lucha dándole además pruebas de su afecto.

Pienso en el efecto que este hecho produciría entre nuestros enemigos si continuando la sumaria, que supongo ha iniciado ya, llegara a exteriorizarse y pienso también en la pena que llevaría a nuestro digno compañero el General Antonio Maceo tan amante de las glorias y del nombre de su hermano muerto. Seguro pues de que sus gestiones han de ser saludables y atinadas porque conozco su patriotismo y discreción, ya me felicito por el éxito y en nombre de nuestra honra, que no es más que la suma de las honras individuales, lo felicita por esto de antemano su General Máximo Gómez. El Coral 7 de Diciembre/896.

A pesar de todo lo que he tenido hoy que trabajar y pensar, he leído muchas veces tu sabrosa cartica. Te besa,

Fermín.



